



Balzac

LA COMEDIA HUMANA

Los campesinos



TOMO XXIII

Lectulandia

«La inmensidad de un plan que abraza a la vez la historia y la crítica de la Sociedad, el análisis de sus males y la discusión de sus principios, me autoriza, creo yo, a dar a mi obra el título con el que aparece hoy: La Comedia Humana».

Balzac

Lectulandia

Honoré de Balzac

Los campesinos

La Comedia Humana (Editorial Lorenzana) - XXIII

ePub r1.0

Titivillus 07.01.16

Título original: *Les Paysans*
Honoré de Balzac, 1855
Traducción: Antonio Ribera
Edición: Augusto Escarpizo
Diseño de cubierta: Piolin

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

ESCENAS DE LA VIDA DEL CAMPO

DEDICATORIA

A M. P. —S. B. Gavault

En el encabezamiento de *La Nouvelle Heloïse*, Juan Jacobo Rousseau escribió las siguientes palabras: *He observado las costumbres de mi tiempo y he publicado estas cartas*. ¿No puedo decir yo, imitando a ese gran escritor: Estudio la marcha de mi época y publico este libro?

La finalidad de este estudio, de una escalofriante sinceridad, en tanto que la sociedad quiera hacer de la Filantropía un principio en vez de considerarla como un accidente, consiste en poner de relieve *los* principales personajes de un pueblo olvidado por tantas plumas únicamente preocupadas en hallar temas nuevos. Dicho olvido no es quizá otra cosa que prudencia, en unos tiempos en los que el pueblo hereda de todos los cortesanos de la realeza. Se ha hecho poesía con los criminales, se ha sentido lástima por los verdugos, y casi se ha llegado a deificar al proletario. Las sectas se han conmocionado y exclaman por medio de todas sus plumas «¡Trabajadores, levantaos!», del mismo modo que en el Tercer Estado se exclamaba: «¡Levántate!». Se comprueba perfectamente que ninguno de estos Eróstratos ha tenido el valor de llegar hasta el fondo del campo para estudiar en él la conspiración permanente de los que aún seguimos calificando de débiles contra los que todavía se consideran fuertes, de los campesinos contra los ricos... Se trata únicamente de hacer algo de luz sobre el asunto, no de legislar para hoy, sino de pensar en el mañana. En medio del vértigo democrático a que se entregan tantos escritores ciegos, ¿no es urgente que se describa por fin a ese campesino que hace que los Códigos sean inaplicables al lograr que la propiedad se convierta en algo que no es? Vais a ver la obra de ese infatigable zapador, de ese roedor que tritura y divide el suelo, lo parte, y corta una parcela de tierra en cien pedazos, continuamente invitado a este festín por una pequeña burguesía que al mismo tiempo hace de él un auxiliar y su presa. Dicho elemento insocial creado por la Revolución absorberá algún día a la burguesía, del mismo modo que la burguesía ha devorado a la nobleza. Elevándose por encima de la Ley, merced a su propia mezquindad, este Robespierre posee una cabeza y veinte millones de brazos, trabaja sin conocer el descanso, se infiltra en todos los Ayuntamientos, se entroniza en los Concejos Municipales y se arma en la Guardia Nacional a través de toda la extensión de la superficie de Francia, en el año 1830, sin querer recordar que Napoleón prefirió caer en el infortunio antes que consentir en armar a las masas.

Si he escrito durante ocho años este libro, después de abandonar cien veces el trabajo, es porque consideré que era el más importante de todos los que he pretendido escribir, y porque todos mis amigos, como tú mismo, han comprendido que el valor

podría triunfar ante tantas dificultades, ante tantos pormenores mezclados en este drama, doblemente terrible y tan cruelmente ensangrentado. Pero entre el número de razones que me inducen a mostrarme hoy casi temerario, figura en lugar destacado también el deseo de terminar una obra destinada a ofrecerte el fiel testimonio de mi profundo y duradero agradecimiento por un afecto que fue uno de mis mayores consuelos en el infortunio.

BALZAC.



PRIMERA PARTE
QUIEN TIERRA TIENE, GUERRA TIENE



I

EL CASTILLO

Al señor Nathan

Les Aigues, 6 de agosto de 1823.

A ti, mi querido Nathan, que procuras deliciosos sueños al público con tus fantasías, voy a hacerte soñar con una realidad. Ya me dirás si el siglo actual es capaz de legar parecidos sueños a los Nathan y a los Blondet del año 1923. Medirás la distancia a que nos hallamos de los tiempos en que las Florinas del siglo XVIII, al despertar, se hallaban, por medio de un contrato, poseedoras de un castillo como el de Les Aigues.

Mi muy querido amigo, si recibes esta carta a primeras horas de la mañana, quiero que desde tu cama veas a unas cincuenta leguas de París y en los umbrales de la Borgoña y cerca de una carretera de primer orden, dos pequeños pabellones de ladrillo rojo, unidos o separados por una pequeña verja pintada de verde. Allí fue donde la diligencia dejó a tu amigo.

A cada lado de los pabellones serpentea un seto del que brotan zarzas que parecen fuegos fatuos. Aquí y allá se levanta, insolentemente, un grupo de árboles. En el talud del foso, hermosas flores bañan sus pies en un agua dormida y verde. A derecha e izquierda, el seto llega hasta las lindes de dos bosques, y la doble pradera a la que sirve de cerco ha sido seguramente conquistada gracias a algunos acarreo de tierras.

De esos pabellones desiertos y polvorientos arranca una magnífica avenida bordeada de olmos centenarios cuyas ramas en forma de parasol se inclinan unas sobre otras y forman un largo y majestuoso dosel. La hierba crece a lo largo y ancho de la avenida; apenas se distinguen los surcos trazados por las dobles ruedas de los coches. La vejez de los olmos, la anchura de las dos avenidas transversales, el venerable aspecto de los pabellones, el color parduzco de los sillares de piedra..., todo indica que nos hallamos en las cercanías de un castillo casi real.

Antes de llegar a esa barrera, desde lo alto de una eminencia que nosotros los franceses llamaríamos bastante vanidosamente una montaña, y al pie de la cual se halla la aldea de Conches, última parada de la diligencia, ya había podido ver el largo valle de Les Aigues, en cuyo término la carretera tuerce para dirigirse directamente hacia la pequeña subprefectura de Ville-aux-Fayes, donde se contonea el sobrino de nuestro común amigo Des Lupeaulx. Inmensos bosques que llegan hasta el horizonte, sobre una vasta colina rodeada por un río, dominan

este rico valle encuadrado a lo lejos por las montañas de una Suiza en miniatura llamada Morvan. Estos espesos bosques pertenecen a Les Aigues, al marqués de Ronquerolles y al conde de Soulanges, cuyos castillos, cuyos parques y cuyas aldeas, vistos de lejos y desde lo alto, dan verosimilitud a los fantásticos paisajes de Breughel de Velours.

Si estos pormenores no te reimprimen en la memoria las mayores fantasías que has deseado poseer en Francia, no serás digno de esta narración de un parisién estupefacto. Por fin he podido gozar de la contemplación de una campiña donde el arte se mezcla con la naturaleza sin que uno sea en detrimento del otro, en que el arte parece natural y la naturaleza artística. He encontrado el oasis en el cual tanto hemos soñado al leer ciertas novelas: una naturaleza lujuriente y embellecida, accidentes sin confusión, algo de salvaje y de amenazante, de secreto, de no común. Salta la barrera y acompáñame.

Cuando mi curiosa mirada ha querido detenerse en la avenida donde no penetra el sol más que cuando sale, dándole con sus rayos oblicuos apariencias de cebra, los ojos se me han detenido en el contorno de una elevación del terreno; pero, después de un rodeo, la larga avenida queda cortada por un pequeño bosque, y nos encontramos en una encrucijada de caminos, en cuyo centro se levanta un obelisco de piedra, absolutamente igual que un eterno punto de admiración. En la base de ese monumento, terminado por una bola con puntas (¡qué ideas!), crecen algunas flores purpúreas o amarillas, según la estación. Con seguridad, Les Aigues fueron imaginadas por una mujer, pues un hombre no posee ideas tan delicadas. El arquitecto debió de recibir instrucciones.

Después de franquear aquel bosquecillo erguido como un centinela en medio del camino, llegué a un delicioso repliegue del terreno, en cuyo fondo murmura un torrente que crucé pasando sobre un arco de piedra forrada de un musgo de soberbio colorido, consiguiendo el más hermoso de los mosaicos confeccionados por el tiempo. La avenida sigue, aguas adelante, el curso del riachuelo por medio de una suave pendiente. A lo lejos, se divisa el primer cuadro: un molino y sus aspas, el camino que conduce a él y sus árboles, sus ocas, la ropa blanca tendida, la casa con techumbre de paja, las redes, y un molinero que ya me había visto y que me observaba. En cualquier sitio en que te halles del campo, y por muy solo que creas estar, nunca dejas de ser el blanco de las miradas de dos ojos disimulados bajo una gorra de algodón: un peón deja la azada, un viñador yergue su espalda encorvada, una pequeña guardadora de cabras, de vacas o de ovejas se sube de un brinco a un sauce para poderte espiar.

Pronto la avenida se transforma en una calzada bordeada de acacias que conduce hasta una verja de los tiempos en que los artesanos forjadores eran capaces de realizar cierta clase de filigranas aéreas que recuerdan perfectamente los rasgos retorcidos de un fragmento escrito por un maestro calígrafo. A cada lado de la verja se extiende una zanja cuya doble cresta está adornada con

amenazadores lanzas y dardos que son verdaderos erizos de hierro. Esta verja está encuadrada por dos pabellones parecidos a los del palacio de Versalles, rematados por unos jarrones de proporciones colosales. El oro de los arabescos ha ido enrojando mezclándose la herrumbre con sus propios matices; pero aquella puerta, llamada de la «Avenida» y que acusa la mano del gran Delfín, a quien se le deben Les Aigues, no me ha parecido menos hermosa. Al final de cada uno de los canales, empiezan las murallas sin reboque, donde las piedras, unidas por medio de un mortero de tierra rojiza, ofrecen sus múltiples colores: el amarillo ardiente del sílice, el blanco de la cal, el rojo pardo de la piedra de cuarzo y las más caprichosas formas. A la primera impresión, el parque es sombrío, pues las paredes están cubiertas de plantas trepadoras y abundan árboles que desde hace cincuenta años no han conocido el hacha del podador. Se diría que es un bosque que ha recobrado su virginidad por un fenómeno exclusivamente reservado a las selvas. Los troncos están atados por bejucos que se tienden de uno a otro. Muérdagos con hojas de un verde brillante cuelgan de las bifurcaciones de las ramas en las que se ha instalado la humedad. He encontrado plantas gigantescas, selváticos arabescos que únicamente florecen a cincuenta leguas de París, en lugares donde el terreno no es todavía lo suficientemente caro para que tenga que ahorrarse. El paisaje, según esta concepción, precisa de mucho terreno. Allí, pues, no se nota el rastrillo, los charcos se pueblan de ranas y renacuajos, crecen las delicadas flores del bosque y los brezos son tan hermosos como los que el pasado enero vi sobre tu chimenea, en los bellos tiestos que te trajo Florina. Este misterio enerva e inspira vagos deseos. Los olores del bosque, aromas adorados por los espíritus ávidos de poesía, a quienes agradan los inocentes musgos, las venenosas criptógamas, la tierra húmeda, los sauces, las umbrías, el tomillo, el agua verde de una balsa, la redondeada estrella de los amarillos nenúfares, todas aquellas intensas fecundaciones llegaban hasta mí, y cada una me daba una idea, quizá me daba su alma. Entonces pensé en un vestido color de rosa flotando al viento a lo largo de aquella calzada llena de curvas.

La calzada termina bruscamente en un último bosquecillo donde tiemblan los abedules, los álamos y todos los árboles temblones, familia inteligente, de talle gracioso y porte elegante; ¡los árboles del amor libre! Desde allí he podido contemplar, querido amigo, un estanque cubierto de nenúfares, plantas de anchas hojas desplegadas y de otras diminutas, en el cual se pudría una barca pintada de blanco y negro, esbelta como la chalupa de un cañonero del Sena y ligera como un cascarón de nuez. Más allá se yergue un castillo que indica el año 1560, con ladrillos de un bello color rojo, con basamentos de piedra y encuadres en puertas y ventanas hechos con pequeñas losas cuadradas (¡oh Versalles!). Las piedras aparecen talladas como aristas de diamante, pero en cóncavo, como las del palacio ducal de Venecia, en la fachada que da al Puente de los Suspiros. Ese castillo sólo tiene de regular el cuerpo central, del que desciende una altiva

escalinata de doble escalera en curva, de balaustradas redondeadas, delgadas en su nacimiento y más anchas en su parte superior. Ese cuerpo de edificio principal lo rematan unas torrecillas con relieves de albayalde imitando flores; pabellones de moderna fábrica con galerías y jarrones más o menos griegos. Allí, amigo mío, no hay nada que se parezca a la simetría. Aquellos nidos, reunidos al azar, están como empajados por algunos verdes árboles, cuyo follaje sacude sobre los tejados sus mil dardos oscuros, conservan el musgo y dan vida a los lagartos, cuyas miradas alegran. Allí hay el pino de Italia, de corteza roja y majestuoso parasol; un cedro de doscientos años, sauces llorones, un abeto del Norte y una haya que le sobrepasa en altura. Después, frente al torreón principal, arbustos de lo más raro: un tejo recortado que recuerda algún antiguo jardín francés destruido, magnolias y hortensias al pie de él; en fin, son los Inválidos de los héroes de la Horticultura, de cuando en cuando de moda, y después olvidados, como todos los verdaderos héroes.

Una chimenea de esculturas originales en un ángulo, de la que salían gruesos borbotones de humo, me ha dado la seguridad de que aquel delicioso espectáculo no era una simple decoración para una ópera. La cocina revelaba la existencia de seres vivientes. ¿Puedes verme, a mí, a Blondet, que cuando estoy en Saint-Cloud me parece encontrarme en las regiones polares, en medio de este ardiente paisaje borgoñón? El sol derrama su más excitante calor, hay un martin pescador al borde del estanque, las cigarras y los grillos cantan, crujen las vainas de algunos granos, las adormideras exhalan su morfina con lágrimas licorosas. Todo se recorta distintamente bajo el azul intenso del éter. Por encima de las tierras rojizas del terraplén se escapan los jubilosos efluvios de este ponche natural que embriaga a los insectos y a las flores, que nos quema los ojos y nos ennegrece el rostro. Las uvas son ya perlas, sus pámpanos ofrecen un velo de hilos blancos, cuya delicadeza avergüenza a las fábricas de encajes. Finalmente, a lo largo de los muros de la casa brillan violetas azules, capuchinas del color de la aurora, guisantes de olor. Algunos apartados naranjales perfuman el aire. Después de la poética exhalación del bosque, llegan hasta mí las irritantes pastillas de olor de este serrallo botánico. En lo alto de la escalinata, como la reina de las flores, puedo ver al fin a una mujer vestida de blanco y sin sombrero, bajo una sombrilla de seda blanca pero más blanca que la seda, más blanca que los lirios que crecen a sus pies y que los jazmines estrellados que se esconden avergonzados por entre las balaustradas; una francesa nacida en Rusia que me ha dicho: «Creía que ya no vendrías». Me divisó cuando salí del recodo del camino. ¡Con qué perfección todas las mujeres, incluso las más ingenuas, saben cuidar de la presentación! El ruido de gente ocupada en servir la mesa me hizo comprender que retrasaron el comienzo de la comida hasta la llegada de la diligencia. No se había atrevido a ir a esperarme.

¿No es este nuestro sueño, no es esto lo que todos los amantes de lo bello bajo

cualquiera de sus formas, de la belleza seráfica que Luini consiguió imprimir en *La Boda de la Virgen*, su hermosísimo fresco de Saronó; de la belleza que Rubens logró con la mezcolanza de gentes de su *Batalla del Thermodon*; de la belleza que cinco siglos han sabido elaborar en las catedrales de Sevilla y de Milán; la belleza de las obras de los sarracenos en Granada, la belleza de Luis XIV en Versalles, la belleza de los Alpes y la belleza de la Limagne?

De aquella propiedad, que no tiene nada de principesco ni de financiero, pero en la cual han pasado temporadas tanto el príncipe como el ministro de Hacienda, con lo que todo se explica, dependen dos mil hectáreas de bosque, un parque de novecientos arapendes, el molino, tres alquerías, una inmensa granja en Conches y viñedos, lo que debía de producir un ingreso de unos setenta y dos mil francos anuales. Estas son Les Aigues, querido amigo, donde se me estaba esperando desde hacía dos años y donde estoy en estos momentos, en la *habitación persa*, destinada a los amigos íntimos.

En lo alto del parque, hacia Conches, manan una docena de fuentes claras, límpidas, procedentes del Morvan, que vierten sus aguas en el estanque después de haber adornado con sus líquidas cintas los valles del parque y sus magníficos jardines. El nombre de Les Aigues proviene de estos encantadores cursos de agua. Se ha suprimido el calificativo de «Vivas», pues en los antiguos documentos la propiedad se llama Aguas Vivas, en oposición a otra llamada Aguas Muertas. El estanque vierte su caudal en el cauce de la avenida por medio de un estrecho y recto canal bordeado de sauces llorones de uno a otro extremo. El canal, con ese ornamento, produce un efecto delicioso. Bogando por él, sentado en un banco del esquife, puede uno imaginarse en la nave de una inmensa catedral cuyo coro estaría representado por los edificios que hay en el fondo. Si el sol poniente lanza sobre el castillo sus tonos anaranjados y recortados por sombras e ilumina los cristales de los ventanales, se tiene la impresión de estar viendo unos vitrales llameantes. A un extremo del canal se distingue Blangy, cabeza del ayuntamiento, con sesenta casas aproximadamente y una iglesia de pueblo, es decir, una casa mal conservada, enriquecida con un campanario de madera sostenido por una techumbre de tejas rotas. Se distingue una casa burguesa y un presbiterio. Por otra parte, el ayuntamiento es muy extenso: se compone de otros doscientos fuegos más, dispersos, a los cuales esta aldea sirve de sede principal. Toda la superficie municipal se halla, en varios lugares, dividida en pequeños jardines; los caminos están bordeados por árboles frutales. Los jardines, como verdaderos jardines campesinos que son, tienen de todo: flores, cebollas, coles y emparrados, groselleros y una gran cantidad de estiércol. El poblado parece vulgar; es rústico. Posee aquel grado de simplicidad rebuscada que tanto trabajo les cuesta encontrar a los pintores. Finalmente, allá lejos, puede verse la pequeña localidad de Soulanges, situada en la orilla de un gran estanque como una fábrica del lago de Thoune.

Cuando uno se pasea por este parque, que tiene cuatro puertas, cada una de un soberbio estilo, la Arcadia mitológica degenera en una vulgaridad como la Beocia. La Arcadia está en la Borgoña y no en Grecia; la Arcadia está en Les Aigues y no en otra parte. Un río, hecho a costa de varios arroyos, atraviesa el parque por la parte baja, con un movimiento ondulante como el de una serpiente y que imprime una tranquilidad fresca, un aire de soledad que recuerda tanto más a las Cartujas cuanto que en una isla artificial hay una cartuja seriamente arruinada pero de una elegancia interior digna del voluptuoso financiero que ordenó su construcción. Les Aigues, mi querido amigo, pertenecieron a aquel Bouret que gastó una vez dos millones para recibir a Luis XV. ¡Cuántas fogosas pasiones, cuántos espíritus distinguidos, cuántas felices circunstancias ha sido preciso reunir para crear este paradisíaco lugar! Una amante de Enrique IV hizo reedificar el castillo precisamente en el mismo lugar donde ahora se levanta, y le agregó el bosque. La favorita del gran Delfín, la señorita Choin, a quien le regalaron Les Aigues, las aumentó con algunas granjas. Bouret colocó en el castillo todo cuanto había podido recoger por las tiendas de París, para regalarlo a una de las celebridades de la Ópera. Les Aigues deben a Bouret la restauración de la planta baja con su estilo Luis XV.

He quedado estupefacto al ver el comedor. En un principio, atrae la mirada un techo pintado al fresco según el gusto italiano, en el cual vuelan las más locas fantasías y arabescos. Unas mujeres de estuco, alineadas en las frondas, sostienen de trecho en trecho unos cestos llenos de frutas, en los que hay pintados unos adornos. En los paneles que separan a una mujer de otra hay admirables pinturas debidas al arte de un arista desconocido, representando las glorias de la mesa: salmones, cabezas de jabalí, mariscos; en fin, todo un mundo comestible que, por fantásticos parecidos, recuerda al hombre, a la mujer, a los niños, y que lucha con las más insólitas cosas producto de la imaginación china, el país, a mi juicio, donde mejor se domina el arte de la decoración. Debajo de su pie la dueña de la casa tiene un timbre de resorte para llamar a la servidumbre, la cual sólo entra en el momento deseado, sin interrumpir jamás una conversación ni importunar. La parte baja de las puertas representan escenas voluptuosas. Todos los vanos de puertas y ventanas son de mosaico de mármol. La estancia está calentada por debajo del suelo. Desde cada una de sus ventanas se ven deliciosos paisajes.

Esta sala comunica con un cuarto de baño por un lado, y por el otro con un tocador que da al salón. El cuarto de baño está recubierto con losas de Sèvres pintadas imitando de camafeos; el suelo es de mosaico y la bañera de mármol. Una alcoba, escondida por un cuadro pintado sobre cobre y que puede levantarse por medio de un contrapeso, tiene una cama de madera dorada del más perfecto estilo Pompadour. El techo es de lapislázuli con estrellas de oro. Los camafeos están hechos según dibujos originales de Boucher. De este modo, el baño, la mesa y el amor están juntos.

A continuación del salón, el cual, amigo mío, ofrece toda la magnificencia del estilo Luis XIV, tiene una sala de billar tan espléndida que no conozco en París ninguna que le pueda rivalizar. La entrada a esta planta baja es una antesala semicircular en cuyo fondo parece la más hermosa de las escaleras, iluminada desde lo alto y que conduce a los aposentos, todos contruidos en diferentes épocas. Y, amigo mío ¡les cortaron el cuello a los señores del campo en 1793! Dios mío, ¿cómo no se puede comprender que todas las maravillas del arte son imposibles en un país sin grandes fortunas, sin grandes existencias aseguradas? ¡Si los de la izquierda quieren matar a todos los reyes, que nos dejen por lo menos algunos principitos, grandes como Don Nadie!

Hoy en día todas estas riquezas acumuladas pertenecen a una mujercita artista que, no contenta con haberlas restaurado magníficamente, las conserva con cariño. Los pretendidos filósofos que no hacen otra cosa que cuidarse de sí al mismo tiempo que aparentan preocuparse por la Humanidad, llaman extravagancias a estas bellas cosas. Quedan pasmados ante las fábricas de tejidos y las vulgares ideas de la industria moderna, como si en la actualidad fuésemos más grandes y más felices que en tiempos de Enrique IV, de Luis XIV o de Luis XVI, los cuales imprimieron su sello y el de su reinado en Les Aigues. ¿Qué palacios, qué real castillo, qué hermosas obras de arte, qué tejidos de brocado de oro dejaremos nosotros a la posteridad? Las faldas que usaban nuestras abuelas son ahora afanosamente buscadas para tapizar nuestros sillones. Usufructuarios, egoístas y rapaces, lo arrasamos todo, y plantamos coles allí donde en otro tiempo se levantaban maravillas. Ayer el arado pasó por Persan, magnífica propiedad que daba un título a una de las más opulentas familias del Parlamento de París; la piqueta ha demolido Montmorency, que costó sumas de locura a uno de los italianos que rodeaban a Napoleón, y Val, creación de Regnaud de Saint-Jean-d'Angéley; Cassan, edificado por una de las amantes del príncipe de Conti; en suma, cuatro residencias verdaderamente dignas de un rey acaban de desaparecer, y esto únicamente en el valle del Oise. Preparamos en los alrededores de París la campaña de Roma al día siguiente de un saqueo, y esperamos la tormenta que un día soplará del Norte sobre nuestros castillos de yeso y los adornos de cartón piedra...

¡Ya ves, mi muy querido amigo, a dónde conduce la costumbre de *dar la lata* en un periódico! Ahora resulta que estoy escribiendo una especie de artículo. ¿Tendrá también el espíritu, como los caminos, sus baches? Me detengo, pues tengo la impresión de estar robando a mi gobierno y a mí mismo, y de hacerte bostezar. La continuación, mañana. Espero el segundo toque de campana anunciando uno de esos abundantes desayunos cuya costumbre hace ya mucho tiempo se ha perdido, claro que generalmente hablando, en los comedores de París.

He aquí la historia de mi Arcadia. En el año 1815 murió en Les Aigues una de

las *impuras* más célebres del siglo pasado, una cantante olvidada por la guillotina y por la aristocracia, por la literatura y por las finanzas, después de haber tenido a su disposición las finanzas, la literatura, la aristocracia, y de haber rozado casi la guillotina; olvidada como muchas encantadoras mujeres de edad que se van a expiar al campo su juventud adorada y que sustituyen su perdido amor por otro, al hombre por la naturaleza. Estas mujeres viven en medio de las flores, con el aroma de los bosques, con los efectos luminosos del sol, con todo aquello que canta, que bulle, que brilla y tiene vida, los pájaros, los lagartos, las flores y las hierbas; ellas no saben nada, no saben explicarle nada, pero continúan amando, y siguen amando tan bien, que se olvidan de los duques, de los mariscales, las rivalidades, los directores generales, sus locuras y su lujo desenfrenado, sus diamantes, sus chinelas de tacón y su colorete, y lo cambian todo por la suavidad del campo.

He recogido, amigo mío, informaciones preciosas sobre la vejez de la señorita Laguerre, ya que la vejez de las mujeres tomo Florina, Mariotte, Susana de Val-Noble o Tulia, es cosa que me preocupa desde hace ya tiempo, del mismo modo que un niño de no se quién se preocupaba de lo que les sucedía a las lunas viejas.

En 1790, atemorizada por la marcha de los asuntos públicos, la señorita Laguerre se estableció en Les Aigues, que adquirió para ella Bouret, el cual había pasado varias temporadas en su compañía. La suerte corrida por la du Barry la estremeció de tal modo que enterró todos sus brillantes. Tenía entonces cincuenta y tres años, y, según su camarera, que más tarde se casó con un gendarme, la señora Soudry, a quien llamaban la *señora alcaldesa*, «la señora estaba más hermosa que nunca». Amigo mío, no cabe duda de que la Naturaleza tiene sus buenas razones para tratar a esta clase de criaturas como a niños mimados; los excesos, en vez de matarlas, las engordan, las conservan y rejuvenecen; tienen, bajo su aspecto linfático, unos nervios que sostienen su maravillosa armadura. Son hermosas por la misma razón que haría volver fea a una mujer virtuosa. Decididamente, el azar no tiene nada de moral.

La señorita Laguerre vivió de una manera irreprochable. ¿No nos sería admitido decir que como una santa, después de su famosa aventura? Una noche, desesperada de amor, salió corriendo de la Ópera con el mismo vestido que llevó durante la representación, atravesó los campos y fue a llorar su tristeza al borde de un camino. (¡Y se ha llegado a calumniar el amor del tiempo de Luis XV!) Estaba tan poco acostumbrada a ver el alba que la saludó con una de sus más bellas arias. Por su actitud y por su vestido atrajo la presencia de campesinos, quienes estupefactos ante sus gestos, su voz y su belleza, cayeron de rodillas ante ella. Si no hubiera existido Voltaire, habría habido en Bagnolet un milagro más. Ignoro si el buen Dios le tendrá en cuenta a esa mujer su tardía virtud, ya que para una mujer tan cansada del amor, éste es algo nauseabundo, y ella había sido una de las *impuras* de la Ópera. La señorita Laguerre había nacido en el 1740; su

mejor época fue en el 1760, cuando al señor de... (no puedo recordar el apellido) le llamaban el *primer funcionario de la guerra*, a causa de sus relaciones con ella. Dejó de usar este nombre, totalmente desconocido en el país, y se hizo llamar señora de Les Aigues, para mejor identificarse con sus tierras, que se dispuso a conservar y cuidar con un gusto realmente artístico. Cuando Bonaparte fue nombrado Primer Cónsul, terminó de redondear sus propiedades con la adquisición de bienes de la Iglesia, a la que consagró el producto de la venta de sus brillantes. Como una muchacha de la ópera no tiene demasiada idea de lo que es la administración de una finca, abandonó dichas funciones en manos de un intendente, y se dedicó exclusivamente al cuidado del parque, de las flores y de los frutos.

Una vez fallecida y enterrada en el cementerio de Blangy, el notario de Soulanges, la pequeña localidad situada entre Ville-aux-Fayes y Blangy, capital del distrito, realizó un copioso inventario, y terminó descubriendo a los herederos de la cantante, hasta entonces ignorados. Once familias de míseros campesinos de los alrededores de Amiens, que dormían en jergones, se despertaron una buena mañana envueltos en damascos de seda y oro. Hubo que subastar. Les Aigues fueron compradas por Montcornet, quien durante sus mandos en España y Pomerania había economizado la cantidad necesaria para una adquisición de ese volumen, algo así como un millón cien mil francos, comprendido el mobiliario. Aquel hermoso lugar estaba visto que debía seguir perteneciendo al ministerio de la Guerra. El general experimentó sin duda la influencia de este voluptuoso piso bajo, y ayer yo le sostenía a la condesa la teoría de que su matrimonio había sido determinado por Les Aigues.

Amigo mío, para poder apreciar a la condesa hay que saber que el general es un hombre violento, de rostro encendido, de cinco pies nueve pulgadas de estatura, cuadrado como una torre, cuello, de toro y espaldas de herrero que debieron sostener orgullosamente la coraza. Montcornet mandaba los coraceros en el combate de Essling, que los austríacos llaman de Gross-Aspern, y no pereció en él cuando aquellos magníficos regimientos de caballería fueron rechazados hacia el Danubio. Pudo atravesar el río a caballo de un tronco de árbol. Los coraceros, al encontrar destruido el puente, tomaron, por orden de Montcornet, la sublime resolución de dar media vuelta y resistir a todo el ejército austríaco, el cual al día siguiente se llevó treinta y tantos carros cargados de corazas. Los alemanes han ideado para estos coraceros una palabra que significa «hombres de hierro^[1]». Montcornet tiene el exterior de un héroe de la antigüedad. Sus brazos son potentes y nervudos, su pecho ancho y sonoro, su cabeza se destaca por su aspecto leonino, y su voz es de aquellas que pueden ordenar una carga en medio de la tempestad del combate; pero posee únicamente el valor del hombre sanguíneo, carece de espiritualidad y de alcances. Como muchos generales, a los que el buen sentido militar, la desconfianza natural del hombre

que se halla constantemente en peligro y el hábito de mandar dan apariencias de superioridad, Montcornet impresiona cuando se le ve por primera vez; uno cree hallarse en presencia de un Titán, pero pronto recela si se encuentra ante un enano, como el gigante de cartón que saluda Elisabeth a la entrada del castillo de Kenilworth. Colérico y bondadoso, henchido de orgullo imperial, tiene la causticidad del soldado, la respuesta pronta y la mano más pronta todavía. Si ha sido extraordinario en un campo de batallas, es completamente insoportable en una casa; conoce únicamente el amor de guarnición, el amor del militar, al que los antiguos, esos ingeniosos fabricantes de mitos, dieron por patrono al hijo de Marte y de Venus: «Eros». Aquellos deliciosos cronistas de religiones se habían provisto de una docena de amores diferentes. Estudiando a los padres y los atributos de tales amores, se puede descubrir la más completa nomenclatura social; ¡y nosotros creemos haber inventado algo! Cuando el mundo se vuelva del revés, como un enfermo que está soñando; cuando los océanos se conviertan en continentes, los franceses que entonces vivan encontrarán en el fondo de nuestro océano actual una máquina de vapor, un cañón, un periódico y una carta, envuelto todo en plantas marinas.

Y, mi querido amigo, la condesa de Montcornet es una mujercita frágil, delicada y tímida. ¿Qué me dices de este matrimonio? Para quien conoce el mundo, las casualidades son tan comunes que los matrimonios bien aparejados son la excepción. He estado viendo de qué manera esta mujercita endeble tira de sus hilos para mover al alto, corpulento y fuerte general, exactamente igual que éste hacía moverse a sus coraceros.

Si Montcornet habla alto delante de su Virginia, la señora se pone un dedo en los labios, y él se calla inmediatamente. El soldado se va a fumar su pipa y sus cigarrillos a un quiosco situado a cincuenta pasos del castillo, y regresa perfumado. Orgulloso de su sumisión, se vuelve hacia ella como un oso embriagado de uvas, para decir, cuando alguien le propone algo: «Si la señora lo quiere». Cuando llega a las habitaciones de su cónyuge con su pesado andar, haciendo crujir los peldaños como si fueran tablas, si ella le grita con voz irritada «¡No entres!», él da, militarmente, media vuelta por el flanco derecho y susurra estas humildes palabras: «Haz el favor de mandarme un aviso cuando pueda hablarte...», con la misma voz que gritó a sus coraceros en las orillas del Danubio: «¡Hijos míos, hay que morir dignamente cuando no se puede hacer otra cosa!». Le he oído decir, refiriéndose a su mujer, esta frase conmovedora: «No solamente la amo, sino que la venero y la aprecio». Cuando se apodera de él una de aquellas cóleras que rompen las compuertas y se le escapan en forma de cascada indomable, la mujercita se encierra en sus habitaciones y le deja que grite. Sólo a los cuatro o cinco días ella le dice: «No te enfades; podría rompérsete un vaso sanguíneo pulmonar, sin tener en cuenta el mal que me haces». Y entonces el león de Essling se aparta de ella para esconder una lágrima. Cuando él se presenta en el salón

mientras estamos conversando la condesa y yo, le dice: «Déjanos; me está diciendo algo interesante». Y nos deja solos.

No hay nadie como estos hombres fuertes, altos y coléricos, como estos rayos de la guerra, como estos diplomáticos de cabeza olímpica, como estos hombres de genio, para demostrar esta confianza, esta generosidad para con los débiles, esta constante protección, este amor sin celos, esta sencillez para con su mujer. Palabra de honor, que pongo la capacidad de la condesa tan por encima de las virtudes secas y ásperas como puede estarlo el satén de una otomana sobre el terciopelo de Utrecht de un sillón burgués.

Amigo mío, estoy en este admirable campo desde hace seis días, y no me canso de admirar las maravillas de este parque, presidido por espesos bosques y en el que se encuentran deliciosos senderos a lo largo de los cursos de agua. La naturaleza y su silencio, los tranquilos placeres, la vida fácil a que te invita, todo me ha seducido. ¡Oh! He aquí la verdadera literatura; una pradera nunca carece de estilo. La felicidad aquí consistiría en olvidarlo todo, incluso los *Débats*. Supongo que habrás adivinado que ha estado lloviendo las dos últimas mañanas. Mientras la condesa dormía y el señor Montcornet recorría sus propiedades, yo cumplía a la fuerza la promesa que tan imprudentemente te hice de escribirte.

Hasta ahora, aunque nacido en Alençon, de un anciano juez y de un prefecto, según se dice; aunque me eran familiares las hierbas, consideraba como una fábula la existencia de estas tierras por medio de las cuales perciben entre cuatro y cinco mil francos mensuales. El dinero, para mí, podía resumirse en cuatro horribles palabras: trabajo, editor, periódico y política... ¿Cuándo podremos tener nosotros una propiedad donde el dinero brote en medio de un maravilloso paisaje? Es esto lo que para nosotros deseo fervientemente en nombre del teatro, de la prensa y del libro. Así sea.

Florina va a sentirse celosa del feudo de la señorita Laguerre. Nuestros Bourets modernos no poseen ya la nobleza francesa que les enseñaba cómo se debe vivir; ahora son necesarios tres para pagar un palco en la Ópera, se hacen presupuestos previos para poderse dar algún goce en la vida y no cortan «in-cuartos» magníficamente encuadernados para reducirlos al mismo tamaño de los «in-octavo» que tienen en su biblioteca. ¡Apenas si compran algún libro! ¿Adónde iremos a parar? Adiós, hijos míos, amad siempre.

Vuestro afectísimo Blondet.

Si por un milagroso azar esta carta, salida de la más perezosa pluma de nuestra época, no se hubiese guardado, habría sido completamente imposible hacer una descripción de Les Aigues. Y sin esta descripción, la historia doblemente horrible que allí tuvo lugar sería, muy probablemente, menos interesante.

Mucha gente esperará sin duda ver la coraza del excoronel de la Guardia Imperial alumbrada por un rayo de luz, ver exacerbada su cólera y caer como una tromba

sobre aquella mujercita para que al final de la historia se halle lo que acostumbra hallarse en tantos libros modernos: una drama de alcoba. ¿Podría este drama moderno producirse en aquel hermoso salón con los vanos de las puertas en forma de camafeos azulados; en el que pululaban las más amorosas escenas de la Mitología; en el que maravillosos y fantásticos pájaros aparecían pintados en el techo y en las paredes; en el que sobre la chimenea reían a mandíbula batiente los monstruos de porcelana china; donde, sobre los más ricos jarrones, unos dragones azul y oro retorcían sus colas en forma de espirales alrededor del borde que la fantasía japonesa había esmaltado con encajes de colores; en el que las duquesas, las otomanas, los sofás, las consolas y las librerías inspiraban aquella pereza contemplativa que disuelve toda energía? No, el drama allí no se podía limitar a la vida privada, sino que tenía que agitarse o más alto o más bajo. No esperéis que se trate de algo relacionado con las pasiones, pero la verdad no será menos dramática. Por otra parte, el historiador no debe olvidar jamás que su misión es dar a cada cual lo que le corresponde; el miserable y el rico deben ser iguales para su pluma; para él, el campesino posee la grandeza de sus miserias, del mismo modo que el rico posee la pequeñez de sus ridículos; finalmente, el rico tiene pasiones, y el campesino únicamente necesidades, con lo que éste es doblemente pobre; y si, políticamente, sus agresiones deben ser implacablemente reprimidas, humana y religiosamente es sagrado.

II

UNA BUCÓLICA OLVIDADA POR VIRGILIO

Cuando un parisién llega al campo se ve apartado de todas sus costumbres, y pronto empieza a sentir el peso de las horas, a pesar de los ingeniosos cuidados que para evitarlo le prodiguen sus amigos. Así, para no perpetuar las conversaciones, cuyos temas se agotan tan fácilmente, los castellanos y las castellanas os dicen con la mayor tranquilidad: «Usted debe de aburrirse mucho aquí». En efecto, para disfrutar de las delicias del campo es preciso tener en él algunos intereses, conocer los trabajos que le son propios, y el concierto alternativo del dolor y del placer, eterno símbolo de la vida humana.

Una vez que el sueño ha recobrado su equilibrio, cuando uno ha reparado la fatiga del viaje y se ha puesto al unísono con las costumbres campesinas, el momento de la vida del castillo más difícil de pasar para un parisién que no es cazador ni agricultor, y que calza botas de cuero fino, es el de las primeras horas de la mañana. Entre el instante en que se despierta y el desayuno, las mujeres duermen o se están arreglando, y son inabordables; el dueño de la casa ha salido muy de mañana a sus ocupaciones. Un parisién, entre las ocho y las once se encuentra, pues, completamente solo, y es sabido que las once es la hora en que se acostumbra a desayunar en los castillos. Después de haber intentado hallar algún entretenimiento en las minucias del cuidado de la persona, no tarda en agotarse este recurso y si uno se ha llevado consigo algún trabajo para hacer, éste permanece virgen cuando tan sólo se han entrevisto las primeras dificultades; así, pues, mi escritor se ve obligado a dar vueltas por las avenidas del parque, a embobarse con las cornejas, a entretenerse contando el número de árboles. Y cuanto más difícil resulta la vida, más fastidiosas resultan estas ocupaciones, a menos de pertenecer a la secta de los cuáqueros torneros, al honorable gremio de los carpinteros o al de disecadores de pájaros. Si uno debiera, como los propietarios, quedarse a vivir en el campo, procuraría amueblar su hastío con alguna pasión geológica, mineralógica, entomológica o botánica; pero un hombre razonable no se proporciona únicamente para una semana un vicio como los indicados. Las tierras más magníficas, los más hermosos castillos, se vuelven, pues, insípidos con bastante rapidez para aquellos que no disfrutaban con ellos de otra cosa que de la vista. Las bellezas naturales parecen perfectamente mezquinas comparadas con su representación en el teatro. París empieza entonces a brillar con todas sus facetas. Sin un interés particular que nos ligue a él, como Blondet lo estaba en los lugares *honrados por los pasos e iluminados por los ojos* de determinada persona, uno llegaría a envidiar a los pájaros sus alas para poder regresar a los perpetuamente emocionantes espectáculos de París y a sus agotadoras luchas.

La larga carta escrita por el periodista haría suponer a las inteligencias penetrantes que había alcanzado, moral y físicamente, aquella fase característica de la pasión satisfecha, de la felicidad alcanzada y que todos los volátiles engordados a la fuerza representan a la perfección cuando hunden la cabeza en el buche abultado y quedan fijos sobre sus patas, sin poder ni querer mirar al más apetitoso manjar. Así, una vez terminada su formidable carta, Blondet sintió la necesidad de salir a los jardines de Armida y tratar de animar la mortal laguna de las tres primeras horas del día, ya que entre el desayuno y el almuerzo el tiempo pertenecía a la castellana, quien conseguía que pareciese breve. Conservar en el campo, como logró la señora de Montcornet, a un hombre inteligente durante un mes, sin que apareciese en el rostro de él la risa falsa de la saciedad, constituye uno de los más grandes triunfos que puede alcanzar una mujer. Un afecto que resista a esta clase de pruebas debe de ser eterno. No se concibe que las mujeres no se sirvan de una prueba como ésta para juzgar a sus amantes; es prácticamente imposible que un estúpido, un egoísta o un espíritu mezquino lo pueda resistir. El propio Felipe II, el Alejandro del disimulo, habría revelado todos sus secretos al mes de permanecer en el campo conversando únicamente con una persona. Por eso los reyes viven siempre en una perpetua agitación y no conceden a nadie el derecho a estar con ellos más de un cuarto de hora.

No obstante las delicadas atenciones de una de las más encantadoras mujeres de París, Emilio Blondet volvió a sentir el olvidado placer de hacer novillos. Al día siguiente de terminar su carta se hizo despertar por Francisco, el primer ayuda de cámara, puesto especialmente a su servicio, con la intención de ir a explorar el valle del Avonne.

El Avonne es un pequeño río que aumenta de caudal más arriba de Conches, gracias a la aportación de aguas de varios arroyos, alguno de los cuales retumba dentro de los límites de Les Aigues, y va a confluír en Ville-aux-Fayes, en uno de los más importantes afluentes del Sena. Las condiciones geográficas del Avonne, navegable en un trecho de cuatro leguas aproximadamente, habían dado, después del invento de Juan Rouvet, todo su valor a los bosques de Les Aigues, de Soulanges y de Ronquerolles, situados en las crestas de las colinas bajo las cuales corre este río encantador. El parque de Les Aigues ocupaba la mayor parte de la superficie del valle entre el río, bordeado a ambos lados por el bosque llamado de Les Aigues y la carretera principal, a la que unos viejos y retorcidos olmos señalan hacia el horizonte una inclinación del terreno paralela a la de los montes llamados del Avonne, primera grada de este magnífico anfiteatro conocido por el Morvan.

Por vulgar que sea esta comparación, el parque, puesto allí, en el fondo del valle, parecía un inmenso pez cuya cabeza tocase el pueblo de Conches y la cola el burgo de Blangy, ya que, más largo que ancho, aumentaba en su centro hasta una anchura de unos doscientos arapendes, mientras que no llegaba a tener la de treinta en las proximidades de Conches y la de cuarenta en las de Blangy. La situación de esa propiedad, entre tres pueblos y a una legua de la pequeña ciudad de Soulanges, desde

donde podía uno lanzarse sobre aquel Edén, fue quizá la razón que pudo fomentar la guerra, y aconsejó los excesos cometidos y que constituyen el tema de principal interés en esta historia. Si, visto desde la carretera o desde la parte alta de Ville-aux-Fayes, el paraíso de Les Aigues hacía cometer a los viajeros el pecado de la envidia, ¿cómo hubieran podido sustraerse a este impulso los ricos vecinos de Soulanges y de Ville-aux-Fayes, que lo tenían constantemente ante sus ojos?

Éste último detalle topográfico era absolutamente necesario para hacer comprensible su situación y la utilidad de las cuatro puertas por las cuales se entraba en el parque de Les Aigues, enteramente rodeado de muros, excepto en los sitios en que la naturaleza hacía completamente imposible la entrada en él y allí donde se habían abierto zanjas y canales. Estas cuatro puertas, que recibían los nombres de puerta de Conches, del Avonne, de Blangy y de la Avenida, revelaban de tal modo el genio de las diversas épocas en que fueron construidas que, en interés de los arqueólogos, serán descritas, pero tan sucintamente como Blondet ha descrito ya la de la Avenida.

Al cabo de ocho días de paseos con la condesa, el ilustre redactor del *Journal des Débats* conocía a fondo el pabellón chino, los puentes, las islas, la cartuja, la cabaña, las ruinas del templo, la nevera babilónica, los quioscos de jardines, quienes pudieron disponer de novecientos arapendes de terreno para desarrollar su imaginación; quería, pues, encaminarse a las fuentes del Avonne, que tanto el general como la condesa le alababan continuamente; cada noche se hacía el mismo proyecto para el día siguiente, que olvidaba en cuanto les saludaba. Efectivamente, en el parque de Les Aigues, el Avonne tiene la apariencia de un torrente alpino. Igual excava un cauce entre las rocas como se entierra en una profunda tina; allí, los arroyos se lanzan bruscamente sobre él formando cascadas; aquí se detienen como hace el Loira, rozando simplemente la superficie de los bancos de arena y haciendo perpetuamente impracticable la navegación a causa de las diferencias de calado. Blondet cogió el camino más corto a través de los laberintos del parque, para llegar a la puerta de Conches. Esta puerta exige algunas palabras, por otro lado repletas de pormenores históricos sobre la propiedad.

El fundador de Les Aigues fue un segundón de la casa de Soulanges, enriquecido por matrimonio, que quiso mofarse de su hermano mayor. Este mismo sentimiento nos ha valido las fantasías hechas realidad de la Isola Bella, en el lago Mayor. En la Edad Media, el castillo de Les Aigues estaba sobre el Avonne. De ese castillo únicamente subsiste su puerta, consistente en un porche parecido al de las ciudades fortificadas, flanqueada por dos torres de fábrica. Sobre la bóveda del porche se alzaban poderosos sillares llenos de vegetación, con tres ventanas de crucero por aberturas. Una escalera de caracol, entre las dos torres, conducía a dos habitaciones y a la cocina principal, que ocupaba la segunda de aquéllas. El techo del porche, de forma puntiaguda, como en toda construcción antigua, se distinguía por dos veletas colocadas al extremo de una cúspide adornada con hierros forjados de curiosas

formas. Muchas localidades no tienen tan magnífico el edificio del ayuntamiento. En la parte exterior, la clave de la bóveda lucía todavía el escudo de los Soulanges, conservado por la dureza de la piedra escogida por el escultor imaginario que la había esculpido: *de azur, con tres bordones en palo de plata, con faja bronchante de gules, cargado con cinco cruces de oro en el pie afilado*, y tenía el corte heráldico reservado a los segundones. Blondet descifró la divisa: *Suelo hacer*, uno de los juegos de palabras que los cruzados acostumbraban a hacer con sus propios nombres y que recuerda una hermosa máxima política, desgraciadamente olvidada por Montcornet, como se verá. La puerta, que le abrió a Blondet una linda muchacha, era de vieja madera, muy pesada a causa de los flejes de hierro forjado que la adornaban. El guarda, a quien despertaron los chirridos de los goznes, sacó la nariz por la ventana, viéndosele en camisón.

«¡Cómo! ¿nuestros guardas siguen durmiendo a estas horas?», se dijo el parisién, creyéndose muy impuesto de las costumbres del campo.

Al cabo de un cuarto de hora de marcha, llegó a las fuentes del río, a la altura de Conches y sus ojos quedaron entonces maravillados ante la presencia de un paisaje cuya descripción debería hacerse, como la historia de Francia, en mil volúmenes o en uno solo. Contentémonos con un par de frases.

Una roca ventruda y protegida por árboles enanos, desaislada en su base por el Avonne, lo que hace que se parezca un poco en una gran tortuga caída de través en el agua, figura un arco a través del cual la vista domina un pequeño remanso claro como un espejo, en el que el Avonne parece adormecido, y que termina a lo lejos en cascadas de grandes rocas, donde unos pequeños sauces parecidos a péndulos van y vienen constantemente bajo el impulso de las aguas.

Más allá de esas cascadas, los flancos de una colina corlados a pico como una roca del Rhin, cubierta de musgo y de brezos pero tallada como aquélla en aristas pizarrosas, vierten sus burbujeantes aguas en varios lugares unos cuantos torrentes, a los cuales un pequeño prado, siempre húmedo y verde, sirve de copa; después, como contraste de esta naturaleza selvática y solitaria, los últimos jardines de Conches se ven al otro lado de este pintoresco caos, al fondo de los prados, con los bloques de las viviendas del pueblo y del campanario.

Estas son las dos frases, pero el sol saliente por el horizonte, la pureza del aire, el acre rocío, el concierto de las aguas y del bosque... ¡adivínenlo!

«Palabra que esto es tan hermoso como en la Ópera», se dijo Blondet remontando el Avonne innavegable, cuyos caprichos hacían salir de nuevo al canal recto, profundo y silencioso del bajo Avonne, encajonado entre los grandes árboles del bosque de Les Aigues.

Blondet no llegó muy lejos en su paseo matinal, pues pronto se vio detenido por uno de los campesinos que son, en este drama, comparsas tan necesarios al desarrollo de la acción que incluso se llegará a dudar si son más importantes que los propios protagonistas.

Al llegar a un apiñamiento de rocas donde la corriente mayor queda encerrada como entre dos puertas, el espiritual escritor vio a un hombre que se mantenía en una inmovilidad capaz de despertar la curiosidad de un periodista, si ya el aspecto y el traje de aquella estatua animada no le hubiesen intrigado profundamente.

Reconoció en aquel humilde personaje a uno de esos ancianos creados por el lápiz de Charlet, que veía en las tropas de aquel Homero, soldados de una constitución capaz de soportar todas las desdichas, y a sus inmortales barrenderos por la cara encarnada, violácea, rugosa, que les hacía aparecer como inhábiles para todo lo que significara resignación. Un sombrero de fieltro muy deteriorado, cuyas aplastadas alas mejor parecían un solideo, protegía de la intemperie a aquella cabeza casi calva de la que se escapaban dos mechones de cabellos. Un pintor hubiera pagado gustoso cuatro francos por la hora para poder copiar aquella nieve deslumbradora y repartida como la de todos los Padres Eternos clásicos. Por la manera como las mejillas se hundían y prolongaban la boca, se adivinaba que el desdentado viejo se dirigía más a menudo al tonel que a la escudilla. Su barba blanca y un poco rala daba un aspecto ligeramente amenazador a su perfil y sus ojos, demasiado pequeños para su enorme cara, inclinados como los de un cerdo, expresaban a la vez astucia y pereza; pero en aquellos momentos despedían cierto brillo, de tan fija como tenía la mirada en el río. Por todo vestido, el pobre hombre llevaba únicamente una vieja blusa, azul en otro tiempo, y unos pantalones de esa tela basta que en París se utiliza para embalajes. Cualquier habitante de la ciudad se hubiera estremecido al ver en sus pies unos zuecos rotos, sin siquiera un poco de paja para suavizar las grietas. Ciertamente, la blusa y el pantalón no valían más que para ser tirados al cesto de la basura.

Mientras examinaba a ese Diógenes campesino, Blondet empezó a admitir la posibilidad de la existencia de aquellos tipos de campesinos que pueden verse en los tapices antiguos, en los antiguos cuadros y en las antiguas sepulturas, que hasta entonces le habían parecido una fantasía. No condenó absolutamente la escuela de la fealdad, comprendiendo que, en el hombre, la belleza no es más que una halagadora excepción, una quimera en la cual él se esfuerza en creer.

«¿Cuáles pueden ser los pensamientos, las costumbres, de un ser como éste? ¿En qué puede estar pensando?», se preguntaba Blondet picado por la curiosidad. «¿Es éste mi semejante? No tenemos en común más que la forma, y aún eso...».

Estudiaba esa particular rigidez de los tejidos de las gentes que viven al aire libre, acostumbradas a soportar las inclemencias de la atmósfera, a resistir los excesos del frío y del calor, a sufrirlo todo, en una palabra, y que hacen de su piel un cuero casi curtido y de sus nervios un aparato contra el dolor físico, tan potente como el de los árabes o los rusos.

«Es como las pieles rojas de Cooper, se dijo; no hay necesidad de ir a América para ver salvajes».

Aunque el parisién sólo estaba a dos pasos de él, el viejo no volvió la cabeza y siguió mirando hacia la orilla opuesta con la fijeza que los faquires de la India saben

dar a sus ojos vitrificados y a sus membranas anquilosadas. Vencido por aquella especie de magnetismo, más contagioso de lo que puede parecer, Blondet terminó por mirar también al agua.

—Y bien, buen hombre, ¿qué es lo que hay allí? —preguntó Blondet al cabo de un cuarto de hora largo, durante el cual no vio nada que pudiese atraer de aquel modo la atención.

—Chist... —dijo en voz muy baja el viejo, haciendo signo a Blondet de que no agitara el aire con su voz—. Va a espantarla...

—¿A quién?

—Una *nutia*, señor. Si nos oye es capaz de escaparse por debajo del agua. Y no *nay* que *ecir*; ya ha saltado hacia allí, ¡mire! ¿Ve usted el agua como *yerve*?... ¡Oh!, está acechando a un pez; pero cuando quiera volver a la orilla, éste la cogerá con las manos. Es que, sabe usted, la *nutia* es uno de los animales más raros. Es una pieza científica, *mu* delicada además. En Les Aigues me darán por ella al menos diez francos, visto que la señora está adelgazando, y seguirá adelgazando mañana. En otros tiempos, la difunta señora me llegó a pagar hasta veinte francos y me dio la piel para mí... Calle —dijo en voz baja—. Mira bien...

Del otro lado de aquel brazo del Avonne, bajo un grupo de alisos, Blondet vio dos ojos brillantes como los de un gato, después una frente parda y los cabellos alborotados de un muchacho de unos doce años aproximadamente; estaba echado boca abajo y en seguida hizo un signo para señalar donde estaba la nutria y entendiese el anciano que no la perdía de vista. Blondet, subyugado por la devoradora esperanza del viejo y del muchacho, se dejó morder por el demonio de la caza.

Ese demonio tiene dos garras, la esperanza y la curiosidad, y os puede llevar adonde él quiera.

—La piel puede venderse a los sombrereros —prosiguió el viejo—. Es una piel tan fina y tan suave... La ponen en los sombreros de señora...

—¿Cree usted, abuelo? —dijo Blondet sonriendo.

—Claro que sí, señor. Usted tiene que saberlo mucho mejor que yo, aunque yo haya cumplido ya los sesenta años —respondió humilde y respetuosamente el viejo, adoptando una actitud de dador de agua bendita—. Quizá usted podría explicarme por qué les gusta tanto este animal a los traficantes y a los comerciantes en vino.

Blondet, un maestro de la ironía, que ya desconfiaba desde que había oído pronunciar la palabra «científico», por recordarle al mariscal de Richelieu, sospechó alguna burla del viejo campesino, pero se tranquilizó al observar la ingenuidad de su actitud y la estupidez de su expresión.

En mi juventud se veían muchas *nutias*; el país les es favorable —prosiguió el hombre—; pero se han cazado tantas, que ya es mucho si vemos la cola de una cada siete años... También *el superfecto* de la Vil-le-aux-Fayes...; ¿el señor le conoce?... Aunque parisién, es un hombre simpático, como usted, y le gustan las curiosidades. Conociendo mi habilidad para cazar *nutias*, ya que las conozco como usted conoce su

alfabeto, me dijo: «Papá Fourchon cuando encuentres una *nutia*, tráemela; esto me ha dicho, que te la pagaré bien, y si tiene manchas negras en la espalda, *que me dice*, te daré por ella treinta francos». Esto es lo que me dijo en el embarcadero de Ville-aux-Fayes, tan verdad como que creo en Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo. Hay *tavía* un sabio en Soulanges, el señor Gourdon, nuestro médico, que está haciendo, como dicen, un gabinete de Historia Natural como no lo hay Igual ni en Dijon; en fin, el primer sabio de estas tierras, que me la pagaría también muy bien... Sabe diseccionar hombres y animales. Y como mi chico me dice que ésta tiene el pelo blanco... «¡Si es así, yo *que le he dicho*, el buen Dios nos quiere bien esta mañana...!». ¡Mire el agua como *sorbe!*... ¡Oh, allí, allí está...! Aunque éste viva como los animales de tierra, puede pasar días enteros debajo del agua... ¡Ah...! le ha oído, mi querido señor, está recelosa, ya que no *hay* animal más astuto que éste; ¡es peor que una mujer!

—Quizá por eso las nutrias son femeninas —observó Blondet.

Demonio, señor; usted que es de París sabrá estas cosas mejor que nosotros; pero mejor habría hecho usted quedándose en la cama toda la mañana y no echando a perder nuestro negocio... ¿Ve usted aquella especie de ola? Es que *ella* se marcha por debajo... Vamos, Mosca, la *nutia* ha oído al señor y es capaz de hacernos desesperar hasta *meyanoche*; vámonos... ¡Allá van treinta francos nadando!...

Mosca se puso en pie, pero a disgusto: miraba el lugar donde burbujeaba el agua, lo señalaba con el dedo, y no perdía aún la esperanza. Aquel muchacho de cabellos encrespados y cara morena como la de los ángeles de los cuadros del siglo xv, parecía ir en calzoncillos, pues sus pantalones terminaban a la altura de las rodillas, debido a las rasgaduras producidas por los espinos y los cardos del monte. Aquella prenda de vestir, indispensable, se sostenía por medio de dos cuerdas de esparto a guisa de tirantes. Una camisa de tela de la misma calidad que el pantalón del viejo, pero más gruesa de tantos zurcidos y remiendos, dejaba ver un pecho tostado por el sol. Así, pues, el vestido de Mosca triunfaba, en cuanto a simplicidad, sobre el del tío Fourchon.

«Hay buena gente por aquí, se dijo Blondet. La de los alrededores de París apostrofaría furiosamente a cualquier burgués que espantase su caza».

Y como jamás había visto una nutria, ni en el museo siquiera, quedó encantado con aquel episodio del paseo.

—Vamos —prosiguió, sintiendo ver como el viejo iba a marcharse sin pedirle nada—, te dices cazador de nutrias... Si estuvieras seguro de que la nutria está allí...

Desde la otra orilla Mosca levantó un dedo y mostró las burbujas de aire que subían desde el fondo del Avonne, las cuales fueron a morir en forma de campana en medio del cauce.

—Ha vuelto allí —dijo el tío Fourchon—. ¡Respira, la asquerosa! Allí está haciendo burbujas. ¿Cómo se las arreglará para poder respirar debajo del agua? Es un animal tan astuto que se burla incluso de la ciencia.

—Bien —continuó Blondet, a quien esta última frase le pareció una broma debida más al espíritu campesino que al del individuo—, espera y captura la nutria.

—¿Y nuestro jornal, señor, el de Mosca y el mío?

—¿Cuánto vale tu jornal?

—¿Entre los dos, el de mi aprendiz y el mío? Cinco francos... —contestó el viejo mirando a los ojos de Blondet con una duda que demostraba una gran depresión.

El periodista se sacó diez francos del bolsillo, diciendo:

—Aquí tienes diez, y te daré otros tantos por la nutria.

—No la pagará usted muy cara, ya que tiene *de lo blanco* en la espalda. El *superfecto* nos ha dicho que en nuestro museo sólo hay una de este género. ¡Hay que ver lo instruido que es nuestro *superfecto*! No, no tiene nada de tonto. Mientras yo cazo la *nutia*, el señor de Lupeaulx caza la hija del señor Gaubertin, que tiene una *hermosa dote blanca en la espalda*. Mire, señor, sin que quiera darle órdenes, váyase allí, a la *mitá* del Avonne, a aquella piedra, allí... Cuando hayamos visto la *nutia*, la obligaremos a remontar el río, para sacarla de su agujero y poderla coger, pues si no, ellas se dejan llevar por la corriente. Cuando le digo que son muy astutas... Si yo hubiese aprendido astucia en su escuela, a estas horas estaría viviendo tranquilamente de mis rentas. Demasiado tarde he sabido que lo que había que hacer era remontar la corriente a primeras horas del día, para encontrar el botín antes que los demás. Esto es lo que hace la *nutia*. En fin, quizá cuando nací me echaron una maldición. Pero nosotros tres tal vez seamos más listos que esta *nutia*.

—¿Y cómo podremos saberlo, mi viejo nigromante?

—¡Ah, maldición! Somos tan estúpidos los *capesinos*, que acabamos por comprender a los animales. Esto es lo que vamos a hacer. Cuando la *nutia* quiera regresar a su casa, la esperaremos aquí, y usted la espantará desde abajo; espantada por usted y por nosotros, saldrá a la orilla; si sale a tierra, está perdida. No puede correr mucho. Con sus patas de oca está hecha para el agua. ¡Ah...! Esto va a divertirle a usted, porque será una verdadera carambola: ¡se caza y se pesca a la vez! El general, en casa del cual está usted, en Les Aigues, ha venido aquí tres días seguidos, porque se empeñaba en conseguirla.

Blondet, armado de una rama que el viejo cortó, mientras le indicaba cómo debía azotar el agua con ella a una señal suya, fue a apostarse en medio del Avonne, saltando de piedra en piedra.

—Allí, querido señor...

Blondet se quedó allí, sin darse cuenta del paso del tiempo, ya que, de vez en cuando, un gesto del viejo le hacía esperar un feliz desenlace; pero, por otra parte, nada hace que el tiempo pase más inadvertidamente que la espera de la acción que va a suceder al profundo silencio del acecho.

—Tío Fourchon —dijo en voz muy baja el muchacho al viejo al verse los dos solos—, de verdad que hay una *nutia*...

—¿La ves tú?

—Sí, allí está...

El viejo quedó estupefacto al ver entre dos aguas el pelaje marrón y rojizo de una nutria.

—¡Va a salir! —aseguró el muchacho.

—Dale un golpe seco en la cabeza y échate al agua para tenerla en el fondo, pero sin soltarla...

Mosca se metió en el Avonne con un salto parecido al de una rana asustada.

—¡Venga, venga, mi querido señor! —gritó el tío Fourchon, lanzándose también al Avonne y dejando los zuecos en la orilla— ¡Espántela! ¿La ve?... Va nadando hacia usted...

El viejo corrió hacia Blondet hendiendo las aguas, gritándole con la seriedad que la gente del campo reserva para sus mayores vehemencias:

—¿La ve usted, allí, a lo largo de las rocas?

Blondet, colocado por el viejo de manera que recibiera los rayos del sol sobre los ojos, empezó a batir el agua sin dudarle un instante.

—¡Venga, venga, por el lado de las rocas! —gritó el tío Fourchon—. ¡El agujero donde vive la *nutia* está allí, a su izquierda!

Dejándose llevar por su entusiasmo, al que una larga espera había estimulado, Blondet tomó un baño de pies al resbalar sobre la superficie de una de las piedras.

—¡Vamos, señor, vamos! Ya la tiene... ¡Ah, veinte relámpagos! Le está pasando por entre las piernas. ¡Ahora, ahora le pasa! —gritó el viejo desesperado.

Y como si se hubiera apoderado de él el ardor de la caza, el anciano fue avanzando por en medio del río, hasta llegar delante mismo de Blondet.

—¡La hemos perdido por su culpa! —prosiguió el tío Fourchon, a quien Blondet dio la mano y que salió del agua como un tritón, pero como un tritón vencido—. La pilla se ha metido allí, debajo de las rocas... Dejar escapar el pez que había pescado —añadió el buen hombre mirando a lo lejos y señalando algo que flotaba—. Por lo menos podremos aprovechar la tenca, pues veo que se trata de una verdadera tenca...

En aquel momento un criado de librea a caballo, que conducía otro por la brida, apareció galopando por el camino de Conches.

—Mire, allá va alguien del castillo que parece estarle buscando a usted —dijo el campesino—. Si quiere volver a esta orilla le daré la mano... ¡Oh...!, a mí no me importa mojarme; me ahorro el lavado de la ropa.

—¿Y el reuma? —preguntó Blondet.

—¡Ah, sí! El sol nos ha gastado una mala pasada a Mosca y a mí. Apóyese en mí, querido señor... Usted es de París, y no sabe sostenerse sobre *nuestras* rocas... Si se queda algún tiempo por aquí aprenderá muchas cosas en el libro de la naturaleza, usted, que, según se dice, *escribe noticias* en los *papeles*.

Blondet había llegado a la otra orilla del Avonne cuando Carlos, el criado, le vio.

—Señor, no sabe usted la inquietud de la señora desde que ha sabido que había salido por la puerta de Conches. Cree que usted se ha ahogado. Por tres veces ha

hecho sonar la campana de llamada para el desayuno, además de llamarle por todo el parque, donde el señor cura todavía le está buscando.

—¿Qué hora es, Carlos?

—Las doce menos cuarto...

—¿Por casualidad se ha topado el señor con la nutria del tío Fourchon? —preguntó Carlos al ver los pantalones y las botas de Blondet rezumando agua.

Aquella pregunta bastó para que el periodista lo comprendiera todo.

—No digas ni una palabra de esto, Carlos, y no me olvidaré de ti —exclamó.

—No se preocupe. El mismo señor conde se topó con la nutria de Fourchon —contestó el criado—. En cuanto un forastero llega a Les Aigues, el tío Fourchon se pone al acecho, y si el visitante va a ver las fuentes del Avonne, le vende su nutria... Representa tan bien el papel, que el señor conde ha venido tres veces, y le ha pagado seis jornales, durante los cuales han pasado el tiempo mirando correr el agua.

—¡Y yo que había creído que Potier, Bautista hijo, Michot y Monroe eran los más grandes actores de nuestros tiempos...! —dijo Blondet—. ¿Qué son todos ellos comparados con este mendigo?

El tío Fourchon conoce muy bien ese ejercicio —aseguró Carlos—. Tiene, además, otra cuerda en el arco, pues es cordelero de profesión. Tiene la fábrica a lo largo de la pared de la puerta de Blangy. Si tuviera usted la desgracia de tocar sus cuerdas, él sabría como liarle con ellas, y tan bien, que le entrarían a usted ganas de manejar la rueda y hacer por sus propias manos un trozo de cuerda; entonces le pide a usted la gratificación que debe dar al aprendiz. La señora cayó en el truco y le dio veinte francos. Es el rey de los timadores —añadió Carlos sirviéndose de una palabra discreta.

Aquella charla con un lacayo permitió a Blondet entregarse a una serie de reflexiones sobre la profunda astucia de los campesinos, recordando todo lo que había oído decir de ellos a su padre, el juez de Alençon. Más tarde todas las bromas y malas jugadas escondidas bajo la capa de la ignorancia del tío Fourchon, le volvieron a la memoria, aclaradas por las confidencias de Carlos, y se confesó haber sido engañado por el mendigo borgoñón.

—No sabe usted bien lo que se debe desconfiar de todo y de todos en el campo —dijo Carlos al llegar al pie de la escalinata de Les Aigues—. Sobre todo aquí, donde el general no es muy querido...

—¿Y por qué?

—¡Ah!... No lo sé —contestó Carlos adoptando el aire obtuso con que los criados saben negar una contestación a sus superiores, lo que dio mucho que pensar a Blondet.

—¡Oh! ¡Ya está usted aquí, señor paseante! —exclamó el general, a quien el ruido de los caballos había atraído a la escalinata—. ¡Aquí está!, ¡tranquilízate! —gritó a su mujer, cuyos menudos pasos empezaron a oírse—. Ahora sólo nos falta el abate Brossette. Ve a buscarlo, Carlos dijo al criado.

III

LA TABERNA

La puerta llamada de Blangy, debida a Bouret, se componía de dos pilastras de almohadillado vermicular, culminada cada una de ellas por un perro rampante apoyado en las patas traseras y sosteniendo un escudo con las de delante. La proximidad del pabellón en el que vivía el mayordomo había evitado que el financiero tuviese que construir una vivienda que sirviese de portería. Entre las dos pilastras, una verja suntuosa y de la misma clase que la forjada en tiempos de Buffon para el Jardín Botánico, se abría a un extremo del pavimento que llevaba a la carretera cantonal, en otro tiempo conservada en buen estado por Les Aigues y la casa de Soulanges, y que une Conches, Cerneux, Blangy y Soulanges a Ville-aux-Fayes como una guirnalda, es esta carretera de heredades rodeadas de hayas y salpicada de casitas adornadas con rosales, madreselvas y plantas trepadoras.

Allí, a lo largo de una hermosa muralla que se *extiende* hasta un foso por el cual el castillo se hundía en el valle hasta más allá de Soulanges, estaban el poste podrido, la vieja rueda y los rastrillos que constituyen toda la maquinaria de un cordelero de pueblo.

Hacia las doce y media, en el mismo instante en que Blondet se sentaba ante uno de los extremos de la mesa, frente al abate Brossette, y recibía los tiernos reproches de la condesa, el tío Fourchon y Mosca llegaban a su establecimiento. Desde allí, Fourchon, con el pretexto de fabricar cuerdas, vigilaba Les Aigues, y podía ver entrar y salir a sus dueños. Así, las persianas abiertas, los paseos en pareja, el más pequeño incidente de la vida del castillo..., nada escapaba al espionaje del viejo, quien no había empezado a hacer cuerdas más que desde hacía tres años, circunstancia mínima que ni los guardias de Les Aigues, ni los criados, ni los dueños habían advertido todavía.

—Date una vuelta por la puerta de la Avenida mientras yo voy a preparar los aparejos —dijo el tío Fourchon—. Cuando hayas masticado la cosa, ven a buscarme al *Grand-I-vert*, donde voy a beber algo para refrescarme, ya que esto de estar metido en el agua me da sed... Si haces lo que acabo de decirte, conseguirás un buen almuerzo; procura hablar con la condesa, y arréame fuerte, de manera que tengan ganas de cantarme una cancioncilla sobre moral, ¿sabes?... Y podremos *soplarnos* algunos vasos de buen vino.

Después de dar las últimas instrucciones, que según el avisado aspecto de Mosca eran casi superfluas, el viejo cordelero, guardando la nutria bajo el brazo, desapareció por la carretera cantonal.

A mitad de camino de aquella hermosa puerta y el pueblo había, en el momento

en que Emilio Blondet fue a Les Aigues, una de esas casas que sólo pueden verse en Francia, país en el que la piedra escasea. Los ladrillos rotos recogidos de una y otra parte; los gruesos guijarros engastados como diamantes en la tierra arcillosa formando paredes sólidas, aunque desgastadas; el techo sostenido por gruesas ramas y cubierto de junco y paja; los toscos postigos de las ventanas, la puerta..., todo en aquella barraca procedía de hallazgos afortunados o de cosas arrancadas gracias a momentos oportunos.

En lo que respecta a su casa, el campesino tiene el mismo instinto que el animal para con su nido o su madriguera, y ese instinto se manifestaba en todas las características de aquella choza. En primer lugar, tanto la ventana como la puerta miraban hacia el monte. La casa, asentada sobre una pequeña eminencia y en el lugar más pedregoso de un terreno dedicado al cultivo de la vid, debía de ser saludable. Se subía a ella por medio de tres peldaños ingeniosamente hechos con troncos, tablas y piedras. Las aguas, pues, podían escurrirse rápidamente. Además, como en la Borgoña es muy raro que la lluvia venga del norte, era muy difícil que la humedad dañara los fundamentos, por débiles que fueran.

Abajo, a lo largo de un sendero, se levantaba una rústica empalizada, perdida en un seto de espinos y zarzas. Una parra, bajo la cual unos miserables tablones convertidos en groseros bancos invitaban al viajero a sentarse, cubría con su ramaje el espacio que separaba la choza del camino. En el interior, lo alto del talud ofrecía una decoración de rosas, de girasoles, de violetas, y toda la gama de flores cuyo cultivo no cuesta nada. Un espino y un jazmín hincaban sus vástagos en el techo, ya cargado de musgo, a pesar de su poca vetustez.

A la derecha de la casa, el propietario había construido un establo para las vacas. Frente a aquella construcción, un terreno aplanado hacía las veces de patio, y, en un rincón, había un gran montón de estiércol. Al otro lado de la casa y de la parra, se levantaba un cobertizo de ramas sostenido por dos troncos de árbol, en el que se colocaban los utensilios de trabajo de los viñadores, los toneles vacíos, los haces de leña apilados cerca de la boca del horno, la cual, en las casas campesinas, casi siempre está bajo la campana de la chimenea.

A la casa pertenecía un arapende de viñedo, cuidado con el esmero propio de los campesinos, bien fumigados, podados y cavados, de modo que sus pámpanos son los primeros que verdean en tres leguas a la redonda. Algunos árboles, almendros, ciruelos y albaricoqueros, mostraban sus copas puntiagudas aquí y allá del cercado. Entre las cepas, había trechos sembrados de patatas y judías. Cara a la aldea, en la parte trasera del patio, aún había otra dependencia de la casa: un pequeño trozo de tierra húmedo y bajo, favorable para el cultivo de coles, cebollas y ajos, los vegetales preferidos de las clases modestas, cerrándola una puerta de listones por la que pasaban las vacas para ir a tomar el sol y donde dejaban sus redondas boñigas.

Aquella casa, compuesta por dos habitaciones en la planta baja, tenía una salida que daba a los viñedos. Por ese lado, una rampa de madera cubierta de paja seca y

apoyada en la pared de la casa subía hasta el granero, en el que entraba la luz por una claraboya. Bajo esta escalera rústica, una cueva hecha con ladrillos de Borgoña contenía algunos cubos de vino.

Aunque la batería de cocina del campesino consiste ordinariamente en dos únicos utensilios con los que se cocina todo, un fogón y un caldero de hierro, por excepción había en aquella choza dos enormes cacerolas colgadas de un clavo sobre la campana de la chimenea, encima de un fogón portátil. A pesar de aquel síntoma de bienestar económico, el mobiliario estaba en armonía con el exterior de la casa. Por consiguiente, para el agua había solamente una jarra; como cubiertos, unas cucharas de madera o de latón; unos platos de barro cocido, blancos por dentro y marrón por fuera, pero descantillados y con los pedazos rotos vueltos a pegar; finalmente, alrededor de una sólida mesa, unas sillas de madera blanca, y por pavimento la tierra apisonada. Cada cinco años las paredes recibían una capa de cal, lo mismo que las vigas del techo, de las cuales colgaban tocino, ristras de cebollas, paquetes con velas y sacos en los que el campesino acostumbra a guardar el grano. Cerca de la artesa, un armario antiguo de viejo nogal guardaba unas pocas piezas de ropa blanca, unos vestidos de repuesto y los de fiesta de toda la familia.

Sobre la campana de la chimenea brillaba un auténtico fusil de cazador furtivo; no habríais dado por él ni cinco francos. La madera estaba casi totalmente quemada y el cañón parecía que no lo hubiesen limpiado jamás. Acaso pensáis que la defensa de una casa cuya puerta exterior se abre sobre el mismo campo, y que no se cierra nunca, no exige algo mejor, y estoy seguro de que os estaréis preguntando para qué podía servir un arma como aquella. En primer lugar, si bien la madera era de una sencillez vulgar, el cañón se había elegido cuidadosamente, y procedía de un arma de precio, regalado, sin duda, a algún guardabosques. Así, el dueño de un fusil como aquél no fallaba jamás el tiro; existe, entre su arma y él, el mismo íntimo conocimiento que entre el operario y su herramienta. Si hay que bajar o subir un milímetro el cañón para dar en el blanco, porque ha comprobado que es preciso rectificar esta mínima alteración del punto de mira, el cazador furtivo lo sabe, y obedece a esta ley sin equivocación posible. Cualquiera maestro armero encontraría las partes esenciales de aquella arma en perfecto estado, sin nada que sobre ni nada que falte. En todo aquello que se apropia, en todo aquello que puede serle de utilidad, el campesino despliega una energía conveniente; pone en ella todo cuanto sea preciso, pero ni un adarme más. Es incapaz de comprender qué cosa es la perfección exterior. Infalible juez de lo necesario, en todos los momentos y en todas las cosas conoce cuáles son los detalles verdaderamente importantes y sabe, trabajando para la gente de la ciudad, dar lo menos posible y recibir el máximo posible. En fin, aquel fusil despreciable era de suma importancia para la existencia de la familia, y vais a saber inmediatamente el porqué de ello.

¿Habéis captado perfectamente todos los pormenores de aquella cabaña situada a quinientos pasos de la hermosa puerta de Les Aigues? ¿Podéis verla, inclinada como

un mendigo, ante la presencia de un palacio? Pues bien, su techo cargado de musgo aterciopelado, sus gallinas picoteando por el patio, su cerdo que se hincha, la ternera que vaga por el prado..., todas estas poesías campestres tenían un horrible sentido. En la puerta del emparrado, una percha elevaba hasta cierta altura un ramo compuesto de tres ramas de pino y otra de encina, unidas por una cuerda. Sobre la puerta, un pintor forastero, sólo por un desayuno, había pintado en una tabla de dos pies cuadrados, sobre un fondo blanco, una I mayúscula en verde, y para los que supiesen leer, este calambur de doce letras: *Au Grand-I-vert*^[2]. A la izquierda de la puerta estallaban los vivos colores de este vulgar rótulo: «Se sirve buena cerveza», en el que, a cada lado de una jarra de la que manaba un chorro de espuma, había una figura representando a una mujer con un vestido excesivamente escotado, y un húsar, los dos groseramente coloreados. De este modo, a pesar de las flores y del aire del campo, aquella cabaña exalaba el intenso y nauseabundo hedor de vino y de comistrajos que se siente también en París al pasar por delante de los figones del suburbio.

Ya conocéis el lugar. He aquí ahora los seres y su historia, la cual contiene más de una lección para los filántropos.

El dueño del *Grand-I-vert*, llamado Francisco Tonsard, debería atraer la atención de los filósofos por la manera como había resuelto el problema de la vida ociosa y de la vida ocupada, haciendo que la ociosa fuese provechosa y la ocupación nula.

Hábil en todos los ramos, sabía trabajar la tierra, pero para él solo. Para los demás, abría fosos, leñaba, descortezaba los árboles o los cortaba. En esta clase de trabajos, el hombre de la ciudad está por completo a merced del obrero. Tonsard había conseguido su pedazo de tierra gracias a la generosidad de la señorita Laguerre. Desde su primera juventud, Tonsard había hecho jornales ayudando al jardinero del castillo, ya que no tenía rival podando los árboles de las avenidas, los carpes, las hayas y los castaños de la India. Su apellido indica, bastante claramente, la existencia de un talento heráldico. En el fondo de los campos hay privilegios conseguidos y mantenidos con el mismo arte que despliegan los comerciantes para conseguir los suyos. Un día, mientras paseaba, la señora oyó a Tonsard, muchacho desenvuelto, que decía: «Me conformaría con un arapende de tierra para vivir, y viviría feliz». Aquella buena mujer, inclinada a proporcionar la felicidad a la gente, le regaló ese arapende de viñedo más allá de la puerta de Blangy, a cambio de cien jornales (delicadeza poco comprendida), permitiéndole quedarse en Les Aigues, donde vivió con las gentes del castillo, quienes lo vieron como el mejor muchacho de la Borgoña.

Aquel pobre Tonsard (así empezó a llamarle todo el mundo), trabajó aproximadamente treinta jornales del ciento que debía; el resto del tiempo lo pasó charlando y bromeando con las doncellas de la señora, especialmente con la señorita Cochet, la camarera, aunque ésta era fea, como acostumbran a serlo todas las camareras de las actrices guapas. Reír y bromear con la señorita Cochet significaba tanto, que Soudry, el feliz gendarme a quien se menciona en la carta de Blondet,

miraba aún de reojo a Tonsard después de transcurridos veinticinco años. El armario de nogal, la cama de columnas y algunos adornos del dormitorio, fueron sin duda el fruto de alguna de aquellas *risitas*.

Una vez en posesión de su terreno, al primero que le habló de que la señora se lo había regalado, Tonsard le contestó:

—¡Lo he comprado y bien pagado! ¿Acaso los burgueses nos regalan jamás algo? ¿Es que no son nada cien jornales? ¡Me ha costado trescientos francos, y todo son piedras!

Sus comentarios no rebasaron los límites de la región popular.

Entonces, Tonsard se construyó con sus propias manos aquella casa, cogiendo los materiales de donde podía, haciéndose dar una mano por uno o por otro, hurtando los desechos del castillo, o pidiéndolos y consiguiendo siempre lo que pedía. Una mala puerta, arrancada para trasladarla a otro sitio, se convirtió en la del establo. Las ventanas procedían de un viejo invernadero derribado. Los objetos más varios del castillo sirvieron, pues, para levantar aquella maldita choza.

Salvado de la requisa gracias a Gaubertin, mayordomo de Les Aigues y cuyo padre era el acusador público del departamento, y quien por otra parte no podía negarle nada a la señora Cochet, Tonsard se casó en cuanto hubo terminado su casa y cultivado su viña. Muchacho de veintitrés años y conocido en Les Aigues, a quien la señora acababa de regalar un arapende de tierra y que parecía trabajador, tuvo la habilidad de hacer que se ensalzaran sus cualidades negativas, y consiguió la hija de un granjero de la tierra de Ronquerolles, situada al otro lado del bosque de Les Aigues.

Ese granjero tenía una granja a medias, que se le escurría de las manos por no tener granjera. Viudo e inconsolable, intentaba, a la manera inglesa, ahogar sus penas en vino; pero cuando dejó de pensar en su amada difunta, se encontró, según una broma del lugar, casado con la bebida. En poco tiempo, el granjero, o sea el suegro, se convirtió en obrero, pero en obrero bebedor y gandul, malo y arisco, capaz de cualquier cosa, como acostumbra a suceder entre las gentes de pueblo que pasan de un relativo bienestar a la miseria. Aquel hombre, al que sus conocimientos prácticos, la lectura y la ciencia de la escritura ponían muy por encima de los demás obreros, pero al que sus vicios reducían al nivel de los mendigos, acababa de encontrarse, como hemos visto, en las orillas del Avonne, con uno de los hombres más inteligentes de París, en una bucólica olvidada por Virgilio.

El tío Fourchon, que había sido maestro de escuela en Blangy, perdió su plaza a causa de su desordenada conducta y de sus ideas sobre la instrucción pública. Ayudaba a los niños a construir pequeñas embarcaciones y pajaritas con sus abecedarios, que no les enseñaba a deletrear; les reñía de una manera tan curiosa cuando se enteraba de que habían robado algún fruto, que sus sermones más parecían lecciones sobre la mejor forma de escalar los muros. Aún se cita en Soulanges su respuesta a un niño que había llegado tarde a la escuela y que se excusaba así:

—Perdone, señor, pero he llevado a abreviar a nuestro *cabayo*.

—¡Se dice caballo, *animá!*

De profesor, pasó a peatón. En este puesto, que sirve de retiro a tantos viejos soldados, el tío Fourchon recibió una reprimenda diaria. Unas veces olvidaba las cartas en una taberna, otras se las guardaba. Cuando había bebido, los paquetes de un pueblo los mandaba a otro que no era el de su destino, y cuando estaba sobrio, leía las cartas. Tuvieron que destituirle al cabo de poco tiempo. Al no poder ser nada en el Estado, el tío Fourchon decidió hacerse fabricante. En el campo, los indigentes siempre ejercen una industria u otra, siempre tienen un pretexto para demostrar lo honesto de su vivir. A los sesenta y ocho años, el viejo emprendió la fabricación de cuerdas en pequeña escala, uno de los comercios que menos capital exigen. El taller es, como se ha podido ver, la primera pared que se encuentra, las máquinas no cuestan ni diez francos, el aprendiz duerme, como el maestro, en cualquier granja, y vive de lo que recoge. La rapacidad de la ley sobre puertas y ventanas expira *sub dio*. Se toma a préstamo la primera materia, para devolverla ya fabricada. Pero los principales ingresos del tío Fourchon y de su aprendiz, hijo natural de una de sus hijas naturales, provenían de la caza de nutrias, además de las comidas o cenas con que les convidaban las personas que no sabiendo leer ni escribir se valían de los talentos del tío Fourchon cuando se presentaba el caso de tener que mandar una carta o presentar unas cuentas. Finalmente, sabía tocar el clarinete, y formaba compañía con uno de sus amigos, llamado Vermichel, músico ambulante de Soulanges, para tocar en las bodas de los pueblos, o los días de gran baile en el Tívoli de Soulanges.

En realidad, Vermichel se llamaba Miguel Vert, pero el retruécano hecho con su verdadero nombre se generalizó de tal modo que, al redactar las actas, Brunet, secretario del Juzgado de Paz de Soulanges, escribía: «Miguel-Juan Jerónimo Vert, conocido por *Vermichel*, escribano». Vermichel, violín distinguido en el antiguo regimiento de Borgoña, en reconocimiento a los servicios que le prestaba el tío Fourchon, le había buscado aquella plaza de escribano, reservada, en el campo, a quien sabe estampar su firma. El tío Fourchon servía, pues, de escribano, de testigo o de práctico en las actas judiciales, cuando el señor Brunet iba a levantar alguna a Cerneux, Conches o Blangy. Vermichel y Fourchon, unidos por una amistad que contaba ya más de veinte años de botellas, constituían casi una razón social.

Mosca y Fourchon, unidos por el vicio del mismo modo que lo estuvieron Mentor y Telémaco por la virtud, viajaban como éstos en busca de su pan de cada día, *panis angelorum*, únicas palabras latinas que quedaban en la memoria del viejo Fígaro pueblerino. Iban recogiendo las sobras del *Grand-I-vert* y las de los castillos circunvecinos, ya que entre los dos, en los años de más trabajo, los más prósperos, jamás habían podido fabricar un promedio de trescientas sesenta brazas de cuerda. En primer lugar, ningún comerciante a veinte leguas de radio habría confiado el esparto a Fourchon ni a Mosca. El viejo, adelantándose a los milagros de la química moderna, sabía demasiado bien como cambiar el esparto en bendito zumo de parra. Además, su

triples funciones de escribano de tres Ayuntamientos, de práctico de la Justicia de Paz y de tocador de clarinete, perjudicaban, según decía él; el buen desenvolvimiento de su comercio.

Así Tonsard quedó rápidamente decepcionado en su esperanza, alegremente acariciada, de conquistar una especie de bienestar por medio de un aumento de sus propiedades. El yerno perezoso encontró, por una casualidad bastante frecuente, un suegro gandul. Los asuntos tenían que ir de mal en peor, por cuanto a Tonsard, dotado de una especie de belleza campesina, alto y bien constituido, no le gustaba en absoluto trabajar al aire libre. Tonsard culpó a su mujer de la quiebra paternal y la maltrató, aunque tal venganza familiar no produjo demasiado efecto en el pueblo, cuyas miradas raramente se remontan a las causas que las motivan.

Al encontrar demasiado pesada su cadena, aquella mujer se propuso aligerarla. Se valió de los vicios de Tonsard para convertirse en su dueña. Glotona, amando las comodidades, alentó la pereza y la glotonería de aquel hombre. En primer lugar, supo conseguir el favor de las gentes del castillo, sin que Tonsard, al comprobar los resultados, le reprochara los medios de que se valía. Se preocupó muy poco de lo que pudiera hacer su mujer, visto que hacía lo que él quería. Es ésta la secreta transacción de muchos matrimonios. Fue, pues, la Tonsard, quien fundó la cantina del *Grand-I-vert*, cuyos principales clientes eran las gentes de Les Aigues, los guardas y los cazadores.

Gaubertin, el mayordomo de la señorita Laguerre, uno de los primeros parroquianos de la linda Tonsard, le regaló unas cuantas cubas de buen vino para atraer a la clientela. El efecto de aquellos regalos periódicos, en tanto el mayordomo siguió soltero, así como la fama de belleza poco esquiva que pronto corrió entre los donjuanes de la localidad, hicieron que los clientes afluyeran a la taberna. En su calidad de glotona, la Tonsard se convirtió en una excelente cocinera, y aunque sus talentos sólo se manifestasen en los platos típicos del campo, la cebollada, la liebre con salsa, la caldereta y la tortilla, fue considerada en toda la región como capaz de saber cocinar una de aquellas comidas que se comen en un ángulo de la mesa y cuyas especias, generosamente prodigadas, excitan el ansia de beber. Al cabo de dos años se convirtió en la dueña y señora de la voluntad de Tonsard, y le lanzó por una pendiente, a la cual él no deseaba otra cosa que abandonarse.

Entonces se dedicó a la caza furtiva, en la seguridad de que nada tenía que temer. Las relaciones de su mujer con Gaubertin, el mayordomo, con los guardas particulares y las autoridades campesinas, y el relajamiento de los tiempos, le aseguraron la impunidad. En cuanto sus hijos tuvieron edad para ello, los convirtió en instrumentos para su bienestar, sin que se preocupara de las costumbres de éstos más de lo que lo hacía con las de su mujer. Tuvieron dos hijas y dos hijos. Tonsard, que vivía, lo mismo que su mujer, al día, hubiese visto como se acababa su alegre vida de no haber mantenido constantemente en su casa la ley casi marcial de trabajar para la conservación de su bienestar, del que, por otra parte, participaban todos. En cuanto a

su familia, fue criada a expensas de aquéllos a quienes su mujer sabía sacar regalos. Éstos fueron la Carta y el Presupuesto del *Gran-I-vert*.

La anciana madre de Tonsard y sus dos hijas, Catalina y María, iban al bosque y volvían dos veces al día, cargadas con haces de leña cuyo peso las doblaba hasta tocar las rodillas con la cabeza. Aunque las gavillas eran aparentemente de ramas secas, en su interior las había verdes, cortadas generalmente de árboles jóvenes. Abiertamente, Tonsard robaba del bosque de Les Aigues toda la leña que necesitaba para pasar el invierno. El padre y los dos hijos cazaban furtivamente sin descanso. Desde septiembre a marzo, las liebres, los conejos, las perdices, los tordos y toda la caza que no se consumía en casa se vendía en Blangy, en la pequeña localidad de Soulanges, capital del distrito, donde las dos hijas de Tonsard vendían leche y de donde traían diariamente noticias y llevaban allí las de Les Aigues, Cerneux y Conches. Cuando ya no se podía cazar, los tres Tonsard tendían trampas. Si éstas daban abundante presa, la Tonsard hacía pasteles que mandaba a Ville-aux-Fayes. Durante el tiempo de la cosecha, siete Tonsards: la vieja madre, los dos hijos, aunque no tuvieran diecisiete años, las dos hijas, el viejo Fourchon y Mosca, espigaban los campos y recogían más de dieciséis celemines al día de centeno, cebada, trigo o cualquier otro grano bueno para ser molido.

Las dos vacas, llevadas por la más joven de las hijas a pacer a lo largo de los caminos, se escapaban muy frecuentemente para hacerlo en los prados de Les Aigues, pero como aquello era un delito demasiado flagrante para que el guarda se hiciese el distraído, pegaban a los niños brutalmente, o se les privaba de cualquier cosa que desearan, de tal modo, que adquirieron una rara habilidad para oír los pasos del enemigo, y casi nunca el guardabosques o el de Les Aigues les cogían de sorpresa. Por otra parte, las relaciones de aquellos dignos funcionarios con Tonsard y su mujer hacían que actuaran como si llevasen una venda en los ojos. Los animales, guiados por medio de largas cuerdas, obedecían a cualquier tirón, o a un grito particular, y regresaban inmediatamente al terreno común, pareciendo que tuviesen conciencia del peligro pasado. La vieja Tonsard, cada día más débil con el paso de los años, había ocupado el lugar de Mosca desde que Fourchon se llevó con él a su nieto natural con el pretexto de cuidar de su educación. María y Catalina cortaban hierba del bosque. Sabían los sitios donde crece el heno silvestre, tan hermoso, y lo cortaban, lo engavillaban y lo almacenaban; así tenían las dos terceras partes de la alimentación de las vacas durante el invierno, aparte de que las llevaban a pacer los días que no hacía mal tiempo por lugares bien conocidos y en los que verdeaba la hierba. Hay en el valle de Les Aigues determinados parajes que, como en todas las regiones dominadas por una cadena de montañas, como en el Piamonte y la Lombardia, producen hierba en, invierno. Estos prados, llamados en Italia *marciti*, tienen gran valor; pero en Francia no precisan de mucho hielo ni de mucha nieve. Este fenómeno es sin duda debido a una exposición particular, a ciertas filtraciones de agua que conservan una temperatura más cálida.

Los dos terneros producían alrededor de ochenta francos. La leche, una vez deducido el tiempo en que las vacas parían o criaban, reportaba unos ciento sesenta francos, y proporcionaban, además, la leche y manteca que se gastaba en la casa. Tonsard ganaba una cincuentena de escudos haciendo jornales en uno u otro lado.

La cocina y el vino expedido daban, deducidos toda clase de gastos, un centenar de escudos, ya que las merendolas, esencialmente pasajeras, eran cosa de determinadas épocas del año y tenían lugar en momentos impensados; por otra parte, los que se reunían a merendar avisaban previamente a la Tonsard o a su marido, los cuales adquirirían entonces en la aldea las provisiones que necesitaban. El vino que se cosechaba en la viña de Tonsard se vendía, en los años normales, a veinte francos la carga, a un tabernero de Soulanges con el que Tonsard sostenía relaciones comerciales. En años opíparos, Tonsard recolectaba doce cargas en su arapende de terreno, pero el promedio era de ocho cargas, y Tonsard reservaba la mitad para su gasto particular. Del mismo modo que después de la cosecha de trigo se repasan los campos, en las regiones en que se cultiva la viña se recorren de nuevo las cepas después de la vendimia. Por este procedimiento, la familia Tonsard recogía tres cargas de vino más al año. Pero para realizar este trabajo no tenía muy en cuenta la corrección de los procedimientos empleados. Así se metía por los viñedos antes de que los vendimiadores hubiesen terminado. Lo mismo hacía con los trigales, en los que entraba cuando las gavillas estaban aún apiladas para las carretas. De este modo, las siete u ocho cargas de vino cosechado, tanto el *espigado* como el recolectado, se vendían a buen precio. Pero de la cantidad recaudada por este concepto había que deducir las pérdidas procedentes del consumo que hacían tanto Tonsard como su mujer, acostumbrados los dos a comer las mejores tajadas y a beber mejor vino del que vendían, suministrado por su corresponsal de Soulanges en pago del que ellos le entregaban. Los ingresos totales de dicha familia ascendían, pues, a unos novecientos francos anuales, pues, además de lo dicho, cebaban dos cerdos al año, uno para consumo propio y el otro para vender.

Los trabajadores y los pillos del país adquirieron, a la larga, la costumbre de frecuentar el figón del *Grand-I-vert*, tanto debido a los talentos culinarios de la Tonsard como a la camaradería existente entre aquella familia y las clases más bajas de la población del valle. Las dos hijas, ambas notablemente hermosas, continuaban las costumbres de la madre. Finalmente, la antigüedad del *Gran-I-vert*, que databa del 1795, hacía de la taberna algo casi sagrado. Desde Conches hasta Ville-aux-Fayes, los jornaleros acudían allí a tratar de sus negocios, a enterarse de las noticias que traían y llevaban las hijas del matrimonio, así como las que difundían Mosca y Fourchon, de las que tenían conocimiento por Vermichel o por Brunet, el escribano de más nombradía de Soulanges, cuando iba en busca de su testigo. Allí se establecían los precios del heno, del vino, el de los jornales y el de los trabajos a destajo. Tonsard, juez soberano en aquellas materias, dictaba sentencia mientras bebía con los clientes. Soulanges, según opinión de la gente de la región, era considerada como un buen

lugar de sociedad, de diversiones, mientras que Blangy era el pueblo comercial, oscurecido únicamente por Ville-aux-Fayes, convertida, en veinticinco años, en capital de aquel magnífico valle. El mercado de ganado y de granos tenía lugar en Blangy, en la plaza, y sus precios servían de termómetro a todo el distrito.

Al pasar la mayor parte de su tiempo sin salir de casa, la Tonsard se había conservado fresca, blanca y sonrosada, a diferencia de las mujeres del campo, que se mustian tan rápidamente como las flores y que parecen viejas a los treinta años. También gustaba de ir bien arreglada. Era asimismo muy limpia; pero, en una aldea, esta cualidad equivale a un lujo. Las hijas, mucho mejor vestidas de lo que hacía suponer su pobreza, seguían el ejemplo de su madre. Bajo sus faldas, relativamente elegantes, llevaban una ropa interior más fina que la usada por las más ricas campesinas. Los días de fiesta lucían lindos vestidos. ¡Sólo Dios sabe cómo los habrían conseguido! La servidumbre de Les Aigues les vendía, a precios fácilmente pagables, los vestidos que tiraban las camareras y que rehechos por las propias María y Catalina, triunfaban bajo la insignia del *Grand-I-vert*. Las dos muchachas, las dos bohemias del valle, no recibían ni un céntimo de sus padres, quienes les daban únicamente alimento y las hacían dormir en abyectos jergones, en el granero, junto con su abuela, lo mismo que sus hermanos echados sobre el heno, como si fuesen animales. Ni al padre ni a la madre les inquietó nunca aquella promiscuidad. La edad del hierro y la del oro tienen más parecido entre sí del que puede imaginarse. En una no se tiene en cuenta nada; en la otra se tiene en cuenta todo; pero, para la sociedad, el efecto es quizá el mismo. La presencia de la vieja Tonsard, que tenía más el aspecto de una necesidad que de una garantía, era una inmoralidad más.

Así el abate Brossette, después de estudiar las costumbres de sus feligreses, decía a su obispo estas profundas frases:

—Monseñor, al ver cómo se apoyan en su miseria, se puede adivinar que estos campesinos tiemblan al pensar que pueden perder el pretexto para entregarse al libertinaje.

Aunque todo el mundo sabía los pocos principios y escrúpulos que tenía aquella familia, nadie tenía que decir nada de las costumbres mantenidas en el *Grand-I-vert*. Al iniciar la narración de esta historia hay que explicar, una vez por todas, a las personas acostumbradas a la moralidad de las familias burguesas que los campesinos carecen, en cuanto a costumbres domésticas, de cualquier forma de delicadeza. No invocan la moral, si una de sus hijas es seducida, más que cuando el seductor es hombre rico y pusilánime. Los hijos, hasta que el Estado se los arranca de sus manos, no son más que capital o instrumento para conseguir el mejor bienestar. El interés se ha convertido, especialmente después del 1789, en el único móvil de sus pensamientos; para ellos nunca se trata de saber si un acto cualquiera es inmoral o ilegal, lo importante es que sea provechoso. La moralidad, que no hay que confundir con la religión, empieza con las comodidades. Del mismo modo que en una esfera superior se ve florecer la delicadeza del alma cuando la fortuna ha dorado el

mobiliario. El hombre absolutamente probo y moral es, en la clase campesina, una excepción. Los curiosos se preguntarán por qué. De entre todas las razones que podrían darse para explicar este estado de cosas, ésta es la principal. Por la naturaleza de sus funciones sociales, los campesinos viven una vida puramente material que se parece mucho al estado salvaje, al cual les invita su unión constante con la naturaleza. El trabajo, cuando agota el cuerpo, quita al pensamiento toda su acción purificadora, especialmente en personas ignorantes. Finalmente, para los campesinos, su miseria es su *razón de Estado*, como decía el abate Brossette.

Metido en todos los asuntos, Tonsard escuchaba las quejas de cada uno y dirigía los pequeños fraudes de los necesitados. La mujer, buena persona en apariencia, favorecía con su desatada lengua a todos los malhechores del país, y no negaba jamás su aprobación y su colaboración, si era precisa, para las fechorías contra el *burgués*. Así, pues, aquel figón, verdadero nido de víboras, mantenía vivo y ponzoñoso, caliente y operante, el odio del campesino y del proletario contra el jefe y el rico.

La vida feliz de los Tonsard constituyó entonces un mal ejemplo para los demás. Cada cual se preguntó por qué no robar la madera en el bosque de Les Aigues como hacían ellos, y por qué no tener también madera bastante para encender el horno, y la cocina, para poder calentarse en invierno. ¿Por qué no tener gratis la alimentación de las vacas, y por qué no encontrar, como ellos, caza para comer o para vender? ¿Por qué, como ellos, no recolectar sin necesidad de sembrar, tanto en lo que se refiere a cereales como a vino? De esta forma, el robo solapado que tala los bosques, que diezma los barbechos, los prados y los viñedos, se fue generalizando por todo el valle, hasta degenerar rápidamente en derecho en las comunas de Blangy, Conches y Cerneux, sobre las cuales se extendía la propiedad de Les Aigues. Esta plaga, por las razones que se expondrán en su tiempo y lugar, se abatió mucho más intensamente sobre las tierras pertenecientes a Les Aigues que en las propiedades de Ronquerolles y de Soulanges. Que no se piense, por otra parte, que jamás Tonsard, su mujer, sus hijos o su vieja madre se hubiesen dicho de manera deliberada: «Viviremos del robo y robaremos con astucia». Esos hábitos habían ido aumentando lentamente. A la madera seca, la familia empezó mezclando algo de leña verde aún; después, alentada por la costumbre y por una impunidad calculada, necesaria para los planes que esta narración va a desarrollar, en veinte años habían conseguido llegar al convencimiento de que podían coger *aquella leña*, y de que podían robar durante toda *su vida*. El pasto de las vacas, los abusos cometidos en los trigales y en los viñedos, fueron estableciéndose así por grados. Una vez la familia y los haraganes de la localidad hubieron gustado de los beneficios de aquellos cuatro derechos conquistados por los pobres del campo, y que rozan el calificativo de pillaje, se puede concebir fácilmente que los campesinos no iban a renunciar a ellos más que obligados por una fuerza superior a su propia audacia.

En el momento en que esta historia empieza, Tonsard, que tenía unos cincuenta años, hombre alto y fuerte, más lleno que delgado, de cabello encrespado y negro, la

cara violentamente coloreada, jaspeada como un azulejo de tonos violáceos, de constitución musculosa pero recubierta de una carne fofa y engañadora, la frente hundida y el labio inferior colgante, escondía su verdadero carácter bajo la capa de una estupidez entremezclada de relámpagos de una experiencia que se parecía mucho a la inteligencia, cuanto que la había adquirido frecuentando la compañía de su suegro, así como el lenguaje de éste, calificado de *estropajoso*, según el diccionario de Vermichel y Fourchon. Su nariz, achatada en su punta como si hubiera sido señalada por el dedo celestial, hacía que su voz pareciera salida del paladar, como la de todos aquéllos a quienes una enfermedad la ha desfigurado, haciendo más estrecha la comunicación entre las fosas nasales, de forma que el aire pase más difícilmente. Sus dientes superiores, superpuestos uno a otro, dejaban ver claramente este defecto, terrible en opinión de Lavater, especialmente porque tenían la blancura de los de un perro. Bajo la falsa campechanía del gandul y borrachín del pueblo, aquel hombre hubiera causado terror a las personas menos perspicaces.

Si la descripción de Tonsard, de su figón, y de su suegro, aparecen en primera línea, podéis creer que este lugar lo merecen el hombre, el figón y la familia. En primer lugar, esta existencia, tan minuciosamente explicada, era la típica que llevaban otras cien familias en el valle de Les Aigues. Además, Tonsard, sin ser otra cosa que el instrumento de odios activos y profundos, tuvo una influencia enorme en la batalla que estaba a punto de librarse, pues fue el consejero de todos los descontentos de la clase baja. Su taberna sirvió constantemente, como vamos a ver, de lugar de reunión de los salteadores, convirtiéndose incluso en su jefe como consecuencia del terror que inspiraba en todo el valle, más que por lo que hubiera podido hacer, por lo que se podía esperar de él. Las amenazas de aquel cazador furtivo eran tan temidas como si se hubieran cumplido, y en ningún momento, esta es la verdad, tuvo necesidad de llevar a cabo ninguna.

Toda revuelta, abierta o solapada, tiene su bandera. La de los merodeadores, gandules y borrachos, era, pues, la terrible muestra del *Grand-I-vert*. Allí se divertían, cosa tan difícil de conseguir tanto en el campo como en la ciudad. Además, no había ningún otro albergue en las cuatro leguas de carretera cantonal que las diligencias recorrían fácilmente en tres horas; así, todos los que desde Conches se dirigían a Ville-aux-Fayes se detenían en el *Grand-I-vert*, aunque sólo fuera para tomar un refresco. Finalmente, acudían también allí el molinero de Les Aigues y sus hijos; el molinero era adjunto del alcalde. Los mismos criados del general no desdeñaban meterse en aquel tugurio al que las hijas de Tonsard hacían más atractivo, de suerte que el *Grand-I-vert* comunicaba subterráneamente con el castillo por medio de la servidumbre, pudiendo saberse todo lo que ésta sabía. Es imposible, por interés ni por afecto, romper el eterno convenio entre los domésticos y el pueblo. La servidumbre procede del pueblo y sigue considerándose perteneciente a él. Esta funesta camaradería explica la reticencia que contenía la última frase de Carlos, el lacayo, dicha a Blondet al pie de la escalinata del castillo.

IV

OTRO IDILIO

—¡Ah! ¡Mil rayos, papá! —dijo Tonsard viendo entrar a su padre y suponiendo llegaba en ayunas—. ¡Esta mañana viene usted con los colmillos a punto! No tenemos nada que darle... ¿Y esa cuerda que teníamos que hacer? Es curioso ver la cantidad de cuerda que tiene que fabricar la víspera y la poca que se ha hecho al día siguiente. Hace ya tiempo que debió preocuparse de retorcer la que tiene que poner fin a su existencia, pues ya está resultando usted muy caro de mantener...

Las bromas del campesino y del obrero son totalmente áticas, y consisten en decir simplemente lo que se piensa, exagerando un poco la nota por medio de una expresión grotesca. En los salones ocurre lo mismo. La astucia de la inteligencia reemplaza a lo pintoresco de la grosería y toda diferencia estriba únicamente en esto.

—¡Nada de suegro! —contestó el viejo—. Trátame como a uno cualquiera. Quiero una botella del mejor.

Mientras decía esto, Fourchon golpeó con una moneda de cien sueldos, que en su mano brillaba como un sol, la miserable mesa ante la que se había sentado, y a la que un mantel lleno de grasa hacía que se la mirase con el mismo despeggo con que se veían sus quemaduras negras y las manchas de vino y las muescas. Al oír el sonido de la plata, María Tonsard, tajante como la proa de una corbeta de competición, lanzó sobre su abuelo una iracunda mirada que le salió de los ojos como una llama. La Tonsard salió de su habitación, atraída por la música del metal.

—Tienes la mala costumbre de tratar siempre duramente a tu pobre padre —dijo dirigiéndose a Tonsard.

—No obstante, desde hace un año se gana bastante bien la vida; Dios quiera que sea honestamente. Veamos qué es esto... —añadió saltando sobre la moneda y arrancándola de las manos de Fourchon.

—Vamos, María —dijo Tonsard seriamente—; encima de la tabla todavía hay *vino embocado*.

En el campo, el vino es siempre de la misma calidad, pero se vende bajo dos especies: el vino de barril y el embocado.

—¿De dónde ha sacado esto? —preguntó la Tonsard a su padre, haciendo desaparecer la moneda en su bolsillo.

—¡Filipina, tú acabarás mal! —exclamó el viejo inclinando la cabeza y sin hacer ningún movimiento para recuperar su dinero.

Fourchon debía ya saber la inutilidad de una lucha entre su yerno, su hija y él.

—¿Es éste el vino que aún continúas vendiendo a cien sueldos la botella? —añadió en tono amargo—. Ésta será la última. Me haré cliente del *Café de la Paz*.

—Cállese, padre —prosiguió la blanca y robusta tabernera, la cual se parecía algo a las matronas romanas—. Necesita usted una camisa, un pantalón limpio, otro sombrero y también un chaleco.

—Ya te he dicho que comprar todas esas cosas sería la ruina para mí. Cuando la gente empiece a sospechar que tengo dinero, nadie me dará ya nada.

La botella traída por la rubia María cortó la elocuencia del anciano, quien no carecía precisamente de aquel atrevimiento que se permite decir cualquier cosa y cuya expresión no retrocede ante ningún pensamiento, por muy atroz que sea.

—¿No quiere decirnos dónde afana tanto dinero? —preguntó la Tonsard—. Nosotros iríamos también.

Mientras terminaba un lazo para cazar pájaros, el feroz tabernero espiaba el pantalón de su suegro, y pronto observó el relieve redondo de una segunda moneda de cinco francos.

—À vuestra salud... Me estoy convirtiendo en un capitalista —dijo Fourchon.

—Si usted quisiera, lo sería —aseguró Tonsard—. Usted sí que tiene medios para serlo... Pero el diablo le ha hecho debajo de la cabeza un agujero por el que se escapa todo...

—Bah... Le he gastado el truco de la *nutia* a ese burgués de Les Aigues que ha venido de París; esto es todo.

—Si viniera mucha gente a visitar las fuentes del Avonne —terció María—, sería usted rico.

—Sí —respondió él, bebiendo el último vaso de la botella—; pero a fuerza de jugar con las *nutias*, las *nutias* se han enfadado, y me ha pasado una por entre las piernas que va a proporcionarme más de veinte francos.

—Apostaría que ha cazado una nutria hilando, ¿no es así? —dijo la Tonsard mirando astutamente a su padre.

—Si me regalas un pantalón, un chaleco y unos tirantes de tela, para no avergonzar mucho a Vermichel cuando estamos sobre el estrado del *Tívoli*, pues el tío Socquard se mete siempre conmigo, te doy la moneda, hija; tu idea la merece. Podría volver a pescar al burgués de Les Aigues, aunque, y quizá de repente, puede darse cuenta de lo de las *nutias*.

—Ve a buscarnos otra botella —encargó Tonsard a su hija—. Si tuviera una nutria, tu padre nos la enseñaría —continuó dirigiéndose a su mujer e intentando despertar la susceptibilidad de Fourchon.

—Tengo demasiado miedo de verla friéndose en vuestro fogón —replicó el viejo mientras guiñaba uno de sus ojillos verduzcos a su hija—. Filipina me ha *rebañado* ya una moneda; ¡y cuántas otras *no se me os* habéis quedado con la excusa de quererme vestir y alimentar!... Aún decís que vengo con los colmillos afilados, y voy siempre desnudo...

—Recuerde que vendió su último traje para poder beber *vino cocido* en el *Café de la Paz* —dijo la Tonsard—. La prueba es que Vermichel quiso evitarlo.

—¡Vermichel!... ¡Precisamente él, a quien convidé! Vermichel es incapaz de traicionar a un amigo. Debe haber sido ese quintal de manteca rancia con dos patas sin que él se avergüence de llamarle su mujer.

—Él o ella —respondió Tonsard—, o Bonnébault...

—Si se trata de Bonnébault, él, precisamente él, que es uno de los sostenes del Café..., yo... le... ¡Bueno, basta ya! —dijo Fourchon.

—Pero todos sabemos que es usted un goloso, ¿y qué tiene que ver todo lo que dice con que haya vendido sus efectos? Los ha vendido porque los ha vendido; ya es usted mayorcito —prosiguió Tonsard dando golpecitos en las rodillas del viejo—. Venga, haga honor a mis barricas, rocíese con vino el gznate. El padre de la señora Tonsard tiene derecho a ello, y siempre será mejor esto que llevar su dinero a Socquard.

—Y pensar que hace quince años que hace bailar a la gente en el *Tívoli*, sin que haya podido enterarse del secreto del *vino cocido* de Socquart, usted que se las da de tan listo —dijo la hija a su padre—. Bien sabe usted que si nosotros estuviéramos en posesión de ese secreto nos haríamos tan ricos como Rigou.

En el Morvan y en la parte de la Borgoña que se extiende a sus pies por el lado de París, ese vino cocido de que hablaba Tonsard al tío Fourchon consiste en una bebida bastante costosa que juega un importante papel en la vida de los campesinos, y que saben preparar más o menos bien los drogueros, los que tienen establecimientos de refrescos y en los cafés. Este bendito licor, compuesto de vino escogido, azúcar, canela y otras especies, es preferido a todas las mezclas y al aguardiente disfrazado que recibe los nombres de ratafía, ciento siete años, agua de los valientes, casis, espíritu de sol, etc. Puede encontrarse vino cocido hasta en la frontera de franco-suiza. En el Jura, en las regiones selváticas donde sólo penetran algunos excursionistas, los mesoneros llaman vino *de Siracusa* a este producto industrial, por otra parte excelente, y a uno le encanta pagar tres o cuatro francos la botella, gracias al hambre canina adquirida con la ascensión a los picos. Y en las familias morvandesas y borgoñonas, el más leve dolor, la más mínima alteración de nervios, es un pretexto suficiente para beberse unos vasos de vino cocido. Las mujeres, durante, antes y después del parto, añaden a esta bebida unas cucharadas de azúcar. El vino cocido ha devorado verdaderas fortunas campesinas. También, más de una vez, ese líquido seductor fue causa de alguna paliza marital.

—¡Oh, no hay posibilidad! —respondió Fourchon—. Para preparar vino cocido, Socquart se encierra en su habitación. No le dijo el secreto de su fabricación ni a su difunta esposa. Se hace traer todos los ingredientes de París para fabricarlo.

—No molestes más a tu padre —exclamó Tonsard—. ¿No lo sabe...? Pues bien, esto quiere decir que no lo sabe. Es imposible saberlo todo.

Fourchon empezó a sentir cierta inquietud al ver cómo se suavizaba la cara de su yerno, lo mismo que sus palabras.

—¿Que tú quieres robarme? —preguntó ingenuamente el anciano.

—Todo lo que poseo —respondió Tonsard— lo he conseguido por medios legítimos, y si alguna vez le quito a usted alguna cosa, me cobro parte de la dote que me prometió.

Fourchon, tranquilizado por aquella brutalidad, inclinó la cabeza como hombre vencido y convencido.

—He aquí un magnífico lazo para cazar —continuó Tonsard acercándose a su suegro y poniéndole el lazo sobre las rodillas—. En Les Aigues tendrán necesidad de alguna pieza, y podremos venderles las que son suyas, ¿o es que no habrá un buen Dios que nos proteja a nosotros los pobres?

—Un buen trabaja —comentó el viejo examinando el ingenioso cepo.

—Vamos, padre, deje que recojamos nosotros también algunos sueldos —dijo la Tonsard—. Debemos tener también nuestra parte en el pastel de Les Aigues.

—¡Cállate ya, charlatana! —replicó Tonsard—. Si alguna vez me cuelgan, no será por haber matado algún animal, sino por las habladurías de su hija.

—¿Crees que en Les Aigues las venderán por parcelas para darte gusto? —preguntó Fourchon—. ¡Vamos! Hace treinta años que Rigou te está chupando el tuétano de los huesos, y todavía no te has dado cuenta de que los burgueses son peores que los señores. En este asunto, hijos míos, los Soudry, los Gaubertin y los Rigou os harían bailar al son de *Tengo buen tabaco, pero tú no lo fumarás*, el himno nacional de los ricos... El campesino será siempre el campesino. ¿Es que no ves (¡claro que tú no sabes nada de política!...) que si el gobierno ha puesto tantos impuestos sobre el vino es para quitarnos nuestro dinero y mantenernos en la miseria? Los burgueses y el gobierno son todos unos. ¿Qué sería de ellos si nosotros fuésemos ricos? ¿Acaso trabajarían ellos el campo? ¿Recogerían ellos las cosechas? ¡No! Necesitan que haya miserables. Durante diez años yo fui rico, y sé muy bien lo que entonces pensaba de los pobres...

—Pero hay que estar a su lado, ya que lo que quieren es parcelar las tierras —respondió Tonsard—. Una vez hecho, podremos enfrentarnos con los Rigou. Yo en el puesto de Courtecuisse, al que está devorando, hace ya mucho tiempo que habría liquidado cuentas con él empleando otras balas distintas a las que ese pobre hombre le entrega...

—Tienes razón —afirmó el tío Fourchon—. Como dice Niseron, que sigue siendo republicano: «El pueblo tiene la vida dura, le cuesta morir, el tiempo trabaja para él...».

Fourchon cayó en una especie de ensimismamiento, y Tonsard lo aprovechó para cogerle el lazo para cazar; pero, al cogérselo, le cortó de un tizeretazo el pantalón, mientras Fourchon levantaba el vaso para beber, y puso el pie encima de la moneda de cien sueldos, la cual cayó en el sitio que siempre estaba húmedo debido al vino que vertían los bebedores. Aunque hecha con gran destreza, aquella operación quizá no hubiera pasado inadvertida para Fourchon sin la llegada de Vermichel.

— Tonsard, ¿sabes dónde está Fourchon? —preguntó el funcionario desde el pie

de la parra.

La pregunta de Vermichel, el robo de la moneda y el apurar el vaso fueron simultáneos.

—Presente, mi oficial —contestó éste tendiendo la mano a Vermichel para ayudarle a subir los peldaños de la taberna.

De todos los rostros borgoñones, el de Vermichel era el más borgoñón. El del escribano no era rojo, sino escarlata. Su cara, como determinadas partes tropicales del globo terráqueo, estaba llena de pequeños cráteres apagados con los que culminaban unas elevaciones aplastadas y de color verdoso, llamadas bastante poéticamente por Fourchon: *flores del vino*. Aquel rostro ardiente, cuyos rasgos habían sido desmesuradamente agrandados por las continuas borracheras, parecía ciclópeo, ya que aparecía iluminado en su lado derecho por una pupila viva, y apagado en el otro por un ojo víctima de una catarata amarillenta. El cabello rubio, siempre despeinado y revuelto, y una barba parecida a la de Judas, hacían que el aspecto de Vermichel fuese algo tan formidable en apariencia como modesto era en realidad. Su nariz en forma de trompeta semejava un interrogante al que la boca, excesivamente hundida, parecía contestar continuamente, incluso cuando no se abría. Vermichel, hombre de baja estatura, llevaba botas claveteadas, un pantalón de pana color verde botella, un chaleco remendado con pedazos de telas diversas que parecía haber sido confeccionado únicamente con retales, una chaqueta de grueso tejido color azul y un sombrero gris de anchas alas. Aquel lujo, impuesto por la villa de Soulanges, en la cual Vermichel acumulaba las funciones de portero del Ayuntamiento, timbalero, carcelero, músico y escribano, lo mantenía la señora Vermichel, una terrible antagonista de la filosofía rabelesiana. Aquel marimacho con bigote, de un metro de anchura, de ciento veinte kilos de peso, y, no obstante, ágil, había dejado bien establecido su dominio sobre Vermichel, a quien arreaba buenas palizas cuando se presentaba en casa borracho, y algún que otro coscorrón cuando estaba sobrio. Así, el tío Fourchon podía decir, despreciando el atuendo de Vermichel: «Es la librea de un esclavo».

—Cuando se habla del sol, se ven sus rayos —prosiguió Fourchon, repitiendo una galantería inspirada en la rutilante figura de Vermichel, quien realmente parecía uno de aquellos soles dorados que aparecen pintados en algunos rótulos de los mesones de provincias—. Mamá Vermichel ha descubierto que llevas demasiado polvo en la espalda, para que huyas de la presencia de tus queridas cuatro quintas partes, ya que a esa clase de mujer no se la puede calificar de querida mitad. ¿Qué es lo que te trae por aquí tan temprano, tambor batido?

—¡Siempre la política! —respondió Vermichel, evidentemente acostumbrado a toda clase de chanzas.

—¡Ah...! El comercio de Blangy no anda demasiado bien; ¿tenemos que ir a protestar alguna letra? —preguntó Fourchon alargando un vaso de vino a su amigo.

—Nuestro *mono* me está siguiendo los pasos —replicó Vermichel empinando el

codo.

En el argot de los peones, *el mono* es el dueño. Esta locución formaba parte del diccionario Vermichel y Fourchon.

—¿Qué es lo que el señor Brunet viene a husmear por aquí? —preguntó la Tonsard.

—¡Pardiez! Vaya con qué me salís —repuso Vermichel—; precisamente vosotros que desde hace tres años le rendís más de lo que realmente valéis... ¡Ya os trabaja bien las costillas el burgués de Les Aigues! Le va bien, el Tapicero... Como dice el pequeño Brunet: «Si hubiera tres propietarios como él en el valle, habría hecho mi fortuna...».

—¿Qué es, pues, lo que han ideado ahora contra los pobres? —preguntó María.

—Palabra que no es ninguna tontería —respondió Vermichel—, y que tendréis que rendiros aunque opongáis resistencia... ¿Que de qué se trata? Pues de que siguen siendo muy poderosos, y desde hace casi dos años tienen en pie de guerra a tres guardas, uno a caballo, y todos ellos activos como hormigas; además, un guardabosque que es un voraz. Finalmente, la gendarmería se pone en pie a la menor señal que le hacen... Terminarán por hundiros...

—Que sí, que sí... Somos demasiado débiles —dijo Tonsard—. Se ensañan con nosotros, pero no nos hundirán... Más resistente es la hierba que el árbol.

—No confíes demasiado —replicó el tío Fourchon a su yerno—; tú tienes también propiedades...

—En fin —añadió Vermichel—, que esa gente debe quereros mucho, pues no hacen más que pensar en vosotros desde la mañana hasta la noche. Deben de haberse hecho este razonamiento: «Si el ganado de esos desgraciados se nos come los pastos, procuremos quedarnos con él; ellos, personalmente, no se podrán comer la hierba de nuestros prados». Como todos vosotros tenéis algo que ver con la justicia, han encargado a nuestro *mono* que se quede con vuestras vacas. Empezamos esta mañana por Conches, iremos allí a quedarnos con la vaca de la tía Bonnébault, con la de Godain, con la vaca de Mitant...

En cuanto se pronunció el nombre de Bonnébault, María, que estaba enamorada de Bonnébault, nieto de la vieja de la vaca, salió rápidamente al cercado de viña, después de haber hecho un guiño a su padre y a su madre. Pasó como una anguila por el agujero abierto en la valla y se lanzó hacia Conches con la ligereza de una liebre perseguida.

—Harán tantas barbaridades que terminarán con los huesos rotos —dijo tranquilamente Tonsard—. Y será una lástima, porque sus madres no les podrán hacer otros nuevos.

—Realmente, puede suceder —apoyó Fourchon—. Pero mira, Vermichel, no podré acompañarte hasta dentro de una hora; tengo asuntos importantes que resolver en el castillo.

—¿Más importantes que tres vacaciones a cinco sueldos? «No se debe escupir al

lagar», dijo el padre Noé.

—Te repito, Vermichel, que mi negocio me llama al castillo de Les Aigues — insistió el viejo Fourchon, adoptando un aire de risible importancia.

—Por otra parte —añadió la Tonsard—, quizá sea mejor que mi padre se vaya. ¿Es que, por casualidad, le gustaría encontrar nuestras vacas?

—El señor Brunet, que es una buena persona, no desea otra cosa que encontrar sólo las boñigas —respondió Vermichel—. Un hombre que se ve obligado, como él, a tener que andar por los caminos de noche, debe ser muy prudente.

—Y si lo hace muy bien en serlo —repuso secamente Tonsard.

—Pues como decía —prosiguió Vermichel—, le dijo al señor Michaud: «Iré en cuanto la audiencia haya terminado». Si quisiera encontrar las vacas, iría mañana, a las siete de la mañana. Pero el pobre Brunet tiene que ponerse en marcha. Es difícil engañar dos veces a Michaud; es un perro de caza que tiene buen olfato. ¡Ah, qué bandido está hecho!

—Bribones como él deberían quedarse en el ejército —observó Tonsard—; allí podría lanzarse contra los enemigos... Quisiera que tuviese que vérselas conmigo; le gusta calificarse a sí mismo como «un viejo de la joven guardia», pero estoy seguro de que después de medirnos los *espolones* no quedaría de él ni las plumas.

—Otra cosa —dijo la Tonsard a Vermichel—. ¿Cuándo aparecerán los carteles de la fiesta de Soulanges? Estamos ya a 8 de agosto.

—Ayer los llevé a imprimir a casa del señor Bournier, en Ville-aux-Fayes — contestó Vermichel—. En casa de la señora Soudry se habló de hacer un castillo de fuegos artificiales en el lago.

—¡Cuánta gente tendremos! —exclamó Fourchon.

—¡Eso será un buen negocio para Socquard! —observó el tabernero con envidia.

—Eso si no llueve... —agregó su mujer como para tranquilizarse a sí misma.

Se oyó el trote de un caballo que venía de Soulanges, y, cinco minutos más tarde, el alguacil ataba las riendas a un poste clavado expresamente cerca del vallado por cuya abertura pasaban las vacas; después asomó la cabeza por la puerta del *Grand-I-vert*.

—Vamos, vamos, hijos míos, no perdamos más tiempo —dijo aparentando tener mucha prisa.

—¡Ah...! —repuso Vermichel—. Se encuentra con una baja, señor Brunet. El tío Fourchon tiene la gota.

—Tiene varias gotas —replicó el alguacil—; pero la ley no le obliga a tener que estar sobrio.

—Perdóneme, señor Brunet —dijo Fourchon—, pero me están esperando en Les Aigues para un asunto de negocios; estamos en tratos para la venta de una *nutia*...

Brunet, hombre bajo, delgado, de tez biliosa, completamente vestido de negro, mirada apagada, pelo enmarañado, boca cerrada, nariz delgada, aspecto jesuítico y voz ronca, ofrecía la curiosidad de un aspecto, una fisonomía y un vestido, así como

su carácter, en perfecto acuerdo con la profesión que ejercía. Conocía de modo tan perfecto la ley, o por mejor decir, las triquiñuelas legales, que era a la vez el terror y el consejero de todo el distrito; así, no carecía de una cierta popularidad entre los campesinos, a los que la mayoría de las veces pedía que le pagasen en especies. El conjunto de sus cualidades, activas y negativas, así como su saber hacer, le valía tener por clientes a la casi totalidad de la gente del distrito, con la exclusión del señor Plissoud, su colega, de quien hablaremos más adelante. La casualidad de que en un juzgado de paz pueda haber un alguacil que lo hace todo y otro que no hace nada, es relativamente frecuente en el campo.

—Entonces, ¿el asunto está que arde? —preguntó Tonsard a Brunet.

—¿Qué queréis que os diga? Me parece que lo saqueáis demasiado, y él se defiende —contestó el alguacil—. Todo esto acabará mal para vosotros; el gobierno terminará tomando cartas en el asunto.

—Qué tenemos que hacer, entonces, los miserables, ¿morirnos? —dijo la Tonsard sirviendo al alguacil un vasito de vino en un plato.

—Ya pueden morirse pobres, que nunca faltarán —añadió sentenciosamente Fourchon.

—Estáis devastando los bosques —continuó el alguacil.

—No lo crea, señor Brunet; se exageran mucho las cosas, y la realidad es que solamente nos llevamos algunos haces de leña —afirmó la Tonsard.

—Lo que sucede es que no se cortaron bastantes cabezas de ricos cuando la Revolución —aseguró Tonsard.

En aquel momento se oyó un ruido alarmante por lo que tenía de inexplicable. El furioso correr de alguien, mezclado con un tañido de armas, dominaba el rumor del follaje y de las ramas arrastradas por otros pasos todavía más veloces. Dos voces tan diferentes como pudieran serlo las dos carreras, lanzaban agudas exclamaciones. Todos los que estaban en la taberna comprendieron que se trataba de un hombre que perseguía a una mujer, la cual huía; pero ¿por qué? La incertidumbre no duró mucho tiempo.

—Es mamá —dijo Tonsard poniéndose en pie—. Reconozco su chillido.

Y de repente, después de subir los descoyuntados peldaños del *Grand-I-vert* en un último esfuerzo, cuya energía sólo se halla en las piernas de un contrabandista, la vieja Tonsard cayó cuan larga era en el suelo de la taberna. El gran jergón de madera de su gavilla de leña hizo un terrible ruido al topar con el dintel de la puerta de entrada y desparramarse por el suelo. Todos saltaron para evitar el golpe. Las mesas, las sillas y las botellas alcanzadas por las ramas cayeron también con gran estrépito. El alboroto no hubiera sido tan grande si no se hubiese desplomado del techo de paja.

—¡Me muero! ¡El malvado me ha matado...!

Los gritos, la actitud y la carrera de la vieja quedaron perfectamente explicados por la aparición en el umbral de la puerta de un guarda vestido de verde, sombrero con presilla de plata, sable al cinto, bandolera de cuero con las armas de Montcornet

y las de Troisville, el chaleco rojo de ordenanza y polainas de cuero que le subían hasta casi las rodillas.

Después de un instante de duda, al ver a Brunet y a Vermichel, el guarda dijo:

—Tengo testigos.

—¿De qué? —preguntó Tonsard.

—De que esta mujer lleva entre la leña una encina de diez años cortada en trozos..., ¡Un verdadero crimen!

Vermichel, en cuanto oyó pronunciar la palabra *testigos*, creyó muy oportuno salir al cercado para tomar un poco el aire.

—¿De qué...? ¿De qué...? —replicó Tonsard plantándose delante del guarda, mientras su mujer ayudaba a levantarse a la vieja—. ¿Quieres que te haga correr, Vatel? Vete a perorar por los caminos, que allí estás en tu casa, ¡bandido!; pero ahora sal de aquí. Esta es mi casa; ¿no lo sabías? Y cada uno es dueño de recibir en la suya a quien quiera y de echar a quien no le guste... ¡Fuera!

—Ha habido delito flagrante, y tu madre tendrá que acompañarme.

—¿Detener a mi madre en mi propia casa? No tienes ningún derecho a hacerlo. Mi domicilio es inviolable, todos lo saben. ¿Tienes alguna orden de detención expedida por el señor Guerbet, nuestro Juez de Instrucción? ¡Ah! Es necesario tener un mandamiento para entrar aquí. Y tú no lo tienes ni perteneces a la Justicia, aunque hayas jurado ante un tribunal para hacernos morir de hambre, ¡maldito guardabosque!

El furor del guarda había llegado a tal paroxismo que quiso apoderarse de la gavilla, pero la vieja, un repugnante pergamino negro dotado de movimiento, sin semejanza posible con nadie, excepto quizá con algún personaje del cuadro *Las Sabinas*, de David, le gritó:

—¡No la toques, o te arranco los ojos!

—Pues bien, a ver si te atreves a deshacer el haz delante del señor Brunet —invitó el guarda.

Aunque el alguacil afectaba ese aire de indiferencia que la costumbre de estos asuntos da a los funcionarios públicos, dirigió al tabernero y a la tabernera un guiño que significaba: «Mal asunto». El viejo Fourchon señaló con el dedo a su hija el montón de ceniza apilado bajo la chimenea. La Tonsard, que comprendió inmediatamente el peligro en que se hallaba su suegra y el consejo de su padre, cogió un puñado de ceniza y lo arrojó a los ojos del guarda. Vatel se puso a aullar; Tonsard, que veía tan bien como veía mal el guarda, echó a éste brutalmente por los peldaños exteriores, sobre los cuales, debido tanto a su estado como a la ceguera del vigilante, fue dando traspiés y rodando hasta al camino, cayéndosele el fusil. En un instante, el haz de leña quedó deshecho, los trozos de encina verde fueron sacados y escondidos con una rapidez que ninguna palabra podría explicar. Brunet, no deseando ser testigo de esta operación, ya prevista por él, corrió hacia el guarda para ayudarlo a levantarse, lo sentó en el talud y fue a mojar su pañuelo en el agua, para lavar los ojos del paciente, el cual, a pesar del sufrimiento que experimentaba, intentaba arrastrarse

hasta el arroyo.

—Vatel, has cometido una equivocación —le dijo—. No tenías derecho a entrar en una casa particular; mira...

La vieja, mujer de baja estatura y casi jorobada, echaba tantas centellas por los ojos como injurias por la boca, una boca desdentada y cubierta de espuma; plantada en la puerta de la casa, las manos en las caderas con voz capaz de oírse hasta en Blangy, gritaba:

—¡Ah, canalla! Te está bien empleado. Que el infierno te confunda. ¡Sospechar que yo corto árboles! Yo, que soy la mujer más honrada del pueblo, y perseguirme como a una fiera... Así perdieras tus malditos ojos, y toda la región ganaría en tranquilidad. Eres un portador de desdichas, tú y tus compañeros, que hacéis creer que somos unos malvados, sólo para encender la guerra entre tus amos y nosotros...

El guarda se dejaba limpiar los ojos por el alguacil quien, mientras le curaba y cuidaba, seguía demostrándole que legalmente su actitud había sido reprehensible.

—La muy cerda —exclamó finalmente Vatel—. Ha estado en el bosque toda la noche...

Como todos habían ayudado a que desapareciese cualquier rastro de madera tierna, las cosas en seguida fueron puestas de nuevo en orden en el interior de la taberna. Tonsard se dirigió entonces hacia la puerta con gesto arrogante.

—Vatel, gorrioncito mío —dijo—, si te atreves otra vez a violar mi domicilio quien te va a decir cuatro cosas va a ser mi fusil; hoy has recibido un puñado de ceniza, pero quizá otro día recibas fuego. No conoces tu oficio. Si tienes calor, te ofrezco un vaso de vino; entra y podrás ver perfectamente que entre la leña que trajo mi madre no hay un un trozo de madera sospechosa; todo son ramas secas.

—¡Canalla...! —dijo en voz baja el guarda al alguacil, más afectado por la ironía que por el dolor que le había producido la ceniza en los ojos.

En aquel mismo instante, Carlos, el lacayo, al que momentos antes habían enviado en busca de Blondet, apareció en la puerta del *Grand-I-vert*.

—¿Qué es lo que te ha pasado, Vatel? —preguntó el criado al guarda.

—¡Ah! —contestó el guardabosques secándose los ojos que había hundido en el agua del arroyo, abiertos ya para poderlos limpiar mejor—. Tengo ahí unos deudores que maldecirán el día en que vieron la luz.

—Si lo crees así, Vatel —añadió fríamente Tonsard—, pronto te darás cuenta de que aquí en la Borgoña no tenemos frío en los ojos.

Vatel desapareció. Poco curioso por saber la solución de aquel enigma, Carlos miró dentro de la taberna.

—Vaya al castillo, usted y su nutria, si es que tiene una —dijo dirigiéndose a Fourchon.

El viejo se puso en pie en el acto y siguió a Carlos.

—Y bien, ¿dónde está la tan cacareada nutria? —le preguntó Carlos sonriendo con gesto de duda.

—Por aquí —respondió el viejo cordelero dirigiéndose hacia el Thune.

Este es el nombre del arroyo formado con las aguas sobrantes del molino y del parque de Les Aigues. El Thune discurre a lo largo del camino cantonal hasta el pequeño lago de Soulanges, que atraviesa, y desde el que se une al Avonne, después de alimentar los molinos y las aguas del castillo de Soulanges.

—Allí está, la tengo escondida en el río de Les Aigues, con una piedra atada al cuello.

Al inclinarse y volverse a erguir, el viejo notó que no llevaba ya la moneda de cien sueldos en el bolsillo, y tan acostumbrado estaba a no llevar dinero, que debía darse buena cuenta cuando llevaba lleno el bolsillo como cuando estaba vacío.

—¡Los muy canallas! Si yo cazo *nutias* ellos cazan a su suegro. Me roban todo lo que gano, y dicen que es por mi bien ¡Ah, ya lo creo que se trata de mis bienes! Sin mi pobre Mosca, que es el consuelo de mi vejez, me moriría de hambre. ¡Los hijos son la ruina de los padres! ¿Tú no te has casado, Carlos? —añadió tras una pausa—. Si no lo estás, no te cases nunca. Por lo menos no podrás reprocharte el haber sembrado mala hierba... ¡Y yo que pensaba poder comprar esparto para hacer cuerda! Ya tengo yo buen esparto. Aquel señor, que es muy amable, me dio diez francos; pues bien, a estas horas ya estará escarmentado con mi *nutia*.

Carlos desconfiaba tanto del tío Fourchon que tomó aquellas lamentaciones, sinceras por una vez, por la preparación de lo que en el lenguaje del oficio se llama *colorear un asunto*, y cometió el error de dejar entrever su opinión a través de una sonrisa que sorprendió al malicioso viejo.

—Yo voy a mi asunto, Carlos; y la prueba es que si quieres convidarme en la cocina con los restos del almuerzo y con una botella o dos de vino de España, te diré un par de cosas que te evitarán recibir un buen *baile*...

—Venga, hable, y Francisco obedecerá orden de su señor de darle un vaso de vino —respondió el lacayo.

—¿Palabra?

—Palabra.

—Pues bien, tú te ves con mi nieta Catalina bajo el arco del puente del Avonne. Godain la quiere; os ha visto juntos, y ha llegado a la estupidez de tener celos... Y digo estupidez porque un campesino no tiene derecho a tener sentimientos que sólo están permitidos a los ricos. Si vas algún día de fiesta a Soulanges a bailar con ella en el *Tívoli*, puedes estar seguro de que bailarás más de lo que sospechas. Godain es avaro y malo, y muy capaz de romperte un brazo antes de que te des cuenta...

—¡Sería pagar un precio demasiado alto! Catalina es una muchacha muy linda, pero no vale tanto como eso —respondió Carlos—. ¿Y por qué tiene que enfadarse Godain? Los demás no se enfadan.

—¡Ah! Porque quiere casarse con ella.

—Pues una que recibirá buenas palizas... —afirmó Carlos.

—Según, según —objetó el viejo—. Se parece algo a su madre, a la que jamás

Tonsard se ha atrevido a levantarle la mano, por miedo a que ella levante el pie. Una mujer que sabe revolverse tiene mucha ventaja... Y por otra parte, aunque Godain es fuerte, si se le fuera la mano con Catalina, seguro que no sería el último en arrear.

—Tome, tío Fourchon; aquí tiene cuarenta sueldos para que beba a mi salud, para el caso de que no podamos pimplar el vino de Alicante.

Fourchon volvió la cara al tiempo que se embolsaba la moneda, para que Carlos no pudiera ver una expresión de placer y de ironía que le fue imposible reprimir.

—Catalina —continuó el viejo— es una bestia impúdica; le gusta el vino de Málaga, y convendrá decirle que lo venga a buscar aquí al castillo. ¿No comprendes, imbécil?

Carlos contempló al tío Fourchon con admiración ingenua, sin poder adivinar el inmenso interés que tenían los enemigos del general en introducir en el castillo un espía más.

—¿El general es feliz? —preguntó el viejo—. Ahora los campesinos están muy tranquilos. ¿Está contento de Sibilet?

—El único que se preocupa por Sibilet es el señor Michaud; se dice que le hará despedir.

—No es más que celos profesionales —replicó Fourchon—. Apuesto cualquier cosa que te gustaría que despidiesen a Francisco y te nombrasen primer ayuda de cámara en su lugar.

—¡Caramba! Con un sueldo de mil doscientos francos, ¿a quién no le gustaría el empleo? Pero no lo pueden despedir; conoce todos los secretos del general.

—Del mismo modo que la señora Michaud conocía los de la señora condesa —replicó Fourchon espiando la menor reacción de Carlos, hasta en lo más profundo de sus ojos—. A ver, muchacho; ¿sabes si el señor y la señora tienen habitaciones separadas?

—¡Naturalmente! Si no fuera así, el señor no querría tanto a la señora —contestó Carlos.

—¿No sabes nada más? —preguntó Fourchon.

Tuvieron que callar. Carlos y Fourchon estaban frente a las ventanas de la cocina.

V

LOS ENEMIGOS FRENTE A FRENTE

Al principio del almuerzo, Francisco, el primer ayuda de cámara, dijo en voz baja a Blondet, pero lo suficientemente alto para que el conde pudiera oírle:

—Señor, el pequeño del tío Fourchon pretende que han terminado por capturar una nutria, y pregunta si usted la quiere, pues, si no, se la llevará al subprefecto de Ville-aux-Fayes.

Emilio Blondet, aunque profesor en materia de mitificación, no pudo evitar sonrojarse como una virgen a la que le cuentan una historieta un poco escabrosa y de la que conoce el significado.

—¡Vaya! Ha estado usted cazando nutrias con el tío Fourchon esta mañana — exclamó el general soltando una carcajada.

—¿Qué ha pasado? —preguntó la condesa, intrigada por la risa de su esposo.

—Desde el momento en que un hombre tan inteligente como él —prosiguió el general— se ha dejado engañar por el tío Fourchon, un coracero en situación de retirado no debe sentir vergüenza por haber tomado parte en la cacería de esa nutria, lo que se parece mucho al tercer caballo que en las postas os hacen pagar sin que nunca lo vea nadie.

Luego de nuevas explosiones de risa, el general dijo todavía:

—Ya no me extraña que haya tenido que cambiarse de botas y de pantalones, pues supongo que se ha dedicado a la natación... Yo no tuve que ir tan lejos en cuanto a disimulos, pues me quedé a flor de agua; pero también hay que reconocer que es usted mucho más inteligente que yo...

—Olvidas, amigo mío —observó la señora de Montcornet—, que no sé nada de lo que estás hablando.

Al oír estas palabras, dichas con tono intrigado por la extrañeza que producía en la condesa la confusión de Blondet, el general se quedó serio y el mismo Blondet explicó la caza de la nutria.

—Pero si realmente tienen una nutria, esas pobres gentes no son culpables —dijo la condesa.

—Claro que no; pero hace diez años que hablan de la nutria y nadie la ha visto —prosiguió el implacable general.

—Señor conde —advirtió Francisco—, el pequeño jura por todos los santos que tiene una...

—Si de verdad tiene una, se la compro —aseguró el general.

—Dios es lo bastante bondadoso para no condenar eternamente a Les Aigues a no tener jamás una nutria —consideró el abate Brossette.

—¡Ah, señor cura! —exclamó Blondet—, si usted quiere enfrentar a Dios conmigo, entonces...

—¿Quién ha venido? —preguntó la condesa.

—Mosca, señora, ese muchacho que acompaña al tío Fourchon —respondió el ayuda de cámara.

—Hazle entrar —dijo el general—, es decir, si la señora lo permite; tal vez resulte divertido.

—Por lo menos sabremos a qué atenernos —añadió la condesa.

A los pocos instantes apareció Mosca casi desnudo. Al ver aquella personificación de la indigencia en medio del magnífico comedor, del que un solo entrepaño habría podido proporcionar una verdadera fortuna a aquel muchacho de pies descalzos, piernas al aire, pecho al aire y cabeza al aire, era imposible sustraerse a los más intensos sentimientos de caridad. Los ojos de Mosca, como dos ascuas encendidas, miraban alternativamente las riquezas de la estancia y las de la mesa.

—¿No tienes madre? —preguntó la señora de Montcornet, quien no podía explicarse de otro modo aquel abandono.

—No, señora, murió de pena al ver que papá no regresaba del ejército, en el 1812, sin haberse casado *con papeles*, y que con respeto sea dicho, murió helado... Pero tengo a mi *agüelo*, el tío Fourchon, que es un buen hombre, aunque a veces me zurre como a un Jesús.

—¿Cómo es posible haya en tus posesiones gentes tan desdichadas? —dijo la condesa mirando al general.

—Señora condesa —intervino el cura—, en este distrito únicamente hay desdichados voluntarios. El señor conde tiene las mejores intenciones; pero tenemos que habérmolas con gentes sin religión y que viven con una sola idea: vivir a expensas de los señores.

—Pero —dijo Blondet—, mi querido señor cura, usted está aquí precisamente para enseñarles moral.

—Señor —respondió el abate Brossette a Blondet—, Su Eminencia me ha destinado aquí como en misión entre salvajes. Sin embargo, como tuve ya el honor de decirle, los salvajes de Francia son inabordables; tienen por ley el no escucharnos, mientras que los de América pueden llegar a sentirse atraídos por nosotros.

—Señor cura —dijo Mosca—, ahora aún me ayudan algo, pero si fuera a su iglesia, ya no me ayudarían más y todos se burlarían de mí.

—La religión debería empezar por darle unos pantalones, mi querido abate —observó Blondet—. En las misiones, ¿no empiezan también con regalos para atraerse a los salvajes?

—No tardaría mucho tiempo en venderse el vestido que le diésemos —respondió el abate Brossette en voz baja—, y no tengo dinero bastante para renovar cada semana su vestuario.

—El señor cura tiene razón —afirmó el general mirando a Mosca.

La política del muchacho consistía en aparentar no comprender nada de cuanto se decía en favor o en contra de él.

—La inteligencia del granujilla demuestra que sabe discernir perfectamente entre el bien y el mal —prosiguió el conde—. Está en edad de trabajar, y sólo piensa en cometer delitos impunemente. Todos los guardas le conocen muy bien. Antes de que yo fuese alcalde, él ya sabía que un propietario, testigo de un delito cometido en sus tierras, no puede recurrir a un proceso verbal y continuaba tranquilamente en mis prados con sus vacas, sin irse cuando me veía, mientras que ahora sale corriendo.

—¡Oh...! Eso está muy mal —dijo la condesa—. No hay que tocar los bienes de otro, pequeño.

—Señora, hay que comer; mi *agüelo* me da más golpes que pan, y las bofetadas no llenan el estómago. Cuando las vacas tienen leche, bebo algún trago, y esto me sostiene. ¿El señor es tan pobre que no puede dejarme *beber* un poco de su hierba?

—Tal vez este muchacho no ha comido nada hoy —dijo la condesa conmovida por aquella profunda miseria—. Dadle pan y el pollo que haya quedado; que coma algo... —añadió mirando al ayuda de cámara—. ¿Dónde duermes?

—En cualquier sitio, señora; donde me soporten en invierno, y bajo las estrellas cuando hace buen tiempo.

—¿Cuántos años tienes?

—Doce.

—Aún es tiempo de llevarle por el buen camino —dijo la condesa a su marido.

—Puede ser un buen soldado —repuso con rudeza el general—; está bien preparado para serlo. Yo he sufrido tanto como él, y ya me ves.

—Perdón, general; yo no estoy inscrito, y no entraré en el sorteo. Mi pobre madre, que era soltera, me *pirió* en medio del campo. Soy hijo de la tierra, como dice el *agüelo*. Mi madre me libró del ejército. No me llamo Mosca, ni tengo otro nombre. Mi *agüelo* me ha explicado todas mis *ventajas*; no estoy en los papeles del gobierno, y cuando tenga la edad para la quinta, me dará una vuelta a Francia y no me podrán coger.

—¿Quieres mucho a tu abuelo? —preguntó la condesa intentando leer en aquel corazón de doce años.

—Qué se yo... Me arrea *ca torta*... Pero qué quieren, si es tan buen chico. Y como él quiere enseñarme a leer y a escribir...

—¿Sabes leer? —inquirió el conde.

—Sí, señor conde, y escribir bonitas letras también. Tan verdad es esto como que tenemos una nutria.

—¿Qué dice aquí? —le preguntó el conde señalándole el periódico.

—*La Cu-o-ti-dienne* —respondió Mosca dudando dos o tres veces.

Todos, incluso el abate Brossette, se echaron a reír.

—Bueno, ustedes me hacen leer el *pediórico* —exclamó irritado el muchacho—. Pero mi *agüelo* dice que los escriben para los ricos, y que siempre dice lo mismo, y

que ya se sabe lo que dirá al día siguiente.

—Este niño tiene razón, general; tengo ganas de volver a enfrentarme con mi vencedor de esta mañana —dijo Blondet—. Ahora veo que su mitificación no ha sido la de un lerdo.

Mosca comprendió perfectamente que en aquellos momentos estaba representando una comedia para diversión y entretenimiento de los burgueses; el discípulo del tío Fourchon se situó entonces a la altura de su maestro: se puso a llorar.

—¿Cómo es posible que puedan divertirse a costa de un niño que va con los pies descalzos? —dijo la condesa.

—¿Y que encuentra completamente normal que su abuelo se cobre en cachetes los gastos de su educación? —añadió Blondet.

—Vamos, pequeño, ¿decías que has cogido una nutria? —le preguntó la condesa.

—Sí, señora; y es tan verdad como que usted es la más hermosa mujer que yo haya visto y que veré —respondió el muchacho secándose las lágrimas.

—Enséñanos, pues, esa nutria —dijo el general.

—¡Oh, señor conde!, mi *agüelo* la ha escondido; pero *entavía* pataleaba cuando llegamos a la cordelería... Podrían mandar a buscar a mi *agüelo*, pues él desea venderla personalmente.

—Llévatelo a la cocina —ordenó la condesa a Francisco—, y mientras esperamos al tío Fourchon, le das de comer. Que vaya Carlos y traiga a su abuelo. Busca unos zapatos, unos pantalones y una chaqueta para este muchacho. Los que entran desnudos en esta casa deben salir de ella vestidos.

—¡Que Dios la bendiga, señora! —dijo Mosca saliendo de la estancia—. El señor cura puede estar seguro de que viniendo de usted, guardaré para los días de fiesta el vestido que me den.

Emilio y la señora de Montcornet se miraron al oír aquellas palabras, y pareció que los dos dijeron al cura con una mirada: «No es tan tonto como parecía...».

—En realidad, señora —observó el cura cuando el muchacho hubo salido—, no debiera hacer demasiado caso de la miseria, cuyas ocultas razones sólo corresponde a Dios juzgarlas; razones físicas a menudo fatales, y razones morales nacidas del carácter, producidas por las disposiciones que podemos observar, y que tal vez no son más que el resultado de cualidades, desgraciadamente para la sociedad, sin solución. Los milagros habidos en los campos de batalla nos han demostrado que los más miserables sujetos pueden convertirse en héroes... Pero aquí nos hallamos en medio de circunstancias excepcionales, y si su bondad y altruismo no van acompañados de reflexiones, corre usted el riesgo de fortalecer a sus enemigos...

—¿Enemigos? —exclamó la condesa.

—Enemigos crueles —repitió gravemente el general.

—El tío Fourchon es, con su yerno Tonsard —prosiguió el cura—, el cerebro del populacho de la localidad; se les consulta por cualquier motivo. Los dos son de un maquiavelismo increíble. Sepa usted que diez campesinos reunidos en una taberna

son una moneda política...

En aquel momento Francisco anunció al señor Sibilet.

—Es el ministro de Hacienda —dijo el general sonriendo—. Hazle pasar. Él podrá explicarles la gravedad del asunto —añadió mirando a su mujer y a Blondet.

—Mientras él no quiera disimularla —dijo el cura en voz baja.

Blondet vio entonces a un personaje del que oía hablar continuamente desde su llegada al castillo y al que deseaba conocer: el intendente de Les Aigues. Un hombre de mediana estatura, de unos treinta años, de aspecto falaz y cara adusta, a la cual la sonrisa le iba muy mal. Bajo una frente fruncida, dos ojos de color verde con tonalidades diferentes, según lo que disimulaban sus pensamientos. Sibilet llevaba una levita color marrón, pantalón y chaleco negros, y se peinaba de forma que el pelo le quedaba aplastado sobre el cráneo, y muy largo, lo que le daba, en cierto modo, el aspecto de un clérigo. Los pantalones abrigaban, muy imperfectamente, unas piernas zambas. Aunque el tinte pálido de su piel y sus blandas carnes hiciesen creer en una constitución más bien enfermiza, Sibilet era un hombre robusto. El timbre de su voz, un poco apagada, estaba en perfecta armonía con aquel conjunto poco halagador.

Blondet cambió secretamente una mirada con el abate Brossette, y la que le devolvió éste puso de manifiesto que las sospechas que abrigaba el periodista acerca de aquel hombre era una certeza para el cura.

—¿Ha podido evaluar, mi querido Sibilet —preguntó el general—, a cuánto asciende lo que nos roban los campesinos? ¿Un cuarto de los ingresos quizá?

—Mucho más, señor conde —respondió el intendente—. Los pobres reciben de usted más de lo que le exige el Estado. Un pillastre como el pequeño Mosca espiga sus buenos dos celemines al día; y las viejas, a las cuales normalmente creería que están en la agonía, en la época de la siega recobran la agilidad, la salud y la juventud. Usted, señor —añadió dirigiéndose a Blondet—, podrá ser testigo de lo que afirmo, ya que dentro de unos diez días empezará la recolección, que se ha retrasado un poco este año a causa de las lluvias... La semana próxima va a empezar la siega del centeno, y no debería poderse espigar sin un certificado de indigencia expedido por el alcalde de la localidad; y, sobre todo, los ayuntamientos no deberían dejar espigar en su territorio más que a sus propios indigentes; pero la realidad es que todo el mundo espiga donde quiere y sin certificado de ninguna especie. Si nosotros tenemos sesenta pobres en la localidad, se les unen cuarenta gandules más. Y lo que es peor, incluso gentes establecidas y con propiedades abandonan momentáneamente sus ocupaciones habituales para ir a espigar. Aquí, entre todos, llegan a recoger hasta trescientos celemines por día. La cosecha dura quince días, lo cual quiere decir que se llevan cuatro mil quinientos celemines. Así, pues, lo que sacan representa más que el diezmo. En cuanto a los pastos abusivos, se llevan aproximadamente la sexta parte del producto de nuestros prados. Por lo que se refiere a los bosques, las pérdidas y depredaciones son algo incalculable; han llegado a cortar árboles de seis años... Las pérdidas que todo ello representa ascienden, señor conde, a más de veinte mil francos

anuales.

—Bien; entonces —dijo el general a la condesa—, ya lo oyes.

—¿No exagera usted? —preguntó la señora de Montcornet.

—No, señora, desgraciadamente —respondió el cura—. El pobre Niseron, un anciano de pelo blanco que acapara las funciones de campanero, de bedel, de sepulturero, de sacristán y de chantre, a pesar de sus opiniones republicanas..., el abuelo de aquella pequeña Genoveva que usted colocó en casa de la señora Michaud...

—¡La Péchina! —exclamó Sibilet interrumpiendo al abate.

—¿Cómo? ¿La Péchina? —preguntó la condesa—, ¿Qué quiere usted decir con eso?

—Señora condesa, cuando usted encontró a Genoveva en medio del camino y en una situación miserable, usted exclamó en italiano: ¡*Piccina!* Esta palabra se ha convertido en su apodo, y ahora todo el pueblo la conoce por este mote —dijo el cura—. La pobre niña es la única que viene a la iglesia, junto con las señoras Michaud y Sibilet.

—No lo pasa muy bien —afirmó el intendente—. La tratan mal, le reprochan sus sentimientos religiosos.

—Pues, como decía —prosiguió el cura—, el pobre viejo de quien les hablaba, que tiene ya setenta y dos años, recoge, honradamente desde luego, cerca de un celemín y medio al día; pero la rigidez de sus convicciones le prohíbe vender el centeno que recoge, como hacen los demás; lo guarda para su propio consumo. Por recomendación mía, el señor Langlumé, su adjunto, le muele el grano gratis, y mi criada le cuece el pan con el mío.

—Había olvidado a mi pequeña protegida —dijo la condesa, a quien las palabras de Sibilet habían asustado—. Su llegada —prosiguió dirigiéndose a Blondet— me ha trastornado. Pero después de comer iremos juntos a la puerta del Avonne, y le enseñaré, lleno de vida, uno de aquellos rostros de mujer que pintaban los artistas del siglo xv.

En aquel momento el tío Fourchon, acompañado por Francisco, dejó oír el ruido que hacían sus zuecos rotos, los cuales dejó en la entrada de la cocina. A una inclinación de cabeza de la condesa a Francisco, que le anunció, Fourchon, seguido de Mosca con la boca llena, apareció en el comedor sosteniendo en la mano una nutria colgada de un cordel por sus patas amarillas, patas en forma estrellada, como las de los palmípedos. Lanzó sobre los cuatro señores sentados a la mesa y sobre Sibilet una de esas miradas, a la vez desconfiadas y serviles, que emplean como velo los campesinos, y después agitó el anfibio con aire de triunfo.

—¡Aquí la tiene! —exclamó dirigiéndose a Blondet.

—Mi nutria —dijo el parisién—, puesto que la he pagado convenientemente.

—¡Oh, querido señor! —objetó Fourchon—, la de usted se me escapó. A estas horas debe estar en su agujero, del que no ha habido modo de hacerla salir; la suya es

una hembra, y ésta es un macho. Mosca la vio venir desde lejos al poco rato de marcharse usted. Tan verdad como que el señor conde se cubrió de gloria con sus coraceros en Waterloo, esta *nutia* es mía, como Les Aigues son del señor general... Pero por veinte francos, la *nutia* puede ser suya, y si no quiere dárme los, la llevaré al *superfecto*. Si el señor Gourdon la encuentra demasiado cara, y como esta mañana hemos cazado juntos, señor parisién, le doy a usted la preferencia; creo que lo merece.

—¿Veinte francos? —dijo Blondet—. En buen francés, no puede decirse que esto sea darme la preferencia.

—¡Oh, mi querido señor...! —exclamó el viejo—. Sé tan poco francés, que si lo prefiere se lo pediré en borgoñón; o si no, lo puedo pedir en latín: *latinas, latina, latinum*. Después de todo, es lo que usted me prometió esta mañana. Por otra parte, mis hijos me han quitado ya el dinero que usted me dio, y lo he estado llorando durante todo el camino, mientras venía hacia aquí. Pregúnteselo a Carlos... Por diez francos no puedo denunciarles y llevarles ante el tribunal. En cuanto consigo unos cuantos sueldos, me hacen beber y me los roban... Y es muy duro tener que ir a beber un vaso de vino a cualquier otra parte que no sea en casa de mi hija. Pero estos son los hijos de hoy en día... Es lo que hemos ganado con la Revolución; ahora todo es para los hijos; los padres han quedado eliminados. ¡Ah!, le aseguro que estoy educando a Mosca de muy distinta manera; él me quiere, mi pequeño pillín —concluyó dando un cariñoso cachete a su nieto.

—Me parece que lo que está haciendo de él es un ladrón como los otros —dijo Sibilet—, ya que nunca se acuesta sin tener un delito sobre la conciencia.

—¡Oh, señor Sibilet!, tiene la conciencia más tranquila que pueda tenerse... ¡Pobre hijo! ¿Qué es lo que hace, pues? ¿Llevarse un poco de hierba? Eso siempre es mejor que estrangular a un hombre. Él no conoce, como ustedes, las matemáticas; no sabe todavía nada de la suma, la resta y la multiplicación... Ustedes nos hacen mucho daño, ¿saben? Dicen de nosotros que somos un hatajo de bandidos, y ustedes son la causa de la separación que existe entre nuestro señor, aquí presente, que es un hombre excelente, y nosotros, que también somos buenas personas... y no hay mejor región que esta nuestra. Ya lo creo. ¿Es que tenemos nosotros alguna renta? ¿Acaso no vamos todos casi desnudos, lo mismo que Mosca? Dormimos envueltos en finas telas, cada mañana nos lavamos con el rocío, y a menos que se desee quitarnos el aire que respiramos y los rayos de sol que bebemos, no comprendo qué es lo que se nos puede quitar. Los burgueses roban junto al fuego, lo que es mucho más provechoso que recoger lo que crece en las lindes de los bosques. No existen guardabosques ni guardias a caballo para el señor Gaubertin, que llegó aquí desnudo como un gusano y ahora tiene millones. Se dice muy pronto «¡Ladrones!»». Ahí tiene al tío Guerbet, el *perceptor* de Soulanges, que va por las noches a visitar todas las casas con su recaudación, y a quien *entavía* no se le ha pedido ni un solo céntimo. ¡No, éste no es un país de ladrones! El robo no nos hace ricos. Díganme quien de nosotros o de

ustedes los burgueses puede vivir sin hacer nada.

—Si hubieras trabajado, ahora tendrías rentas que cobrar —observó el cura—. Dios bendice el trabajo.

—No quiero llevarle la contraria, señor cura, ya que es usted mucho más instruido que yo, pero quizá pueda usted explicarme esto: Aquí me tiene, ¿no es así? Yo, el gandul, el holgazán, el borracho, el *agüelo* Fourchon que no sirve para nada, que no ha recibido educación, que ha sido granjero, que ha caído en la desgracia y que no ha sabido salir de ella... Pues bien, ¿qué diferencia hay entre yo y ese honrado Niseron, viñador de setenta años, pues tiene mi misma edad, y que, durante sesenta años ha estado cultivando la tierra, que se ha levantado todas las mañanas antes de que saliera el sol para ir al trabajo, y que se ha hecho con un cuerpo de hierro y un alma pura? Veo que sigue tan pobre como yo. La Péchina, su nieta, ha tenido que ir a servir a casa de la señora Michaud, mientras que mi pequeño Mosca es libre como el aire. Ese pobre hombre ha sido recompensado por sus virtudes de la misma forma que lo he sido yo por mis vicios. No sabe lo que es un vaso de vino, es sobrio como un apóstol; él entierra a los muertos y yo hago bailar a los vivos. Él se ha pasado la vida rabiando y yo divirtiéndome como una alegre criatura del demonio. Ambos hemos llegado al mismo sitio; tenemos la misma nieve en la cabeza, el mismo dinero en el bolsillo, y yo le proporciono la cuerda para que haga sonar la campana. Él es republicano y yo no lo soy. Esto es todo. Tanto si el campesino obra bien, lo que ustedes desean, como si obra mal, se va del mismo modo que ha venido, en harapos, mientras que ustedes lo hacen envueltos en finas telas...

Nadie interrumpió al tío Fourchon, cuya elocuencia parecía deberla al vino trasegado; al principio, Sibilet quiso cortarle la palabra, pero un gesto de Blondet hizo que el intendente permaneciera mudo. El cura, el general y la condesa comprendieron, por las miradas que les dirigió el escritor, que deseaba estudiar la cuestión del pauperismo a lo vivo, y quizá vengarse del tío Fourchon.

—¿Y qué es lo que hace usted para que la educación de Mosca sea mejor que la que recibieron sus hijas? —preguntó Blondet.

—¿Le hablas alguna vez de Dios? —inquirió el abate.

—¡Oh, no, no, señor cura! No le hablo nunca del temor de Dios, sino de que debe temer a los hombres. Dios es bondadoso, y, según dicen ustedes, nos ha prometido el reino de los cielos, ya que los ricos gozan del de la tierra. Lo que yo le digo es: «Mosca, teme la cárcel. La cárcel es el lugar de donde se sale para subir al cadalso. No robes jamás nada; haz que te lo den. El robo conduce al asesinato, y el asesinato clama a la justicia de los hombres. La cuchilla de la justicia, eso es lo que hay que temer; ella es la que garantiza el sueño de los ricos contra las pesadillas de los pobres. Aprende a leer. Con instrucción, podrás encontrar el procedimiento para ganar dinero sin toparte con la ley, como el señor Gaubertin; podrás llegar a ser intendente, como el señor Sibilet aquí presente, a quien el señor conde permite que se lleve una buena ración de los ingresos... Lo importante es estar al lado de los ricos, pues debajo de

sus mesas pueden encontrarse migajas. Esto es lo que yo llamo una buena y sólida educación. Así, pues, el pequeño estará siempre al lado de la ley... Se convertirá en una buena persona, y cuidará de mí en los últimos años de mi vida».

—¿Y qué proyectos tiene respecto a él? —volvió a preguntar Blondet.

—Quisiera que empezase siendo criado —respondió Fourchon—, porque viendo a los señores de cerca, aprenderá mucho. El buen ejemplo hará que pueda medrar, con la ley de su lado, como todos ustedes... Si el señor conde le emplease en las caballerizas, para que aprenda a cuidar a los caballos, yo le quedaría muy reconocido..., ya que si bien es verdad que ha aprendido a temerlo todo de los hombres, no teme nada de los animales.

—Es usted muy ingenioso, tío Fourchon —dijo Blondet—. Sabe perfectamente lo que se dice, y no habla sin razón.

—Ya puede usted decirlo. Sin embargo, mi razón en estos momentos está en el *Grand-I-vert*, con mis dos monedas de cien sueldos.

—¿Cómo es que un hombre como usted se ha dejado arrastrar hasta la más completa miseria? Porque en la situación actual del país, un campesino no puede culpar a nadie más que a sí mismo de sus desdichas; es libre, y puede hacerse una fortuna. No es como en otros tiempos. Si el campesino quiere y sabe amasar un peculio, encuentra tierra que está en venta, y se convierte en su propio señor.

—He conocido los tiempos pasados y veo los actuales, mi sabio y querido señor —respondió Fourchon—. La etiqueta es distinta, es cierto, pero el vino sigue siendo el mismo. Los tiempos de hoy no son más que la prolongación de los de ayer. ¡Vamos, ponga esto en su *pediórico*! ¿Acaso hemos sido liberados realmente? Seguimos perteneciendo al mismo aldeorro y el señor sigue en el mismo sitio en que estaba: a eso se le llama trabajo... Nuestra hacienda barro es, sin que podamos quitárnoslo de la mano. Que sean para el propietario o para pagar impuestos, nuestros beneficios quedan siempre en lo mismo: sudar y sudar, toda la vida.

—Pero pueden escoger otro trabajo, probar si la fortuna... —afirmó Blondet.

—¿Buscar la fortuna en otro sitio? ¿Y dónde? Para salir del departamento hay que sacar un salvoconducto que cuesta cuarenta sueldos. Hace cuarenta años que no he podido tener una maldita moneda de cuarenta sueldos bailando con otra en mi bolsillo. Para emprender el camino hacen falta los escudos que sólo podemos conseguir en el campo, y son muy pocos los nacidos en Fourchons que tengan medios para probar en media docena de pueblos. Únicamente las conscripciones son capaces de arrancarnos de nuestros pueblos. ¿Y para qué nos sirve el ejército? Para que el coronel viva del soldado del mismo modo que el propietario vive del campesino. ¿Hay algún coronel, entre ciento, que haya salido de nuestras filas? En el ejército, como en la sociedad, uno que se enriquece por cada ciento que caen. ¿Y por culpa de quién caen? Lo sabe Dios, y los usureros también. Así, lo mejor que podemos hacer es continuar en nuestras aldeas, donde vivimos amontonados como las ovejas, pues eso es lo que somos para los señores. ¡Y me río de lo que me ata aquí! Me ata la ley

de la necesidad, la ley del señorío, y siempre condenados a trabajar la tierra. En cualquier parte donde estemos, tenemos que revolverla, cavarla y abonarla para ustedes que nacieron ricos lo mismo que nosotros nacimos pobres. El pueblo será siempre lo mismo, seguirá siendo lo que es... Las gentes de nuestra clase que pueden medrar no son tan tontos como los que se pueden arruinar de la suya. Eso lo sabemos muy bien, aunque no seamos instruidos; no es necesario que se nos haga un proceso todos los días. Nosotros les dejamos tranquilos; pues déjenos vivir. De otra manera, si esto sigue así, no les quedará otro remedio que meternos a todos en sus cárceles, y echarnos de comer. En el calabozo siempre estaremos mejor que en nuestros tugurios. Si ustedes quieren seguir siendo nuestros dueños, seguiremos siendo enemigos, hoy lo mismo que treinta años atrás. Ustedes lo tienen todo, nosotros nada, y lo que no pueden pretender es que aún seamos amigos.

—Esto es lo que se dice una declaración de guerra —dijo el general.

—Señor mío —replicó Fourchon—, cuando Les Aigues eran propiedad de aquella pobre señora (que Dios quiera apiadarse de su alma, pues parece que no fue muy ejemplar su juventud), nosotros éramos felices. Dejaba que nos ganáramos el mendrugo en sus campos y que cortásemos leña en sus bosques. Y no era por esto más pobre. En cambio, usted, que por lo menos es tan rico como ella, nos persigue como si fuéramos bestias feroces, y a los desharrapados nos lleva a los tribunales... Esto terminará mal, y usted será la causa de algún desaguisado. Acabo de ver a su guarda, ese pendejo de Vatel, que por poco mata a una pobre anciana y sólo por cuatro troncos. Todo el mundo creerá que usted es un enemigo del pueblo, y esto hará que todo el mundo se ponga contra usted. Se le maldecirá igual que se bendecía a la difunta señora. Y la maldición de los pobres también pesa, señor. Puede crecer y crecer y ser más alta que todas la mayor de sus encinas, pero no olvide que de las encinas se hacen los cadalsos... Aquí nadie le dice a usted la verdad. Yo cada mañana espero que me llegue la hora de la muerte, y no arriesgo nada diciéndole a usted la verdad... Yo, que hago bailar a los campesinos en las grandes solemnidades, acompañando a Vermichel en el *Café de la Paz* de Soulanges, oigo sus conversaciones, y sé que están contra usted, y que terminarán por hacerle imposible la vida en la comarca Si su maldito Michaud no cambia, le obligarán a usted a que cambie. Bueno, creo que este aviso y la *nutia* bien valen los veinte francos...

Mientras el viejo pronunciaba las últimas frases se oyeron los pasos de un hombre, y aquél a quien Fourchon acababa de amenazar se presentaba sin que nadie lo anunciase. Ante la mirada que Michaud dirigió al defensor de los pobres se comprendió que había oído la amenaza, y toda la audacia de Fourchon se vino abajo. Su mirada produjo en el cazador de nutrias el mismo efecto que la del gendarme en el ladrón. Fourchon se sabía culpable, y Michaud parecía tener derecho a pedirle cuentas por su discurso, evidentemente destinado a asustar a los moradores de Les Aigues.

—Aquí tenemos al ministro de la Guerra —dijo el general dirigiéndose a Blondet

y señalándole a Michaud.

—Perdóneme, señora —dijo ese «ministro» a la condesa—, por haber entrado en el salón sin pedirle permiso para que me recibiese, pero la urgencia de los asuntos que me traen exige que yo hable con el general.

Michaud, a la vez que se excusaba, observaba a Sibilet, a quien los atrevidos argumentos de Fourchon producían una íntima alegría, que no revelaba su rostro, y de la cual nadie se pudo dar cuenta, ya que Fourchon atraía la atención de los comensales, mientras a Michaud, que por razones ocultas no perdía de vista a Sibilet, le impresionaba su aspecto y su serenidad.

—Yo también creo lo mismo que él, que se ha ganado los veinte francos, señor conde —aseguró Sibilet—. La nutria no es demasiado cara...

—Dale los veinte francos —ordenó el general al ayuda de cámara.

—¿Entonces, me la quita usted? —preguntó Blondet al general.

—Quiero hacerla disecar —contestó el conde.

—¡Ah...! Este caballero me habría dejado la piel... —dijo el tío Fourchon.

—Bien —intervino la condesa—, tendrás cien sueldos por la piel; pero ahora déjanos...

El fuerte y molesto hedor que despedían los dos habitantes de los bosques llenaba de tal manera el comedor que la señora de Montcornet, cuyos delicados sentidos acusaban aquel tufo, se hubiera visto obligada a salir si Mosca y Fourchon hubiesen permanecido allí un momento más. Gracias a esto, el viejo consiguió los veinticinco francos. Y salió de la estancia mirando con temor a Michaud y haciéndole repetidas reverencias.

—Lo que yo le he dicho al señor, señor Michaud —le dijo—, es por su bien.

—O por el de las personas que te pagan —replicó Michaud mirándole con desprecio.

—Una vez hayan servido el café, dejadnos —dijo el general a los criados—, y sobre todo cerrad las puertas.

Blondet, que todavía no había tenido ocasión de ver al guarda mayor de Les Aigues, sintió, al mirarle, una impresión totalmente distinta a la que acababa de producirle Sibilet. Mientras el intendente inspiraba repulsión, Michaud despertaba un sentimiento de estimación y confianza.

El jefe de los guardas atraía antes que nada la atención por su bello rostro, de un óvalo perfecto, fino de rasgos y dividido en dos mitades iguales por la nariz, rara perfección en la mayoría de los rostros franceses. Sus rasgos, aunque de un trazo correcto, no carecían de expresión, debido tal vez a un tono de piel armonioso, en el que dominaban los tintes ocres y rojos, seguro indicio del valor físico. Los ojos, de un color marrón claro, vivos y penetrantes, no eran capaces de ocultar los pensamientos, y miraban siempre recto. La frente, ancha y despejada, destacaba más aún por la abundante cabellera negra que la rodeaba. La honradez, la decisión y una santa confianza animaban aquella cara agradable, en la que el ejercicio de las armas había

dejado algunas arrugas en la frente. La sospecha y la desconfianza podían leerse en ella en cuanto las sentía. Como todos los hombres escogidos para formar parte de los cuerpos de caballería distinguidos, era alto, proporcionado y esbelto, y podía decirse que seguía siendo un buen mozo. Michaud, que del ejército conservaba sus bigotes, sus patillas y un principio de barba, recordaba el típico soldado que ha terminado por ridiculizar el diluvio de grabados patrióticos aparecidos en los últimos lustros. Este tipo marcial ha tenido el grave defecto de ser demasiado común en el ejército francés; pero quizá la continuidad de las mismas emociones y los sufrimientos del vivac, de los cuales no quedaron exentos ni los grandes ni los pequeños, y, en fin, las comunes peripecias pasadas en los combates por los jefes y los soldados, han contribuido a uniformar esa fisonomía. Michaud, de arriba abajo vestido de azul oscuro, conservaba el cuello de satén negro y las botas militares y una rígida actitud. Tenía los hombros echados hacia atrás y el pecho hinchado, como si estuviera en una formación. En un ojal de su chaqueta florecía la cinta roja de la Legión de Honor. Finalmente, y para resumir con pocas palabras este esbozo puramente físico, si el intendente, desde que entró en el comedor, no había dejado de emplear la fórmula «señor conde» cuando se dirigía a su señor, Michaud no se había dirigido a él más que llamándole «mi general».

Blondet cambió subrepticamente con el abate Brossette una mirada que quería decir: «¡Qué contraste!», indicando al intendente y al guarda mayor; después, para comprobar si el carácter, el pensamiento y las palabras armonizaban con aquella talla, aquel rostro y aquella actitud, miró a Michaud y le dijo:

—Vaya por Dios, he salido esta mañana muy temprano y he encontrado a sus guardas durmiendo todavía.

—¿A qué hora? —preguntó el ex soldado con inquietud.

—A las siete y media.

Michaud dirigió una mirada casi maliciosa a su general.

—¿Y por qué puerta ha salido el señor? —inquirió Michaud.

—Por la puerta de Conches. Desde su ventana, el guarda me vio salir. Estaba todavía en mangas de camisa —contestó Blondet.

—Sin duda Gaillard acababa de acostarse —replicó Michaud—. Cuando dijo usted que salió muy temprano, creí que se había levantado al salir el sol y entonces mi guarda tenía que estar enfermo para no encontrarse en su puesto; pero a las siete y media estaría acostándose. Pasamos las noches vigilando —continuó Michaud después de una pausa, contestando así a una mirada de extrañeza de la condesa—; pero la vigilancia es siempre insuficiente. Acaban ustedes de dar veinticinco francos a un hombre que no hace mucho ha querido borrar las huellas de un lobo cometido esta misma mañana en su propiedad. En fin, ya hablaremos de ello cuando haya terminado de comer, mi general, pues hay que tomar una determinación...

—Estás siempre muy hinchado con tus derechos, mi estimado Michaud, y *summus jus, summa injuria*. Si no tienes un poco más de tolerancia, puedes salir

malparado —dijo Sibilet—. Me habría gustado que oyeras hace unos momentos al tío Fourchon, a quien el vino le ha hecho hablar con un poco más de franqueza que de costumbre.

—Ha llegado a asustarme —aseguró la condesa.

—No ha dicho nada que yo no supiera desde hace ya bastante tiempo —respondió el general.

—El muy bribón no estaba bebido; ha representado un papel, ¿pero para quién?... ¿Lo sabe usted quizá? —prosiguió Michaud haciendo que Sibilet enrojeciera ante la mirada que le dirigió.

—¡Oh! —exclamó Blondet, haciéndole una mueca al abate Brossette.

—Esa pobre gente sufre —dijo la condesa—, y hay mucho de verdad en lo que nos ha «gritado» Fourchon, pues no podemos decir que nos haya «hablado».

—Señora —replicó Michaud—, no crea usted que los soldados del emperador han pasado catorce años durmiendo en lecho de rosas... Mi general es conde, oficial de la Legión de Honor, y ha recibido donaciones importantes; pues bien, ¿usted me ve a mí celoso de él, a mí, simple subteniente, que empecé como él, y que me he batido como él? ¿Tengo yo deseos de escamotearle su gloria, de robarle las dotaciones que le concedieron, de negarle los honores debidos a su grado? Los campesinos deben obedecer, como obedecen los soldados; deben tener la misma honradez del soldado, el mismo respeto por los derechos adquiridos, y procurar cada uno llegar a oficial sin salirse de la lealtad, por su trabajo y su esfuerzo, y no por el robo. La reja del arado y el escalafón son lo mismo que si fuesen mellizos. Pero el soldado tiene algo que no tiene el campesino: La muerte le acecha a cada instante.

—Esto es algo que me gustaría decir desde el púlpito —exclamó el abate Brossette.

—¿Tolerancia? —prosiguió el jefe de los guardas respondiendo a la invitación de Sibilet—. Toleraría perfectamente un diez por ciento de pérdidas en los ingresos de Les Aigues; pero tal como van las cosas, es más de un treinta por ciento lo que está usted perdiendo, mi general; y si el señor Sibilet tiene un porcentaje sobre los ingresos, aún comprendo menos su tolerancia, pues así renuncia alegremente a mil o mil doscientos francos anuales.

—Mi querido señor Michaud —replicó Sibilet con tono de reconvención—, ya le he dicho al señor conde que prefiero perder mil doscientos francos que la vida. Reflexione seriamente; vea como no ahorro darle consejos...

—¿La vida? —exclamó la condesa—. ¿Es que está en peligro la vida de alguien?

—No deberíamos discutir aquí los asuntos de Estado —dijo riendo el general—. Todo esto, señora, significa que Sibilet, en su calidad de economista y financiero, es temeroso y pusilánime, mientras que mi ministro de la Guerra es valiente, y, lo mismo que su general, no tiene miedo a nada.

—Diga prudente, señor conde —rectificó Sibilet.

—Lo comprendo todo. ¿Estamos aquí como los héroes de Cooper en la selva

americana, rodeados de trampas tendidas por los salvajes? —preguntó irónicamente Blondet.

—Señores, lo que deben ustedes hacer es encontrar la manera de administrar las propiedades sin asustarnos por el ruido del engranaje de la administración —dijo la señora de Montcornet.

—Señora condesa, quizá sea necesario que sepa usted el sudor que, cuesta cada uno de esos bonitos sombreros que usted se pone —dijo el cura.

—No, porque si lo supiera, quizá me daría por respetar demasiado una moneda de veinte francos, y sería tan avara como los campesinos; perdería demasiado —respondió la condesa riendo—. Vamos, querido abate —añadió—, deme usted el brazo, dejemos al general con sus dos ministros y vayamos hasta la puerta del Avonne; visitaremos a la señora Michaud, a quien no he ido a ver desde que llegué; ya es hora de que me preocupe un poco por mi pequeña protegida.

Y la hermosa mujer, olvidándose ya de los andrajos de Mosca y de Fourchon, sus rencorosas miradas y el terror de Sibilet, fue a que la calzaran y a ponerse el sombrero.

El abate Brossette y Blondet, obedientes a la llamada de la señora de la casa, la siguieron, esperándola en la terraza.

—¿Qué piensa usted de todo esto? —preguntó Blondet al abate.

—Yo soy un paria. Se me espía y vigila como si fuera el enemigo común; me veo forzado a tener que abrir continuamente los ojos y los oídos de la prudencia para evitar las trampas que se me tienden con la intención de desembarazarse de mí —contestó el sacerdote—. He llegado a preguntarme si no serían capaces de pegarme un tiro...

—¿Y sigue usted aquí? —dijo Blondet.

—No puede uno desertar de la causa de Dios como de la de un emperador —respondió el cura con una sencillez que conmovió a Blondet.

El escritor cogió la mano del abate y se la estrechó con afecto.

—Debe usted comprender —prosiguió el abate Brossette— que me resulta completamente imposible saber nada de lo que se está tramando. No obstante, me parece que el general está aquí en la misma situación que lo que en el Artois y en Bélgica se llama «ser blanco de todas las iras».

Al llegar aquí es necesario decir algo sobre el cura de Blangy.

El abate, cuarto hijo de una familia burguesa de Autun, era un hombre inteligente, que ponía muy alto el hábito que vestía. Bajo de estatura y delgado, realzaba su mísera figura con ese porte testarudo tan común en los borgoñones. Había aceptado aquel curato secundario por devoción, pues sus convicciones religiosas iban aparejadas con otras de tipo político. Había en él mucho de los sacerdotes de otros tiempos; se entregaba a la Iglesia y a la monarquía con auténtico apasionamiento; se hacía perfecto cargo del conjunto de las cosas y el egoísmo no enturbiaba su ambición; «servir» era su divisa; servir a la Iglesia y a la monarquía en los lugares

donde estuvieran más amenazadas; servir en las últimas filas, como un soldado que se siente predestinado al generalato y sabe que lo alcanzará tarde o temprano por sus deseos de hacer las cosas bien y por su valor. Ño vulneró en lo más mínimo ninguno de los votos de castidad, de pobreza y de obediencia; los cumplía como cumplía todos los demás deberes de su estado, con sencillez y campechanía, índices ciertos de un alma honrada, entregada al bien tanto por el impulso del instinto natural como por la fuerza y la solidez de sus convicciones religiosas.

Al primer golpe de vista, aquel clérigo eminente adivinó el afecto de Blondet por la condesa; comprendió que entre una Troisville y un escritor monárquico debía mostrarse como hombre espiritual e inteligente, porque sus hábitos serían respetados en todo momento. Casi todas las noches acudía al castillo para ser el cuarto en la partida de *whist*. El escritor, que reconoció inmediatamente las cualidades del padre Brossette, era con él tan deferente que pronto existió entre los dos una corriente de mutua simpatía, como suele ocurrir cuando un hombre inteligente se encuentra con un congénere, o si lo prefieren ustedes, con un oyente. Las espadas aman su vaina.

—¿Pero usted, señor abate, que por su devoción está por encima de sus propias conveniencias, a qué atribuye este estado de cosas?

—No quiero decirle a usted, después de este paréntesis, una sarta de trivialidades —respondió sonriendo el abate Brossette—. Lo que está sucediendo en este valle se repite en toda Francia, y se basa en las esperanzas que los sucesos de 1789 infiltraron en el espíritu de los campesinos. La Revolución ha afectado a unas regiones más que a otras, y estas comarcas de la Borgoña, tan próximas a París, pertenecen a aquéllas en las que el sentido de los acontecimientos se ha considerado como un triunfo de los galos sobre los francos. Históricamente, los campesinos están todavía en el día siguiente al de la Jacquerie, y la derrota les quedó grabada en el cerebro. Ya no recuerdan los hechos, pero han pasado a constituir una idea instintiva. Esta idea se halla en la sangre campesina lo mismo que la idea de la superioridad se hallaba en la nobleza. La Revolución del 1789 fue la venganza de los vencidos. Los campesinos han clavado el pie en la tierra, dispuestos a poseer lo que el feudalismo le prohibió durante mil doscientos años. De aquí su amor por una tierra que se reparten entre ellos hasta hacer dos parcelas de una, con lo que a menudo queda anulado el pago de impuestos, pues el valor de la propiedad no bastaría para cubrir los gastos de las gestiones que deberían realizarse para conseguir su cobro...

—Su testarudez, su desconfianza si lo prefiere, es tal en este aspecto, que en mil distritos de los tres mil en que se divide el territorio francés, le sería imposible a un rico comprar tierras pertenecientes a un campesino —dijo Blondet interrumpiendo al abate—. Los campesinos, que se ceden entre ellos sus parcelas de tierra cultivable, no las venden a un burgués, cualquiera que sea el precio que éste les ofrezca por ellas. Cuanto más dinero les ofrece un rico terrateniente, más aumenta la inquietud y desconfianza del campesino. Únicamente la expropiación es capaz de hacerle entrar en la ley común de la transacción. Muchos han podido observar esta realidad, y, sin

embargo, no han llegado a descubrir su causa.

—Esta causa es la siguiente —replicó el abate Brossette, creyendo con razón que en Blondet una pausa equivalía a una pregunta—. Doce siglos no representan nada para una casta a la que el espectáculo histórico de la civilización no ha podido jamás apartar de su idea principal, y que aún conserva orgullosamente el sombrero de anchas alas y la cinta de seda de sus señores, desde el día en que éstos la dejaron por anticuada. El amor, cuyas raíces se hundían hasta las entrañas del pueblo; y que se volcó violentamente a favor de Napoleón, en cuyo secreto éste no ahondó todo lo que él mismo creía, y que puede explicar el milagro de su regreso en 1815, procedía única y exclusivamente de esta misma idea. Para el pueblo, Napoleón, constantemente unido a él por medio de su millón de soldados, es todavía el rey salido de la Revolución, el hombre que les aseguraba la libre posesión de los bienes nacionales. Su consagración se templó en esta idea.

—Una idea a la cual el año 1814 tocó desdichadamente, y que la monarquía debe considerar como sagrada —dijo vivamente Blondet—, ya que el pueblo puede advertir que está sentado en el trono un príncipe a quien su padre ha dejado por toda herencia la cabeza de Luis XVI.

—Aquí viene la señora; callémonos —recomendó en voz baja el abate Brossette—. Fourchon la ha asustado, y debemos tratar de que siga aquí, en interés de la religión, del trono y del propio país.

Michaud, el jefe de los guardas de Les Aigues, sin duda había ido al castillo para hablar del atentado cometido contra los ojos de Vatel. Pero antes de relatar la deliberación que iba a tener lugar en el consejo de Estado, la concatenación de los hechos exige una sucinta descripción de las circunstancias en que el general había comprado Les Aigues, las causas graves que hicieron de Sibilet el intendente de aquella magnífica propiedad, las razones que llevaron al nombramiento de Michaud como jefe de los guardas de la misma y, en fin, los antecedentes a los cuales se debían y la situación de los espíritus y los temores expresados por Sibilet.

Este rápido resumen tendrá el mérito de presentar a algunos de los principales actores del drama, de esbozar sus intereses y hacer comprender los peligros de la situación en que se encontraba en aquellos momentos el general conde de Montcornet.

VI

UNA HISTORIA DE LADRONES

Hacia el año 1791, al ir de visita a su propiedad, la señorita Laguerre aceptó por intendente al hijo del ex bailío de Soulanges, llamado Gaubertin. La pequeña localidad de Soulanges, hoy en día simple cabeza de distrito, fue la capital de un condado importante en los tiempos en que la casa de Borgoña guerreaba contra la casa de Francia. La Ville-aux-Fayes, actualmente sede de la Subprefectura, no era más que un pequeño feudo, y dependía de Soulanges, lo mismo que Les Aigues, Ronquerolles, Cerneux, Conches y otras quince parroquias. Los Soulanges han seguido siendo condes, mientras que los Ronquerolles son hoy marqueses, como resultado de una decisión de ese poder llamado Corte, que puede hacer duque al hijo del capitán du Plessis, anteponiéndolo a los hijos de las familias de la primera conquista. Esto demuestra que las aldeas pueden tener, como las familias, muchas oscilaciones en su destino.

El hijo del bailío, muchacho sin fortuna, sucedía a un intendente enriquecido por treinta años de gestión, pero que prefirió una tercera parte en la famosa compañía de Minoret a la intendencia de Les Aigues. En interés propio, el futuro administrador presentó como intendente a Francisco Gaubertin, entonces ya mayor y su contable desde hacía cinco años, encargado de proteger su retiro, y el cual, con el deseo de corresponder a las enseñanzas que le debía a su maestro en intendencia, le prometió conseguir un *quitus* de la señorita Laguerre al verla muy asustada por la Revolución. El ex bailío, convertido en acusador público del departamento, fue el protector de la atemorizada cantante. Ese Fouquier-Tinville provinciano preparó contra una reina teatral, evidentemente sospechosa a causa de sus relaciones con la aristocracia, una algarada falsa, para poder dar a su hijo todo el mérito de un salvamento no menos ficticio, con la ayuda del cual obtuvo el *quitus* del predecesor. La ciudadana Laguerre hizo entonces de Francisco Gaubertin su primer ministro, tanto por política como por agradecimiento.

El futuro suministrador de víveres de la República le mandaba a París unas treinta mil libras anuales, aunque Les Aigues producían en aquella época cuarenta mil por lo menos; la ignorante señorita de la Ópera quedó realmente maravillada cuando Gaubertin le prometió mandarle treinta y seis mil.

Para poder justificar la fortuna actual del intendente de Les Aigues ante el tribunal de las probabilidades, es preciso explicar sus inicios. Protegido por su padre, el joven Gaubertin fue nombrado alcalde de Bíangy. Pudo, pues, hacer pagar «en plata», a pesar de las leyes, *aterrorizando* (expresión empleada en aquellos días) a los deudores, quienes dependían de su capricho para que se librasen o les alcanzasen las

devastadoras requisas de la República. El intendente fue entregando las asignaciones a su señora mientras duró el curso legal de aquel papel moneda, el cual, si no consiguió hacer la fortuna nacional, por lo menos valió para muchas fortunas particulares. Desde el 1792 al 1795, durante tres años, el joven Gaubertin recaudó en Les Aigues ciento cincuenta mil libras, con las cuales operó en París. Colmada de asignaciones, la señorita Laguerre, para conseguir moneda, tuvo que vender sus diamantes, inútiles en aquellos tiempos; los entregó a Gaubertin, quien los vendió y le entregó escrupulosamente su precio en plata. Este rasgo de honradez impresionó vivamente a la señorita, y desde entonces creyó en Gaubertin como en Piccini.

En el 1796, fecha de su matrimonio con la ciudadana Isaura Mouchon, hija de un ex convencional amigo de su padre, Gaubertin poseía ya trescientos cincuenta mil francos en plata; y como creyó que el Directorio iba a durar, quiso, antes de casarse, que la señorita Laguerre aprobara sus cinco años de gestión, pretextando que se iniciaba una nueva era.

—De ahora en adelante seré un padre de familia —dijo—. Ya sabe usted cuál es la reputación de que gozamos los intendentes; mi suegro es un republicano de una probidad romana, y, además, hombre influyente; deseo demostrarle que soy digno de él.

La señorita Laguerre aceptó las cuentas de Gaubertin, añadiendo un certificado extendido en los términos más halagadores para él.

A fin de inspirar confianza a la señora de Les Aigues, el intendente trató, durante los primeros tiempos, de reprimir a los campesinos, temiendo, con razón, que los ingresos fuesen inferiores a las devastaciones, y que las próximas comisiones que le dieran los comerciantes en madera fueran menores de las conseguidas hasta entonces. Pero en aquellos tiempos el pueblo soberano se consideraba en todas partes como en su propia casa, por lo que la señora sintió miedo de aquellos reyes al verlos de cerca, y le hizo saber a su Richelieu que deseaba, por encima de todo, morir en paz. Los ingresos de la antigua *prima donna* del canto eran tan superiores a sus gastos, que dio lugar a los más funestos precedentes. Así, para no tener que pleitear, sufrió tranquilamente la invasión de sus propiedades por sus vecinos. Viendo que su parque estaba rodeado de murallas infranqueables, no creyó que pudiesen molestarla en su apacible vivir futuro, y no deseó otra cosa que la tranquilidad, como verdadera filósofa que fue. Unos miles de libras de renta más o menos, unos descuentos solicitados por los traficantes en madera sobre el precio de los arrendamientos por las depredaciones cometidas por los campesinos, ¿qué eran para una ex señorita de la Ópera, pródiga, despreocupada, para la cual cien mil libras de ingresos no habían significado más que unos instantes de placer, y que acababa de sufrir, sin una lamentación, la reducción de dos tercios sobre los sesenta mil francos de renta?

—Bah... Todo el mundo tiene derecho a vivir —decía con la facilidad de las impuras del antiguo régimen—, ¡incluso la República!

La terrible señorita Cochet, su camarera, un visir con faldas, había intentado

repetidamente hacerle ver cuál era la situación, al comprobar el dominio que Gaubertin ejercía sobre ella no obstante que siempre la llamase «señora», a pesar de las leyes revolucionarias sobre la igualdad de clases; pero Gaubertin también hizo ver las cosas claras a la señorita Cochet mostrándole una denuncia que, según decía, había formulado el padre de él, el acusador público, en la cual se la acusaba de tener correspondencia con Pitt y con Coburg. Desde aquel momento los dos poderes fueron a medias, pero al estilo Laguerre, y Gaubertin alabó las cualidades de la señorita Cochet. El porvenir de la camarera estaba, pues, ya resuelto, y podía dormir tranquila sobre el testamento de la señora, en el cual figuraba un legado a su nombre por un importe de sesenta mil francos. La señora no podía prescindir de los servicios de la Cochet, tan habituada estaba a ella. Además, conocía todos los secretos de tocador de su *querida señora*; tenía la habilidad de hacer dormir a su dueña contándole mil historietas, y de despertarla al día siguiente con una retahíla de frases aduladoras; en fin, hasta el día de su muerte, no cambió de actitud hacia su querida señora, y cuando la querida señora estuvo metida en el ataúd, la encontró aún mejor que cuando estaba con vida.

Las ganancias anuales de Gaubertin y las de la señorita Cochet, los sueldos que percibían y sus intereses llegaron a ser tan considerables, que ni los parientes más afectuosos hubiesen demostrado mayor solicitud para tan excelentes criaturas. No puede saberse de qué manera el bribón mima a su inocente víctima. Una madre no puede ser más tierna con su hija adorada, ni más previsora con respecto a ella, de lo que es un comerciante con la vaca que ordeña; así, ¡qué éxito el de aquellas representaciones de *Tartufo* a puerta cerrada! Aquello merecía mejor suerte. Molière murió demasiado pronto, pues hubiera podido mostrarnos a un Orgon fastidiado por su familia, desesperado, maltratado por sus propios hijos, lamentando los halagos de Tartufo, diciendo: «¡Eran los buenos tiempos!».

Durante los ocho últimos años de su vida, la señorita Laguerre no tocó más de treinta mil francos de los cincuenta mil que le proporcionaba la propiedad de Les Aigues. Como puede verse, Gaubertin había llegado a los mismos resultados administrativos que su predecesor, aunque los productos de las granjas y de los cultivos habían aumentado notablemente entre el 1791 y el 1815, sin contar las continuas adquisiciones de la señorita Laguerre. Pero el plan que se había trazado Gaubertin para heredar Les Aigues a la muerte de la señorita Laguerre, lo que parecía próximo, le obligaban a mantener aquella propiedad en un permanente estado de verdadera depauperación, en cuanto a los ingresos ostensibles. Iniciada en aquella especulación, la Cochet debía participar en el reparto de los beneficios que produjera. Como sea que ya en el ocaso de sus días la ex reina del teatro, que poseía veinte mil libras de renta invertidas en fondos llamados consolidados (de tal modo el lenguaje político se presta a la chanza), no gastaba más de veinte mil francos al año, quedaba francamente extrañada con las adquisiciones anuales realizadas por su administrador para emplear los fondos disponibles, ella, que en otro tiempo tenía que pedir

continuamente anticipos sobre sus ingresos. El efecto de las pocas necesidades de su vejez le parecía un resultado de la honradez de Gaubertin y de la señorita Cochet.

—Son dos perlas —comentaba con las personas que iban a visitarla.

Por su parte, Gaubertin llevaba las cuentas con todas las apariencias de la probidad, sin que descuidase una estricta relación de los ingresos que producían las granjas. Todo aquello que podía impresionar la débil inteligencia de la cantante en asuntos de aritmética, era claro, preciso, limpio. El intendente tenía su beneficio en la despensa, en los gastos de explotación, en los tratos comerciales realizados, en las obras efectuadas, en las reparaciones que se inventaba...; en fin, en detalles que la señora jamás se tomaba la molestia de comprobar y cuyo montante llegaba a veces a doblar, de acuerdo con los empresarios, a quienes compraba su silencio a cambio de precios de contrata ventajosos para ellos. Aquella facilidad concedía el más amplio crédito a Gaubertin y la estimación pública, y las alabanzas para la señora salían de todas las bocas, pues, además de una serie continuada de trabajos, repartía muchas limosnas en dinero contante y sonante.

—Dios conserve la vida a nuestra querida señora —decía todo el mundo.

En efecto, todos, de una forma u otra, conseguían algo de ella, ya por donación, ya indirectamente. Como una represalia contra su juventud, la anciana artista era saqueada, despiadadamente saqueada, pero con la necesaria habilidad para que las cosas no fueran tan lejos que ella abriese los ojos, vendiese Les Aigues y regresara a París.

Aquel calculado pillaje fue, ¡ay!, la causa del asesinato de Pablo Luis Courier, quien cometió el error de anunciar la venta de su propiedad, en la cual vivían varios Tonsards de Touraine, y marcharse con su mujer a otra parte.

Con aquel temor, los merodeadores de Les Aigues no se atrevían a cortar un árbol tierno más que en último extremo. Realizaban las menos depredaciones posibles en propio interés de la depredación. No obstante, la costumbre de ir a cortar madera al bosque se había convertido en los últimos tiempos de la señorita Laguerre en un auténtico abuso. En algunas noches claras habían llegado a llevarse más de doscientos haces de leña. En cuanto a la espigadura y la recolección de la uva, desaparecía de las propiedades comprendidas en Les Aigues, como lo había demostrado Sibilet, una cuarta parte del producto recolectado.

La señorita Laguerre había prohibido a la Cochet que se casara mientras ellas viviese, por una especie de egoísmo de dueña, del que existen numerosos ejemplos en todo el país, tan absurdo como la manía de conservar hasta el momento de exhalar el último suspiro bienes perfectamente inútiles para bienestar material, aun a riesgo de hacerse envenenar por algún heredero impaciente. Así, pues, veinte días después del entierro de la señorita Laguerre, la Cochet se casó con un brigada de la gendarmería de Soulanges apellidado Soudry, hombre muy apuesto, de cuarenta y dos años, el cual, desde el 1800, fecha de la creación del Cuerpo de la Gendarmería, iba a visitarla casi diariamente a Les Aigues, comiendo con ella y con los Gaubertin al menos

cuatro veces por semana.

La dueña, durante toda su vida, había comido sola o con algunos pocos invitados. Y a pesar de su familiaridad, jamás la Cochet ni Gaubertin fueron admitidos en la mesa de la *prima donna* de la Academia Real de Música y Baile, quien procuró conservar hasta sus últimos momentos el rango a que se creía acreedora, sus cuidados de tocador, su carroza y sus mulas, su servidumbre y su majestad de diosa. Diosa del teatro y de la ciudad, continuó siendo una diosa en el campo, donde se sigue adorando su memoria y representando el espíritu de la Corte de Luis XVI en la *alta sociedad* de Soulanges.

Aquel Soudry, que desde su llegada le hizo la corte a la Cochet, era propietario de la casa más hermosa de Soulanges, tenía unos seis mil francos ahorrados, y la esperanza de un retiro de cuatrocientos francos más el día en que dejara el servicio. Convertida en señora Soudry, la Cochet alcanzó en Soulanges una gran reputación. Aunque guardaba un secreto absoluto sobre la cuantía de sus ahorros, colocados, como los fondos de Gaubertin, en París, en la casa del comisionado de los comerciantes de vino del departamento, un tal Leclercq, hijo del terruño, al que el intendente comanditó, el rumor popular veía en la antigua camarera a una de la primeras fortunas de aquella pequeña villa de mil doscientos vecinos.

Con gran estupefacción de la comarca, el señor y la señora Soudry reconocieron como legítimo, en el acta de matrimonio, a un hijo natural del gendarme, al cual debía pasar, en su día, la fortuna de la señora Soudry. El día en que aquel hijo se encontró con que tenía, oficialmente, una madre, acababa de conseguir la licenciatura en derecho en París, y tenía el propósito de establecerse en la capital con el propósito de ingresar en la Magistratura.

Consideramos casi inútil subrayar que una mutua inteligencia que duraba ya veinte años había engendrado la más íntima amistad entre los Gaubertin y los Soudry. Unos y otros debían, hasta el fin de sus días, ser considerados, *urbi et orbe*, como unas de las *más honradas familias* de Francia. Aquellas relaciones, basadas en el conocimiento perfecto y recíproco de actividades secretas cubiertas por la blanca túnica de su conciencia, constituyen uno de los lazos más inquebrantables de la tierra. Vosotros, los que leéis este drama social, tenéis ya conocimiento de ello, y tanto es así, y por tan cierto lo tenéis, que cuando deseáis explicar alguna de estas relaciones que hacen enrojecer de vergüenza a vuestro egoísmo, decís de dos personas: «Son tan íntimas que casi es seguro que han cometido juntas algún delito».

Al cabo de veinticinco años de gestión, el intendente se veía en posesión de seiscientos mil francos en dinero, y la Cochet disponía de doscientos cincuenta mil. Las hábiles inversiones y el perpetuo movimiento de aquel capital, confiado a la casa Leclercq y Cía., del Quai de Béthune, de la Isla de San Luis, rival de la famosa casa Grandet, ayudó considerablemente a la fortuna de aquel comerciante en vino, así como a la de Gaubertin. Al fallecimiento de la señorita Laguerre, Jenny, la hija mayor del intendente, fue pedida en matrimonio por Leclercq, el dueño de la casa del Quai

de Béthune. Gaubertin empezó a abrigar entonces el deseo de convertirse en propietario de Les Aigues, por medio de un complot urdido en el despacho del señor Lupin, quien desde hacía doce años ejercía de abogado en Soulanges.

Lupin, hijo del último administrador de la casa de Soulanges, se había dedicado a informes periciales, a evaluaciones en un cincuenta por ciento por debajo del valor real, a estipulaciones prohibidas y a todas las maniobras desgraciadamente tan frecuentes en los más recónditos rincones de provincias, para poder cubrir con su capa, según el proverbio, cualquier propiedad. Últimamente se ha fundado en París, según se dice, una compañía dedicada a perseguir todas estas triquiñuelas, impidiendo enriquecerse a sujetos de esta índole. Pero en el año 1816 Francia no era la misma de nuestros días, en que todos los asuntos quedan iluminados por una deslumbrante publicidad; así, pues, por aquel entonces los cómplices podían prever la partición de Les Aigues, realizada secretamente por la Cochet, el notario y Gaubertin, quien se reservaba, *in petto*, la posibilidad de ofrecer un precio para desinteresarles de sus lotes una vez estuviera la tierra escriturada a su propio nombre. La persona encargada por Lupin para iniciar la licitación en el tribunal había vendido de palabra su parte a Gaubertin, y éste deseaba entregársela a su hijo, con lo cual favorecía aquella expoliación, al extremo de que los once colonos indígenas a quienes la sucesión cayó lo mismo que un rayo se consideraron como expoliados.

En el momento en que todas las personas interesadas se creían en situación de doblar su fortuna, llegó de París un procurador, precisamente la víspera de la adjudicación definitiva, para encargarse de la compra de Les Aigues a otro de los procuradores de la Ville-aux-Fayes, quien resultó ser uno de los antiguos escribanos del tribunal, consiguiendo la propiedad en la cantidad de un millón ciento cincuenta mil francos. Ninguno de los conspiradores se atrevió a ofrecer una cantidad superior a la indicada por el procurador de París. Gaubertin creyó que Soudry le había traicionado, del mismo modo que Soudry y Lupin se creyeron engañados por Gaubertin. Y aunque sospechase el plan tramado por Gaubertin, Lupin y Soury, el procurador se guardó muy bien de transmitir sus sospechas a su mandatario, y la razón era la siguiente: en caso de alguna indiscreción por parte de los nuevos propietarios, el oficial ministerial se habría creado enemigos de la suficiente consideración para hacerle imposible la vida en provincias. Por otra parte, aquel mutismo, característico del provinciano, se verá perfectamente justificado por los acontecimientos relatados en este estudio. Si el provinciano aparece cazarro, es porque se ve obligado a serlo; la justificación de esa actitud se halla en el peligro que corre, admirablemente definido por el proverbio: *Hay que aullar con los lobos*, en el mismo sentido que lo hace el personaje de Filinto.

Cuando el general Montcornet tomó posesión de Les Aigues, Gaubertin no se consideró lo bastante rico para dejar su empleo. A fin de poder casar a su hija mayor con el rico banquero del Entrepôt, se veía obligado a dotarla con doscientos mil francos, y debía pagar treinta mil para la compra de una sinecura para su hijo; no le

quedarían, pues, más que trescientos setenta mil francos, de los cuales debería restar, más pronto o más tarde, la dote de su segunda hija, Elisa, para la que deseaba un matrimonio por lo menos tan conveniente como el que planteaba para la mayor. El intendente quiso dedicar algún tiempo estudiando al conde de Montcornet, para enterarse de cuál habría de ser, desde entonces en adelante, la actitud que convenía adoptar para realizar por su propia cuenta la idea abonada.

Con la especial sagacidad de las personas que se enriquecen gracias a su cautela, Gaubertin creyó distinguir ciertas semejanzas entre la manera de ser de un exmilitar y la de una excantante. Una mujer que fue de la Ópera y un ex general de Napoleón, ¿no tendrían las mismas costumbres de prodigalidad, la misma despreocupación? ¿No llega, la fortuna, tanto a una cantante como a un soldado, por los caminos más insospechados? Si bien es verdad que hay militares listos, astutos, políticos, ¿no constituyen una excepción? ¿No es lo más corriente en un soldado, especialmente en un oficial de caballería retirado como Montcornet, que sea sencillo, confiado, novato en lo que se refiere a negocios y poco apto para desenvolverse en medio de la intrincada maraña de detalles que constituye la administración de una propiedad rural? Gaubertin se preció de tener entre sus redes al general lo mismo que tuvo cogida en ellas a la señorita Laguerre hasta el día en que terminó sus días. Y, por otra parte, había que tener en cuenta que el emperador, por cálculo, había permitido en otro tiempo a Montcornet hacer en Pomerania lo que Gaubertin hacía en Les Aigues, por lo que el general estaba impuesto de todo lo referente a los suministros de intendencia.

Al empezar a cultivar coles, según la expresión del primer duque de Biron, el antiguo coracero quiso ocuparse de sus asuntos para distraerse y olvidar su caída. Aunque había entregado su cuerpo de ejército a los Borbones, aquel servicio, realizado también por otros muchos generales del ejército Imperial, no pudo paliar totalmente el crimen de haber seguido al hombre de los Cien Días hasta el último campo de batalla. En presencia del extranjero, le resultó imposible al que fue par en el 1815, seguir dentro de los cuadros del ejército, y con mayor razón continuar en el palacio del Luxemburgo. Montcornet, pues, siguiendo el consejo de un mariscal caído en desgracia, se fue a cultivar zanahorias al campo. El general no carecía de aquella astucia propia de los viejos lobos de garita, y en los primeros días consagrados al examen de sus propiedades catalogó a Gaubertin como un verdadero intendente del antiguo régimen, un auténtico bribón, tal como había encontrado a casi todos los mariscales y duques de Napoleón, salidos de las clases populares y campesinas.

Al darse cuenta de la profunda experiencia de Gaubertin en cuanto a administración rural, el socarrón coracero comprendió lo útil que podría serle conservarlo a su servicio para ponerse al corriente de aquel sistema de agricultura correccional, por lo que se mostró como si fuese una continuación de la señorita Laguerre, falsa indolencia que engañó a Gaubertin. Aquella aparente ingenuidad duró

todo el tiempo que el general consideró necesario para conocer los puntos fuertes y débiles de Les Aigues, los detalles sobre los ingresos, el cómo y dónde se producían los escamoteos y los robos, y las mejoras y las economías que se debían realizar. Después, un día en que sorprendió a Gaubertin con las manos en la masa, según la expresión consagrada, el general sufrió una de aquellas cóleras que le eran características contra los devastadores de la propiedad. Cometió entonces uno de esos errores capitales, susceptibles de modificar la vida de un hombre que no hubiese tenido su fortuna o su fortaleza, y de la cual provinieron todas las desdichas, grandes o pequeñas, que hormiguean en esta historia.

Educado en la escuela imperial, habituado al mandoble y con un total desprecio por los *catetos*, Montcornet no creyó necesario andarse con contemplaciones para poner de patitas en la calle a un cochino intendente. La vida civil y sus numerosas precauciones eran completamente desconocidas para aquel general, agriado ya su carácter a causa de su retiro; así, pues, no le ahorró humillaciones a Gaubertin, quien, en rigor, mereció el trato que se le daba a causa de una contestación cuyo cinismo excitó el furor de Montcornet.

—Usted vive de mis tierras —le había dicho el conde con áspera severidad.

—¿Usted creía que podía vivir del cielo? —replicó Gaubertin riendo.

—¡Salga de aquí, canalla! ¡Queda despedido! —le gritó el general arreándole varios fustazos, detalle que el intendente siempre ha negado, toda vez que los recibió sin testigos.

—No saldré de aquí sin que me dé mi *quitus* —contestó Gaubertin fríamente, después de alejarse del violento coracero.

—Antes veremos qué piensa de usted la policía correccional —replicó Montcornet encogiéndose de hombros.

Al oír que se le amenazaba con un proceso ante la policía correccional, Gaubertin miró sonriendo al conde. Su sonrisa tuvo la virtud de detener el brazo del general, como si se le hubieran relajado los nervios. Expliquemos esa sonrisa.

Desde hacía dos años, el cuñado de Gaubertin, un tal Gendrin, que había sido durante mucho tiempo juez del Tribunal de Primera Instancia de la Ville-aux-Fayes, había sido elevado a la presidencia del mismo merced a la protección del conde de Soulanges. Nombrado par de Francia en el 1814, y habiendo permanecido fiel a los Borbones durante los Cien Días, el señor de Soulanges había solicitado dicho nombramiento al Guardasellos. Aquel parentesco daba a Gaubertin una cierta importancia en toda la región. Relativamente, por otro lado, un presidente de Tribunal es, en una localidad pequeña, personaje más importante que un primer presidente del Tribunal Real, el cual tiene como iguales suyos, en la capital del departamento, al general, al obispo, al prefecto y al recaudador de Hacienda, mientras que un simple presidente de Tribunal no tiene iguales, pues tanto el procurador del rey como el subprefecto son movibles y destituibles. El joven Soudry, camarada, en París como en Les Aigues, del hijo de Gaubertin, acababa por aquel entonces de ser nombrado

sustituto del procurador del rey en la capital del departamento. Antes de ser promovido a brigada de la Gendarmería, Soudry padre, furriel de Artillería, había resultado herido en una riña defendiendo al señor de Soulanges, entonces ayudante general. Cuando se creó la gendarmería, el conde de Soulanges, que nombrado ya coronel, había solicitado para su defensa la plaza de brigada de Soulanges, y posteriormente pidió el puesto en el que Soudry hijo había iniciado su carrera. Finalmente, la boda de la señorita Gaubertin era ya cosa decidida en el Quai de Béthune, y el infiel intendente se sentía mucho más fuerte y respaldado que un teniente general retirado.

Si esta historia no tuviera otra enseñanza que la derivada de la disputa entre el general y su administrador, sería ya suficientemente útil para mucha gente que podría tenerla en cuenta para encaminar sus pasos en la vida. Para todo aquel que sepa leer provechosamente a Maquiavelo, queda perfectamente demostrado, que la prudencia humana consiste en no proferir jamás una amenaza, en obrar sin hablar, en favorecer la retirada de un enemigo sin perseguirle ni acosarle, y sobre todo, en guardarse de herir la susceptibilidad de cualquiera, por mísero e insignificante que sea. Todo, por nocivo que pueda resultar para los propios intereses, puede perdonarse a la larga, pueden presentarse millares de explicaciones y de excusas; pero el amor propio, que siempre sangra por la herida que recibió, no perdona jamás. La personalidad moral es más sensible, más viva, en cierto modo, que la personalidad física. El corazón y la sangre son menos impresionables que los nervios. En fin, que nuestro ser interior, por mucho que hagamos, nos domina. Dos familias que se han estado matando entre sí, tal como sucedió en la Bretaña o en la Vendée con ocasión de las guerras civiles, pueden llegar a reconciliarse, pero jamás pueden reconciliarse los expoliadores con los expoliados, ni los calumniadores con los calumniados. No deben lanzarse injurias más que en los poemas épicos antes de que algún personaje se quite la vida. El salvaje, y el campesino, que tiene mucho de salvaje, no hablan nunca más que para tenderle una trampa a su adversario. Desde el año 1789 Francia intenta hacer creer a los hombres, contra toda evidencia, que son iguales, y que decirle a uno: «Eres un sinvergüenza», no es más que una broma sin importancia y sin consecuencias; pero demostrarle que lo es al cogerle con las manos en la masa, azotarle y amenazarle con un proceso correccional sin la denuncia correspondiente, es colocarle en una situación de desigualdad. Si la masa es incapaz de perdonar a cualquier superior, ¿cómo un sinvergüenza puede perdonar a un hombre honesto?

Si Montcornet hubiese despedido a su intendente con el pretexto de tener que satisfacer los deseos de algún personaje que le recomendaba otro administrador, algún exmilitar por ejemplo, con seguridad que ni Gaubertin ni el general se hubieran engañado el uno al otro, los dos habrían comprendido perfectamente las razones del cambio; el segundo, respetando el amor propio del primero, le habría dejado abierta una puerta por donde irse; Gaubertin hubiese dejado entonces tranquilo al terrateniente, quizá habría ido olvidando lo sucedido y posiblemente hubiera

intentado colocar su capital en París. Expulsado del castillo ignominiosamente, el administrador guardó contra su antiguo señor uno de esos odios que constituyen uno de los elementos de la existencia en provincias, y cuya duración, persistencia y recovecos dejarían boquiabiertos a los más hábiles diplomáticos, por muy acostumbrados que estuvieran a no extrañarse por nada. Un acuciante deseo de venganza le aconsejó retirarse a la Ville-aux-Fayes, a fin de ocupar allí una posición desde la que pudiese perjudicar a Montcornet y suscitar en su contra los suficientes enemigos para que se viera obligado a poner en venta Les Aigues.

Todo aquello engañó al general, ya que el exterior de Gaubertin no era muy a propósito para que nadie pudiera advertir nada de lo que pensaba hacer, ni para asustar a nadie. Por tradición, el administrador, nunca demostró que le inquietase la pobreza, pero sí se le veía preocupado. Había aprendido aquella regla de conducta de su predecesor. Así, al cabo de doce años, seguía sacando a relucir con cualquier motivo a sus tres hijos, a su mujer y los enormes gastos que le ocasionaba su numerosa familia. La señorita Laguerre, a quien Gaubertin había convencido de que era demasiado pobre para poder sufragar la educación de su hijo en París, había corrido con todos los gastos, y entregaba cien francos anuales para su querido ahijado, pues era madrina de Claudio Gaubertin.

Al día siguiente, Gaubertin, acompañado de un guarda apellidado Courtecuisse, fue a exigir orgullosamente su *quitus* al general, exhibiéndole los documentos extendidos por la difunta señorita, en los que se daba el visto bueno a las cuentas con las frases más halagadoras para el administrador, y muy irónicamente le rogó que le informase de los bienes y las propiedades que él, Gaubertin, tenía. Si alguna vez había recibido comisiones de los traficantes en madera o de los granjeros al renovárseles los arrendamientos, la señorita Laguerre tenía perfecto conocimiento, y lo había autorizado, y no solamente ella salía ganando dinero dejándose las percibir, sino que además ganaba en tranquilidad. En toda la región, la gente se hubiera dejado matar por la señorita, mientras que de continuar con aquellos métodos, el general podría tropezar con dificultades.

Gaubertin —y este último rasgo de su carácter es bastante frecuente en la mayor parte de aquellas profesiones en que uno puede apropiarse de los bienes ajenos por procedimientos no previstos por el código— se creía un perfecto hombre honrado. En primer lugar, hacía ya tanto tiempo que estaba en posesión del dinero extraído por el terror a los colonos de la señorita Laguerre, pagado en asignados, que lo consideraba como legítimamente adquirido. Aquello constituyó una verdadera mutación. A la larga, llegó incluso a creer que había corrido auténticos peligros al aceptar el pago en escudos de plata. Además, legalmente, la señorita no debía ni podía recibir el pago en dinero, y sí únicamente en asignados. *Legalmente* es un adverbio robusto y sólido que aguanta muchísimas fortunas sobre sus hombros. Finalmente, desde que existen grandes terratenientes y administradores, es decir, desde los orígenes de la sociedad, los intendentes se han forjado un razonamiento que hoy en día practican también las

cocineras, y que voy a exponer seguidamente en toda su simplicidad:

«Si mi señora, se dice la cocinera, fuese ella misma al mercado, posiblemente pagaría las cosas mucho más caras que yo; así ella sale ganando, y el beneficio que consigo está mucho mejor en mi bolsillo que en el de los vendedores».

«Si la señorita explotara por sí misma Les Aigues, no sacaría de sus tierras ni treinta mil francos; los colonos, los comerciantes y los obreros le robarían las diferencias: es más natural que yo me quede con ellas, y le ahorro muchas preocupaciones», se decía Gaubertin.

Únicamente la religión católica tiene el poder de evitar tales capitulaciones de conciencia, pero desde el año 1789 la religión ha perdido fuerza e influencia sobre las dos terceras partes de la población de Francia. También los campesinos, cuya inteligencia es sumamente despierta y a quienes la miseria impulsa a la imitación, habían llegado, en el valle de Les Aigues, a un estado de aterradora desmoralización. Iban a misa los domingos, pero se reunían fuera de la iglesia, para tratar de sus asuntos y de sus compras y ventas.

Ahora puede medirse todo el mal causado por la incuria y la despreocupación de la antigua estrella del canto de la Real Academia de Música. La señorita Laguerre, por egoísmo, había traicionado la causa de los que poseen algo, despertando la envidia e incluso el odio de aquellos que no poseen nada. A partir del 1792 todos los propietarios de Francia se han solidarizado. Pero, ¡ay!, si entre las familias feudales, mucho menos numerosas que las burguesas, no hubo solidaridad ni en el 1400 bajo Luis XI, ni en el 1600 bajo Richelieu, ¿se puede esperar que, a pesar de las pretensiones progresistas del siglo XIX, la burguesía estará más unida que la nobleza? Una oligarquía de cien mil ricos presenta todos los inconvenientes de una democracia, sin ninguna de sus ventajas. El «cada uno para sí y cada cual en su casa», o sea, el egoísmo de familia, matará al egoísmo oligárquico, tan necesario para la sociedad moderna, y que Inglaterra practica de forma tan maravillosa desde hace tres siglos. Hagan lo que hagan, los propietarios sólo comprenderán la necesidad de disciplina que hace de la Iglesia un admirable modelo de gobierno cuando se sientan amenazados en sus intereses, y entonces será demasiado tarde. La audacia con que el comunismo, esa lógica viva y operante de la democracia, ataca a la sociedad en el orden moral, anuncia que desde hoy el Sansón popular, vuelto prudente, zapa las columnas sociales en sus basamentos, en lugar de sacudirlas en la sala del festín.

VII

ESPECIES SOCIALES DESAPARECIDAS

Las tierras de Les Aigues no podían estar sin un administrador, pues el general no quería renunciar al placer de pasar los inviernos en París, donde poseía una magnífica residencia en la calle Neuve-des-Mathurins. Buscó, pues, un sucesor a Gaubertin, pero no lo buscó con el mismo cuidado que puso Gaubertin en meterle uno de su confianza.

De todos los empleos de confianza, no hay ninguno que requiera a la vez tantos conocimientos ni tanta actividad como el de administrador de una gran hacienda. Esta dificultad únicamente la conocen los ricos propietarios cuyas tierras están más allá de una determinada zona que rodea la capital y que empieza a una distancia de unas cuarenta leguas. Allí terminan las explotaciones agrícolas cuyos productos encuentran fácil salida en los mercados de París y que proporcionan ingresos seguros merced a arrendamientos a largos plazos, para los cuales hay numerosos solicitantes, incluso campesinos acomodados. Esos colonos llegan en cabriolé y hacen sus pagos en billetes de banco si alguna vez sus corresponsales del Mercado Central no lo hacen puntualmente. De este modo, las granjas de Seine-et-Oise, de Seine-et-Marne, del Oise, del Eure-et-Loire, del Sena Inferior y del Loiret son tan buscadas, que los capitales no siempre se colocan a un interés del uno y medio por ciento. En comparación con los ingresos producidos por las tierras de Holanda, Inglaterra o Bélgica, este beneficio puede considerarse inclusive como algo enorme; pero a cincuenta leguas de París, una explotación agrícola requiere tan diversos cultivos y trabajos, tantos productos de distinta naturaleza, que constituye una industria con todas las posibilidades de una fábrica. Allí un rico propietario no es más que un comerciante que forzosamente tiene que encontrar salida a sus productos, ni más ni menos que un fabricante metalúrgico o textil. Incluso no puede evitar la competencia: el campesino, la pequeña propiedad, se la hace de un modo encarnizado, descendiendo a transacciones inabordables para una persona socialmente elevada.

Un intendente debe saber de agrimensura, las costumbres de la región, sus sistemas particulares de venta y explotación, un poco de las marrullerías útiles para poder defender los intereses que se le han confiado, la contabilidad comercial y, además, gozar de buena salud, no tener pereza para trasladarse de un lugar a otro y practicar la equitación. Encargado de representar al señor, y en constante relación con él, el intendente no puede ser un hombre del pueblo. Como hay pocos intendentes que perciban unos ingresos anuales de mil escudos, este problema parece prácticamente insoluble. ¿Cómo poder hallar tantas cualidades por un sueldo módico en un país en que las gentes capacitadas pueden conseguir cualquier empleo...? Hacer venir a una

persona que desconoce la región es pagar muy cara la experiencia que pueda adquirir. Formar a un joven de la misma localidad es, a menudo, alimentar una profunda ingratitud. Hay, pues, que escoger entre algún honrado inepto, que hace las cosas mal por inercia o por miopía, o entre algún tipo capacitado, pero que sólo se dedica a su propio provecho. De allí aquella nomenclatura social y la historia natural de los intendentes, definidos por un gran señor polaco de la siguiente forma: «Tenemos, decía, tres clases de administradores: el que no piensa más que en él mismo, el que piensa en nosotros y en él, y en cuanto al que sólo piensa en nosotros, aún no ha podido hallarse. ¡Dichoso el propietario que dispone de uno de la segunda especie!».

En otro sitio se ha descrito a un intendente que pensaba en sus intereses a la vez que en los de su señor^[3]; Gaubertin era el intendente únicamente preocupado de su propia fortuna. Presentar el tercer término de este problema, sería ofrecer a la admiración pública un personaje totalmente inverosímil, que la nobleza llegó a conocer^[4], pero que desapareció con ella. A causa de la perpetua división de las fortunas, las costumbres aristocráticas serán inevitablemente modificadas. Si en la actualidad no existen en Francia veinte fortunas administradas por un intendente, dentro de cincuenta años no habrá ni un centenar de propietarios que tengan un administrador, a menos que se produzcan cambios en las leyes civiles. Todos los ricos propietarios deberán cuidar por sí mismos de sus intereses.

Esta transformación, ya iniciada, ha sugerido la siguiente respuesta, dada por una inteligente y anciana dama a la que se le preguntaba por qué seguía en París durante el verano: «Ya no voy a ningún castillo desde que los están convirtiendo en granjas». Pero ¿qué solución tendrá esta disputa, cada día más vehemente, de hombre a hombre, entre rico y pobre? Este estudio no ha sido escrito más que con la finalidad de aportar alguna luz a ese terrible problema social.

Pueden suponerse las extrañas y terribles perplejidades en que se vio sumido el general después de despedir a Gaubertin. Si, como todas las personas libres de hacer o no hacer, se hubiera dicho: «Voy a despedir a este sinvergüenza», habría dejado las cosas al azar, y hubiera olvidado los estallidos de su cólera, la cólera del impulsivo sanguíneo, en el momento en que cualquier truhanería no abriese los ojos de su voluntaria ceguera.

Propietario por primera vez, Montcornet, hijo de París, no se había procurado primeramente los servicios de un administrador, y, después de estudiar la región, comprobó que le era indispensable un intermediario para tratar con tantas gentes y de tan baja condición.

Gaubertin, a quien los altibajos de una escena que duró dos horas revelaron las dificultades en que se hallaba el general, y las que encontraría de entonces en adelante, salió del salón donde había tenido lugar la disputa, montó a caballo, galopó hasta Soulanges y consultó con los Soudry.

Al oír la frase: «El general y yo nos hemos peleado, y ya no soy su intendente; ¿a quién podemos presentarle como administrador, sin que él se dé cuenta?», los Soudry

comprendieron perfectamente cuál era el pensamiento de su amigo. No hay que olvidar que el brigada Soudry, jefe de policía de la localidad desde hacía más de diecisiete años, había adquirido de su mujer aquella instintiva perspicacia propia de las camareras de cantantes de la Ópera.

—Tendrá que pasar mucho tiempo —dijo la señora Soudry— antes de que pueda encontrar a alguien que valga lo que nuestro pobre Sibilet.

—¡Ya está! —exclamó Gaubertin, todavía rojo de indignación por las humillaciones sufridas—. Lupin —añadió dirigiéndose al notario, quien también asistía a aquella conferencia—, vaya a la Ville-aux-Fayes y aleccione a Maréchal para el caso de que el bueno de nuestro coracero le pida informes sobre él.

Maréchal era aquel procurador al que su antiguo señor, encargado en París de los asuntos del general, había recomendado como consejero al señor de Montcornet, después de la feliz adquisición de Les Aigues.

El tal Sibilet, con veinticinco años, hijo mayor del escribano del tribunal de la Ville-aux-Fayes, amanuense de notario, sin dinero y sin posibilidades de ganarlo, se había enamorado de la hija del juez de paz de Soulanges hasta perder el juicio.

Este digno magistrado, con un sueldo de mil quinientos francos anuales, apellidado Sarcus, se había casado con una muchacha sin fortuna alguna, la hermana mayor del señor Vermut, farmacéutico de Soulanges. Aunque hija única, la señorita Sarcus, que por toda dote tenía únicamente su hermosura, tenía que morir, más que vivir, con el sueldo que se acostumbra dar a un amanuense de notario de provincias. El joven Sibilet, pariente de Gaubertin a causa de una serie de alianzas matrimoniales difíciles de desenmarañar y que convierten en primos a casi todos los habitantes de las pequeñas localidades, debía a las instancias de su padre y de Gaubertin una modesta plaza en el catastro. El desdichado tenía el dudoso honor de verse padre de dos hijos al cabo de tres años de matrimonio. El escribano, cargado a su vez con cinco hijos, no podía acudir en ayuda de su hijo mayor. El juez de paz no poseía otros bienes que su casa de Soulanges y cien escudos de renta. La joven señora Sibilet pasaba la mayor parte de su tiempo en casa de su padre, y vivía en ella con sus dos hijos. Adolfo Sibilet, obligado a tener que correr de un lado a otro del departamento, iba a ver a su Adelina de vez en cuando. Quizá esta concepción del matrimonio pueda explicar la fecundidad de ciertas mujeres.

La exclamación de Gaubertin, aunque fácil de comprender por este resumen de su existencia y de la de los jóvenes Sibilet, exige, no obstante, algunos detalles más.

Adolfo Sibilet, soberanamente feo, como se habrá podido ver por el anterior esbozo, pertenecía a esa clase de hombres a quienes es imposible llegar al corazón de una mujer si no es por el camino del registro civil y del altar. Dotado de una flexibilidad únicamente comparable a la de un muelle, cedía en todo, aunque reservándose el poder volver a su primitiva intención. Esta engañosa disposición de ánimo, se parece algo a la cobardía, pero el aprendizaje en asuntos de negocios realizado en el despacho de un notario de provincias había hecho que Sibilet supiera

esconder aquel defecto simulando un aspecto preocupado y ausente, el cual hacía creer en cierta fuerza interior. Muchas personas de índole falsa esconden su vulgaridad con la capa de la brutalidad; mostraos bruscos con ellas, y produciréis el mismo efecto que una aguja al pinchar un globo. El hijo del escribano era así. Pero como la mayor parte de los hombres no tienen nada de observadores, y aun los que lo son se dan cuenta de las cosas cuando ya se han hecho, el aspecto hosco y enfurruñado de Adolfo Sibilet era considerado como el efecto de una ruda campechanía, de una capacidad constantemente ponderada por su patrono, y de una honradez que no había sido puesta a prueba por ninguna tentación. Hay personas que son consideradas por sus defectos, del mismo modo que otras lo son por sus virtudes.

Adelina Sarcus, linda muchacha educada por su madre, muerta tres años antes de su boda, todo lo bien que una madre puede educar a una hija única en una pequeña ciudad, estaba enamorada del joven y apuesto Lupin, hijo único del notario de Soulanges. Desde los primeros capítulos de esta novela, Lupin padre, que deseaba ver a su hijo casado con la señorita Elisa Gaubertin, mandó al joven Amaury Lupin a París, a casa de su corresponsal, el notario señor Crottat, donde bajo el pretexto de aprender a redactar testamentos y contratos, Amaury cometió una serie de locuras y contrajo cuantiosas deudas, arrastrado por un tal Jorge Marest, pasante de la notaría y hombre rico, quien le desveló todos los misterios de la vida parisién. Cuando el notario Lupin fue a buscar a su hijo a París, Adelina era ya la señora Sibilet. En efecto, cuando el enamorado Adolfo se presentó, el viejo juez de paz, estimulado por Lupin padre, apresuró las formalidades de la boda, a la que Adelina cedió únicamente por desesperación.

El catastro no es una carrera. Es, como otras muchas clases de administraciones sin porvenir, una especie de pozo de la espumadera gubernamental. Las personas que se tiran a esos pozos (la Topografía, Obras Públicas, Profesorado, etc.) se dan cuenta, siempre un poco tarde, de que otros más hábiles, sentados a su lado, se humedecen con los sudores del pueblo, como dicen los escritores de la oposición, siempre que la espumadera se hunde en los impuestos por medio de esa máquina implacable que se llama presupuesto. Adolfo, trabajando desde la mañana hasta la noche y ganando muy poco con su trabajo, pronto se dio cuenta de la estéril profundidad del pozo en que había caído. Así, mientras trotaba de aldea en aldea invirtiendo el sueldo que percibía en zapatos y en gastos de desplazamiento, pensaba como podría encontrar un empleo más estable y productivo.

Puede imaginársele de qué modo el hecho de tener dos hijos en legítimo matrimonio, y aquellos tres años de sufrimientos entremezclados con momentos de amor apasionado, habían desarrollado en aquel joven la ambición. Posiblemente el más importante factor oculto detrás de toda mala acción, de todas las cobardías secretas y desconocidas, consiste en la posesión de una felicidad incompleta. El hombre puede tal vez aceptar mejor la miseria sin esperanza que estas alternativas de sol y amor a través de lluvias perpetuas. Si el cuerpo gana con ellas algunas

enfermedades, el espíritu adquiere la lepra de la envidia. En los espíritus mezquinos, la lepra se transforma en codicia taimada y brutal a la vez; en los espíritus cultivados, engendra doctrinas antisociales, de las cuales uno se sirve para dominar a sus superiores. De todo ello, podríamos hacer un proverbio: «Dime lo que tienes y te diré lo que piensas».

Amando apasionadamente a su mujer, Adolfo se decía continuamente: «He cometido una tontería. Tengo tres bocas que mantener, y no dispongo más que de dos piernas para ir de un lado a otro. Debí haber hecho dinero antes de casarme. Siempre se puede encontrar una Adelina, y precisamente Adelina me impide ganar dinero».

Adolfo, pariente de Gaubertin, le había visitado tres veces en los tres últimos años. Después de un breve diálogo, Gaubertin descubrió en el alma de su aliado el material que desea quemarse en las ardientes concepciones del robo legal. Sondeó maliciosamente a aquel carácter, propio para someterse a las exigencias de un plan premeditado, en cuyo resultado hallaría lo que perseguía su ambición. En cada visita Sibilet suplicaba:

—Procúrame un empleo, primo; tómame a tu servicio y haz de mí tu sucesor. Entonces me verás trabajar de verdad. Soy capaz de allanar montañas para poder dar a mi Adelina no diré lujos, pero sí una modesta y cómoda vida. Has hecho la fortuna de Leclercq; ¿por qué no me colocas en París, en la banca?

—Más adelante veremos; te colocaré —le contestaba el ambicioso pariente—. De momento, ve adquiriendo conocimientos, pues todo puede serte útil.

En esa disposición de ánimo, la carta por la cual la señora Soudry invitaba a su protegido a presentarse lo más rápidamente posible, hizo que Adolfo fuera corriendo a Soulanges, concibiendo durante el camino las más fantásticas esperanzas.

El viejo Sarcus, a quien los Soudry demostraron la urgencia de que hiciese algo en favor de su yerno, al día siguiente fue a visitar al general y le propuso a Adolfo como administrador de sus fincas. Por consejo de la señora Soudry, que se había convertido en el oráculo de la localidad, Sarcus quiso que la acompañase su hija, cuyo aspecto dispuso favorablemente al conde de Montcomet.

—No tomaré ninguna decisión —respondió el general— sin antes informarme debidamente; pero no entraré en tratos con nadie hasta que me convenza de que su yerno posee o no las condiciones necesarias para el cargo. El deseo de que se quede en Les Aigues una persona tan encantadora...

—Madre de dos hijos, general —dijo finamente Adelina para evitar la galantería del coracero.

Todas las indagaciones del general fueron admirablemente previstas por los Soudry, por Gaubertin y Lupin, quienes procuraron para su candidato la protección, en la capital del departamento que disponía de Tribunal Real, del consejero Gendrin, pariente lejano del presidente de la Villa-aux-Faye, así como la recomendación del barón Bourlac, procurador general, del cual dependía el hijo de Soudry, procurador del rey; además, la de un consejero de la Prefectura apellidado Sarcus, primo en

tercer grado del juez de paz. Así, pues, desde su propio procurador de la Villeaux-Fayes hasta la Prefectura, a la que acudió el general personalmente, todo el mundo se manifestó a favor de aquel pobre empleado del catastro, «hombre interesante», según declararon todos... Su matrimonio hacía a Sibilet tan irreprochable como una novela de *miss Edgeworth*, y demostraba, entre otras cosas, que era un hombre desinteresado.

El tiempo que el despedido intendente tuvo que pasar necesariamente en Les Aigues hasta que el nuevo se hiciera cargo de sus funciones, lo aprovechó para crear obstáculos a su antiguo señor. Una de las pequeñas escenas montadas por él será suficiente ejemplo: la mañana de su marcha, procuró encontrarse con Courtecuisse, único guarda de Les Aigues, propiedad que por su extensión debía tener por lo menos tres.

—Y bien, señor Gaubertin —le dijo Courtecuisse—, ha tenido usted alguna disputa con el señor, ¿cierto?

—¡Vaya, ya te lo han dicho...! —respondió Gaubertin—. Pues sí, el general pretende mandarnos como mandaba a sus coraceros; ¡no nos conoce a los borgoñones! El señor conde no está contento de mis servicios, y como yo tampoco lo estoy de sus modales, nos hemos despedido mutuamente, casi a puñetazos, pues ya sabes que es hombre violento como un huracán... Ve con cuidado tú también.

Courtecuisse. Amigo, me habría gustado poderte dar un señor mejor que este...

—Lo se —contestó el guarda—, y yo le hubiera servido a usted con mucho gusto. Maldita sea... Cuando dos personas se conocen desde hace veinte años... Usted me colocó en tiempos de aquella bondadosa, querida y santa señora. ¡Ah, qué buena mujer! No salen muchas como ella... Estas aldeas perdieron a una madre...

—Oye, Courtecuisse, si tú quisieras podrías echarme una mano.

—¿Se queda usted por aquí? Nos habían dicho que se iba a París...

—No; mientras espero ver como se resuelven las cosas, me quedaré en la Villeaux-Fayes. El general no conoce el país, y se ganará el odio de todos; ya lo verás... Esperemos a ver como se desenvuelven los acontecimientos. Tú atiende buenamente tu trabajo, que él ya te ordenará que trates a la gente a baquetazos, pues sabe muy bien dónde le aprieta el zapato; pero no creo que seas tan torpe como para dejarte apalea por él, y lo que quizá sería peor, por las gentes de la comarca, únicamente para que él no pierda ni una brizna de sus bosques.

—Me despedirá, mi querido señor Gaubertin, me despedirá... Y ya sabe usted lo feliz que soy en la puerta del Avonne...

—El general pronto le tomará asco a su propiedad —le dijo Gaubertin—, y tú no seguirás fuera de ella mucho tiempo, si es que te despide. Por otra parte, tú ves bien, todos estos bosques... —añadió mostrándole el paisaje—, y yo tendré más poder que sus dueños.

Esta conversación tenía lugar en el campo.

—¡Estos *armañacs* parisienses deberían quedarse en sus casas de París! —repuso

el guarda.

Desde las luchas del siglo xv, el calificativo de *armañacs* (los Armañacs fueron los parisienses, adversarios de los duques de Borgoña), ha quedado como un término injurioso en toda la extensión de la alta Borgoña, más o menos corrompido según las localidades.

—Regresará a París, pero derrotado —dijo Gaubertin—. Día llegará en que nosotros seremos los que cultivaremos el parque de Les Aigues, pues es un auténtico robo el que un solo hombre disfrute de novecientos arapendes de la mejor tierra del valle.

—¡Diablo! Estas tierras podrían dar de comer a cuatrocientas familias... —aseguró Courtecuisse.

—Si quieres dos arapendes para ti, tienes que ayudarnos a poner a este explotador fuera de la ley...

En el momento en que Gaubertin formulaba esa sentencia de excomuni3n, el respetable juez de paz presentaba al célebre coronel de coraceros a su yerno Sibilet, acompa3nado de Adelina y de sus hijos, quienes habían llegado a su casa en una carretela prestada por uno de los escribanos del Juzgado de Paz, un tal Gourdon, hermano del médico de Soulanges y más rico que el magistrado. Aquel espectáculo, tan contrario a la dignidad de la magistratura, puede observarse en todos los juzgados de paz, en todos los tribunales de primera instancia, donde la fortuna de los funcionarios eclipsa a la del presidente, cuando lo más natural sería lo contrario.

Satisfecho del candor y del carácter del digno magistrado, así como del encanto y aspecto de Adelina, pues uno y otro parecieron muy sinceros y ser de buena fe sus promesas, toda vez que el padre, lo mismo que la hija, ignoraba el carácter diplomático impuesto por Gaubertin a Sibilet, el conde aceptó inmediatamente a aquel joven y agradable matrimonio, concediendo al nuevo intendente un sueldo que le igualaba a un subprefecto de primera clase.

Para residencia de Sibilet y su familia se habilitó un pabellón construido por Bouret, que antes había habitado Gaubertin, y cuya arquitectura ha sido suficientemente descrita al hablar de la puerta de Blangy. El general no suprimió el derecho a servirse de un caballo, concedido también por la señorita Laguerre a Gaubertin debido a la enorme extensión de las propiedades, a lo alejados que estaban los mercados, y para que el administrador pudiera vigilar mejor todos los asuntos relacionados con la hacienda. También les concedió veinticinco celemines de grano, tres toneles de vino, madera a discreci3n, heno y avena en abundancia, y, además, un tres por ciento sobre las recaudaciones. De donde la señorita Laguerre sacaba en el año 1800 más de cuarenta mil libras de renta, el general quería, y con raz3n, después de las numerosas e importantes adquisiciones realizadas por ella, sacar en el 1818 sesenta mil. Así se podía decir que, entre una cosa y otra, el nuevo intendente tendría unos ingresos anuales de unos dos mil francos. Alojado, alimentado, fuego gratis, libre de todo impuesto, caballo y establo de b3vilis, el conde aún le permitía cultivar

un huerto, prometiendo no discutirle los jornales que pudiera dedicarle el hortelano. En realidad, todas aquellas ventajas representaban más de dos mil francos. Y para un hombre que sólo ganaba mil doscientos en el catastro, aquello era como pasar de la miseria a la opulencia.

—Preocúpese usted de mis intereses —dijo el general—, y aún obtendrá más de lo que le he prometido. En primer lugar, podré concederle la recaudación de las tierras de Conches, de Blangy y de Cerneux, separándolas de la recaudación de Soulanges. Y si consigue que los ingresos lleguen a la cantidad de sesenta mil francos netos, todavía habrá otra recompensa.

Desgraciadamente, el digno juez de paz y Adelina, en el atolondramiento de la alegría que les embargaba, cometieron la imprudencia de confiar a la señora Soudry la promesa del conde relativa a aquellas recaudaciones, sin pensar que el recaudador de Soulanges era un tal Guerbet, hermano del maestro de postas de Conches, y aliado, como se verá más tarde, de los Gaubertin y Gendrin.

—No será nada fácil, pequeña —dijo la señora Soudry—, pero esto no quiere decir que el señor conde no haga las gestiones pertinentes para conseguirlo; no se sabe cómo, pero a veces las cosas más difíciles se arreglan fácilmente en París. Yo he visto al caballero Gluck a los pies de la difunta señora, y ella cantó un papel en una de sus obras, ella, que se habría dejado matar por representar una de Piccini, el más gentil de los hombres de aquella época. Nunca ese caballero entró en casa de la señora sin que me cogiese por la cintura y me llamase *su linda pilluda*.

—Vaya, vaya... —exclamó el brigada al enterarse de aquello por boca de su mujer—. Se ve que lo que quiere es dirigirlo todo en nuestro país, revolverlo todo a su gusto, y hacer dar media vuelta a la derecha y otra a la izquierda a la gente de esta tierra, como si se tratase de sus propios coraceros. Estos militares están acostumbrados a mandar y a que nadie les desobedezca... Pero, paciencia. Tenemos de nuestra parte a los señores de Soulanges y de Ronquerolles... ¡Pobre abuelo Guerbet! Todavía no se ha dado cuenta de que intentan quitarle las más bellas rosas de su rosal.

Aquella frase estilo Dorat, la Cochet la aprendió de la señorita Laguerre, la cual se la oyó a Bouret, quien la aprendió de algún redactor del *Mercurio*, y Soudry la repetía con tanta frecuencia que ya era proverbial en Soulanges.

Guerbet, el recaudador de Soulanges, era un hombre inteligente, es decir, un pueblerino gracioso y uno de los héroes del salón de la señora Soudry. La ocurrencia del brigadier describe perfectamente la opinión que se había formado del *burgués* de Les Aigues, desde Conches hasta la Ville-aux-Fayes, y por todos aquellos lugares profundamente emponzoñados por las solapadas insinuaciones de Gaubertin.

La instalación de Sibilet en Les Aigues tuvo lugar al concluir el otoño del año 1817. El año 1818 transcurrió sin que el general pusiese los pies en sus propiedades, pues los preparativos de su boda con la señorita de Trois ville, celebrada en los primeros días del 1819, le habían retenido la mayor parte del verano anterior en las

cercanías de Alençon, en el castillo de su suegro, cortejando a su prometida. Además de Les Aigues y de una magnífica residencia en París, el general poseía sesenta mil francos en rentas del Estado, y percibía los emolumentos correspondientes a un teniente general en situación de disponibilidad. Aunque Napoleón había concedido a aquel ilustre soldado un título del Imperio, dándole por armas un escudo *cuartelero*, *el primero de azur con un desierto de oro con tres pirámides de plata; el segundo de sínople con tres cuernos de caza de plata; el tercero de gules con un cañón de oro montado sobre una cureña de sable con una media luna en jefe, y el cuarto de oro, con una corona de sínople*, con esta divisa propia de la Edad Media: ¡TOCAD A CARGA!, Montcornet se sabía descendido de una familia de ebanistas del barrio de San Antonio, lo que voluntariamente trataba de olvidar. Y moría de deseos de ser nombrado par de Francia. No tenía en demasiada estima su gran cordón de la Legión de Honor, ni su cruz de San Luis, ni sus cuatrocientos mil francos de renta. Mordido por el demonio de la aristocracia, la sola vista de un cordón azul le ponía fuera de sí. El sublime coracero de Essling hubiera sido capaz de barrer el Puente Real para poder ser recibido en casa de los Navarreins, los Lenoncourt, los Grandlieu, los Maufrigneuse, los d'Espard, los Vandenesse, los Verneuil, los d'Hérouville, los Chaulieu, etc.

En el año 1818, cuando comprendió la imposibilidad de que volviera la familia Bonaparte, Montcornet, valiéndose de algunas amistades femeninas, hizo correr la voz por todo el barrio de Saint-Germain de que ofrecía su corazón, su mano, su residencia y su fortuna a cambio de cualquier alianza con una gran familia de la nobleza.

Al cabo de inauditos esfuerzos, la duquesa de Carigliano descubrió lo que convenía al general en una de las tres ramas de la familia Troisville, la del vizconde, al servicio de Rusia desde el año 1789, y regresando de la emigración en el 1815. El vizconde, pobre como un segundón, se había casado con una princesa Scherbellof, la cual poseía aproximadamente un millón, pero casi se había arruinado con los dos hijos y las tres hijas habidas del matrimonio. Su familia, antigua y poderosa, contaba con un par de Francia, el marqués de Troisville, jefe de la casa y de sus armas; con dos diputados, todos con una numerosa descendencia que se lanzaba contra el presupuesto, contra los ministerios y la Corte como los peces sobre la carnada. Así, cuando Montcornet fue presentado por la mariscala, una de las duquesas napoleónicas más afectadas a los Borbones, se vio favorablemente acogido. Montcornet pidió, a cambio de su fortuna y de una ciega ternura para con su esposa, el ingreso en la Guardia Real, ser marqués y que le nombrasen par de Francia...

Pero las tres ramas de la familia Troisville únicamente le prometieron su apoyo.

—Ya sabe usted lo que esto significa —dijo la mariscala a su antiguo amigo, quien se quejaba de la vaguedad de aquella promesa—. No es posible disponer de la voluntad del rey; únicamente podemos apoyar el nombramiento.

Montcornet, en el contrato matrimonial, instituyó a Virginia de Troisville como su

heredera universal. Completamente subyugado por su esposa, como explica Blondet en su carta, seguía esperando todavía un principio de posteridad, pero había sido recibido en audiencia por Luis XVIII, quien le concedió el Cordón de San Luis, le permitió cuartelar su ridículo escudo de armas con las de Troisville y le prometió el título de marqués para cuando hubiera merecido el nombramiento de par por su devoción a los Borbones.

Algunos días después de aquella audiencia, cayó asesinado el duque de Berri, triunfó el pabellón de Marsan y el ministerio Villèle subió al poder, con lo cual se rompieron todos los hilos tendidos por los Troisville, y hubo que empezar a buscar nuevos asideros ministeriales.

—Esperemos —dijeron los Troisville a Montcornet, quienes, por otra parte, lo colmaron de atenciones en el barrio de Saint-Germain.

Todo esto puede explicar por qué el general no volvió a Les Aigues hasta mayo del año 1820.

La felicidad, inefable para el hijo de un tendero del barrio de Saint-Antoine, de poseer una esposa joven, elegante, dulce, espiritual..., en una palabra, una Troisville, que le había abierto las puertas de todos los salones del barrio de Saint-Germain, los placeres de París, las diversas alegrías experimentadas después de su matrimonio, borraron de tal modo de la mente del general el recuerdo de su disputa con el intendente de Les Aigues, que incluso había olvidado el nombre de Gaubertin. En el año 1820 llevó a la condesa a Les Aigues, para que viera aquella propiedad. Aprobó las cuentas y las actas de Sibilet sin siquiera ojearlas; la felicidad no se presta a las discusiones mezquinas. La condesa, contenta al encontrar en la esposa del intendente a una mujer encantadora, le hizo numerosos regalos, lo mismo que a los niños, con los cuales se entretuvo durante unos días.

Ordenó algunas modificaciones en Les Aigues a un arquitecto llegado de París, pues se propuso, lo que colmó de alegría al general, ir a pasar seis meses al año en aquel magnífico rincón de Francia. Todos los ahorros del general desaparecieron con las obras que se le ordenó ejecutase el arquitecto, y con la compra de un delicioso mobiliario mandado desde París. Les Aigues recibieron entonces el último detalle que convirtió el castillo en un monumento único, resumen de la elegancia de cuatro siglos.

En el año 1821 el general fue casi conminado por Sibilet para que fuera a Les Aigues antes del mes de mayo. Se trataba de asuntos graves. El arrendamiento de la explotación de los bosques, por nueve años y una cantidad de treinta mil francos anuales, establecido en el año 1821 por Gaubertin con un traficante en madera, terminaba el día 15 de mayo de aquel año.

De este modo, Sibilet, celoso de su propiedad, no quería mezclarse en la renovación del arrendamiento. «Sabe usted perfectamente, señor conde, escribía, que a mí no me gusta beber esta clase de vino». Por otra parte, el comerciante en madera pretendía recibir la indemnización que compartía con Gaubertin y que la señorita

Laguerre se había dejado arrancar por temor a los pleitos. Aquella indemnización se fundaba en la devastación que los campesinos hacían en los bosques de Les Aigues al tratarlos como si no perteneciesen a nadie. Los hermanos Gravelot, comerciantes en maderas de París, se negaban a pagar el último plazo, dispuestos a demostrar por medio de peritos que los bosques presentaban una merma de un quinto, y argüían el pésimo precedente establecido por la señorita Laguerre.

«Tengo citados a dichos señores, añadía Sibilet en su carta, ante el Tribunal de la Ville-aux-Fayes, ya que han elegido domicilio, en razón de este arrendamiento, en casa de mi antiguo patrono el abogado señor Corbinet. Mucho temo que se pierda el asunto».

—Se trata de nuestros ingresos, querida mía —dijo el general enseñándole la carta a su mujer—. ¿Quieres adelantar la temporada en Les Aigues este año?

—Ve tú; yo iré así que haga mejor tiempo —le contestó la condesa, muy contenta de quedarse unos días sola en París.

El general, que conocía la plaga asesina que devoraba la flor de sus ingresos, partió, pues, solo, con la intención de tomar medidas enérgicas. Pero, el general no contaba, como se verá a continuación, con Gaubertin.

VIII

LAS GRANDES REVOLUCIONES DE UN PEQUEÑO VALLE

—Y bien, jefe Sibilet —dijo el general a su intendente al día siguiente de su llegada, dándole un tratamiento familiar que demostraba la consideración que le merecían los conocimientos del ex amanuense—, ¿cuál es la situación, como dicen en las Cámaras, y cómo se hallan las graves circunstancias que me anunciaba?

—Sí, señor conde; las circunstancias son realmente graves —respondió Sibilet mientras seguía al general.

El feliz propietario de Les Aigues se paseaba por delante del edificio de la administración, a lo largo de un espacio en el que la señora Sibilet había plantado unas flores y en cuyo final empezaba el extenso prado regado por el magnífico canal que Blondet ha descrito ya en su carta. Desde allí podía verse a lo lejos el castillo de Les Aigues, lo mismo que desde Les Aigues podía verse de perfil el edificio de la administración.

—Pero —continuó el general—, ¿dónde residen las dificultades? Mantendré mi posición frente a los Gravelot, pues una cuestión de dinero no es mortal, y extenderé, gracias a la competencia, un nuevo arrendamiento que represente su verdadero valor.

—Los asuntos como éste no pueden llevarse así, señor conde —replicó Sibilet—, porque si no puede encontrar otros arrendatarios, ¿qué hará?

—Cortaría los árboles por mi cuenta, y vendería yo mismo la madera.

—¿Se convertiría usted en un comerciante en madera? —dijo Sibilet observando que el general se encogía de hombros—. No lo creo posible. Supongamos que no tenemos que preocuparnos de sus asuntos aquí. Pero piense en París. Habría que alquilar un almacén, pagar contribución y patente, derechos de transporte fluvial, consumos; debería realizar gastos de descarga y de almacenamiento, tener un empleado administrativo...

—¡Esto es prácticamente imposible! —interrumpió vivamente el general, aterrorizado—. ¿Por qué no se pueden encontrar otros arrendatarios?

—El señor conde tiene numerosos enemigos en la región...

—¿Quiénes son esos enemigos?

—En primer lugar, el señor Gaubertin...

—¿Ese bribón a quien usted ha sustituido?

—¡No hable usted tan alto, señor conde! —dijo Sibilet, espantado—. ¡Por favor, no hable usted tan alto! Mi cocinera puede oírnos...

—¡Cómo! ¿Es que en mi propia casa no puedo hablar de un miserable que me ha estado robando durante mucho tiempo? —preguntó el general...

—En pro de su tranquilidad, le ruego, señor conde, que nos alejemos de aquí. El señor Gaubertin es el alcalde de la Ville-aux-Fayes.

—¡Ah...! Mis felicitaciones a la Ville-aux-Fayes. Aquí hay, mal rayo, una aldea bien administrada...

—Hágame el honor de escucharme, señor conde, y créame si le digo que se trata de cosas muy serias, de su futuro aquí.

—Le escucho. Vámonos a sentarnos en aquel banco.

—Señor conde, cuando usted despidió al señor Gaubertin, él tuvo que buscar un empleo, puesto que no era rico...

—No era rico y robaba más de treinta mil francos anuales.

—Señor conde, no tengo la pretensión de justificarle —continuó Sibilet—. Desearía ver prosperar a Les Aigues, aunque sólo fuera para que demostrase la falta de honradez de Gaubertin, pero no nos excedamos, pues se trata del más redomado sinvergüenza de toda la Borgoña, es hombre peligroso, y se ha situado lo bastante alto para perjudicarle a usted.

—¿Y cómo podrá hacerlo? —preguntó el general, empezando a preocuparse.

—Ahí donde le ve usted, Gaubertin controla aproximadamente una tercera parte del aprovisionamiento de París. Agente general del comercio maderero, dirige explotaciones forestales, la tala, la vigilancia, el transporte fluvial, la carga y descarga. Como está en constante relación con los trabajadores, es el dueño de los precios. Ha empleado tres años en crearse esta posición, pero ahora vive como un señor en su castillo. A él tienen que recurrir todos los comerciantes, y no favorece a uno más que a otro; ha encauzado todos los trabajos en provecho propio, y sus negocios son mucho mejores y menos Costosos que los que los demás hacen por sí mismos. Por ejemplo, ha sabido descartar toda posible competencia, incluso en las adjudicaciones, con lo que domina de manera total el mercado maderero; la Corona como el Estado son tributarios suyos. Las talas de la Corona y del Estado, que se venden al mejor postor, pertenecen al señor Gaubertin; actualmente nadie es bastante poderoso para competir con él. El año pasado el señor Mariotte, de Auxerre, alentado por el director de las propiedades del Estado, intentó hacerle la competencia a Gaubertin; primero, Gaubertin dejó que ingresara la paga y señal ordinaria; después, cuando se trató de llevar a cabo la explotación de los bosques, los obreros locales pidieron salarios tan elevados que el señor Mariotte se vio obligado a traerlos de Auxerre, y los de la Ville-aux-Fayes se liaron a puñetazos con ellos. Tuvo lugar un proceso contra el jefe de la pandilla y contra el que inició la pelea. Este proceso le costó al señor Mariotte mucho dinero, sin contar el poco airoso papel de tener que hacer condenar a personas totalmente insolventes, y por esta razón tuvo que pagar todos los gastos del proceso. Un proceso contra indigentes no consigue otra cosa que despertar el odio de éstos. Permítame que le recuerde esta máxima, pues llegará un momento en que usted mismo tendrá que enfrentarse con todos los pobres del distrito. Y esto no fue todo. Una vez realizadas las cuentas definitivas, el pobre Mariotte, un

buen hombre, pierde dinero con tales adjudicaciones. Obligado a comprarlo y a pagarlo todo al contado, se ve en la necesidad de vender a plazos, pues Gaubertin vendió la madera dando facilidades insospechadas con objeto de arruinar a su rival; entrega su madera con un cinco por ciento por debajo de su precio de compras; con esto, el capital y el crédito del bueno de Mariotte sufrieron un duro golpe. En fin, todavía hoy en día Gaubertin persigue y arremete contra Mariotte, hasta el extremo de que, según se dice, éste se verá obligado no sólo a tener que ausentarse de Auxerre, sino del departamento. Y hará bien. Desde este golpe, los propietarios han sido durante mucho tiempo inmolados por los comerciantes, los cuales son actualmente quienes dictan los precios, como en París los mueblistas con los comisarios. Pero Gaubertin ahorra tantas molestias a los propietarios, que todavía salen ganando.

—¿Y por qué? —preguntó el general.

—En primer lugar porque toda simplificación de las operaciones redundará tarde o temprano en beneficio de los interesados —respondió Sibilet—. Además, los propietarios tienen la seguridad de cobrar lo que venden. En lo que se refiere a explotaciones rurales, es algo básico; ya lo comprobará usted. Y, en fin, porque el señor Gaubertin es considerado como un padre por los obreros; les paga bien y les da trabajo seguido y como sus familias viven en el campo, los bosques de los comerciantes y de los propietarios que confían sus intereses al señor Gaubertin, como hacen los señores de Soulanges y de Ronquerolles, no son devastados. Recogen la madera muerta, y esto es todo.

—Ese tahúr de Gaubertin no ha perdido el tiempo... —exclamó el general.

—Es un hombre muy orgulloso —prosiguió Sibilet—. Es, como él mismo dice, el administrador de la más hermosa mitad de la región, en vez de serlo de Les Aigues. Gana un poco con cada uno, pero este poco, al tratarse de millones, le representa cuarenta o cincuenta mil francos de beneficios al año. «Son, dice, las chimeneas de París las que lo pagan todo». Éste es su enemigo, señor conde. Por eso mi consejo es que capitule y llegue a un acuerdo con él. Está, ya lo sabe usted, en muy buenas relaciones con Soudry, el brigada de la Gendarmería de Soulanges, y con el señor Rigou, nuestro alcalde de Blangy; los guardas rurales son muñecos a su servicio, y de ahí que sea prácticamente imposible la represión de cualquier delito que le perjudique a usted. Especialmente desde hace unos dos años sus bosques son una ruina. También los señores Gravelot han corrido la aventura de pleitear contra él, pues ellos dicen: «Según los términos del arrendamiento, la guarda de los bosques corre a cargo de ustedes; si ustedes no los vigilan, me perjudican, y en consecuencia deben indemnizarme». Esto es perfectamente justo, pero no es razón suficiente para ganar un pleito.

—Hay que saber aceptar un pleito y perder dinero, para no hallarse en mala situación en el futuro —exclamó el general.

—Con esto haría usted la felicidad de Gaubertin —respondió Sibilet.

—¿Por qué?

—Porque pleitear contra los Gravelot sería como luchar cuerpo a cuerpo con Gaubertin, que es quien les representa —contestó Sibilet—. Por eso no desea otra cosa que verle a usted iniciar este pleito. Lo dice públicamente, se vanagloria de que le llevaría a usted hasta el Tribunal de Casación.

—¡Ah, canalla...! Le...

—Si lo que desea usted es explotar personalmente sus bosques —prosiguió Sibilet removiendo con un puñal la misma herida—, caerá en manos de los obreros, que le pedirán *salario de burgués* en vez de *salario de comerciante*, y le costarán *su peso en plomo*, es decir, que le colocarán como al buen Mariotte, en la situación de tener que vender perdiendo. Si lo que usted pretende es hallar un arrendatario, no encontrará ninguno, pues no habrá quien arriesgue por un particular lo que Mariotte arriesgó por la Corona y el Estado... ¡Y que el infeliz tenga que ir aún a quejarse de sus pérdidas a la administración! La administración es un señor que se parece a este servidor suyo cuando estaba empleado en el catastro, un hombre digno, vistiendo una chaqueta raída y que lee el periódico ante una mesa. No se es más tierno y sensible por el hecho de ganar un sueldo de doce mil francos, en vez de mil doscientos. ¡Vaya, pues, usted a hablar de reducciones, de suavización de procedimientos al fisco, representado por este señor! Siempre obtendrá la misma respuesta: *tururú*. Está usted *fuera de la ley*, señor conde.

—¿Qué hacer? —preguntó el conde, cuya sangre empezaba a hervir, y que se había puesto a pasear a grandes zancadas arriba y abajo del banco.

—Señor conde —respondió Sibilet brutalmente—, lo que voy a decirle no es algo que vaya en favor de mis intereses, pero lo que debe hacer es vender Les Aigues y abandonar esta tierra.

Al escuchar estas frases, el general dio una vuelta sobre sí mismo, como si le hubiera alcanzado una bala; miró a Sibilet con aire diplomático y dijo:

—¿Pretende que un general de la Guardia Imperial eche a correr ante un puñado de sinvergüenzas? ¿Y precisamente cuando la condesa empieza a sentirse a gusto en Les Aigues? Antes abofetearía a Gaubertin en la plaza del pueblo hasta obligarle a batirse conmigo y poderle matar como a un perro.

—Señor conde, Gaubertin no es tan estúpido como para enfrentarse con usted. Por otra parte, no es posible insultar impunemente al alcalde de una Subprefectura de la importancia de la Ville-aux-Fayes.

—Haré que le destituyan; los Troisville me apoyarán, puesto que se trata de mis rentas.

—No lo conseguiría, señor conde. Gaubertin hoy tiene mucha fuerza, y usted se metería en unos líos de los que no sabría cómo salir.

—¿Y el pleito? —preguntó el general—. Debemos pensar en el presente.

—Señor conde, yo haré que lo gane usted —respondió Sibilet haciéndose el competente.

—Magnífico, Sibilet —dijo el general dándole una fuerte palmada a su intendente—. ¿Cómo lo conseguirá?

—Usted lo ganará en el Tribunal de Casación por el procedimiento. En mi opinión, los Gravelot tienen razón; pero no basta con fundamentos de derecho y de hecho, sino que también hay que respetar las cuestiones de forma que, en todo caso, tienen tanta importancia como las de fondo. Los Gravelot debieron avisarle a usted de que pusiera mayor cuidado en la vigilancia de los bosques. No es posible exigir una indemnización, al finalizar el contrato, después de una explotación continuada de nueve años; en el contrato de arrendamiento hay un artículo suficientemente explícito en este sentido. Con seguridad perderá usted el pleito en la Ville-aux-Fayes; posiblemente lo perderá también en la capital del departamento, pero lo ganará en París. Tendrá que hacer grandes desembolsos por tasaciones y peritajes, serán unos gastos ruinosos. Aunque gane, no bajará de doce o quince mil francos, pero ganará el pleito si usted se lo propone. El pleito no le reconciliará con los Gravelot, pues en realidad será todavía más ruinoso para ellos; se convertirá usted en su enemigo, dirán de usted que es un pleitista, se le calumniará... Pero usted habrá ganado.

—¿Qué hacer entonces? —volvió a preguntar el general, a quien los argumentos de Sibilet producían el efecto que los más violentos tópicos.

En aquellos instantes, acordándose de los golpes con que agredió a Gaubertin, habría deseado habérselos dado a sí mismo, y su encendido rostro demostraba a Sibilet el tormento que lo aturdió.

—¿Qué hacer, señor conde? Únicamente hay un recurso: transigir; pero reconozco que usted, personalmente, no puede ni debe transigir. Todo el mundo pensará que yo le robo a usted. Y, cuando nuestra fortuna y nuestro consuelo consisten en nuestra honradez, nosotros, pobres diablos, no podemos aceptar que se nos tenga por unos bribones. Siempre se nos juzga por las apariencias. Con el tiempo, Gaubertin evitó la ruina de la señorita Laguerre, y, sin embargo, todo el mundo creía que la estaba robando... Pero ella le premió dejándole en su testamento un solitario de diez mil francos, ese que usted le habrá visto a la señora Gaubertin.

El general dirigió a Sibilet una segunda mirada tan diplomática como la primera, pero el intendente no parecía fijarse en aquella desconfianza envuelta en campechanía y sonrisas.

—Mi falta de honestidad le entusiasmaría tanto a Gaubertin que se convertiría en mi protector —prosiguió Sibilet—. Me escucharía sin perder una sílaba cuando yo le propusiese esto: «Puedo arrancarle al señor conde veinte mil francos para los señores Gravelot con la condición de que vayamos a medias». Si sus adversarios lo admiten, yo le entregaría a usted diez mil francos, con lo cual usted no perdería más que diez mil, salvaría las apariencias y se evitaría el pleito.

—Eres una excelente persona, Sibilet —dijo el general cogiéndole la mano y estrechándosela—. Si consigues resolver el porvenir tan bien como el presente, te tendré por la perla de los administradores...

—En cuanto al porvenir —replicó el intendente—, usted no se morirá de hambre si no hace ninguna tala durante dos o tres años. Empiece por hacer vigilar sus bosques. Desde aquí a entonces habrá pasado mucha agua por el Avonne. Gaubertin puede morirse, o puede ser lo bastante rico para retirarse de los negocios; en fin, usted dispone de tiempo para encontrarle algún competidor; el pastel es suficientemente bueno para que se reparta, y con tiempo, puede buscar otro Gaubertin que oponerle.

—Sibilet —exclamó el viejo soldado, maravillado por tan diversas soluciones—, te regalaré mil escudos si consigues todo esto; además, estudiaremos todas las soluciones posibles.

—Señor conde —añadió Sibilet—, antes que nada, vigile sus bosques. Usted vaya a verlos y se dará cuenta de cómo los han dejado los campesinos durante sus dos años de ausencia... ¿Qué podía hacer yo para evitarlo? Yo soy un intendente, no un guarda forestal. Para vigilar Les Aigues necesita usted un guarda mayor que tenga su caballo y otros tres que le obedezcan.

—Nos defenderemos. Si quieren guerra, habrá guerra.

—Esto no me asusta —dijo Montcornet frotándose las manos.

—Es la guerra de los escudos —repuso Sibilet—, y esta clase de guerra le parecerá a usted mucho más difícil que la otra. En la de verdad, se matan hombres, pero no intereses. Tendrá que combatir contra un enemigo que lucha en un campo de batalla en el que se baten todos los propietarios: en el de la venta. No se trata tan sólo de producir, sino también de vender, y para vender hay que estar en buenas relaciones con todo el mundo.

—Tendré conmigo a toda la gente del país.

—¿Y cómo lo conseguirá? —preguntó Sibilet.

—Haciendo el bien.

—¡Hacer el bien a los campesinos del valle, a los pequeños burgueses de Soulanges! —exclamó Sibilet bizcando horriblemente a causa de la ironía que le encendió más un ojo que el otro—. El señor conde no sabe lo que pretende. A Nuestro Señor Jesucristo volverían a clavarlo en la Cruz... Si lo que desea es tranquilidad, señor conde, imite la conducta de la difunta señorita Laguerre, y déjese usted robar, o, de no gustarle esta solución, métales miedo. El pueblo, las mujeres y los niños se gobiernan del mismo modo: por el terror. Éste fue el gran secreto de la Convención y del Emperador.

—Vaya... Ya estamos otra vez en el bosque de Bondy —exclamó Montcornet.

—Amigo mío —dijo en aquel momento Adelina a Sibilet—, te está esperando tu almuerzo. Perdóneme usted, señor conde —añadió dirigiéndose a éste—, pero es que no ha tomado nada desde esta mañana, y ha tenido que ir hasta Ronquerolles para recoger el trigo.

—Vaya, vaya, Sibilet...

Al día siguiente por la mañana, habiéndose levantado antes de la salida del sol, el

antiguo coracero volvió a la puerta del Avonne con la intención de hablar con su único guarda sobre la situación.

La mayor parte del bosque de Les Aigues estaba surcada por las aguas del Avonne, y para mantener la majestuosa perspectiva del río se había dejado una larga hilera de árboles a una y otra orilla de aquella especie de canal, casi en línea recta durante tres leguas. La amante de Enrique IV, a quien había correspondido la propiedad de Les Aigues, tan apasionada por la caza como el propio bearnés, hizo construir, en el año 1593, un puente de un solo arco y en forma de lomo de asno, para pasar desde una parte del bosque a la otra, mucho más extensa y situada en la falda de la colina. Por aquel entonces fue construida la puerta del Avonne, con la intención de que fuese el punto de reunión de los cazadores. Es bien sabida la magnificencia desplegada por los arquitectos en la construcción de esta clase de edificios consagrados al más dilecto esparcimiento de la realeza y de la nobleza. De allí salían seis avenidas, cuyo punto de confluencia formaba una media luna. En el centro de esa media luna se levantaba un obelisco coronado por un sol, en otro tiempo dorado, que por un lado mostraba las armas de Navarra y por el otro las de la condesa de Moret. Otra media luna, practicada en las proximidades del Avonne, se comunicaba con la que servía de punto de reunión por medio de una recta avenida en cuyo final se veía la angulosa grupa de aquel puente a la veneciana. Entre dos hermosas verjas, parecidas a aquella otra tan magnífica derribada en París y que rodeaba el jardín de la plaza Royale, se levantaba un pabellón de ladrillos, con basamentos de piedra tallada, como los del castillo, en forma de punta de diamante, de techo muy agudo y cuyas ventanas tenían soportes de piedra tallada en la misma forma. Aquel antiguo estilo, que daba al pabellón un aspecto casi real, no es muy apropiado para las ciudades, como no podría serlo para una cárcel, pero en medio de un bosque recibe de todo lo que le rodea un particular esplendor. Un espesor de árboles formaba un telón detrás del cual una perrera, una vieja halconera, una faisanería y los edificios destinados a los monteros estaban casi en ruinas, después de haber sido la admiración de toda la Borgoña.

En el año 1595, de aquel magnífico pabellón había salido una cacería real, precedida por aquellos hermosos perros a los que eran tan aficionados Pablo Veronese y Rubens, y allí piafaron los caballos de anchas grupas azuladas y blancas, satinadas, que sólo se ven en las prodigiosas obras de Wouwermans, seguidos por una multitud de lacayos con librea de gala, y animada por los monteros de rojas botas enterizas y calzón de piel amarilla, como los que se ven en las grandes telas de Van der Meulen. El obelisco erigido para conmemorar la estancia del bearnés y su cacería con la hermosa condesa de Moret, indicaba la fecha en que tuvo lugar el acontecimiento, grabada debajo de las armas de Navarra. Aquella celosa amante, cuyo hijo fue legitimado, no quiso que figuraran en él las armas de Francia.

Cuando el general vio aquel magnífico monumento el musgo verdeaba los cuatro flancos de la techumbre. Las piedras de los basamentos, gastadas por el tiempo,

parecían clamar contra la profanación por medio de miles de bocas abiertas. Los vitrales de plomo desvencijados dejaban que fueran cayendo los vidrios octogonales de las vidrieras, pareciendo tuertas. Amarillos girasoles florecían entre las balaustradas, y hiedra de todas las clases incrustaba sus garras blancas y velludas en todos los agujeros.

Todo ponía de manifiesto un innoble abandono, el sello que los usufructuarios ponen en todo aquello de que disfrutan y no les pertenece. Dos de las ventanas del primer piso estaban tapadas con balas de heno. En una de la planta baja se veía una habitación llena de aperos del campo y de haces de leña; en otra una vaca, enseñando el hocico, descubría al visitante que Courtecuisse, para ahorrarse hacer el camino que separaba el pabellón de la faisanería, había convertido la sala principal del pabellón en establo, una sala con techo artesonado en cuyo fondo estaban pintadas las armas de todos los propietarios de Les Aigues...

Unas negras y sucias empalizadas deshonoraban las proximidades del pabellón, encerrando varios cerdos bajo techos de tablas, gallinas y patos dentro de pequeños cercados en los que el estiércol sólo se quitaba cada seis meses. De unas cuerdas colgaban una serie de andrajos que eran una ofensa y que se movían de un lado a otro, impulsados por la brisa.

En el momento en que el general llegó por la avenida del puente, la señora Courtecuisse estaba limpiando un cazo en el que acababa de hacer café con leche. El guarda, sentado al sol en un cajón, miraba a su mujer del mismo modo que un salvaje mira a la suya cuando oyó el ruido de unos cascos de caballo; volvió la cabeza, reconoció al señor conde y se quedó abrumado.

—Vaya, Courtecuisse, muchacho —dijo el general al viejo guarda—, ya no me extraña que vayan cortando los árboles de mis bosques antes de que lleguen los operarios de los señores Gravelot; tú has convertido tu trabajo en una canonjía.

—De verdad, señor conde, que he pasado tantas noches en sus bosques que he cogido reuma. Me ha dolido tanto esta mañana que mi mujer limpió el cazo en el que me ha hecho una cataplasma.

—Amigo mío —le replicó el general—, no conozco más enfermedad que el hambre, y nada mejor que unas cataplasmas de café con leche. Escúchame, bribonzuelo: ayer recorrí mis bosques y los de los señores de Ronquerolles y de Soulanges; los de éstos están muy bien guardados, y los míos están en un estado lastimoso...

—¡Ah, señor conde!, ellos son ya viejos en la región y todo el mundo respeta sus bienes. ¿Cómo quiere usted que yo luche contra cinco municipios? Yo quiero mucho sus bosques, pero aún quiero más mi vida. Si alguien quiere guardar sus bosques como es debido, en cualquier recodo encontrará el premio: una onza de plomo en la cabeza.

—¡Cobarde! —exclamó el general dando rienda suelta a la indignación que aquella insolente contestación le había producido—. Esta noche ha sido magnífica,

pero hasta el momento me ha costado cien escudos, y mil francos de pérdidas en el futuro... Tendrás que irte de aquí, amiguito, o las cosas tienen que cambiar. Hay una misericordia para cada pecado. Oye mis condiciones: te cedo el producto de las multas, y aún tendrás tres francos por cada informe que me traigas. Si esto no da resultado; te echaré sin pensión alguna; en cambio, si me sirves bien y lealmente; si evitas los abusos, puedes conseguir cien escudos como recompensa. Tú piénsalo. Aquí hay seis caminos —dijo señalando las seis avenidas—: tienes que tomar uno, como yo, que no temo a las balas; trata de elegir el bueno.

A Courtecuisse, hombre de baja estatura, de cuarenta y seis años y cara de luna llena, le gustaba mucho pasar el tiempo sin hacer nada. Contaba con vivir y morir en aquel pabellón, convertido en *su* pabellón. Sus dos vacas pacían en el bosque, del que obtenía también su madera, y cultivaba su huerto en vez de perseguir a los delincuentes. Aquella incuria le iba muy bien a Gaubertin, y Courtecuisse había comprendido a Gaubertin. Así, pues, el guarda no iba a la captura de los leñadores furtivos más que para satisfacer algunos pequeños odios personales. Perseguía a las muchachas que se le resistían y los que no le eran gratos, pero con el tiempo dejó de odiar a nadie, y empezaron a quererle debido a su indolencia.

En el *Grand-I-vert*, Courtecuisse tenía siempre dispuesto un plato, las leñadoras dejaron de resistírsele y su mujer y él recibían regalos en especies de todos los merodeadores. Le limpiaban el bosque y le cuidaban la viña. En resumen, había encontrado un servidor en cada delincuente.

Casi asegurado su porvenir por Gaubertin, y esperando recibir dos arapendes de terreno cuando Les Aigues se vendieran, tuvo un sobresalto al oír el seco lenguaje del general, quien al cabo de cuatro años descubría su instinto burgués y su resolución de que no se le siguiese engañando. Courtecuisse se puso la gorra y las polainas, se puso el zurrón y el fusil en bandolera y con las recientes armas de los Montcornet se dirigió hacia la Villa-aux-Fayes con aquel paso indolente con que los campesinos encubren las más profundas reflexiones, mirando los bosques y silbando a sus perros.

—Te quejas de él —dijo Gaubertin a Courtecuisse—, y él te hace rico. ¿Cómo es posible que el muy imbécil te haya ofrecido tres francos por cada denuncia y las multas? Procura entenderte con los que son tus amigos. Podrás hacer tantas denuncias como se te antoje. Las tendrás a centenares. Con mil francos podrás comprar la Bâchellerie a Rigou, convertirte en un burgués, trabajar para ti en tu propia casa, o lo que es aún mejor, hacer que los demás trabajen para ti, y tú a descansar. Pero escúchame bien: arréglatelas para no perseguir más que a individuos que no tengan donde caerse muertos. No se puede esquilar a quien no tiene lana. Acepta lo que te ofrece el general y deja que él corra con los gastos, si eso le gusta. Hay gustos para todo. Ya sabes que a Mariotte, pese a mis consejos, le tentaron más las pérdidas que los beneficios.

Courtecuisse, lleno de admiración por Gaubertin, se fue ardiendo en deseos de convertirse en propietario y burgués como los demás.

Al llegar a su casa, el general de Montcornet explicó el resultado de su expedición a Sibilet.

—El señor conde ha hecho muy bien —le respondió el intendente frotándose las manos—, pero hay que detenerse a mitad de camino. Al guardabosques que permite que devasten nuestros prados y nuestros campos debe echársele. El señor conde podría fácilmente hacerse nombrar alcalde de la comuna, y sustituir a Vaudoyer con un viejo soldado que tenga suficiente valor para cumplir las órdenes que se le den. Un gran propietario debe ser el dueño absoluto de su casa. Ya usted puede ver las dificultades que tenemos con el actual alcalde.

El alcalde de la comuna de Blangy, antiguo benedictino apellidado Rigou, se había casado el primer año de la República con la criada del antiguo cura de Blangy. A pesar de la repugnancia que un fraile casado podía inspirar a la prefectura, se le mantenía en la alcaldía desde el año 1815, pues era el único capaz de ocupar ese cargo. Pero en el 1817 el obispo había mandado a Blangy al abate Brossette, encargándole de la parroquia, la cual no tenía párroco desde hacía veinticinco años. Ello había producido una violenta controversia, manifestándose naturalmente una abierta disidencia entre el apóstata y el joven eclesiástico, cuyo carácter ya conoce el lector.

La guerra que desde hacía tiempo tenía lugar entre la alcaldía y el presbiterio, dio popularidad al magistral, repelido anteriormente. Rigou, a quien los campesinos detestaban por sus combinaciones usurarias, representó súbitamente sus intereses políticos y económicos, amenazados, según decían, por la Restauración, y sobre todo por el clero.

Después de haber recorrido desde el *Café de la Paz* las casas de todos los funcionarios, *El Constitutionnel*, órgano principal del liberalismo, llegaba a casa de Rigou al séptimo día, pues la suscripción, inscrita a nombre del tío Socquard, el vendedor de refrescos, la pagaban entre veinte. Rigou pasaba la hoja impresa a Langlumé, el molinero, quien la prestaba a todo aquel que sabía leer. Así, pues, las noticias de París y todos los chismes antirreligiosos que contenía el periódico liberal creaban la opinión pública del valle de Les Aigues. También Rigou, lo mismo que el *venerable* padre Grégorio, se convirtió en un héroe. Para él, como para ciertos banqueros de París, la política cubría con la púrpura popular las más vergonzosas depredaciones.

En aquellos días, a semejanza de Francisco Keller, el gran orador, aquel fraile perjuro era considerado como un defensor de los derechos del pueblo, él, que no hacía mucho tiempo no se hubiera ni atrevido a pasear por un descampado a la caída de la noche, por miedo a caer en alguna trampa que fuese su muerte, y la atribuyesen después a un accidente. Perseguir a un hombre público no es solamente darle importancia, sino redimirle de su pasado. El partido liberal, en este aspecto, fue un gran realizador de milagros. Su funesto periódico tuvo la suficiente inteligencia de ser vulgar, calumniador, crédulo y tan ingenuamente pérfido que toda la masa popular

siguió sus directrices y causó quizá tantos destrozos en los intereses privados como en el seno de la Iglesia.

Rigou se frotaba las manos de gusto por haber encontrado en un general bonapartista en desgracia, en un hijo del pueblo elevado por la Revolución, a un enemigo de los Borbones y de los curas; pero el general, firme en secretas ambiciones, se las arregló para evitar la visita del señor y de la señora Rigou durante sus primeros tiempos de estancia en Les Aigues.

Cuando vean ustedes de cerca la terrible cara de Rigou, el lobo carnicero del valle, comprenderán el alcance de la segunda equivocación capital que sus ideas aristocráticas hicieron cometer al general y que la condesa empeoró aún más con una impertinencia que encontrará lugar adecuado en la historia de Rigou.

Si Montcornet se hubiera captado la benevolencia del alcalde, si se hubiera procurado su amistad, tal vez la influencia de aquel renegado habría sido capaz de contrarrestar la de Gaubertin. Pero en vez de esto, tres pleitos, uno ganado ya por Rigou, estaban pendientes de fallo en el tribunal de la Ville-aux-Fayes entre el general y el ex fraile. Hasta aquel momento, Montcornet había vivido tan entregado a su vanidad y a los intereses vinculados a su matrimonio, que no se había acordado de Rigou; pero en cuanto Sibilet le dio el consejo de sustituirle, pidió sus caballos de posta y se fue a hacerle una visita al prefecto.

El prefecto, el conde Marcial de la Roche-Hugon, era amigo del general desde el año 1804; una indicación hecha en París a Montcornet por este consejero de Estado fue lo que motivó la adquisición de Les Aigues. El conde Marcial, prefecto en tiempos de Napoleón, y que había continuado en su puesto a la venida de los Borbones, adulaba al obispo para mantenerse en el cargo. Ya en muchas ocasiones, monseñor había solicitado la destitución de Rigou. Y Marcial, que conocía perfectamente el estado de la comuna, quedó encantado al escuchar la petición del general, quien antes del transcurso de un mes tuvo el nombramiento en su poder.

Por una casualidad bastante natural, el general encontró durante su estancia en la Prefectura donde vivía su amigo, a un suboficial que fue de la ex guardia imperial, a quien se le discutía su derecho a percibir la pensión de retiro. Ya en una circunstancia anterior, el general había protegido a aquel bravo soldado, apellidado Groison, el cual se acordaba de ello, y le contó sus desventuras, confiándole que estaba sin recursos. Montcornet le prometió conseguirle la pensión a que tenía derecho y le ofreció la plaza de guarda forestal de Blangy como un medio de corresponder al favor que le hacía. La posesión del nuevo alcaide y la del nuevo guarda forestal fueron simultáneas, y, como puede suponerse, el general dio sólidas instrucciones a su soldado.

Vaudoyer, el guarda destituido, un campesino de Ronquerolles, no era, como la mayoría de los guardias rurales, apto únicamente para pasear, tontear o hacerse adular por los pobres, quienes no desean otra cosa que corromper a la autoridad subalterna, centinela avanzada de la propiedad. Conocía mucho al brigadier de Soulanges, pues

los brigadas de la gendarmería realizan casi funciones judiciales en la instrucción de procesos criminales y mantienen relaciones con los guardas campestres, sus espías naturales. Soudry le mandó, pues, a Gaubertin, el cual recibió muy bien a Vandoyer, antiguo amigo suyo, y le hizo servir un vaso de vino mientras escuchaba el relato de sus desventuras.

—Mi querido amigo —le dijo el alcalde de la Ville-aux-Fayes, quien sabía emplear con cada uno el lenguaje más conveniente—, lo que te sucede es algo que nos importa a todos. Los nobles han vuelto, y los que medraron en tiempos del emperador hacen causa común con ellos; lo que todos ellos desean es tener sojuzgado al pueblo, restablecer los antiguos derechos feudales y quitarnos lo que es nuestro; pero nosotros somos borgoñones, nos defenderemos y mandaremos a los *armañacs* a París. Vuelve a Slangy, seguro de que te nombrará vigilante de ventas el señor Polissard, el adjudicatario de los bosques de Ronquerolles. Vete tranquilo, muchacho, que no dejaré de proporcionarte trabajo durante todo el año. Pero ten en cuenta que se trata de nuestros bosques. No consentiré un solo desmán, ni tú debes consentirlo, pues de lo contrario lo echarías todo por los suelos. Manda a todos los que recogen leña a los bosques de Les Aigues. Y si hay haces de leña en venta, que compren los nuestros y no los de Les Aigues. Volverás a ser guarda rural, pues esta situación no puede prolongarse. El general terminará cansándose de vivir entre ladrones. Debes saber que ese tipo me ha llamado ladrón a mí, que soy hijo del más probo de los republicanos; a mí, que soy yerno de Mouchon, el famoso representante del pueblo que murió sin dejar un céntimo para su entierro.

—Es preferible robar que estrangular a su madre —dijo Vandoyer, encantado con Gaubertin.

El general aumentó el sueldo de su guarda rural hasta trescientos francos y le hizo construir una vivienda; más tarde lo casó con la hija de uno de sus aparceros que acababa de morir, la cual quedó huérfana y con tres arapendes de viña. Groison quedó así atado al general como un perro a su dueño. Aquella fidelidad legítima la admitió toda la comuna. El guarda rural fue temido y respetado, pero como puede serlo un capitán en su navío cuando la tripulación no le tiene el menor afecto; también los campesinos le trataron como a un leproso. Aquel funcionario, recibido en silencio o con mala intención encubierta en una disimulada campechanía, se convirtió en un centinela vigilado por otros centinelas. Nada podía hacer contra sus numerosos adversarios. Los delincuentes se entretuvieron en preparar y realizar delitos que no se podían probar y el ex soldado se moría de rabia al comprobar su impotencia. Groison halló en sus funciones todo el atractivo de una guerra de guerrillas y el placer de una caza: la caza del delito. Habitado por las guerras a esa lealtad que consiste en jugar una especie de juego limpio, aquel enemigo de la traición empezó a sentir verdadero odio contra las gentes que eran capaces de cualquier artimaña y que tan hábiles se mostraban en sus depredaciones, consiguiendo herir su amor propio. Pronto se dio cuenta de que las demás propiedades eran escrupulosamente respetadas, que los

delitos se cometían únicamente en las tierras de Les Aigues, y despreció a los ingratos campesinos que robaban a un general del Imperio siendo un hombre esencialmente bueno y generoso, por lo que no tardó mucho tiempo en unir el odio al desprecio. Pero se multiplicó en vano, pues él no podía estar en todas partes, y los enemigos *delinquían* en todas partes a la vez. Groison hizo comprender al general la precisión en que se hallaba de organizar la defensa como si se tratara de una guerra, demostrándole la insuficiencia de sus desvelos y exponiéndole con toda claridad las pérfidas disposiciones de los habitantes del valle.

—Hay algo debajo de todo esto, mi general —le dijo—. Esas gentes se muestran demasiado atrevidas, no temen a nada. Se dan tanto tono que parece que cuentan con la protección de los santos.

—Ya veremos —respondió el conde.

¡Palabra fatal! Para los grandes políticos, el verbo *ver* carece de futuro.

En aquellos momentos Moncornet debía resolver una dificultad que le parecía mucho más apremiante; tenía que encontrar un *alter ego* que le sustituyera en la alcaldía durante el tiempo que permaneciera en París. Obligado a nombrar adjunto a un hombre que supiera leer y escribir, no vio a nadie idóneo en toda la comuna más que a Langlumé, el arrendatario de su molino. La elección fue detestable. No solamente los intereses del general-alcalde y los del adjunto-molinero eran diametralmente opuestos, sino que, además, Langlumé hacía negocios inconfesables con Rigou, quien le prestaba el dinero necesario para su comercio y sus adquisiciones. El molinero compraba el heno del castillo para sus caballos y, merced a sus maniobras, Sibilet no podía vendérselo a nadie más que a él. Todos los prados de la comuna se vendían a buen precio antes que los de Les Aigues, y los de éstas, que eran los últimos en venderse a pesar de ser mejores que los otros, sufrían una depreciación. Langlumé fue, pues, un adjunto provisional; pero en Francia, todo lo provisional se convierte en eterno, pues el francés no es amigo de los cambios. Langlumé, aconsejado por Rigou, aparentó servir lealmente al general, y se vio nombrado adjunto en el momento en que, merced a la potestad del historiador, empieza este drama.

En ausencia del alcalde, Rigou, que obligatoriamente debía formar parte del consejo municipal, reinó sin oposición posible, e hizo adoptar resoluciones totalmente opuestas a los intereses del general. Unas veces decidía gastos que aprovechaban únicamente a los campesinos y cuyo mayor coste recaía en el propietario de Les Aigues, quien por su extensión tenía que cubrir las dos terceras partes del impuesto; otras se negaba a la concesión de subvenciones útiles, como un suplemento en los emolumentos que percibía el abate, la reconstrucción del presbiterio o los gajes (*sic*) de un maestro de escuela.

—Si los campesinos supieran leer y escribir, ¿qué sería de nosotros? —decía ingenuamente Langlumé al general para justificar aquella decisión antiliberal tomada contra un hermano de la doctrina cristiana que el abate Brossette había tratado de

introducir en Blangy.

Al regresar a París, el general, encantado con los servicios del viejo Groison, se dedicó a la búsqueda de algunos ex soldados de la guardia imperial para poder organizar la defensa de Les Aigues en un plano formidable. A fuerza de buscar, de interrogar a otros oficiales amigos que estaban a media paga, encontró a Michaud, antiguo brigada de los coraceros de la guardia, un hombre de aquéllos a quienes los soldados llaman «duros de pelar», calificativo que proviene de la cocina del vivac, donde más de una vez se encuentran judías refractarias. Michaud eligió entre sus amistades a tres hombres capaces de colaborar con él y convertirse en guardas sin miedo ni reproches.

El primero, Steingel de apellido, y alsaciano de pura sangre, era hijo natural del general del mismo apellido que murió en uno de los primeros éxitos militares de Bonaparte al iniciarse la campaña de Italia. Alto y fuerte, pertenecía a esa clase de soldados habituados, como los rusos, a la obediencia absoluta y pasiva. Nada podía detenerle en la ejecución de una orden recibida o en el cumplimiento de su deber; hubiera sido capaz de abofetear fríamente a un emperador o al Papa, si se lo hubiesen ordenado. Ignoraba el peligro. Legionario intrépido, no había sufrido el menor rasguño en dieciséis años de combates. Dormía al raso o en una cama con una indiferencia estoica. Al agravarse la situación, sólo decía: «Parece que hoy debe ser así».

El segundo, llamado Vatel, soldado nato, cabo de batidores, alegre como un jilguero y de conducta un poco ligera en lo que respecta al bello sexo, sin ningún principio religioso y valiente hasta la temeridad, habría fusilado a su camarada sin dejar de reír. Sin porvenir alguno, y sin saber a qué dedicarse, en las funciones que se le propusieron vio la manera de hacer la guerra de un modo francamente divertido, y como el gran ejército y el emperador sustituían para él a la religión, juró servir y luchar contra todos los enemigos del valiente Montcornet.

Era una de aquellas naturalezas esencialmente burlonas, para quienes la vida sin enemigos les parece vacía. Así, sin la presencia del ujier, hubiese capturado a la Tonsard y su gavilla de leña, mandando a paseo la ley sobre la inviolabilidad de domicilio.

El tercero, apellidado Gaillard, que había empezado como soldado hasta alcanzar el grado de subteniente, acribillado de heridas, pertenecía a la clase de los soldados laboriosos. Al pensar en la suerte corrida por el emperador, todo lo demás le parecía indiferente. Pero cumplía tan perfectamente su deber por indiferencia como Vatel lo cumplía por pasión. Cargado con el lastre de una hija natural, vio en aquel empleo un medio de existencia, y lo aceptó del mismo modo que hubiera aceptado una plaza en un regimiento. Al llegar a Les Aigues, adonde el general mandó inmediatamente a sus tropas con la intención de despedir a Courtecuisse, se quedó asombrado ante la insolente audacia de su guarda. Hay una manera de obedecer que degenera entre los esclavos, en la más insolente burla del mando. Todo, en las cosas humanas, puede

llegar a lo absurdo, y Courtecuisse había rebasado los límites.

Ciento veintiséis denuncias contra delincuentes, la mayoría de ellos de acuerdo con Courtecuisse, fueron entregadas al Juzgado de Paz, y al ser juzgados correccionalmente en Soulanges habían dado lugar a sesenta y nueve juicios en regla, en virtud de los cuales Brunet, encantado con tan buena cosecha, había redactado las actas rigurosamente necesarias para llegar a lo que en el estilo judicial se llama juicios de pobreza, extremo de miseria ante el que debe detenerse el poder de la justicia. Es un auto mediante el cual el secretario del juzgado da fe de que la persona acusada carece de todo y vive en la desnudez de la indigencia. Y donde nada hay, el acreedor, aunque fuera el rey, pierde sus derechos... de reclamación. Esos indigentes, elegidos con pleno discernimiento, residían en cinco municipios de los alrededores, a los que el ujier se había trasladado, debidamente asistido por sus testigos Vermichel y Fourchon. Brunet había remitido las actas a Sibilet, acompañándolas de una minuta de gastos que ascendía a cinco mil francos y con el ruego de que solicitara nuevas órdenes del conde de Montcornet.

En el instante en que Sibilet, provisto de sus carpetas, explicó a su señor el resultado de las órdenes demasiado sumariamente dadas a Courtecuisse, y contemplaba con plácido gesto una de las más violentas cóleras de que puede ser capaz un general de caballería francés, llegó Courtecuisse para despedirse y pedir al general que le entregara la cantidad de mil cien francos, que era a lo que ascendían las gratificaciones prometidas. La naturaleza volvió entonces a salir a flor de piel y arrebató al general, quien ya no se acordó de su posición ni de su corona condal; reapareció el antiguo coracero y empezó a vomitar insultos, de los cuales más tarde habría de avergonzarse.

—¡Ah! ¡Con que mil cien francos! —exclamó—. ¡Mil cien bofetadas! ¡Mil cien patadas en el...! ¿Crees que puedes burlarte de mí? Apártate de mi vista si no quieres que te aplaste como a un gusano.

Al ver la cara del, general, violácea por la indignación, y escuchar los primeros improperios, Courtecuisse salió huyendo como una golondrina.

—Señor conde —dijo Sibilet con suavidad—, está usted cometiendo un error.

—¿Error yo?

—Por Dios, señor conde, vaya con cuidado, si no quiere verse metido en un pleito con ese pillo...

—Me río yo de los pleitos. Vamos, que ese tahúr salga de casa inmediatamente; vigile que no se lleve nada mío y liquídele lo que se le debe.

Cuatro horas más tarde toda la región murmuraba a su manera y se comentaba al gusto de cada cual aquella escena. Según se decía, el general había dado una paliza al desventurado Courtecuisse y se negaba a pagarle lo que le debía, reteniéndole dos mil francos.

Los comentarios más singulares corrieron de boca en boca a propósito del burgués dueño de Les Aigues; alguien llegó a decir que estaba loco. Al día siguiente,

Brunet, que había actuado por cuenta del general, le llevó, por cuenta de Courtecuisse, una citación para que se presentara ante el Juzgado de Paz. Aquel león se veía picado por mil tábanos y su suplicio no hacía más que empezar.

La instalación de un guarda no se realiza sin ciertas formalidades, ya que debe prestar juramento ante el tribunal de primera instancia; tuvieron, pues, que pasar algunos días antes de que los tres guardas fueran acreditados con carácter oficial. Aunque el general había escrito a Michaud para que fuera a Les Aigues con su mujer sin esperar que el pabellón de la puerta del Avonne estuviera terminado para alojarles, el futuro guarda mayor tuvo que atender algunos asuntos relacionados con su matrimonio y a unos parientes de su mujer que habían llegado a París, no pudiendo tomar posesión de su cargo hasta quince días después. Durante esa quincena, empleada en el cumplimiento de determinadas formalidades, las cuales en la Ville-aux-Fayes fueron convenientemente retrasadas, el bosque de Les Aigues estuvo invadido por los merodeadores, quienes se aprovecharon del tiempo que llevaba sin que nadie lo vigilase.

Aquello constituyó un gran acontecimiento en el valle, desde Conches hasta la Ville-aux-Fayes; causó sensación la aparición de los tres guardas con uniforme de paño verde, el color del emperador, magníficamente equipados y cuyo porte anunciaba un carácter sólido, y su aspecto general la fortaleza necesaria para pasarse las noches en los bosques.

En el distrito, únicamente Groison festejó la llegada de los veteranos. Encantado con semejante refuerzo, profirió algunas frases amenazadoras contra los ladrones, quienes al poco tiempo serían perseguidos de cerca e incapacitados para proseguir sus depredaciones. Así, la declaración no faltó a esta clase de guerra, viva y sorda a la vez.

Sibilet advirtió al general que la gendarmería de Soulanges, y especialmente el brigada Soudry, eran totalmente hostiles a Les Aigues, y le hizo comprender lo útil que le sería una brigada bien dispuesta.

—Con un buen oficial y unos gendarmes afectos a los intereses de usted, tendrá en un puño a toda la región —dijo.

El conde corrió a la Prefectura, donde consiguió del general que mandaba la circunscripción militar el retiro de Soudry y su relevo por un tal Viollet, excelente gendarme de la capital del distrito, de quien hicieron los mayores elogios lo mismo el general que el prefecto. Los gendarmes de la brigada de Soulanges, destinados a diversas localidades del departamento por el coronel de la gendarmería, antiguo camarada de Montcornet, tuvieron como sucesores a hombres escogidos, dándoles secretamente la orden de que las propiedades del conde de Montcornet no sufrieran en lo sucesivo más daños, recomendándoles sobre todo que no se dejaran ganar por los vecinos de Soulanges.

Aquella revolución, llevada a cabo con una rapidez que impedía toda contramedida, dejó completamente atónita a la población de la Ville-aux-Fayes y a la

de Soulanges. Soudry, que se consideró destituido, fue a quejarse, y Gaubertin encontró la manera de que le nombrasen alcalde, con lo cual la gendarmería seguía a sus órdenes. Se habló mucho de tiranía. Montcornet se convirtió en el objeto del odio general. No sólo cinco o seis vidas sufrieron cambios desagradables, sino que se hirieron muchas vanidades. Los campesinos, animados por las palabras que se les escaparon a los pequeños burgueses de Soulanges y de la Ville-aux-Fayes, a Rigou, a Langlumé y a Guerbet, el maestro de postas de Conches, se creyeron al borde de perder lo que ellos llamaban sus derechos.

El general resolvió pleito con su antiguo guarda, pagando todo lo que le reclamaba.

Courtecuisse compró por dos mil francos una pequeña propiedad enclavada en las tierras de Les Aigues, precisamente donde desembocaban caminitos por donde pasaba la caza. Rigou no había querido desprenderse de la Bâchellerie, pero aquella vez había sentido el maligno placer de vendérsela a Courtecuisse con un cincuenta por ciento de beneficio. El ex guarda se convirtió en uno de sus adictos, pues únicamente recibió de la venta una parte del precio convenido, mil francos, quedando Courtecuisse deudor del resto.

Los tres guardas, Michaud y el guarda rural, iniciaron entonces una vida de guerrilleros. Dormían en el bosque, que recorrían continuamente, adquiriendo el amplio conocimiento que constituye la esencia del guarda forestal y que le ahorra inútiles pérdidas de tiempo, estudiando los vericuetos, familiarizándose con todos los rincones, acostumbrando el oído a los golpes, a los diversos rumores que se producen en un bosque. Finalmente observaron a la gente, pasando revista a diversas familias del distrito y a los individuos que las componían, a sus costumbres, a su manera de ser, a sus medios de vida. Cosa ésta más difícil de lo que parece. Al ver que se tomaban medidas tan rigurosas, los campesinos que vivían de Les Aigues opusieron un total mutismo, una huraña sumisión a aquella sagaz policía.

Desde el principio, Michaud y Sibilet se profesaron una antipatía mutua. El franco y leal militar, honor de los oficiales de la joven guardia, detestaba la brutalidad meliflua, el aire desagradable del intendente, al que en seguida puso un apodo: *El chino*. Pronto se dio cuenta de las objeciones con que Sibilet se oponía a las medidas radicalmente útiles, y de las razones que alegaba para intentar justificar las cosas de dudoso éxito. En lugar de calmar al general, Sibilet, como ha podido ya comprobarse por este sucinto relato, le excitaba continuamente y le impulsaba a adoptar medidas extremas, a la vez que pretendía intimidarle multiplicando los inconvenientes, aumentando hechos sin importancia y presentándole dificultades que calificaba de continuas e incorregibles. Sin adivinar el papel de espía y de agente provocador aceptado por Sibilet, quien desde su instalación en el castillo se había prometido a sí mismo elegir a su dueño entre el general y Gaubertin, según conviniera a sus intereses, Michaud reconoció en el intendente una naturaleza ávida y malvada, sin que viese en él nada que tuviese asomos de probidad. La profunda enemistad que

separó desde un principio a esos dos altos funcionarios, agradó por otra parte al general. El odio de Michaud hacía que vigilara al administrador, espionaje al que no se habría prestado si el general se lo hubiese pedido. Sibilet halagó vilmente al jefe de los guardas, sin conseguir que se desprendiese, de la fría corrección que el leal soldado puso entre los dos como una valla divisoria.

Ahora que se conocen estos detalles preliminares se podrá comprenderse perfectamente el interés de los enemigos del general y el sentido de la conversación que tuvo con sus dos ministros.

IX

DE LA «MEDIOCRACIA»

—Y bien, Michaud, ¿qué hay de nuevo? —preguntó el general cuando la condesa salió del comedor.

—Mi general, si quiere usted seguir mi consejo, no debemos hablar aquí de negocios; las paredes tienen oídos, y quiero estar seguro de que lo que hablemos sólo lo oirán los nuestros.

—Bien —respondió el general—. Vamos paseando hasta la administración, por el sendero que divide el prado; allí estaremos seguros de que nadie nos escucha...

Instante después, el general cruzaba el prado acompañado de Sibilet y de Michaud, mientras la condesa se dirigía con el abate Brossette y Blondet a la puerta del Avonne. Michaud explicó lo sucedido en el *Grand-I-vert*.

—Vatel ha obrado mal —dijo Sibilet.

—Bien se lo han demostrado dejándole ciego un buen rato —replicó Michaud—; pero eso no es nada. Mi general, nuestro proyecto de recobrar el ganado de los delincuentes condenados nunca podremos conseguirlo. Brunet, lo mismo que su compinche Plissoud, nunca nos prestará un apoyo leal; siempre están a punto para prevenir a los interesados de la captura proyectada. Vermichel, el testigo de Brunet, fue a buscar al tío Fourchon al *Grand-I-vert*, y María Tonsard, la buena amiga de Bonnébault, ha corrido a dar la alarma a Conches. Yo estaba debajo del puente del Avonne, vigilando a un granuja que está tramando un golpe, y he oído a María Tonsard gritándole la noticia a Bonnébault, y éste al ver que la hija de Tonsard ya no podía dar un paso más de lo que había corrido la relevó y se fue disparado a Conches. En fin, las depredaciones han vuelto a empezar.

—Cada día se hace más necesario dar un escarmiento —añadió Sibilet.

—¿Qué le decía yo? —exclamó el general—. Es preciso exigir la ejecución de las sentencias que llevan anejas la pena de prisión, en compensación a las indemnizaciones y gastos que se me adeudan.

—Estas gentes consideran que la ley es impotente, y se dicen unos a otros que nadie se atreverá a detenerles —replicó Sibilet—. Imaginan que usted les tiene miedo. Tienen cómplices en la Ville-aux-Fayes, pues el procurador del rey parece haber olvidado que hay sentencias por ejecutar.

—Creo —dijo Michaud al ver al general pensativo— que gastando una buena cantidad de dinero, aún puede salvar sus propiedades.

—Es mejor servirse del dinero que del rigor —corroboró Sibilet.

—¿Qué es lo que usted propone? —preguntó Montcornet al jefe de sus guardas.

—Algo muy sencillo —respondió Michaud—. Se trata de rodear los bosques de

un muro, como el parque, y podremos estar tranquilos; entonces la menor falta se convertiría en un delito y el infractor podría ser llevado ante el tribunal de lo criminal.

—A nueve francos la toesa, sólo en materiales el señor conde tendría que gastar la tercera parte del capital de Les Aigues —objetó Sibilet riendo.

—Vamos —dijo Montcornet—; ahora mismo voy a visitar al procurador general.

—El procurador general —replicó suavemente Sibilet— será probablemente de la misma opinión que su procurador del rey, pues su negligencia hace suponer un acuerdo entre ellos.

—No importa, debemos saberlo —exclamó Montcornet—. Si se trata de hacer saltar de sus sitios a los jueces, al ministerio público, a todos, incluso al procurador general, iré a ver al guardasellos, y si necesario fuera, al mismo rey.

A una enérgica señal que le hizo Michaud, el general dijo a Sibilet, volviéndose, un «Adiós, querido», que el intendente comprendió perfectamente.

—¿El señor conde considera oportuno, como alcalde que es —preguntó el administrador devolviendo el saludo—, poner en práctica las medidas necesarias para reprimir los abusos de los espigadores? Va a empezar la cosecha, y si se deben publicar las sentencias sobre los certificados de pobreza y sobre la prohibición de espigar los campos a los indigentes de los ayuntamientos próximos, no tenemos tiempo que perder.

—Hágalo, póngase de acuerdo con Groison —contestó el conde—. Con semejantes gentes —añadió— es preciso que la ley se cumpla inexorablemente.

Así, en un instante, Montcornet dio consentimiento al plan que Sibilet venía proponiéndole desde hacía quince días y que hasta entonces se había negado a aceptar, pero que ahora encontraba factible por el ardor de la indignación que le había causado el incidente de Vatel. Cuando Sibilet estuvo a cien pasos del conde, éste dijo en voz baja a su guarda:

—Y bien, querido Michaud, ¿qué sucede?

—Tiene usted un enemigo en su propia casa, mi general, y le confía unos proyectos que no debería comunicar ni a su propio gorro de dormir.

—Comparto tus sospechas, estimado amigo —replicó Montcornet—; pero no pienso cometer dos veces la misma equivocación. Para sustituir a Sibilet debo esperar a que tú estés al corriente de la administración de la propiedad y que Vatel pueda ocupar tu puesto. No obstante, ¿qué es lo que yo puedo reprochar a Sibilet? Es un hombre honrado que cumple puntualmente su cometido; en cinco años, no se ha quedado ni con un centenar de francos. Tiene el carácter más detestable que pueda existir, pero nada más; por otra parte, ¿cuál podría ser su plan?

—General —dijo gravemente Michaud—, yo lo sabré, porque lo cierto es que tiene alguno; y, si usted lo permite, una bolsa de mil francos haría que el tío Fourchon lo cuente, aunque desde esta mañana sospecho que el tal Fourchon bebe en más de una fuente. Se está intentando obligarle a usted a que venda Les Aigues; ese viejo

bribón de cordelero me lo ha confesado. Sepa usted que desde Conches hasta la Villeaux-Fayes no hay campesino, pequeño burgués, granjero o tabernero, que no tenga preparado ya el dinero para cuando llegue el día de la compra. Fourchon me ha confiado que su yerno, Tonsard, tiene también el dinero recogido... En todo el valle es general la opinión de que usted tendrá que vender Les Aigues. Quizá el pabellón de la administración y algunas tierras adyacentes sean el precio que espera recibir Sibilet por su espionaje. Nada de lo que se dice en esta casa es ignorado en la Villeaux-Fayes. Sibilet es pariente de su enemigo Gaubertin. Lo que acaba de manifestar usted a propósito del procurador general probablemente llegará a oídos de dicho magistrado antes de que usted haya llegado a la Prefectura. Usted no conoce a las gentes de este distrito.

—¿Que no las conozco? ¡Son verdaderos canallas! ¡Y que tenga que someterme a ellos...! —exclamó el general—. Antes quemaré yo mismo Les Aigues...

—No pensemos en quemarlas, y adoptemos un plan de conducta que desbarate los propósitos de esos pigmeos. Si se hiciera caso de sus amenazas, se creería que están dispuestos a cualquier cosa contra usted, y ya que ha mencionado la palabra incendio, asegure los edificios y las granjas contra esta posibilidad.

—¡Ah...! ¿Sabes tú, Michaud, qué quieren decir con eso del Tapicero? Ayer mismo, mientras paseaba por la orilla del Thune, oí a unos muchachos que gritaban: «¡Ahí va el Tapicero!», y echaban a correr.

—Sibilet podría responderle; estaría en su papel, pues su ilusión es verle a usted iracundo —respondió Michaud con cara hosca—. Pero ya que me lo pregunta... le diré que es el apodo que le han puesto estos bergantes, mi general.

—¿A causa de qué?...

—Pues, mi general, a causa de... su padre...

—¡Ah perros! —exclamó el conde palideciendo—. Sí, Michaud, mi padre fue comerciante de muebles, ebanista; la condesa no sabe nada de esto... ¡Oh, que nunca... Pero después de todo, he bailado con reinas y con emperatrices! Esta noche se lo confesaré todo —añadió después de una pausa.

—Dicen que usted es un cobarde —prosiguió Michaud.

—¡Ah!

—Se preguntan cómo fue posible que pudiera escapar con vida de Essling, donde casi todos sus camaradas murieron...

Esta acusación hizo sonreír al general.

—Michaud, me voy a la Prefectura —exclamó con una especie de rabia—, aunque no sea más que para preparar las pólizas de seguros. Comunica mi marcha a la condesa. ¡Oh...! Si quieren guerra, la tendrán. Voy a darme el gusto de que estos miserables burgueses y campesinos de Soulanges tengan su merecido... Estamos en país enemigo y debemos ser prudentes. Recomienda a los guardas que se mantengan dentro de los límites de la ley. Ese pobre Vatel... Cuidalo. Como la condesa está asustada, debemos ocultárselo todo; de lo contrario, nunca volvería aquí...

Ni el general ni el propio Michaud tenían noción exacta del peligro en que se hallaban. Michaud hacía muy poco tiempo que había llegado aquel valle de la Borgoña, e ignoraba el poder del enemigo. El general, por su parte, tenía confianza en la fuerza de la ley.

La ley, tal como el legislador la hace en nuestros días, no posee todas las virtudes que se le atribuyen. No alcanza de igual modo a todos los rincones del país, y se modifica tanto en el momento de ser aplicada que desmiente sus propios principios. Esto se advierte más o menos patentemente en todas las épocas. ¿Quién sería el historiador tan ignorante para afirmar que el poder más enérgico ha llegado a todos los rincones de Francia? ¿Que las requisas de hombres, materiales o dinero, promulgadas por la Convención, hayan tenido igual suerte en la Provenza, en el fondo de la Normandía o en los límites de la Bretaña, que en los grandes centros de vida social? ¿Qué filósofo se atrevería a negar que mientras una cabeza es cortada hoy en un determinado departamento, se conserva sobre sus hombros otra en un departamento próximo, aunque esta última sea culpable de un crimen idéntico, o quizá de otro más horrible aún? Se pretende la igualdad en la vida, y la desigualdad reina en la ley, en la pena de muerte.

Cuando una localidad está por debajo de una determinada cifra de población, los medios administrativos ya no son los mismos. Hay aproximadamente un centenar de poblaciones en Francia en las cuales las leyes son aplicadas en todo su vigor, y en las que la inteligencia de los ciudadanos se eleva hasta la comprensión de los problemas de interés general o del futuro que la ley pretende resolver; pero en el resto de Francia, en lugares donde no se comprende otra cosa que los goces inmediatos, la gente procura sustraerse a cualquier disposición que pueda molestar a aquéllos. Así, aproximadamente en la mitad de Francia, puede hallarse una fuerza de inercia que desbarata toda acción legal, gubernamental o administrativa. Entendámonos: esa resistencia no se refiere en absoluto a las cosas esenciales de la vida política. La recaudación de impuestos, el reclutamiento y el castigo de los grandes crímenes, se lleva a cabo; de esto no hay duda; pero aparte ciertas necesidades comúnmente reconocidas, todas las disposiciones legislativas que se refieren a las costumbres, a los intereses, a determinados abusos, quedan totalmente abolidas por una especie de *malevolencia*, general. Y en el momento en que esta escena ve la luz pública, es fácil reconocer dicha resistencia, contra la cual se había ya estrellado Luis XIV en Bretaña. Al comprobar los hechos deplorables que ocasiona la aplicación de la ley de caza, se llega a la conclusión de que cada año se sacrifica la vida de veinte o treinta hombres para salvar la de algunos animales.

En Francia, para veinte millones de personas, la ley no es más que un papel blanco pegado contra la puerta de la iglesia o de la alcaldía. De ahí la expresión *papeles*, empleada por Mosca para designar a la autoridad. Muchos alcaldes de distrito (no se trata aquí de los alcaldes de simples aldeas) emplean el *Boletín de las Leyes* para menesteres mucho más prácticos que el de su conocimiento. En cuanto a

los simples alcaldes de aldea, se asustaría uno si supiera exactamente el número de los que no saben leer ni escribir, y de la forma en que son llevados los registros del estado civil. Lo grave de esta situación, perfectamente conocida por los administradores conscientes, sin duda ira desapareciendo, pero lo que la centralización, contra la cual tanto se clama, como se clama en Francia contra todo lo que es grande, útil y fuerte, no se impondrá jamás, pero la fuerza contra la que siempre sucumbirá, y contra la que iba a estrellarse el general, es la que debemos calificar con el nombre de *mediocracia*.

Se ha gritado mucho contra la tiranía de los nobles; hoy en día se clama contra la de los financieros, contra los abusos del poder, que no son quizá más que las inevitables contusiones del yugo social, llamado *Contrato* por Rousseau, *Constitución* por unos, o *Carta* por otros; allí zar, aquí rey, en Inglaterra Parlamento; pero la nivelación iniciada en el 1789 y renovada en el 1830 preparó el dominio vulgar de la burguesía, entregándole Francia entera. Un hecho por desgracia demasiado común en nuestros días es la dominación de un distrito, de una pequeña localidad, de una Subprefectura por una sola familia; en fin, el cuadro del poderío que había sabido conquistar Gaubertin en plena Restauración dará una idea más clara de este mal social que todas las afirmaciones dogmáticas. Muchas localidades oprimidas se reconocerán, muchas personas sordamente aherrojadas encontrarán aquí un pequeño *aquí yace* público que, a veces, consuela de una gran desventura privada.

En el momento en que el general se creía estar iniciando una batalla que en realidad no había cesado de tener lugar, su antiguo administrador había completado ya las mallas de la red en que había encerrado todo el distrito de la Ville-aux-Fayes. Para evitar enojosas explicaciones es necesario exponer sucintamente los tentáculos genealógicos mediante los cuales Gaubertin abrazaba toda la región como una boa se enrosca en el tronco gigantesco de un árbol, con tanto arte, que un viajero cualquiera cree ver en ella únicamente un efecto de la exuberante vegetación africana.

En el año 1793 vivían tres hermanos, de apellido Mouchon, en el valle del Avonne. Desde el 1793, por odio hacia la antigua señoría, se había empezado a llamar el valle del Avonne a aquel que hasta entonces era conocido como valle de Les Aigues.

El mayor, administrador de los bienes de la familia de Ronquerolles, fue diputado en la Convención representando al departamento. A imitación de su amigo Gaubertin, el acusador público que salvó a los Soulanges, él salvó la vida y la hacienda de los Ronquerolles. Tuvo dos hijas, una casada con el abogado Gendrin, la otra con Gaubertin hijo, y murió el año 1804.

El segundo obtuvo gratis, merced a la protección de su hermano mayor, la administración de Correos de Conches. Tuvo por única heredera una hija casada con un rico granjero de la región apellidado Gaubert. Murió en el año 1817.

El tercero de los Mouchon siguió la carrera eclesiástica, y fue cura de la Ville-aux-Fayes antes de la Revolución, cura después del restablecimiento del culto

católico, y continuaba siendo cura de dicha pequeña capital. Se negó a prestar juramento y estuvo escondido durante mucho tiempo en Les Aigues, en la antigua Cartuja, bajo la secreta protección de los Gaubertin, padre e hijo. Tenía por aquel entonces sesenta y siete años y gozaba de la estimación y consideración generales a causa de la afinidad de su carácter con el de sus paisanos. Parsimonioso hasta la avaricia, se le tenía por muy rico, y su presunta fortuna consolidaba el respeto que le rodeaba. Monseñor el obispo hacía mucho caso de las opiniones del abate Mouchon, a quien se conocía por el venerable cura de la Ville-aux-Fayes, y lo que, no menos que su fortuna, hacía que los habitantes de la localidad respetaran al cura Mouchon era el hecho de saber que en varias ocasiones se negó a aceptar un magnífico curato en la Prefectura que el señor obispo le había ofrecido.

En aquellos momentos Gaubertin, alcalde de la Ville-aux-Fayes, encontraba un sólido apoyo en Gendrin, su cuñado, presidente del tribunal de primera instancia. Gaubertin hijo, considerado el procurador de los tribunales con más trabajo en toda la demarcación, y que gozaba de un renombre proverbial, hablaba ya de vender su despacho al cabo de cinco años de ejercicio. Deseaba suceder a su tío Gendrin en la profesión de abogado cuando éste se retirase. El hijo único del presidente Gendrin era conservador de hipotecas.

Soudry hijo, que desde hacía dos años ocupaba el lugar principal en el ministerio público, no era más que un agente de Gaubertin. La astuta señora Soudry no había cesado de intrigar para fortalecer la posición del hijo de su marido con un inmenso porvenir, casándole con la hija única de Rigou. La doble fortuna del ex fraile y la de Soudry, que debía volver a manos del procurador del rey, hacían de aquel joven uno de los personajes más ricos y de mayor influencia de todo el departamento.

El subprefecto de la Ville-aux-Fayes, el señor Des Lupeaulx, sobrino del secretario general de uno de los más importantes ministerios, era el marido designado para la señorita Elisa Gaubertin, la menor de las hijas del alcalde, cuya dote, como la de la mayor, ascendía a doscientos mil francos, sin contar *las esperanzas*. Aquel funcionario obró inteligentemente, sin saberlo, al enamorarse de Elisa a su llegada a la Ville-aux-Fayes en el año 1819. Sin sus pretensiones, que parecieron convenientes, después de algún tiempo se habría visto obligado a solicitar un cambio de destino, pero, aunque todavía no, pertenecía ya a la familia Gaubertin, cuyo jefe veía en aquella alianza más al tío que al sobrino. Así el tío, en interés de su sobrino, ponía toda su influencia al servicio de Gaubertin.

Así, pues, la Iglesia, la Magistratura en su doble función, movable e inamovable, el Municipio y la Administración, es decir, las cuatro columnas del poder, se movían según la voluntad del alcalde.

He aquí como ese poder se había fortificado por encima y por debajo de la esfera en que actuaba.

El departamento al que pertenecía la Ville-aux-Fayes es uno de aquéllos cuya población le da derecho a nombrar seis diputados. El distrito de la Ville-aux-Fayes,

desde la creación de un partido de centroizquierda en la Cámara, había elegido diputado a Leclercq, banquero del Depósito general de vinos, yerno de Gaubertin convertido en regente de la Banca. El número de electores que aquel rico valle proporcionaba al colegio electoral era lo bastante considerable para la elección del señor de Ronquerolles, protector de la familia Mouchon, quien salió siempre elegido, aunque más de una vez fuese por trapicheo. Los electores de la Ville-aux-Fayes prestaban su apoyo al prefecto con la condición de que el marqués de Ronquerolles continuara siendo diputado del colegio. También Gaubertin, que fue el primero en concebir aquel amaño electoral, era visto con buenos ojos por la Prefectura, a la cual evitaba no pocas preocupaciones. El prefecto hacía que salieran elegidos tres ministeriales puros y dos diputados de centroizquierda. Esos dos diputados eran el marqués de Ronquerolles, cuñado del conde de Sérizy, y un regente de la Banca, por lo que poco inquietaban al ministerio. Igualmente las elecciones de ese departamento se tenían por excelentes en el ministerio del Interior.

El conde de Soulanges, par de Francia, designado para ser nombrado mariscal, fiel a los Borbones, sabía que sus propiedades y sus bosques estaban bien administrados por el notario Lupin y por Soudry; podía ser considerado como un protector de Gendrin, a quien había hecho nombrar sucesivamente juez y presidente de tribunal, con la ayuda, por otra parte, del señor de Ronquerolles.

Los señores Leclercq y de Ronquerolles ocupaban escaños en el centro izquierda, más cerca de la izquierda que del centro, situación política llena de ventajas para aquellos que ven en la conciencia pública un simple ropaje.

El hermano del señor Leclercq había conseguido el cargo de recaudador de la Ville-aux-Fayes.

Lejos de esa capital del valle del Avonne, el banquero, diputado por el distrito, acababa de adquirir una magnífica propiedad que le rendía treinta mil francos de renta, con parque y castillo, posición que le permitía influir en todo el distrito.

Así, pues, en las regiones superiores del Estado, en las dos Cámaras y en el ministerio más importante, Gaubertin contaba con una protección tan poderosa como activa, sin que hubiese solicitado aún ninguna bagatela ni fatigado con demandas importantes.

El consejero Gendrin, nombrado presidente por la Cámara, era quien mangoneaba todos los asuntos del tribunal real. El primer presidente, uno de los tres diputados ministeriales, orador necesariamente del centro, dejaba, durante más de la mitad del año, la dirección de su tribunal al presidente Gendrin. Finalmente, el consejero de la Prefectura, primo de Sarcus y conocido por Sarcus el Rico, era el brazo derecho del prefecto y también diputado. Sin las razones de tipo familiar que ligaban a Gaubertin con el joven Lupeaulx, un hermano de la señora Sarcus, hubiera sido el *deseado* como subprefecto del distrito de la Ville-aux-Fayes. La señora Sarcus, esposa del consejero de la Prefectura, era una Vallat de Soulanges, mujer aliada a los Gaubertin y de la que se decía que había *distinguido* en su juventud al notario Lupin. Aunque

estaba ya en los cuarenta y cinco años y tenía un hijo que estudiaba para ingeniero, jamás iba Lupin a la Prefectura sin presentarle sus respetos y almorzar o cenar con ella.

El sobrino de Guerbet, el maestro de postas, cuyo padre, como ya se ha dicho, era preceptor de Soulanges, ocupaba la importante plaza de juez de instrucción del tribunal de la Ville-aux-Fayes. El tercer juez, hijo del abogado Corbinet, que desempeñaba también las funciones de notario, pertenecía en cuerpo y alma al todopoderoso alcalde; finalmente, el joven Vigor, hijo del teniente de la Gendarmería, era el juez suplente.

El padre de Sibilet, escribiente del tribunal desde hacía mucho tiempo, había casado a su hermana con Vigor, teniente de la gendarmería de la Ville-aux-Fayes. Esta buena persona, padre de seis hijos, era primo del padre de Gaubertin por su mujer, una Gaubertin-Vallat.

Al cabo de dieciocho meses, los esfuerzos conjuntos de los dos diputados, del señor de Soulanges y del presidente Gaubertin, habían conseguido la creación de una plaza de comisario de policía en la Ville-aux-Fayes, a favor del segundo hijo del funcionario.

La hija mayor de Sibilet se había casado con el señor Hervé, maestro de escuela, cuyo establecimiento docente acababa de ser convertido en colegio a consecuencia de dicho matrimonio, y, desde hacía un año, la localidad de la Ville-aux-Fayes contaba con un provisor.

Sibilet, empleado principal del señor Corbinet, esperaba de los Gaubertin, los Soudry y los Leclercq las garantías necesarias para adquirir el despacho de su jefe.

El último hijo del secretario estaba empleado en las propiedades, con la promesa de suceder al recaudador del registro en cuanto ese funcionario llegase a la edad en que le correspondiese el retiro.

Y, finalmente, la menor de las hijas de Sibilet, de dieciséis años de edad, estaba prometida con el capitán Corbinet, hermano del notario, para quien se había conseguido la plaza de director de Correos.

La posta de caballos de la Ville-aux-Fayes pertenecía al mayor de los Vigor, cuñado del banquero Leclercq, y también comandante de la guardia nacional.

Una vieja solterona, Gaubertin-Vallat, hermana de la secretaria, tenía a su cargo el despacho de papel sellado.

Así, pues, hacia cualquier lado que uno se volviera, siempre encontraba en la Ville-aux-Fayes un miembro de aquella invisible coalición, cuyo jefe reconocido y aceptado por todos, grandes y pequeños, era el alcalde de la localidad, el agente general del comercio de la madera: Gaubertin...

Si de la Subprefectura se descendía al valle del Avonne, Gaubertin dominaba en él; en Soulanges, a través de los Soudry, de Lupin, adjunto del alcalde, administrador de las propiedades de Soulanges y en correspondencia continua con el conde; por Sarcus, el juez de paz; por Guerbet, el preceptor; por Gourdon, el médico casado con

una Gendrin-Vatebled. Gobernaba Blangy por medio de los Rigou y Conches por el maestro de postas, dueño absoluto de la aldea. Por la manera como el ambicioso alcalde de la Ville-aux-Fayes actuaba en el valle del Avonne puede imaginarse su influencia en todos los asuntos del distrito.

El jefe de la casa Leclercq, en su concepto de diputado, no era más que un hombre de paja. El banquero había consentido, desde el primer momento, en permitir que Gaubertin fuera nombrado en su lugar, una vez hubiese conseguido la recaudación general del departamento. Soudry, el procurador del rey, debía pasar a ocupar el puesto de abogado general del tribunal real, y el rico juez de instrucción Guerbet esperaba una plaza de consejero. De esta forma, la ocupación de esos cargos, lejos de ser considerada como opresiva, garantizaba mejoras a Vigor, el juez suplente; a Francisco Vallat, el sustituto, primo de la señora Sarcus el Rico, y, finalmente, a los jóvenes ambiciosos de la ciudad, conciliando con la coalición la amistad y el favor de las familias postulantes.

La influencia de Gaubertin era algo tan serio, tan importante, que los fondos, las economías, el dinero escondido de los Rigou, de los Soudry, de los Gendrin, de los Guerbet, de los Lupin y del propio Sarcus el Rico, obedecían a sus prescripciones. Por otra parte, la Ville-aux-Fayes tenía confianza en su alcalde. La capacidad de Gaubertin no era menos cacareada que su honestidad y su afán de trabajo; se entregaba a sus parientes y a sus administrados por entero, pero exigía a cambio devoción y fidelidad. Su concejo municipal le adoraba. Así, todo el departamento criticaba a Mariotte de Auxerre por haberse opuesto al excelente Gaubertin.

Sin dudar de sus propias fuerzas, aunque no se había presentado ocasión de ponerlas a prueba, los burgueses de la Ville-aux-Fayes se vanagloriaban de que entre ellos no hubiera extranjeros, y se creían magníficos patriotas... Nada, pues, escapaba a esa inteligente tiranía, sin que nadie la advirtiese, y aún pareciéndoles a todos un triunfo de la localidad. Así, en cuanto la oposición liberal declaró la guerra a los Borbones de la rama primogénita, Gaubertin, que no sabía dónde colocar a un hijo natural que tenía, ignorado por su mujer y llamado Bournier, nacido hacía ya mucho tiempo en París y dejado al cuidado de Leclercq, viendo que había conseguido el cargo de regente de una imprenta, hizo crear a favor suyo un puesto de impresor en la residencia de la Ville-aux-Fayes. Por instigación de su protector, aquel muchacho inició la publicación de un periódico titulado *El Correo del Avonne*, el cual aparecía tres veces por semana y empezando por arrebatarle al periódico de la prefectura los beneficios de los anuncios legales. Aquella hoja departamental, que figuraba como perteneciente al ministerio pero que en realidad era propiedad del centro izquierda, y que se convirtió en un elemento precioso para conocer el termómetro de los mercados de madera, de vinos de Borgoña, etc., pasó a depender enteramente de los intereses y las voluntades del triunvirato Rigou, Gaubertin y Soudry. Al frente de tan prometedor negocio, que conseguía ya provechosos beneficios, Bournier, apoyado por el alcalde, cortejaba a la hija de Maréchal. Dicha boda parecía probable.

El único extraño en aquella gran familia avonniana era el ingeniero de Obras Públicas, por cuyo motivo se reclamaba con insistencia su relevo en favor de Sarcus, hijo de Sarcus el Rico, con la seguridad de que aquel agujero en la red sería reparado en poco tiempo.

Aquella liga formidable que monopolizaba todos los servicios públicos y particulares, que vivía del país, que se pegaba al poder como una lapa al casco de un navío, pasaba inadvertida para cualquiera; el general de Montcornet, ni siquiera la sospechaba. La Prefectura se congratulaba de la prosperidad del distrito de la Villeaux-Fayes, del cual se decía en el ministerio del Interior: «¡Esa es una subprefectura modelo; todo va como sobre ruedas! Podríamos estar muy contentos si todos los distritos fueran como éste». El espíritu de familia estaba, además, tan identificado con el espíritu local que, como en otras muchas localidades e incluso Prefecturas, cualquier funcionario extraño a la región se hubiera visto obligado a abandonar el país antes de un año.

Cuando el despótico parentesco burgués hacía una víctima, ésta estaba tan bien prendida en la malla que ni siquiera se atrevía a quejarse; quedaba recubierta de pega, de cera, como un caracol que se metiese en un panal. Aquella tiranía invisible, impalpable, tenía como auxiliares potentes razones: el deseo de hallarse en medio de la familia, de vigilar las propiedades, el mutuo apoyo que podían prestarse, las garantías que ofrece la administración al estar su representante bajo la mirada de sus conciudadanos y de sus próximos. De este modo, el nepotismo se practica igualmente en la esfera elevada del departamento que en la pequeña localidad provinciana. ¿Y qué sucede? Que la región y la localidad acaban triunfando sobre las cuestiones de interés general; muy a menudo, los deseos de centralización parisién quedan en eso, en puros deseos; la verdad de los hechos es desfigurada y la provincia se burla del poder. En resumen, que una vez quedan satisfechas las grandes necesidades públicas, es evidente que las leyes, en vez de actuar sobre la masa, reciben la influencia de ésta; las poblaciones se las adaptan en lugar de adaptarse a ellas.

Cualquiera que haya viajado por el Sur de Francia, o por el Oeste, por Alsacia, aunque sólo haya sido para dormir en un hotel y contemplar los monumentos y el paisaje, debe reconocer la verdad de estas observaciones. Los efectos del nepotismo burgués son hoy día hechos aislados, pero el espíritu de las leyes actuales tiende a aumentarlos. Este dominio de lo vulgar puede llegar a producir grandes males, como lo demostrarán los acontecimientos del drama que entonces se desarrollaba en el valle de Les Aigues.

El sistema derribado más imprudentemente de lo que pudiera creerse, el sistema monárquico y el sistema imperial, remediaban ese abuso por medio de existencias consagradas, por las clasificaciones, por los contrapesos que estúpidamente fueron calificados de *privilegios*. No existen privilegios desde el momento en que se admite que todo el mundo se encarama al mástil de la cucaña del poder. ¿No serían preferibles, por otra parte, unos privilegios reconocidos, aceptados, y no otros medio

escondidos, establecidos por la astucia, burlando el espíritu que se dice público, reanudando la obra del despotismo y en un plano más bajo que en otro tiempo? ¿No se habrá derribado a unos tiranos nobles, amantes de la felicidad de su patria, para dar paso a unos tiranos egoístas? ¿Se habrá trasladado el poder a los sótanos, en vez de reinar en el lugar que le es propio? Debería pensarse en esto, pues el espíritu localista, tal como queda descrito, terminará por imponerse a la Cámara.

El amigo de Montcornet, el conde de la Roche-Hugon, había sido destituido poco tiempo antes de la última visita que le hizo el general. La destitución lanzó a aquel hombre de gobierno en brazos de la oposición liberal, en la que se convirtió en uno de los corifeos del ala izquierda, pero de la que desertó rápidamente al concedérsele una embajada. Su sucesor, afortunadamente para Montcornet, era el conde de Castéran, yerno del marqués de Troisville y tío de la condesa. El prefecto recibió a Montcornet como pariente, y amablemente le dijo que conservara sus costumbres en la prefectura. Después de escuchar las quejas del general, el conde de Castéran rogó al obispo, al procurador general, al coronel de la Gendarmería, al consejero Sarcus y al general comandante de la división, que asistieran a un almuerzo convenido para el día siguiente.

El procurador general, barón Bourlac, célebre por los procesos de la Chanterie y Rifaël, era uno de esos hombres aptos para servir a cualquier clase de gobierno y que por su servidumbre hacia el poder, cualquiera que fuese, sus servicios se consideran como imprescindibles. Después de conseguir avanzar en la administración gracias a su fanatismo por el emperador, debió la conservación de su grado judicial a su carácter inflexible y a la conciencia profesional que ponía en el cumplimiento de sus deberes. El procurador general, que en otro tiempo se había dedicado a perseguir sañudamente los restos de la chuanería, persiguió luego a los bonapartistas con la misma saña. Pero los años y los acontecimientos habían suavizado su rudeza, convirtiéndose, como sucede con todos los viejos diablos, en un hombre de modales encantadores y de formas exquisitas.

El conde de Montcornet expuso su posición, los temores, su guarda mayor habló de la necesidad de hacer un escarmiento y de sostener la causa de su propiedad.

Esos altos funcionarios le escucharon con gravedad, sin contestar otra cosa que no fueran banalidades, como: «Ciertamente, es preciso que la ley actúe con todo su vigor». «Su causa es la de todos los propietarios». «Nosotros no lo descuidaremos, pero en las circunstancias en que nos hallamos hay que ser prudentes». «Una monarquía debe hacer por el pueblo más de lo que el pueblo sería capaz de hacer por sí mismo si fuese, como en el 1793, el soberano». «El pueblo sufre, y nos debemos tanto a él como usted».

El implacable procurador general expuso con toda suavidad una serie de consideraciones serias y benevolentes sobre la situación de las clases humildes, las cuales habrían podido demostrar a nuestros futuros utopistas que los funcionarios de las más elevadas escalas sabían ya las dificultades del problema que tenía que

resolver la sociedad moderna.

No será inútil decir aquí que en esa época de la Restauración habían ocurrido una serie de colisiones sangrientas en varios puntos del reino, precisamente a causa de las depredaciones realizadas en los bosques y de los derechos abusivos que se habían arrogado algunos campesinos de determinadas comunas del orden, ni la sangre que hacía correr la represión. Aun cuando se llegaba a la conclusión de que había que proceder con rigor, se trataba a los administradores de torpes cuando lo empleaban contra los campesinos, pero se les destituía si se mostraban débiles. Por esta razón los prefectos procuraban soslayar aquellos deplorables accidentes.

Desde el principio de la conversación, Sarcus el Rico había hecho al procurador general y al prefecto una seña que Montcornet no vio y que determinó el curso de la conversación. El procurador general sabía perfectamente cuál era el espíritu de la gente del valle de Les Aigues gracias a los informes que le proporcionaba su subordinado Soudry, quien le había insinuado posibles resistencias de los borgoñones del Avonne.

—Preveo una lucha terrible —había dicho el procurador del rey de la Ville-aux-Fayes a su superior, llegado allí ex profeso—. Habrá asesinatos de gendarmes, lo sé por mis espías. Nos encontraremos con un enojoso proceso. El jurado no nos apoyará cuando se vea blanco del odio de las familias de veinte o treinta acusados, y no accederá a condenar a muerte a los asesinos ni a las penas de prisión que pediremos para los cómplices. Con mucha suerte, y estando obligado a informar usted en persona, lo único que conseguiremos será algunos años de prisión para los culpables. Es preferible cerrar los ojos que abrirlos, pues si los abrimos, estamos seguros de provocar una colisión que costará mucha sangre, y quizá seis mil francos de gastos al Estado, sin contar la manutención de los reos. Es un precio muy caro por un triunfo que sólo valdría para exponer la debilidad de la justicia ante el mundo.

Incapaz de sospechar la influencia de la *Mediocracia* de su valle, Montcornet no mencionó a Gaubertin, cuya mano atizaba el fuego de aquellas renovadas dificultades. Después de comer, el procurador general cogió al conde de Montcornet por el brazo y lo llevó al despacho del prefecto. Al salir de la conferencia, el general escribió a la condesa que tenía que partir para París y que no regresaría hasta una semana después. Se verá, por la ejecución de las medidas que dictó el barón Bourlac, lo prudente de sus consejos; y si Les Aigues podían escapar a la *malevolencia*, debía ser únicamente adaptándose a la política que el magistrado acababa de aconsejar secretamente al conde de Montcornet.

Algunos espíritus, ávidos de intriga más que de otra cosa, podrán considerar excesivas estas explicaciones, pero es interesante hacer observar aquí que, en primer lugar, el historiador de costumbres debe obedecer a leyes más duras que las que rigen la historia de los acontecimientos; debe hacer que todo sea probable, incluso lo verdadero; mientras que, en el campo de la historia propiamente dicha, lo imposible queda justificado por la simple razón de que aquello ha sucedido. Las vicisitudes de

la vida social o privada son engendradas por un mundo de pequeñas causas que tienden a todo. El estudioso se ve obligado a limpiar la masa de un alud, bajo el cual han quedado enterradas varias aldeas, para poder mostrar los guijarros desprendidos de una cumbre que provocaron la formación de aquella montaña de nieve. Si no se tratase aquí más que de un suicidio, se producen quinientos todos los años en París; este melodrama ha llegado a ser algo vulgar, y cada cual puede aceptar cualquier razón que se dé para él; ¿pero a quién se le hará creer que el suicidio de la propiedad haya podido darse en unos tiempos en que la fortuna parece ser algo más importante que la vida misma? *De re vestra agitar*, ha dicho un fabulista; se trata aquí de algo que concierne a todos aquellos que poseen algo.

Pensad que aquella liga de todo un distrito y de una pequeña localidad contra un anciano general que sorteó, a pesar de su temerario valor, los peligros de mil combates, ha tenido lugar en más de un departamento contra hombres que querían hacer el bien. Esa coalición amenaza incesantemente al hombre inteligente, al gran político, al gran agrónomo; en fin, a todos los innovadores.

Esta última explicación, política por así decirlo, da a los personajes del drama su verdadera fisonomía y unos detalles más sobre la gravedad del caso, pero aún lanzará nuevas luces sobre esta escena, en la que están en juego los intereses sociales del campo.

X

MELANCOLÍA DE UNA MUJER FELIZ

En el momento en que el general subía a la calesa para dirigirse a la Prefectura, la condesa llegaba a la puerta del Avonne, donde, desde hacía dieciocho meses, vivía el matrimonio Michaud.

Quienquiera que recuerde el pabellón, descrito al principio de este libro, creará que ha sido reconstruido. En primer lugar, los ladrillos caídos o rotos con el tiempo y el cemento que faltaba en las juntas, se habían sustituido. La pizarra bien limpia daba alegría a la construcción por el efecto que producían las balaustradas de color blanco sobre el fondo azulado. Los alrededores de la casa, desbrozados y enarenados, estaban cuidados por el hombre encargado de la conservación de las avenidas del parque. Los marcos de las ventanas, las cornisas, y en general toda la piedra trabajada, se había restaurado, de forma que el exterior de aquel monumento arquitectónico había recobrado su antiguo esplendor. El patio, los establos y las cuadras, trasladados a los edificios de la faisanería y ocultos por los macizos de árboles, en vez de lastimar la mirada por sus sucios detalles, mezclaban al continuo rumor de los bosques esos murmullos, esos latidos y el batir de alas que constituyen uno de los más deliciosos acompañamientos de la continua melodía que canta la naturaleza. Aquel lugar tenía, pues, las características del género silvestre de los bosques poco frecuentados y la elegancia de un jardín inglés. Los alrededores del pabellón, de acuerdo con su exterior, ofrecían a la vista un no sé qué de noble, de digno, de amable; asimismo, los cuidados de la joven esposa daban al interior un aspecto totalmente distinto del que ofrecía la brutal dejadez de Courtecuisse y que tan mal efecto causaba en otro tiempo.

En aquellos días la estación daba un nuevo valor a los esplendores naturales. El perfume que exhalaban algunos arriates de flores se unía al silvestre olor de los bosques. Unos prados del parque, recientemente segados, expandían en todos sentidos el característico vaho de la hierba cortada.

Cuando la condesa y sus dos huéspedes llegaron al final de una de las avenidas que desembocaban en el pabellón, vieron a la señora Michaud sentada en el exterior, en la puerta, trabajando en una canastilla de ropa. Aquella mujer, tan sosegada, tan ocupada en su trabajo, añadía al paisaje un interés humano que lo completaba, y en la realidad es tan impresionante que algunos pintores han intentado, por error, trasladarlo a sus telas.

Los artistas ignoran que el *espíritu* de una región, cuando consiguen darse cuenta de que existe, es algo tan grandioso que aplasta al hombre, mientras que semejante escena en la naturaleza está siempre en proporción con el personaje por el cuadro en

que la mirada del espectador le circunscribe. Cuando Poussin, el Rafael francés, hizo del paisaje un elemento accesorio en sus *Pastores de la Arcadia*, adivinó que el hombre es insignificante y miserable cuando en un lienzo la naturaleza es el elemento principal.

Allí estaba agosto en su plena gloria, una esperada cosecha, un cuadro de emociones sencillas y fuertes. Allí se hallaba realizado el sueño de muchos hombres cuya vida inconstante y mezclada de lo bueno y lo malo por violentas sacudidas les hace desear el descanso.

Resumamos en breves frases la novela de aquel matrimonio. Justino Michaud no había acogido con mucho calor las proposiciones del ilustre coronel de coraceros para que aceptara la guardería de Les Aigues; por aquel entonces pensaba reingresar en el ejército, pero en el curso de diversas conversaciones y de las proposiciones que le llevaron a la residencia Montcornet, se encontró con la primera doncella de la condesa. Esa joven, confiada a la señora por unos honestos granjeros de los alrededores de Alençon, tenía algunas esperanzas de heredera: veinte o treinta mil francos una vez entrase en posesión de las dotes que esperaba. Como muchos campesinos que se han casado jóvenes, y cuyos antecesores viven aún, el padre y la madre estaban en una precaria situación económica y no podían dar educación alguna a su hija mayor, habiéndola destinado al servicio de la joven condesa. La señora de Montcornet hizo que la señorita Olimpia Charel aprendiera costura y corte, y que se la sirviese aparte del resto de la servidumbre, lo cual hizo que sintiera por su señora una de aquellas devociones absolutas tan necesarias a los parisienses.

Olimpia Charel, hermosa normanda, de un rubio de tonos dorados, ligeramente llena de carnes y con un rostro animado por una mirada inteligente y una nariz de marquesa, fina y curvada con un aire virginal a pesar de su talle a la española, ofrecía todas las distinciones que una joven nacida no muy por encima del pueblo bajo puede conseguir con el roce que su señora le permite tener con ella. Convenientemente vestida y de porte honesto, sabía, además, expresarse bien. Michaud fue, pues, fácilmente atraído por ella, especialmente cuando supo que la fortuna de su elegida sería en el futuro bastante considerable. Las dificultades vinieron de la condesa, quien no quería separarse de una muchacha tan encantadora, pero cuando Montcornet explicó cuál era la situación en Les Aigues, ya no hubo, para la celebración de la boda, más retraso que el que imponía la necesidad de pedir el consentimiento de sus padres, quienes lo concedieron en seguida.

Michaud, siguiendo el ejemplo de su general, consideró a su joven esposa como un ser superior al que debía obedecer militarmente, sin oponérsele ni con el pensamiento. Encontró en aquella quietud y en las ocupaciones que le retenían fuera de la casa los elementos de felicidad con que sueñan todos los soldados cuando abandonan su profesión: trabajo suficiente para las exigencias del cuerpo y fatiga bastante para gustar las delicias del descanso. A pesar de su reconocida intrepidez, Michaud nunca sufrió heridas graves y no le aquejó ninguno de los dolores que

pueden agriar el humor de los veteranos; como todos los seres realmente fuertes, tenía siempre el mismo buen humor, por lo que su mujer lo quiso con amor auténtico. Desde su llegada al pabellón, ese feliz matrimonio saboreaba los encantos de su luna de miel, en armonía con la naturaleza y con el arte de las creaciones que les rodeaban: ¡circunstancia bastante rara! Las cosas que nos rodean no siempre concuerdan con el estado de nuestra alma.

Aquel momento era tan hermoso que la condesa obligó a Blondet y al abate Brossette a que se detuvieran, puesto que podían ver a la encantadora señora Michaud sin ser vistos por ella.

—Cuando salgo de paseo acostumbro a venir siempre a este lado del parque —dijo en voz baja—. Me gusta contemplar el pabellón y a los dos tórtolos que lo ocupan, del mismo modo que me agrada contemplar un hermoso paisaje.

Y se apoyó significativamente en el brazo de Emilio Blondet para hacerle partícipe de unos sentimientos cuya delicadeza no sabría describir, pero que cualquier mujer será capaz de adivinar.

—Quisiera ser portero de Les Aigues —contestó Blondet sonriendo—. ¿Qué le sucede? —preguntó al ver que sus palabras entristecieron a la condesa.

—Nada.

Siempre que las mujeres tienen algo de importancia en qué pensar, dicen hipócritamente: «No me pasa nada».

—Pero podemos tener ideas que pueden parecer ligeras y que para nosotros son terribles. Yo también envidio la suerte de Olimpia...

—Que Dios la oiga —añadió el abate Brossette sonriendo para quitar a esa frase toda su gravedad.

La señora de Montcornet empezó a inquietarse al advertir en la actitud y en el rostro de Olimpia una expresión de temor y de tristeza. En la manera como una mujer tira de la aguja después de dar un punto, otra mujer adivina sus pensamientos. En efecto, aunque llevaba un vestido de un bonito color rosa, la cabeza descubierta y cuidadosamente peinada, el pensamiento de la esposa del jefe de los guardas no estaba de acuerdo con su actitud, ni con el hermoso día, ni con lo que estaba haciendo. Su bella frente, su mirada, perdida por instantes en la arena o en el follaje, que ella no veía, expresaba una profunda ansiedad, porque no sabía que la observasen.

—¡Y yo la envidiaba!... ¿Qué es lo que puede ensombrecer su pensamiento? —dijo la condesa al sacerdote.

—Señora —contestó en voz baja el abate Brossette—, ¿podría explicarse cómo, en medio de una felicidad perfecta, al hombre le asaltan siempre vagos presagios, pero siniestros?

—*Pater* —replicó Blondet sonriendo—, se está usted permitiendo respuestas propias de un obispo... ¡*No se roba nada, todo se paga!*, ha dicho Napoleón.

—Una máxima así dicha por esa boca imperial tiene las mismas proporciones que

las que ha hecho tuyas la sociedad —repuso el abate.

—Olimpia, ¿qué te pasa, hija mía? —preguntó la condesa adelantándose hacia su antigua doncella—. Te veo asustada, triste... ¿Ha habido algún enojo entre vosotros?

La señora Michaud, al levantarse, había cambiado ya de expresión.

—Mi pequeña... —dijo Emilio Blondet con acento paternal—; me gustaría saber qué es lo que puede ensombrecerte cuando estáis tan bien instalados en este pabellón como el conde de Artois en las Tullerías. Si esto es igual que un nido de ruiseñores... ¿Tu marido no es uno de los mejores mozos de la joven Guardia, un hombre apuesto, que te quiere con locura? Si yo hubiese sabido las comodidades que Montcornet os había dispuesto habría abandonado mi profesión para convertirme en jefe de guardas.

—Ese no es empleo para un hombre de su talento, señor —contestó Olimpia a Blondet sonriéndole como si ya se conociesen.

—¿Pero qué te pasa, querida? —preguntó de nuevo la condesa.

—Tengo miedo, señora.

—¿Miedo? ¿Y de qué? —inquirió vivamente la condesa, a quien aquella palabra recordó a Mosca y a Fourchon.

—¿Miedo de los lobos? —dijo Emilio haciendo a la señora Michaud una seña que ella no comprendió.

—No, señor; de los campesinos. Yo que he nacido en el Perche, donde hay gente malvada, no creo que exista otro lugar donde la haya más malvada que la de aquí. Trato de no intervenir en los asuntos de mi marido, pero desconfía tanto de los campesinos que incluso va armado durante el día si tiene que internarse en el bosque. Ha dicho a sus hombres que estén siempre alerta. De vez en cuando rondan por aquí individuos que no anuncian nada bueno. El otro día estaba yo al lado de la pared, cerca del arroyo que viene del bosque y que pasa por el parque a quinientos metros de aquí, y al que llaman el arroyo de Plata a causa de las lentejuelas que dicen mandó echar en él Bouret... ¿Me escucha usted, señora?... Pues bien, oí a dos mujeres que estaban lavando ropa en el sitio en que el arroyo cruza la avenida de Conches; ellas no sabían que yo estaba allí, desde donde se veía nuestro pabellón. Las dos mujeres lo señalaron. «Se han gastado mucho dinero, dijo una de ellas, en ése que sustituye al buen Courtecuisse». «¿No se debe pagar bien a un hombre encargado de atormentar a los pobres?», respondió la otra. «No me atormentará a mí por mucho tiempo, dijo la primera, y esto tiene que terminar. Después de todo, nosotros tenemos derecho a aprovecharnos del bosque. La difunta señorita Laguerre nos lo permitía. Hace de eso treinta años, y es un derecho adquirido». «Ya veremos lo que sucede el invierno próximo, prosiguió la segunda. Mi marido me ha jurado por todos los santos que ninguna gendarmería del mundo evitará que vayamos al bosque por leña y que él irá, pase lo que pase». «¡Vaya! Sólo nos faltaría que tuviéramos que morirnos de frío y no pudiésemos cocer el pan», dijo la primera. «A ellos no les falta nada. La mujer de ese Michaud también sabrá lo que es bueno». En fin, señora, las dos mujeres dijeron pestes de mí, de usted, del señor conde... Acabaron por decir que incendiarían las

granjas, y luego el castillo...

—Bah... —dijo Emilio—. Cotilleo de verduleras. Estaban robando al general, y ya no le robarán más. Estas gentes están furiosas, eso es todo. Piense que el gobierno es muy poderoso en todas partes, incluso en Borgoña. En el caso de un motín y si fuese necesario, vendría un regimiento de caballería.

El sacerdote, a espaldas de la condesa, hacía señas a la señora Michaud para que callara sus temores, sin duda originados por los recelos que siempre inquietan a una pasión verdadera. Exclusivamente preocupada por un solo ser, el alma termina por abrazar el mundo moral que la rodea e intuye los elementos que influirán en el futuro. En su amor, una mujer experimenta los sentimientos que más tarde iluminan su maternidad. De ahí determinadas melancolías, ciertas tristezas inexplicables que sorprenden a los hombres, ajenos a esa concentración de ideas debido a las grandes preocupaciones de la vida, a su continua actividad. Todo amor verdadero, para una mujer se convierte en una contemplación activa más o menos lúcida, más o menos profunda, según los caracteres.

—Vamos, pequeña; enseña tu pabellón al señor Blondet —dijo la condesa, preocupada hasta olvidarse de la Péchina, a pesar de haber venido para verla.

El interior del restaurado pabellón estaba en armonía con su espléndido exterior. En la planta baja habían restaurado las primitivas divisiones, y el arquitecto llegado de París trayéndose obreros, el mayor de los agravios que pudo inferir el propietario de Les Aigues a las gentes de la Ville-aux-Fayes, habilitó cuatro habitaciones. En primer lugar, una antecámara de cuyo fondo arrancaba una vieja escalera de madera con balaustrada, detrás de la cual estaba la cocina; luego, a cada lado de la antecámara, un comedor y el salón con algunos armarios empotrados en las paredes, de roble todos y ennegrecidos por el tiempo. Ese artista, escogido por la señora de Montcornet para restaurar Les Aigues, tuvo el acierto de armonizar el mobiliario de ese salón con el decorado antiguo.

En esa época la moda aún no daba un excesivo valor a los vestigios de los siglos pasados. Los sillones de nogal tallado, las sillas de alto respaldo tapizadas de ricas telas, las consolas, los relojes, los altos plafones, las mesas y las lámparas guardadas en los almacenes de los revendedores de Auxerre y de la Ville-aux-Fayes, eran un cincuenta por ciento más económicos que los muebles de pacotilla que se vendían en el barrio de Saint-Antoine. El arquitecto, pues, había comprado dos o tres carretadas de antigüedades bien escogidas, las cuales, unidas a lo que se había considerado superfluo en el castillo, hicieron del salón de la parte del Avonne una especie de creación artística. En cuanto al comedor, lo pintó dándole un color de madera y forró las paredes con el papel que llaman escocés, y en las ventanas unas cortinillas de percal blanco con borde verde, unas sillas de caoba tapizadas de verde, dos enormes aparadores y una mesa también de caoba. Esa habitación, adornada con grabados de tema militar, la calentaba una estufa de loza que tenía a sus lados unos fusiles de caza. Tales magnificencias no demasiado costosas, todo el distrito las consideró como

la última palabra del lujo asiático. ¡Cosa rara! Excitaron la envidia de Gaubertin, quien, mientras se prometía dividir en trozos la propiedad de Les Aigues, se reservó para sí, *in petto*, el espléndido pabellón.

En el primer piso destinaron tres habitaciones para dormitorios del servicio. En sus ventanas había cortinas de muselina que recordaban a un parisién las disposiciones y las fantasías características de las exigencias burguesas. La señora Michaud, según su propio gusto, habría deseado para aquellas paredes papel satinado. Sobre la chimenea de su dormitorio, amueblado con ese mueble vulgar de caoba y terciopelo de Utrecht que puede verse en todas las casas, con una cama de columnas cubierta con un dosel del que pendían unas cortinas de muselina bordada, había un péndulo de alabastro entre dos candelabros protegidos con una gasa y acompañados de dos jarrones para flores artificiales dentro de unas urnas de vidrio, regalo de bodas del sargento mayor. En el piso de arriba, los dormitorios de la cocinera, del criado y de la Péchina también habían sufrido aquella restauración.

—Olimpia, hija, ¿estás segura de que me lo has dicho todo? —preguntó la condesa entrando en el dormitorio de la señora Michaud y dejando en la escalera a Emilio y al sacerdote, quienes descendieron al oír cerrarse la puerta.

La señora Michaud, a quien el abate había interrogado, confió, a fin de evitar hablar de sus temores, mucho más intensos de lo que confesaba, un secreto que recordó a la condesa el objeto de su visita.

—Quiero mucho a Michaud, señora, ya lo sabe usted; ¿pero sería usted feliz si viese cerca de usted, dentro de su misma casa, una rival...?

—¿Una rival?

—Sí, señora; esa morita que usted me confió, ama a Michaud sin que ella misma lo sepa, la pobre criatura... Su conducta ha sido durante mucho tiempo un misterio para mí, hasta que hace unos días lo he visto bien claro.

—¡A los trece años...!

—Sí, señora... Y usted comprenderá que una mujer embarazada de tres meses, que criará a su hijo, puede tener sus temores; pero, para no decírselos delante de esos señores, me he referido a tonterías sin importancia —añadió la esposa del jefe de los guardas.

La señora Michaud no estaba preocupada por Genoveva Niseron, pero desde hacía unos días sufría las mayores angustias por las maldades que los campesinos se complacían en alimentar después de haberlas inspirado.

—¿Y cómo te has dado cuenta de que...?

—Ha sido todo y no ha sido nada —respondió Olimpia mirando a la condesa—. Esa pobre niña, cuando me obedece a mí es de una lentitud de tortuga, y, en cambio, tiene una rapidez de lagarto para cumplir cualquier encargo que le haga Justino. Tiembla como la hoja de un árbol al oír la voz de mi marido; cuando le mira, su rostro es el de una santa que sube al cielo; pero ella no tiene idea de este amor, ni siquiera sabe que le ama.

—¡Pobre niña! —dijo la condesa con una sonrisa y un acento lleno de ingenuidad.

—Así —continuó la señora Michaud después de corresponder con otra a la sonrisa de su antigua dueña—, Genoveva está triste cuando Justino está fuera, y si le pregunto en qué está pensando me contesta diciendo que tiene miedo de Rigou..., una tontería. Cree que todo el mundo le tiene envidia, y parece el interior de un tubo de chimenea. Cuando Justino recorre los bosques por la noche, la niña está tan inquieta como yo. Si abro una ventana al oír el trote del caballo de mi marido, veo luz en la habitación de la Péchina, como la llaman, lo que me demuestra que está despierta, que le espera; por último, lo mismo que hago yo, ella sólo se acuesta cuando él ha regresado.

—¡Trece años! —exclamó la condesa—. ¡Desdichada...!

—¿Desdichada...? —replicó Olimpia—. No. Esta pasión de niña la salvará.

—¿De qué? —preguntó la señora de Montcornet.

—De la suerte que les espera aquí a casi todas las muchachas de su edad. Desde que me hice cargo de ella, parece menos fea, y tiene algo especial, algo selvático que atrae a los hombres... Está tan cambiada que la señora no la reconocería. El hijo de ese infame tabernero del *Grand-I-vert*, Nicolás, el más redomado granuja de la región, anda detrás de la pequeña; la persigue como se persigue la caza. Si no es creíble que un hombre rico como Rigou, que cambia de criada cada tres años, desde que tenía doce ha estado persiguiendo a cualquier fea, parece muy cierto que Nicolás Tonsard asedia a la Péchina. Justino me lo ha dicho. Esto sería espantoso, porque esta gente de aquí vive verdaderamente como los animales; pero Justino, los dos criados y yo, velamos por ella; así que esté usted tranquila, señora; no sale nunca sola si no es en pleno día, y únicamente para ir a la puerta de Conches. Si por casualidad cayera en una emboscada, sus sentimientos hacia Justino le darían la fuerza y el espíritu de resistencia con que las mujeres enamoradas resisten al hombre que odian.

—Ha sido precisamente por ella por lo que he venido —prosiguió la condesa—. No podía imaginarme lo útil que podría ser para ti mi visita, pues esa niña no siempre tendrá trece años... Se irá haciendo hermosa...

—Oh, señora... —continuó Olimpia, sonriendo—. Estoy segura de Justino. ¡Qué hombre y qué corazón el suyo...! Si supiera usted el profundo agradecimiento que tiene por el general, a quien, según él dice, debe su felicidad. Es tanto su afecto, que arriesgaría por él la vida, como en la guerra, y, mientras, olvida que no tardará en ser padre de familia.

—Vamos, te estaba añorando —dijo la condesa dirigiendo a Olimpia una mirada que la hizo enrojecer—, pero ya no te añoro, puesto que te veo tan feliz... ¡Qué sublime y noble cosa es el amor en el matrimonio! —añadió diciendo en voz alta el pensamiento que un momento antes no se había atrevido a expresar delante del abate Brossette.

Virginia de Troisville se quedó pensativa, y la señora Michaud respetó su silencio.

—A ver, dime: ¿es honrada esa muchacha? —preguntó la condesa como si despertara de un sueño.

—Tanto como yo —respondió la señora Michaud.

—¿Discreta?

—Como una tumba.

•—¿Agradecida?

—Oh, señora... Tiene actos de tanta humildad ante mí que denotan una naturaleza angelical; me besa las manos, me dice frases enternecedoras... «¿Se puede morir de amor?», me preguntó anteayer. «¿Por qué me lo preguntas?», le dije. «Para saber si es una enfermedad».

—¿Eso te dijo? —exclamó la condesa.

—Si recordara todo lo que me dice, podría contarle otras muchas cosas como ésta —contestó Olimpia—. Parece como si estuviese más enterada que yo.

—¿Crees que esa muchacha puede sustituirte a mi lado? Yo no puedo estar sin una Olimpia —dijo la condesa sonriendo con cierta tristeza.

—Todavía no, señora; es demasiado joven, pero dentro de un par de años, sí... Además, si fuera necesario que ella se alejara de aquí, la avisaría a usted. Hay que pensar en su educación, pues no sabe nada de nada. El abuelo de Genoveva, Niseron, es uno de esos hombres que antes se dejarían cortar el cuello que mentir; se moría de hambre teniendo un depósito de víveres a mano; él tiene sus opiniones, y su nieta fue criada en los mismos sentimientos. La Péchina se creería igual a usted, pues el bueno de su abuelo ha hecho de ella, como dice, una republicana, lo mismo que el tío Fourchon ha hecho de Mosca un golfillo. Yo me río de todo esto, pero usted estaría molesta; ella la quiere a usted como a su bienhechora, y no la ve como a una superiora. ¿Qué quiere usted? Es salvaje, al estilo de las golondrinas... Por algo la sangre de su madre le corre por las venas.

—¿Quién fue su madre?

—La señora no conoce toda esta historia —respondió Olimpia—. Al hijo del viejo sacristán de Blangy, un espléndido muchacho, según he sabido por las gentes de la comarca, lo reclutaron cuando se hizo la gran leva. Ese Niseron no era más que un simple artillero en 1809, en un cuerpo de ejército que, desde el interior de la Iliria y de la Dalmacia, recibió la orden de atravesar Hungría para cortar la retirada al ejército austríaco, en el caso de que el Emperador ganara la batalla de Wagram. Es Michaud quien me ha contado todo esto de la Dalmacia, pues él estuvo allí. Niseron, un galán muchacho, había conquistado en Zahara el corazón de una montenegrina, una hija de las montañas, a la que no le desagradaba la guarnición francesa. Sin ninguna simpatía por sus compatriotas, le fue imposible seguir viviendo en la ciudad después de la marcha de las tropas francesas, y Zéna Kropoli, apodada injuriosamente *La Francesa*, siguió al regimiento de artillería, y se quedó en Francia después de la paz. Augusto Niseron pidió permiso para casarse con la montenegrina, quien entonces ya estaba embarazada de Genoveva; pero la pobre mujer murió en Vincennes a consecuencia

del parto, en enero del 1810. La documentación requerida para que un matrimonio se considere válido llegó unos días más tarde; así, pues, Augusto Niseron escribió a su padre que fuera a recoger a la niña, con una nodriza de la región, y se hiciera cargo de ella; hizo muy bien, pues a él lo mató un obús que estalló en Montereau. Inscrita en el registro con el nombre de Genoveva y bautizada en Soulanges, esta pequeña dálmata mereció la protección de la señorita Laguerre, a quien su historia afectó muchísimo; y parece que sea el destino de esta muchacha el que la adopten las dueñas de Les Aigues. A lo largo del tiempo el tío Niseron ha recibido del castillo varias canastillas de ropa y socorros en dinero.

En aquel momento, desde la ventana ante la cual conversaban la condesa y Olimpia, vieron a Michaud acercarse al abate Brossette y a Emilio, quienes charlaban paseando por el amplio espacio circular enarenado que repetía en el parque la media luna exterior.

—¿Y dónde está ahora? —preguntó la condesa—. Me has despertado un enorme deseo de verla...

—Ha ido a llevar la leche a la señorita Gaillard, a la puerta de Conches; debe de estar ya cerca de aquí, pues hace más de una hora que se ha ido...

—Bueno, estaré ahora con esos señores y después con ella —dijo la señora de Montcornet bajando las escaleras.

En el momento en que la condesa abría su sombrilla, se adelantó Michaud para decirle que el general la dejaba viuda probablemente por dos días.

—Señor Michaud —contestó con vivacidad la condesa—, no me engañe; aquí está sucediendo algo grave. Su esposa tiene miedo, y si aquí hay mucha gente que se parezca al tío Fourchon, entonces es un país inhabitable...

—Si fuera esto, señora —respondió Michaud riendo—, no estaríamos aquí, pues sería muy fácil deshacerse de nosotros. Los campesinos cacarean, eso es todo. Pero pasar de las palabras a los hechos, de la intención al crimen; quieren demasiado la vida, el aire del campo... Olimpia le habrá contado ya las cosas que la han asustado, pero ya sabe usted que ella, en su estado, es capaz de asustarse hasta de un sueño —añadió cogiendo del brazo a su mujer y poniéndoselo sobre el suyo, como diciéndole que se callase en lo sucesivo.

—¡Cornevin! ¡Julieta! —gritó la señora Michaud al ver aparecer por una ventana la cabeza de su vieja cocinera—. Voy aquí cerca; vigilen el pabellón.

Dos perros grandes que se pusieron a ladrar demostraron que los efectivos de la guarnición de la puerta del Avonne eran considerables. Mientras esperaban a los perros, Cornevin, un viejo percherón marido de la nodriza de Olimpia, salió del arbolado y dejó ver una de aquellas cabezas como sólo se conciben en la Perche. Cornevin debió de guerrillejar con los chuanes en el 1794 y el 1799.

Todos acompañaron a la condesa por aquella de las seis avenidas que conducía directamente hasta la puerta de Conches y que cruzaba el arroyo de Plata. La señora de Montcornet iba delante, con Blondet. El cura, Michaud y su mujer hablaban en

voz baja sobre la revelación que acababa de hacersele a la señora respecto al estado de la región.

—Quizá sea algo providencial —decía el cura—, pues si la señora condesa quiere, tal vez consigamos, a fuerza de hacer el bien y de amabilidad, cambiar a estas gentes...

A unos seiscientos pasos del pabellón, hacia abajo del arroyo, la condesa vio un cántaro colorado roto y leche derramada por el suelo.

—¿Qué le habrá sucedido a la pequeña?... —dijo llamando a Michaud y a su esposa, quienes volvían al pabellón.

—Alguna desgracia como a Perrette —contestó Emilio Blondet.

—No, a la pobre niña la habrán sorprendido y perseguido, pues el cántaro lo han tirado hacia un lado —añadió el abate Brossette mientras examinaba el terreno.

—Justo, las pisadas son de la Péchina —afirmó Michaud—. Las huellas de los pies que cambian de dirección súbitamente revelan una especie de repentino terror. La pequeña ha debido de echar a correr hacia el lado del pabellón, queriendo meterse en él.

Todos seguían las huellas que el guarda mayor iba señalando con el dedo mientras caminaba observándolas, hasta que se detuvo, en mitad del camino, a unos cien pasos del cántaro roto, en el sitio donde terminaban las señales de los pies de la Péchina.

—Desde aquí —prosiguió— se ha dirigido hacia el Avonne; quizá se le impedía el paso por el lado del pabellón.

—Pero —observó la señora Michaud— hace ya más de una hora que se fue.

Un mismo terror se reflejaba en todos los rostros. El cura corrió hacia el pabellón examinando el estado del camino, mientras Michaud, impulsado por el mismo pensamiento, seguía hacia Conches.

—¡Santo Dios...! Ha caído allí —dijo Michaud volviendo del sitio en que cesaban las huellas que iban hacia el arroyo de Plata al otro donde igualmente terminaban en medio del camino, señalando un lugar—. Vean...

—Todos vieron, en efecto, sobre la arena de la avenida, los trazos de un cuerpo caído.

—Las huellas que se dirigen hacia el bosque son de unos pies calzados con escaarpines —afirmó el cura.

—Son pies de mujer —dijo la condesa.

—Y, en cambio, allí, donde hay el cántaro roto, las huellas son de pies de hombre —añadió Michaud.

—Yo no veo huellas de pies distintos —añadió el cura, quien siguió hasta el bosque las huellas de calzado femenino.

—Seguramente la han cogido metiéndola en el bosque —exclamó Michaud.

—Si esto son huellas de pies de mujer, sería inexplicable —dijo Blondet.

—Debe tratarse de alguna jugarreta de ese monstruo de Nicolás —observó Michaud—. Desde hace algunos días está al acecho de la Péchina. Esta mañana me

he pasado dos horas bajo el puente del Avonne para sorprenderle; pero quizá una mujer le ha ayudado en su empresa.

—¡Es espantoso! —dijo la condesa.

—Creen que juegan —añadió el cura con acento amargo y triste.

—¡Oh...! La Péchina no se dejará raptar —aseguró el jefe de los guardas—. Es capaz de haber atravesado el Avonne a nado... Voy a recorrer las orillas. Tú, mi querida Olimpia, vuelve al pabellón. Y a ustedes, caballeros, lo mismo que a la señora, les ruego que se paseen por la avenida de Conches.

—¡Qué país! —exclamó la condesa.

—En todas partes crece la mala hierba —observó Blondet.

—¿Es verdad, señor cura —preguntó la señora de Montcornet—, que yo he salvado a esta pequeña de las garras de Rigou?

—Todas las muchachas menores de quince años que pueda usted recoger en el castillo se salvarán de los instintos de ese monstruo —respondió el abate Brossette—. Al intentar atraer hacia su casa a esa pequeña desde su niñez, el apóstata quería satisfacer a la vez su libertinaje y su venganza. Al tomar a Niseron como sacristán he podido hacerle comprender a ese infeliz las intenciones de Rigou, que le habló de corregir los errores cometidos por su tío, mi predecesor en el curato. Es uno de los agravios que el antiguo alcalde tiene contra mí, su odio ha ido en aumento... El tío Niseron le aseguró solemnemente a Rigou que lo mataría si le ocurría algún daño a Genoveva, y le ha hecho responsable de cualquier atentado al honor de esa niña. No me extrañaría ver en esa persecución de Nicolás Tonsard alguna infernal maquinación, pues ese tipo cree que todo le está permitido.

—¿No teme, entonces, a la justicia? —preguntó Blondet.

—En primer lugar, es el cuñado del procurador del rey —respondió el cura haciendo una pausa—. Por otra parte, no tiene usted idea de la profunda despreocupación de la policía cantonal y de los juzgados en lo que se refiere a esta gente. Como quiera que los campesinos no queman las granjas, no asesinan a nadie ni envenenan y pagan sus contribuciones, se permite que entre ellos hagan lo que quieran; y como carecen de principios religiosos, suceden cosas estremecedoras... Al otro lado de la cuenca del Avonne, los ancianos impotentes para el trabajo temen quedarse en casa, pues nadie les da de comer, y entonces van al campo mientras sus débiles piernas puedan sostenerles. Si tienen que quedarse en cama, saben muy bien que morirán por falta de alimentación. El señor Sarcus, el juez de paz, dice que si se siguiera un proceso criminal a todos los delincuentes, el Estado se arruinaría con lo que gastaría para hacer justicia.

—Ese magistrado ve las cosas claras —exclamó Blondet.

—¡Ah...! Monseñor conoce muy bien la situación de este valle, y sobre todo la de este distrito —continuó el cura—. Únicamente la religión es capaz de remediar tanto mal, pues modificada y tergiversada como está, la ley me parece impotente.

Al sacerdote le interrumpieron unos gritos que salían del bosque, y la condesa,

precedida por Emilio y el abate, se metió valientemente en su espesura, corriendo hacia la dirección que le indicaban los gritos.

XI

LA OARISTYS

DECIMOCTAVA ÉGLOGA DE TEÓCRITO, POCO CONOCIDA EN LOS TRIBUNALES

La sagacidad del salvaje, que su nueva profesión había desarrollado en Michaud, unida al conocimiento que tenía de las pasiones y de los intereses de la comuna de Blangy, acababan de explicar en parte un tercer idilio al estilo griego, que los campesinos pobres como los Tonsard y los cuadragenarios ricos como Rigou traducían, según la expresión clásica, *libremente*, en el interior de las campiñas.

Nicolás, el segundo hijo de Tonsard, había sacado, cuando el sorteo, un mal número. Dos años antes, merced a la intervención de Soudry, de Gaubertin y de Sarcus el Rico, al hermano mayor de Nicolás Tonsard se le declaró inútil para el servicio militar a causa de una pretendida atrofia de los músculos del brazo derecho, pero como más tarde Juan Luis anduvo con aperos y el arado con una facilidad notable, corrió una sarta de rumores sobre este tema por el distrito.

Soudry, Rigou y Gaubertin, los protectores de esa familia, habían advertido al tabernero que no intentase sustraer al alto y fuerte Nicolás a la ley de reclutamiento. Sin embargo, tanto el alcalde de la Ville-aux-Fayes como Rigou sentían tan vivamente la necesidad de obligar a los hombres osados y capaces a hacer el mal contra Les Aigues, hábilmente dirigidos por ellos, que Rigou dio algunas esperanzas a Tonsard y a su hijo.

Ese fraile exclaustado, a cuya casa Catalina, excesivamente devota de su hermano, iba de vez en cuando, aconsejó que se dirigieran a la condesa y al general.

—Quizá no dejará de haceros ese servicio, aunque no sea más que para ablandaros, y siempre será una ventaja sobre el enemigo —dijo a Catalina el terrible suegro del procurador del rey—. Si el Tapicero se niega, entonces nos veremos.

Dentro de las previsiones de Rigou, la negativa del general podía considerarse como un nuevo hecho que contribuiría a aumentar los agravios de los campesinos contra el terrateniente, así como un motivo más de reconocimiento hacia él por parte de los Tonsard en el caso de que el espíritu retorcido del viejo alcalde proporcionara un medio que librase a Nicolás del servicio militar.

Nicolás, que a los pocos días debía pasar el examen ante el tribunal de clasificación, tenía pocas esperanzas en la protección del general, a causa de la actitud de Les Aigues contra la familia Tonsard. Su pasión, o, por mejor decir, su

testarudez, su capricho por la Péchina, sufrió tal excitación ante la idea de su marcha, lo que no le dejaba tiempo para seducirla, que quiso recurrir a la violencia.

El desprecio que esa criatura demostraba a su perseguidor, además de una enérgica resistencia, había despertado en el seductor del valle un odio en que el furor igualaba al deseo. Llevaba tres días al acecho de la Péchina; por su parte, la pobre niña se sabía acechada. Existía entre Nicolás y su presa la misma comprensión que entre el cazador y la pieza que va a cazar. En cuanto la Péchina salía unos pasos más allá de la verja, veía la cabeza de Nicolás en una de las avenidas paralelas al muro del parque, o en el puente del Avonne. Habría podido sustraerse a esa odiosa persecución hablando a su abuelo, pero todas las muchachas, incluso las más tímidas, por un extraño temor, instintivo quizá, dudan ante tales situaciones si confiarse a sus protectores naturales.

Genoveva había oído como el tío Niseron juraba matar al hombre, cualquiera que fuese, que se atreviese a *tocar* a su pequeña; fue lo que dijo. El anciano creía que aquella niña estaba guardada por la blanca aureola de sus setenta años de honradez. La perspectiva de terribles dramas causa horror en las ardientes imaginaciones de las jóvenes, sin que haya necesidad de profundizar en el fondo de sus corazones para llegar a conocer las abundantes y curiosas razones que les imprimen el sello del silencio en sus labios.

Cuando iba a llevar la leche que la señora Michaud mandaba todos los días a la hija de Gaillard, el guarda de la puerta de Conches, cuya vaca acababa de tener un ternero, la Péchina no se aventuró a emprender el camino sin antes realizar una auténtica exploración, como una gata que decide recorrer los alrededores de su casa. No vio rastro alguno de Nicolás; escuchó el silencio, como dijo el poeta, y al no oír nada, pensó que a esas horas el sinvergüenza debía de estar trabajando. Los campesinos regalan pronto su propio centeno con objeto de poder segar después el de los grandes propietarios y ganar el buen jornal que les pagaban. Pero Nicolás no era hombre capaz de preocuparse por los jornales que podía percibir más adelante, sabiendo que debía irse de la región después de la feria de Soulanges, y que ser soldado, para los aldeanos, es entrar en una nueva vida.

Cuando la Péchina, con el cántaro en la cabeza, llegó a la mitad de su camino, Nicolás se descolgó como un gato salvaje de la rama de un olmo entre cuyo follaje se había escondido, y cayó como un rayo a los pies de la muchacha, la cual arrojó el cántaro y fió, para llegar al pabellón, en su agilidad. A unos cien pasos de allí, Catalina Tonsard, que la espiaba, salió inopinadamente de la espesura del bosque y topó tan violentamente con la Péchina que la tiró al suelo. La violencia del golpe aturdió a la muchacha; Catalina la ayudó a levantarse, la cogió en brazos y la llevó al bosque, a un pequeño claro donde borboteaba la corriente del Plata.

Catalina, alta y fuerte, parecida en todo a las muchachas que los escultores y pintores toman, como en tiempos de la República, por modelo de la Libertad, era la admiración de la juventud del valle del Avonne por su voluminoso seno, por sus

musculosas piernas, por su talle a la vez robusto y flexible, por sus brazos carnosos y la mirada encendida como una ascua; por su aire altanero, los cabellos peinados con cierto abandono, la frente masculina, la roja boca de labios contraídos por una sonrisa casi feroz, la misma que Eugenio Delacroix y David (de Angers) captaron y representaron tan admirablemente. Imagen del pueblo, la ardiente y morena Catalina vomitaba insurrecciones por sus ojos de un amarillo claro, penetrantes y de una insolencia soldadesca. Había heredado de su padre una violencia tal, que toda la familia, excepto Tonsard, la temía en la taberna.

—¿Cómo te encuentras, muchacha? —preguntó Catalina a la Péchina.

Catalina había sentado a su víctima en una pequeña elevación del terreno, cerca del arroyo, haciéndole recobrar los sentidos por medio de una fricción con agua fría.

—¿Dónde estoy? —preguntó la niña, abriendo sus negros ojos, por los que se hubiera dicho que pasaba un rayo de sol.

—¡Ah...! Si no estoy yo habrías muerto —respondió Catalina.

—Gracias —dijo la muchacha todavía aturdida—. ¿Qué me ha ocurrido?

—Has tropezado con una raíz y te has caído, rodando como una pelota... ¡Ah, cómo corrías...! Corres como alma que lleva el diablo.

—Tu hermano ha tenido la culpa de este accidente —dijo la Péchina acordándose de que había visto a Nicolás.

—¿Mi hermano? Yo no lo he visto —repuso Catalina—. ¿Y qué es lo que te ha hecho mi pobre Nicolás para que le tengas tanto miedo? ¿No es más guapo que tu Michaud?

—¡Oh! —exclamó con altivez la Péchina.

—Vamos, pequeña, te estás buscando complicaciones queriendo a los que nos persiguen. ¿Por qué no eres de los nuestros?

—¿Por qué no ponéis los pies en la iglesia? ¿Y por qué os empeñáis en quererlo todo? —preguntó a su vez la niña.

—¿Te dejas, pues, convencer por las razones de los burgueses? —dijo desdeñosamente Catalina, sin sospechar el afecto de la Péchina—. Los burgueses nos quieren lo mismo que quieren la mesa; cada día necesitan platos nuevos. ¿Cuándo has visto que un burgués se case con una de nosotras, campesinas? Mira si Sarcus el Rico deja que su hijo se case con la linda Gatiana Giboulard, de Auxerre, a pesar de que es hija de un acaudalado carpintero... Tú no has ido nunca al *Tivoli* de Soulanges, a casa de Socquard; ven allí alguna vez y verás lo que son los burgueses. Entonces te convencerás de que se merecen que les saquemos el dinero cuando los tenemos en nuestras manos. Tú trata de venir este año a la feria.

—Dicen que es muy bonita la feria de Soulanges —dijo ingenuamente la Péchina.

—En dos palabras te diré qué es —prosiguió Catalina—. Cuando una es hermosa, se ve muy solicitada. No sé de qué sirve serlo tanto como tú si no es para que los hombres te admiren. Cuando me oí decir por primera vez: «¡Qué muchacha tan preciosa!», toda la sangre me empezó a arder. Fue en casa de Cosquard, en pleno

baile; mi abuelo, que tocaba el clarinete, no pudo por menos de sonreírse. El *Tívoli* me pareció grande y hermoso como el cielo; y es que todo está iluminado con quinqués de vidrio y una puede creerse que está en el paraíso. ¿Comprendes, pequeña? Los señores de Soulanges, de Auxerre y de la Ville-aux-Fayes acuden allí. Desde esa noche siempre he estimado aquel sitio donde me dijeron aquella frase; la sentí en mis oídos como una música militar. Una sería capaz de dar la salvación eterna para oír algo como aquello, pequeña, del hombre al que una quiere.

—Sí, es posible —dijo la Péchina con aire pensativo.

—Ven allí, pues, a escuchar esta bendición de los hombres, que no te faltará — exclamó Catalina—. Hay muchas oportunidades, cuando se es como tú, de hallar en la fiesta la suerte que una desea... El hijo del señor Lupin, Amaury, que lleva trajes con botonadura de oro, sería capaz de pedirte en matrimonio. Y esto no es todo. ¡Si supieras qué gran remedio es para las penas! Mira, el vino cocido de Socquard te hará olvidar los mayores sufrimientos. Figúrate los ensueños que puede proporcionarte... Una se siente más ligera... ¿No has bebido nunca vino cocido? Entonces no sabes lo que es la vida.

Ese privilegio concedido a las personas mayores de poder gargarizar de cuando en cuando con un vaso de vino cocido, excita tanto la curiosidad de los niños de más de doce años, que Genoveva, en una ocasión, había humedecido sus labios en un vaso de vino cocido recetado por el médico a su abuelo, el cual estaba enfermo. La prueba había dejado en el recuerdo de la pobre niña una especie de sortilegio que explica la atención que le prestó a Catalina, y con la que contaba aquella repugnante muchacha para llevar a término su propósito, una parte del cual ya estaba logrado. Sin duda quería hacer que su víctima, atontada por la caída, alcanzase aquel estado de embriaguez moral tan peligrosa para las muchachas que viven en el campo y cuya imaginación, desprovista de temas, se desborda más en cuanto se logra excitarla. El vino cocido, que tenía en reserva, tenía que hacer perder la cabeza a su víctima.

—¿Qué llevas ahí dentro? —preguntó la Péchina.

—Muchas cosas... —contestó Catalina mirando a un lado para ver si venía su hermano—. Primero, cosas que vienen de la India, canela y unas hierbas que pueden cambiarte como por encantamiento y hacerte creer que tienes lo que deseas. Entonces una se siente feliz y se burla de todo.

—Yo tendría miedo de beber vino cocido en el baile —dijo la Péchina.

—¿Por qué? No hay el menor peligro; piensa en la gente que acude allí. Todos los burgueses nos mirarían. ¡Ah...! Son momentos que nos hacen más soportables las miserias de todos los días. Ver eso y morir; es algo inolvidable.

—Si el señor y la señora Michaud quisieran acompañarme... —respondió la Péchina, con los ojos encendidos.

—Pero tú no habrás olvidado a tu abuelo Niseron; tan buen hombre, qué feliz si te viese adorada como una reina... ¿Es que prefieres a los *Armañacs* como Michaud y los demás, a tu abuelo y a los borgoñones? No está bien renegar del país. Y, además,

¿qué podrían decir los Michaud si tu abuelo te llevara a la fiesta de Soulanges? ¡Oh...! Si supieras el placer que produce reinar en un hombre, ser su locura y poderle decir: «Vete de aquí», como yo le dije a Godain, y ver que él se va...; o decirle: «haz esto» y ver que él lo hace. Mira, hija mía, tú estás destinada a hacerle perder la cabeza a algún burgués como el hijo del señor Lupin... Decir que el señorito Amaury está embozado con mi hermana María porque ella es rubia, y que casi me tiene miedo a mí... Pero tú, desde que esa gente del pabellón te ha espabilado, tienes el aire de una emperatriz.

Mientras con habilidad hacía que se olvidara de Nicolás, distrayéndola de la desconfianza que pudiera sentir aquella alma inocente, Catalina iba destilando con mucha astucia la ambrosía de los halagos. Sin saberlo, había atacado la secreta llaga de aquel corazón. La Péchina, sin ser más que una simple campesina, ofrecía el espectáculo de una extraordinaria precocidad, como sucede con muchas naturalezas destinadas a perecer prematuramente, en cuanto han llegado a la floración. Extraño producto de la mezcla de sangre montenegrina y borgoñona, concebida y llevada a través de los azares de la guerra, sin duda vivía bajo las influencias de aquellas circunstancias. Baja y delgada, morena como una hoja de tabaco, poseía una fuerza increíble, oculta a los ojos de los campesinos para quienes son completamente desconocidos los misterios de las constituciones nerviosas. En los sistemas médicos rurales se rechazan los nervios.

A los trece años, Genoveva había terminado ya su crecimiento, aunque apenas hubiese alcanzado la estatura correspondiente a una muchacha de su edad. Su rostro debía a su origen o al sol de la Borgoña un tono color topacio, a la vez mate y brillante, mate por el color en sí, brillante por la calidad de la piel, lo que da a una muchacha el aspecto de tener más edad. La ciencia médica posiblemente dudaría al dar una respuesta definitiva en un sentido o en otro. Pero aquella vejez prematura de la máscara se compensaba por la vivacidad, por el estallido, por la riqueza de luz que hacían de los ojos de la Péchina dos estrellas rutilantes. Como todos los ojos llenos de sol, que necesitan quizá una protección especial, sus párpados protegían unas pestañas casi desmesuradas. Los cabellos, de un negro azulado, finos y largos, abundantes, coronaban en anchas trenzas aquella frente tallada como la de la antigua Juno. Su magnífica diadema de cabellos, sus grandes ojos armenios, su celeste frente, casi le oprimían la cara. La nariz, aunque de formas puras en su nacimiento, terminaba en una especie de ventanas parecidas a las de los caballos, aplastadas. A veces la pasión dilatava aquellas fosas nasales y su rostro adquiría entonces una expresión furiosa. Lo mismo que su nariz, el lado inferior del rostro parecía inacabado, como si el divino escultor hubiese terminado el material con que lo construía. Entre el labio inferior y el mentón la distancia era tan corta, que si se cogía a la Péchina del mentón, se corría el riesgo de cogerla de los labios. Pero los dientes no permitían fijarse en aquel defecto; se hubiera dicho que sus pequeños huesos tenían alma; brillantes, pulidos, bien formados, transparentes, dejaban ver una boca

quizá demasiado ancha, acentuada por unas sinuosidades que daban a sus labios un parecido con las curiosas contorsiones del coral. La luz pasaba tan fácilmente a través del lóbulo de sus orejas, que en pleno sol parecían de color rosa. La tez, aunque ennegrecida, era de una finura extraordinaria. Si, como dijo Buffon, el amor se halla en el tacto, la suavidad de aquella piel debía de ser activa y penetrante como el vestido de Nessus. El pecho, lo mismo que el resto del cuerpo, sobrecogía por su delgadez, pero los pies y las manos, de una pequeñez provocativa, acusaban una potencia nerviosa superior, una organización llena de vida.

Aquella mezcla de imperfecciones diabólicas y de belleza divina, armoniosa a pesar de tantas discordancias, pues tendía a dar una impresión por medio de una altivez salvaje, unida a la sensación de estar delante de un alma poderosa dentro de un cuerpo débil, hacía que aquella muchacha fuera inolvidable para quien la viese. La naturaleza quiso hacer de ese pequeño cuerpo una mujer y las circunstancias de la concepción le proporcionaron el rostro y el aspecto de un muchacho. Al ver tan extraña niña, un poeta le hubiera dado el Yemen por patria, pues tenía algo del Genio y de la Afrita de los cuentos árabes. La cara de la Péchina no mentía. Tenía el alma que de su ardiente mirada, el espíritu de sus labios brillantados por sus dientes maravillosos, el pensamiento de su sublime frente, el furor de sus fosas nasales, prontas a relinchar. Así el amor, como se concibe en las ardientes arenas, en los desiertos, agitaba ese corazón de veinte años, a pesar de los trece que sólo tenía la hija del Montenegro, la cual, semejante a su cima nevada, no estaba cubierta por las flores de la primavera, ni debía preocuparse por las gracias de la juventud.

El observador podrá comprender con todo esto que la Péchina, en quien la pasión se escapaba por todos sus poros, despertase en naturalezas perversas la fantasía adormecida por el abuso, del mismo modo que en la mesa la boca se hace agua a la vista de unos frutos redondeados, jugosos, que los gustadores de sus placeres conocen por experiencia y bajo cuya piel la naturaleza se complace en poner sabores y perfumes deliciosos. ¿Por qué Nicolás, aquel vulgar tipejo, perseguía a una criatura digna de un poeta, cuando todas las gentes del valle se apiadaban de ella, considerándola de una deformidad enfermiza? ¿Por qué el viejo Rigou sentía por ella la pasión de hombre joven? ¿Cuál de los dos era el joven y el viejo? ¿El joven rústico era más sensible que el viejo usurero? ¿Por qué los dos extremos de la vida se unían en un común y siniestro capricho? ¿Acaso las fuerzas que se acaban se parecen a las que comienzan? Los instintos torcidos de los hombres son abismos y secretos guardados por la esfinge: empiezan y terminan con preguntas para las que no hay contestación posible.

Puede ahora explicarse el sentido de aquella exclamación: ¡*Piccina...!* que se le escapó a la condesa cuando, en medio del camino, vio a Genoveva el año anterior, boquiabierta ante la visión de una calesa y de una mujer vestida como la señora de Montcornet. Aquella niña, casi abortada, de una energía típicamente montenegrina, amaba al alto, al apuesto guarda mayor, pero como todos los niños a esa edad saben

querer cuando quieren; es decir, con el furor de un deseo infantil, con todas las fuerzas de la juventud, con la pasión que en las auténticas vírgenes engendran divinas poesías. Catalina acababa, pues, de pasar sus toscas manos por las más sensibles cuerdas de aquella lira, tensas hasta el punto de romperse. Bailar ante la mirada de Michaud, ir a la fiesta de Soulanges, brillar, incrustarse en el recuerdo de aquel dueño adorado... ¡Qué ideas! Imprimirlas en aquella cabeza volcánica, ¿no era como tirar carbones encendidos sobre la paja extendida al sol de agosto?

—No, Catalina —respondió la Péchina—. Mi destino es seguir viviendo en un rincón, soltera, sola en el mundo.

—A los hombres les gustan las mujeres como tú —prosiguió Catalina—. ¿Me ves bien a mí? —dijo enseñándole sus brazos—. Pues le gusto mucho a Godain, que es una verdadera rana; le gusto al pequeño Carlos, el que acompaña al conde, pero el hijo de Lupin me tiene miedo. Te lo repito, los hombres pequeños son los que me quieren y los que cuando voy por las calles de la Ville-aux-Fayes o de Soulanges dicen al verme: «¡Ahí va una mujer hermosa!». Tú gustarás a los hombres apuestos...

—¡Oh, Catalina, si eso fuera verdad...! —exclamó la Péchina como si soñase.

—Lo que sí es verdad es que Nicolás, el muchacho más guapo del distrito, está loco por ti; sueña, piensa constantemente en ti, y ten en cuenta que le quieren todas las muchachas. Es un chico estupendo... El día de la Virgen, si te pones un vestido blanco con cintas amarillas, serás la más linda de la fiesta que habrá en casa de Socquard, y estarás entre la flor y nata de la Ville-aux-Fayes. Vamos, decídetelo... Mira, voy a cortar hierba para nuestras vacas; en la bota tengo un poco de vino cocido que Socquard me ha dado esta mañana —añadió al ver en la mirada de la Péchina aquella expresión delirante que toda mujer conoce—. Como yo soy una buena chica, voy a darte la mitad. Te crearás querida...

Durante su conversación, eligiendo cuidadosamente los sitios donde había más hierba, a fin de no hacer ruido, Nicolás se había ido deslizado hasta esconderse detrás del tronco de un gran roble cercano al claro en que su hermana había hecho sentar a la Péchina. Catalina, que de vez en cuando lanzaba una mirada a su alrededor, vio a su hermano en el momento en que iba a sacar del cesto el vino cocido.

—Ten, empieza tú —dijo a la niña.

—Eso quema —exclamó Genoveva devolviendo la bota a Catalina después de beber un par de sorbos.

—¡Tonta! —respondió Catalina vaciando de un solo trago el rústico envase—. Mira como pasa. Es igual a un rayo de sol luciendo en el estómago.

—Y yo que tenía que llevar la leche a la señorita Gaillard... —exclamó la Péchina—. Nicolás me ha dado miedo...

—¿No quieres a Nicolás?

—No —contestó la Péchina—. ¿Por qué tiene que perseguirme? No le faltarán otras muchachas que le tengan mejor voluntad.

—Pero si él te prefiere a todas las muchachas del valle...

—Estoy harta de él —dijo.

—Se ve que no le conoces bien —prosiguió Catalina.

Con una rapidez aterradora, Catalina Tonsard, a la vez que pronunciaba su horrible frase, cogió a la Péchina por el talle, la echó sobre la hierba, la privó de toda posible reacción sujetándola fuertemente y teniéndola en aquella peligrosa posición. Al ver a su odioso perseguidor, la niña empezó a gritar con toda la fuerza de sus pulmones, y envió a Nicolás a cinco pasos lejos del puntapié que le pegó en el vientre; después se revolvió sobre sí misma como un acróbata y con una habilidad que echó por tierra todos los cálculos de Catalina, y trató de huir. Catalina, desde el suelo, alargó el brazo, cogió a Genoveva por un pie y la hizo caer nuevamente, de bruces esta vez. La caída cortó los gritos incesantes de la valerosa montenegrina. Nicolás, que a pesar de la violencia del golpe se recobró rápidamente, lanzose furioso contra su víctima. Al verse en ese peligro, aunque algo aturdida por el vino, la niña cogió a Nicolás del cuello y apretó como con unas tenazas.

—¡Me estrangula...! ¡Socorro, Catalina! —gritó Nicolás con una voz que apenas le pasaba por la laringe.

La Pechina lanzaba también agudos gritos. Catalina intentó ahogarlos poniendo una mano en la boca de la niña, y la niña se la mordió haciendo que le sangrase. Fue en aquel instante cuando Blondet, la condesa y el cura aparecieron en la linde del bosque.

—Allí vienen los burgueses de Les Aigues —dijo Catalina ayudando a Genoveva a levantarse.

—¿Quieres seguir viviendo? —preguntó Nicolás Tonsard a la niña con voz enronquecida.

—¿Qué quieres decir? —contestó la Péchina.

—Si quieres vivir, diles que estábamos jugando, y te perdonaré —añadió Nicolás con expresión sombría.

—¡Perra! ¿Le dirás eso? —repitió Catalina, cuya mirada era aún más terrible que la mortal amenaza de Nicolás.

—Sí, si me dejáis en paz —respondió la niña—. Ahora ya no saldré nunca sin llevar las tijeras.

—Si dices algo, te ahogaré en el Avonne —remachó la feroz Catalina.

—¡Sois unos monstruos...! —gritó el sacerdote—. Merecéis que se os detenga y os condene un tribunal...

—Ya... ¿Y qué hacen ustedes en sus salones? —preguntó Nicolás fijando los ojos en la condesa y en Blondet, quienes se estremecieron—. Ustedes también juegan, ¿no? Pues bien, el campo es nuestro; no siempre tenemos que estar trabajando; a veces jugamos... Pregúnteselo a mi hermana y a la Péchina.

—¿Qué hacéis, entonces, cuando queréis pelearos, si a esto le llamáis jugar? —preguntó Blondet.

Nicolás clavó sobre éste una mirada asesina.

—¡Venga, di algo!, —exclamó Catalina cogiendo a la Péchina por el antebrazo y apretádoselo hasta dejarle un brazaletes azul—. ¿No es verdad que estábamos divirtiéndonos?

—Sí, señora; estábamos jugando —dijo la niña agotada por el derroche que había hecho de fuerzas, lo que se vio al dar la impresión de que iba a desmayarse.

—Ya lo ha oído usted, señora —añadió descaradamente Catalina, lanzando a la condesa una de esas miradas de mujer que equivalen a una cuchillada.

Cogió a su hermano del brazo y los dos se fueron sin insistir en los pensamientos que habían inspirado a los tres personajes. Nicolás volvió la cabeza dos veces, topándose con la mirada de Blondet, fija en la del sinvergüenza, el cual tenía una estatura de cinco pies y ocho pulgadas, aspecto saludable, cabello negro, encrespado y anchas espaldas, y cuya fisonomía, bastante agradable, mostraba en los labios y alrededor de la boca rasgos en los que se adivinaba la particular crueldad de los voluptuosos y los holgazanes. Catalina agitaba su falda blanca de rayas azules con una especie de perversa coquetería.

—Caín y su mujer —dijo Blondet al sacerdote.

—No sabe usted hasta qué punto es exacta su observación —replicó el abate Brossette.

—Señor cura, ¿qué me pueden hacer? —preguntó la Péchina cuando los dos hermanos estuvieron a una distancia que no la pudieron oír.

La condesa, que se había quedado blanca como un pañuelo, sufría tal impresión que no podía escuchar a Blondet, al cura, ni a la Péchina.

—Esto es para huir de un paraíso terrestre... —dijo finalmente.

—Tiene usted razón; esta niña es todo un poema, ¡un poema viviente! —dijo Blondet a la condesa en voz baja.

En ese momento la montenegrina estaba en el estado en que tanto el alma como el cuerpo echan humo, por así decirlo, después del incendio de una cólera que ha hecho fueran puestas a contribución de una finalidad la suma de todas sus fuerzas tanto físicas como intelectuales. Es un esplendor insospechado, supremo, que sólo puede aparecer bajo la presión del fanatismo, la resistencia o la victoria, la del amor o la del martirio. Habiendo salido de casa con un vestido a rayas amarillas y de color marrón, con un cuello que ella misma planchaba todas las mañanas levantándose muy temprano, la niña aún no se había dado cuenta del desorden de sus ropas, sucias de tierra, ni de lo arrugado que tenía el cuello del vestido. Al advertir que sus cabellos estaban completamente despeinados, buscó su peine. Fue al hacer el primer movimiento cuando apareció Michaud, igualmente atraído por los gritos. Al ver a su dios, la Péchina recuperó toda su energía.

—¡Ni siquiera ha llegado a tocarme, señor Michaud! —exclamó ella.

Esa exclamación, la mirada y el movimiento con que la apoyó, constituyeron un comentario lo suficientemente elocuente, y demostraron en un instante a Blondet y al

cura muchas más cosas de las que le había dicho la señora Michaud a la condesa sobre la pasión de aquella extraña muchacha por el jefe de los guardas, quien no se daba cuenta de nada de lo que sucedía.

—¡Miserable! —exclamó Michaud.

Y con ese gesto involuntario, impotente, que se escapa tanto a los locos como a los sabios, amenazó con el puño a Nicolás, cuya alta estatura se recortaba dentro del bosque, donde se había metido con su hermana.

—¿Entonces, no estabais jugando? —preguntó el abate dirigiendo una aguda mirada a la Péchina.

—No la atormenten más —dijo la condesa—. Regresemos.

La Péchina, aunque agotada, halló en su pasión fuerza bastante para empezar a caminar. ¡Su dueño adorado la estaba mirando! La condesa siguió a Michaud por uno de esos senderos que sólo conocen los cazadores furtivos y los guardas forestales, por el que sólo se podía caminar yendo uno detrás del otro, pero que llevaba directamente a la puerta del Avonne.

—Michaud —dijo estando dentro del bosque—, hay que encontrar una manera para librar al país de este oprobio, pues esa criatura quizá esté amenazada de muerte.

—De momento, Genoveva no saldrá del pabellón; mi mujer llamará al sobrino de Vatel, que cuida las avenidas del parque; le sustuiremos por un muchacho del pueblo de mi mujer, pues hay que evitar que haya en Les Aigues gente de la que no estemos seguros. Teniendo en casa a Gounod y Cornevin, el marido de la nodriza, las vacas estarán bien guardadas y la Péchina sólo saldrá acompañada.

—Diré al señor que le indemnice por esos gastos suplementarios —prosiguió la condesa—; pero estas medidas no nos desembarazan de Nicolás. ¿Cómo lo haríamos?

—El medio es fácil y está a nuestro alcance —respondió Michaud—. Nicolás debe pasar dentro de pocos días la revisión en el ejército; en vez de solicitar que lo declaren exento, el general, con cuya protección cuentan los Tonsard, debería recomendar...

—Si preciso fuera, iría yo misma a ver a mi primo de Castéran, el prefecto —dijo la condesa—; pero de aquí a entonces, no haré más que temblar.

Este diálogo se desarrolló al final del sendero que desembocaba en la plazuela. Al llegar al borde del foso, la condesa no pudo reprimir un grito. Michaud se acercó rápido para sostenerla, creyendo que se había clavado alguna espina seca, pero le estremeció el espectáculo que se ofrecía a sus ojos.

María y Bonnébault, sentados en el talud del foso, parecía que conversasen y sin duda se habían escondido para escuchar. Evidentemente habían dejado su sitio en el bosque al oír que llegaba gente y reconocer voces burguesas.

Después de seis años de servicio en caballería, Bonnébault, muchacho alto y delgado, había regresado a Conches hacía unos meses, con un permiso definitivo a causa de su mala conducta; habría sido capaz de estropear a los mejores soldados con su ejemplo. Llevaba bigote y perilla, particularidad que, unida al prestigio que da el

uniforme, convirtió a Bonnébault en el capricho de las muchachas del valle. Como acostumbran los militares, tenía muy recortado el cabello de la nuca y rizado el que le caía sobre la frente; hacía muecas para darse un aire interesante y se ponía muy inclinado su gorro de cuartel. En fin, comparado con el resto de los campesinos, casi todos vestidos con andrajos, como Mosca y Fourchon, resultaba espléndido con su pantalón de tela, sus botas y su chaqueta corta. Esas prendas, compradas con motivo de su liberación de los deberes militares, se resentían de las reformas que habían sufrido y de la vida del campo, pero el gallito del valle disponía de otras mejores para los días de fiesta.

Vivía, digámoslo también, de las liberalidades de sus buenas amigas, que apenas bastaban para sus disipaciones, sus libaciones y las pérdidas de todo género que entrañaba la frecuentación del café *La Paz*.

A pesar de su cara redonda y aplastada, bastante agradable a primera vista, ese golfo tenía algo de siniestro. Era bizco, es decir, uno de sus ojos no seguía el movimiento del otro. Ese defecto, aunque de no demasiada importancia, daba a su mirada una expresión tenebrosa, inquietante, especialmente porque se conjugaba con un movimiento de la frente y de las cejas que revelaba una especie de cobardía, cierta predisposición para el envilecimiento.

Sucede con la cobardía lo mismo que con el valor; las hay de varias clases. Bonnébault, que se habría batido como el más bravo de los soldados, era débil ante sus vicios y sus fantasías. Perezoso como un lagarto, activo únicamente para lo que le proporcionaba algún placer, sin delicadeza alguna, a la vez altivo y miserable, capaz de cualquier cosa y despreocupado, la mayor dicha de aquel *rompedor de platos y de corazones*, para servirnos de una expresión cuartelera, consistía en hacer el mal o en perjudicar. En la entraña del campo, caracteres como ése son tan mal ejemplo como lo son en un cuartel. Bonnébault, como Tonsard o Fourchon, lo que deseaba era vivir bien sin hacer nada. Así, él *se había hecho su plan*, para emplear una expresión del diccionario Vermichel y Fourchon. Mientras explotaba su palmito con creciente éxito, y su talento en el billar, con suerte alterna, esperaba, en su calidad de cliente habitual del café *La Paz*, casarse algún día con la señorita Aglaé Socquard, hija única del dueño del establecimiento, quien, salvando las distancias y las proporciones, era en Soulanges lo que es el *Ranelagh* en el bosque de Bolonia.

Abrazar la carrera de expendedor de refrescos, llegar a ser el empresario del baile público, era, para aquel holgazán, algo así como para un soldado alcanzar el bastón de mariscal. Sus costumbres, su vida y su carácter, estaban tan suciamente descritos en su rostro, en su fisonomía de *vividor* de baja estofa, que, a la vista de la pareja, la condesa no pudo evitar lanzar un grito, como si hubiera visto una serpiente.

María, que estaba loca por Bonnébault, habría llegado hasta el robo por él. Su bigote, aquella desenvoltura de trompeta y su aire chulesco le llegaban al alma, lo mismo que el aspecto y las maneras de un De Marsay llegaban al corazón de cualquier bella parisiense. Cada esfera social tiene sus preferencias. La celosa María

había rechazado a Amaury, el otro fanfarrón de pueblo. Ella quería ser la señora Bonnébault.

—¡Eh, vosotros! ¿No venís...? —gritaron desde lejos Catalina y Nicolás al ver a María y a Bonnébault.

Aquel grito extraordinariamente agudo resonó por los bosques como una llamada salvaje.

Al ver a aquellos dos seres, Michaud se estremeció arrepentido de haber hablado. Si María y Bonnébault habían escuchado la conversación, sólo podían derivarse desgracias. Aquel hecho, mínimo al parecer, en la irritante situación en que se hallaban Les Aigues respecto a los campesinos, podía tener una importancia decisiva, igual que en las batallas la victoria o la derrota pueden depender de un arroyo que cualquier muchacho es capaz de saltar con los pies juntos, pero ante el que se detiene la artillería.

Después de saludar galantemente a la condesa, Bonnébault cogió del brazo a María con aire de conquistador, y se fue con ella triunfalmente.

Es el «destroza corazones» del valle —dijo Michaud en voz baja a la condesa, empleando la expresión de vivac para designar a un Don Juan—. Es un hombre peligroso. Cuando pierde veinte francos jugando al billar, sería capaz de asesinar a Rigou... Su ojo gira tanto hacia el crimen como hacia un placer.

—Hoy ya he visto demasiadas cosas —repuso la condesa apoyándose en el brazo de Emilio—. Regresemos a casa, señores.

Saludó melancólicamente a la señora Michaud al ver que la Péchina entraba en el pabellón. La tristeza de Olimpia se había contagiado a la condesa.

—Señora —dijo el abate Brossette—, ¿es que la dificultad en hacer el bien hará que usted renuncie a hacerlo? Hace ya cinco años que duermo en un camastro, que habito en un presbiterio sin muebles, que digo la misa sin fieles que la escuchen, que predico sin auditorio, que ejerzo mi ministerio sin ningún suplemento en mi sueldo, que consiste en seiscientos francos anuales que me da el Estado, con los cuales vivo, sin pedir nada a Monseñor, y aún doy la tercera parte para obras de caridad... ¡Y no desespero! Si supiera usted lo que son mis inviernos, comprendería todo el alcance de mis palabras. Sólo me conforta la idea de salvar espiritualmente a la población de este valle, de reconquistarla para Dios. No se trata de nosotros, señora, sino del futuro. Si estamos aquí para decir a los pobres: «Sabed ser pobres», es decir: «Sufrid, resignaos y trabajad», también debemos decir a los ricos: «Sabed ser ricos», es decir: «Sed inteligentes en vuestras buenas obras, piadosos y dignos del lugar que Dios os ha asignado». Señora, ustedes no son más que los depositarios del poder que proporciona la fortuna, y si no cumplen debidamente la misión que se les ha confiado, no podrán transmitirla a sus hijos tal como la recibieron. Están despojando de bienes a su posteridad. Si continúan el egoísmo de la cantante que con su actitud y su despreocupación ha sido la causa de la situación en que ustedes se encuentran ahora, verán levantarse nuevamente los cadalsos donde murieron sus predecesores

por las faltas que cometieron sus padres. Hacer el bien oscuramente, del mismo modo que Rigou, por ejemplo, hace el mal... ¡Ah...! Esto serían oraciones traducidas en actos que tanto gustan a Dios... Si en cada localidad únicamente tres personas se dedicaran a hacer el bien, Francia, nuestra hermosa patria, se salvaría del abismo hacia el que corre y al que nos arrastra una total indiferencia religiosa para todo cuanto no se refiera a nosotros mismos... Cambien sus costumbres, y cambiarán sus leyes.

Aunque profundamente emocionada al escuchar ese arrebato de caridad auténticamente católica, la condesa le respondió con el fatal «Ya veremos» de los ricos, el cual tiene la suficiente cantidad de promesas para que puedan sortear cualquier llamamiento hecho a su bolsa, y les permite, más adelante, cruzarse de brazos ante cualquier desventura, con el pretexto de que ya se ha consumado.

Al oír sus palabras, el abate Brossette se despidió de la señora de Montcornet y se encaminó a la avenida que conducía directamente a la puerta de Blangy.

—Así, pues, el festín de Baltasar seguirá siendo el símbolo eterno de los últimos días de una casta, de una oligarquía, de una dominación... —se dijo a sí mismo cuando estuvo a diez pasos—. ¡Dios mío, si tu santa voluntad es desencadenar a los pobres como un torrente para transformar la sociedad, comprendo que abandones los ricos a su ceguera!

XII

DE CÓMO LA TABERNA ES EL PARLAMENTO DEL PUEBLO

Gritando a voz en cuello, la vieja Tonsard había llamado la atención de varias personas de Blangy, curiosas por saber lo que estaba sucediendo en el *Grand-I-vert*, pues la distancia entre la población y la taberna no era mayor que la que separaba la taberna de la puerta de Blangy. Uno de los curiosos fue precisamente el buen Niseron, abuelo de la Péchina, quien después de haber tocado por segunda vez a *Angelus* regresaba para cuidar unas vides, su último pedazo de tierra.

Agotado por el trabajo, blanco el rostro y los cabellos de plata, único representante de la honradez en toda la población, el viejo viñadero fue, en tiempos de la Revolución, presidente del club de los jacobinos de la Ville-aux-Fayes y jurado del tribunal revolucionario del distrito. Juan-Francisco Niseron, de la misma madera en que fueron esculpidos los Apóstoles, ofrecía en otro tiempo el aspecto, repetido por todos los pintores, del San Pedro al que los pinceles más afamados han representado con una frente cuadrangular propia de un elemento del pueblo, la frondosa cabellera rizada naturalmente, característica del trabajador; los músculos del proletario, la tez del pescador, la nariz prominente, la boca con un rictus algo despreciativo para ahuyentar las desventuras, y la constitución del hombre fuerte que va al bosque a cortar leña para hacer la comida mientras los doctrinarios discuten.

Así era, a los cuarenta años de edad, al comienzo de la Revolución, aquel hombre duro como el hierro y puro como el oro. Abogado del pueblo, creyó en la República en cuanto oyó hablar de ella, considerando su nombre aún más formidable que la idea que entrañaba. Creyó en la República de Juan-Jacobo Rousseau, en la fraternidad entre los hombres, en el intercambio de los nobles sentimientos, en la proclamación del mérito, en la elección sin trampa, y, en fin, en todo aquello que es posible en un distrito de la extensión territorial de una Esparta, pero que es quimérico en la de un Imperio. Firmó aquellas ideas con su sangre, ya que su hijo partió hacia la frontera; hizo más, las firmó a costa de sus propios intereses, último sacrificio del egoísmo. Sobrino y único heredero del cura de Blangy, aquel todopoderoso tribuno rústico hubiese podido heredar a la linda Arsenia, la criada del difunto, pero respetó la voluntad del testador y aceptó la miseria, que le llegó con la misma rapidez que la decadencia a su República.

Jamás un céntimo o una rama de árbol pertenecientes a otro pasó por las manos de ese sublime republicano, que hubiera hecho aceptable la República si hubiese hecho escuela. Se negó a comprar bienes nacionales: le negaba a la República el derecho de expropiación. En contestación a unas preguntas del Comité de Salud

Pública, dijo que deseaba que la virtud de los ciudadanos hiciese por la santa patria lo que los cambalacheros del poder querían conseguir a peso de oro. Ese hombre digno de la antigüedad reprochaba públicamente a Gaubertin padre sus secretas traiciones, sus depredaciones y sus complacencias. Reprendió severamente al virtuoso Mouchon, el representante del pueblo cuya virtud no era más que incapacidad, como sucede con tantos otros que disponiendo de los más inmensos recursos políticos que jamás nación alguna haya puesto en sus manos, armados, además de la fuerza de todo un pueblo, no consiguieron tanta grandeza para la patria como consiguió Richelieu de la debilidad del rey. Así, el ciudadano Niseron se convirtió en un reproche viviente para todo el mundo, y aquel hombre excelente cayó en el más profundo de los olvidos, acompañado de la frase terrible: «¡No está contento con nada!», frase propia de los que quedaron ahitos con la sedición.

Ese otro campesino del Danubio volvió a su techo de Blangy, vio cómo se derrumbaban una a una sus ilusiones, cómo la República acababa en rabo del emperador, y cayó en una completa miseria bajo la mirada de Rigou, que supo hipócritamente reducirle a ella. ¿Y saben ustedes por qué? Porque Juan-Francisco Niseron jamás aceptó nada de Rigou. Una serie de reiteradas negativas demostraron al detentador de la herencia el profundo desprecio que sentía hacia él el sobrino del cura. Y, finalmente, porque aquel desprecio glacial acababa de ser coronado con la terrible amenaza, relativa a su nieta, de la cual había hablado al abate Brossette a la condesa.

El anciano había escrito, para su propio deleite, una historia de los doce años de la República repleta de grandiosas parrafadas destinadas a conseguir para aquella época los honores de la inmortalidad. Las infamias, los asesinatos en masa, las expoliaciones, quería ignorarlas el buen hombre. Expresaba su admiración por la entrega a una idea, por *El Vengador*, por los dones de la patria, por la marcha del pueblo en defensa de las fronteras, y continuaba su sueño para dormirse en él.

La Revolución ha tenido numerosos poetas parecidos al tío Niseron, que cantan sus poemas en lugares recoletos o en medio de los ejércitos, secretamente o a la luz del día, envueltos todavía en los vapores de aquel huracán, del mismo modo que en tiempos del Imperio los heridos abandonados gritaban: «¡Viva el emperador!» antes de morir. Esta sublime característica es propia de Francia. Y el abate Brossette había respetado aquella inofensiva convicción. El anciano se sentía ingenuamente vinculado al sacerdote, por una simple frase dicha por el párroco: «La verdadera República está en el Evangelio». Y el viejo republicano llevaba la cruz, se vestía con la ropa mitad roja y mitad negra, y en la iglesia era digno y serio, viviendo de la triple función de que le había investido el abate Brossette, quien quiso dar a ese honrado hombre no algo con qué vivir, sino algo para que no se muriera de hambre.

Este anciano, el Aristides de Blangy, hablaba muy poco, como todos los decepcionados que se envuelven en la capa de la resignación, pero nunca dejaba de denostar una cosa mal hecha; así los campesinos le temían como los ladrones temen a

la policía.

No iba ni seis veces al año al *Grand-I-vert*, aunque le instaban a que fuera. El anciano se quejaba del poco espíritu caritativo de los ricos, su egoísmo le indignaba, y por medio de esta sutil hebra los campesinos le creían de su parte. Por eso decían: «El tío Niseron no quiere a los ricos; es de los nuestros».

Como corona cívica, esa hermosa vida había conseguido que toda la localidad dijera: «El excelente tío Niseron. No hay otro más honrado que él». Elegido libremente muy a menudo como árbitro de ciertas disputas, se ganó este mágico apodo: *el anciano del lugar*.

Ese viejo, extraordinariamente limpio aunque carecía de todo, llevaba siempre calzones, medias gruesas, zapatos claveteados, la chaqueta casi francesa de grandes botones, conservada por los campesinos viejos, y el sombrero de fieltro de anchas alas; pero en los días de labor, llevaba, una chaqueta de tela azul tan remendada que parecía un muestrario de tapicería. El orgullo del hombre que se siente libre y digno de la libertad da a su fisonomía y a su aspecto general cierta nobleza. Para resumir, llevaba un vestido y no unos harapos.

—¡Eh..., mujer!, ¿qué pasa de extraordinario? Te he oído desde el campanario —preguntó.

Explicaron al anciano el atentado de Vatel, pero hablando todos a la vez, como acostumbran hacer las gentes del campo.

—Si no habéis cortado el árbol, Vatel ha obrado muy mal; pero si lo cortasteis habéis cometido dos acciones indignas —contestó el tío Niseron.

—Entre y tome un vaso de vino —dijo Tonsard ofreciendo un vaso lleno al viejo.

—¿Nos vamos? —preguntó Vermichel al escribano.

—Sí; recogeremos al tío Fourchon cuando pasemos con el adjunto de Conches —respondió Brunet—. Adelántate, yo he de entregar una notificación en el castillo; el tío Rigou ha ganado el segundo juicio y tengo que dar conocimiento de la sentencia.

Y Brunet, a quien dos vasos de aguardiente hacían más ligero, montó en su borriquillo gris, después de haber saludado al tío Niseron, pues sabía que toda la gente del valle apreciaba al anciano.

Ninguna ciencia, ni la estadística, es capaz de dar una idea aproximada de la rapidez más que telegráfica con que se propagan las noticias en el campo, ni la forma en que atraviesan las incultas estepas que en Francia son una acusación contra los administradores y los capitales. Por la historia contemporánea se sabe que el más célebre de los banqueros, después de reventar sus caballos entre Waterloo y París (se sabe por qué ganó todo lo que perdió Napoleón: un reino), únicamente consiguió adelantar la fatal noticia unas pocas horas. En cambio, tan sólo una hora después de la lucha entre la vieja Tonsard y Vatel, varios clientes del *Grand-I-vert* estaban reunidos en la taberna.

El primero en llegar fue Courtecuisse, en quien difícilmente hubieran podido reconocer ustedes al jovial guardabosques, el rubicundo canónigo para quien su

mujer preparaba café con leche por la mañana, tal como han visto en la narración de los acontecimientos anteriores. Envejecido, más delgado, demacrado, ofrecía a los ojos de quien le veía una terrible lección que nadie podía explicarse.

—Ha querido subir más alto que la escalera —se decía a los que compadecían al ex guardabosques y acusaban a Rigou—. Se ha querido convertir en un burgués.

En efecto, Courtecuisse, al comprar la propiedad de la Bâchellerie, había querido *pasar por* burgués, y eso le enorgullecía. ¡Su mujer iba a recoger estiércol! Ella y Courtecuisse se levantaban antes de que amaneciera, cavaban su huerto, y como estaba generosamente abonado, le exigían varias cosechas. Sin embargo, no conseguían pagar más que los intereses que debían a Rigou por la diferencia de precio no satisfecha. Su hija, que trabajaba como sirvienta en Auxerre, les mandaba todo lo que ganaba, pero a pesar de tantos sacrificios, a pesar de esta ayuda, veían llegar el día en que vencería el plazo sin tener un céntimo en el bolsillo. La señora Courtecuisse, que en otro tiempo se permitía de vez en cuando su botella de vino cocido y su asado, ahora no podía beber más que agua. Courtecuisse casi nunca se atrevía a entrar en la taberna del *Grand-I-vert*, por miedo a gastarse unos sueldos. Destituido de su poder, había perdido el crédito de que antes disfrutaba en la taberna, y acusaba a los taberneros, como todos los necios, de ingratitud. Finalmente, como les sucede a casi todos los campesinos mordidos por el demonio de la propiedad, mientras el trabajo y las preocupaciones iban en aumento, la alimentación seguía un camino contrario.

—Courtecuisse ha hecho construir demasiadas paredes —se decía envidiando su posición—. Para hacer espaldares, debía esperar ser el dueño de la propiedad.

El hombre había roturado y abonado los tres arapendes de tierra que le vendió Rigou, el huerto contiguo a la casa empezaba a producir y tenía miedo de que lo expropiasen. Vestido como Fourchon, cuando en otro tiempo gastaba zapatos y polainas de cazador, ahora calzaba zuecos, y acusaba a los burgueses de Les Aigues de ser los causantes de su miseria. Ese pensamiento que le roía daba a este hombre bajo y lleno, a su rostro, en otros tiempos más bien risueño, un aspecto sombrío y embrutecido que hacía que pareciese un enfermo devorado por un veneno o por una afección crónica.

—¿Qué le ocurre, señor Courtecuisse? ¿Le han cortado la lengua? —preguntó Tonsard al verle silencioso después de contarle la batalla que se acababa de librar.

—Sería una lástima, después que ha hecho tan buen negocio —dijo la Tonsard.

—Estoy siempre pensando en el modo de terminar con las deudas que tengo con Rigou —respondió melancólicamente el envejecido viejo.

—¡Bah! No sé por qué te preocupas —dijo la vieja Tonsard—, tienes una linda hija de diecisiete años; si ella es viva, se podrá arreglar todo fácilmente con el viejo merodeador...

—Hace ya dos años que la mandamos a Auxerre, a casa de la señora Mariotte, para preservarla de cualquier desgracia —contestó él—. Prefiero cavar todo el día

a...

—Eso es una estupidez —repuso Tonsard—. Mira a mis hijas, ¿es que están muertas? Quien diga que no son puras como una imagen se las verá con mi fusil.

—Sería muy duro que sucediera eso —dijo Courtecuisse bajando la cabeza—. Preferiría que alguien me pagase por disparar contra uno de esos *armañacs*.

—¡Mejor sería salvar a su padre que dejar que se agostara su virtud! —replicó el tabernero.

Tonsard sintió un golpe seco que el tío Niseron le dio en el hombro.

—Eso que acabas de decir no está bien —le reprochó el anciano—. Un padre debe ser el guardián del honor de su familia. Conduciéndoos como lo hacéis, atraéis el desprecio sobre nosotros y acusan al pueblo de no ser digno de la libertad. El pueblo debe dar a los ricos ejemplo de virtudes cívicas y de honor. Vosotros seríais capaces de venderos a Rigou por un puñado de oro. Cuando no le hacéis entrega de vuestras hijas, le hacéis donación de vuestras virtudes. Hacéis muy mal.

—Miren cómo le ha ido al abuelo —contestó Tonsard.

—Mirad donde estoy —replicó el tío Niseron—. Por lo menos, duermo tranquilo, no hay pinchos en mi almohada.

—Déjale que diga, Tonsard —susurró la mujer al oído de su marido—; ya sabes bien cuáles son *sus ideas*.

Bonnébault, María, Catalina y su hermano llegaron en aquel momento con una especie de exasperación debida al fracaso de Nicolás, y porque la confianza del proyectó concebido por Michaud había llevado al paroxismo. Así, cuando Nicolás entró en el tugurio de su padre, lanzó un cochino apóstrofo contra el matrimonio Michaud y contra Les Aigues.

—Estamos en plena cosecha; pues bien, no me iré de aquí sin haber encendido mi pipa con sus espigas —exclamó pegando un violento puñetazo sobre la mesa ante la que estaba sentado.

—No hay que bravuconear así delante de la gente —le dijo Godain señalándole a Niseron.

—Si habla, le cortaré el cuello como a un pollo —respondió Catalina—. ¡Ya pasó el tiempo para este viejo charlatán de malas razones! Dicen que es honrado; su temperamento lo será por vicio; eso es.

Extraño y curioso espectáculo el que ofrecían esas cabezas levantadas, esas personas reunidas allí, con la vieja Tonsard de centinela en la puerta, para asegurar a los bebedores el secreto de sus palabras.

De todos los rostros, el de Godain, el perseguidor de Catalina, era quizá el más repulsivo, aunque el menos notable. Godain, el avaro sin oro, el más cruel de todos los avaros, pues, antes de acariciar unas monedas, ¿no es preciso recoger algunas? Unos miran dentro de sí mismos, y otros lo hacen hacia adelante con una terrible fijeza; Godain podía representar el tipo de la mayoría de las caras campesinas.

Ese peón, hombre de baja estatura, que no llegaba a la exigida para ingresar en el

ejército, delgado por constitución y aún más reseco por el trabajo y la estúpida sobriedad bajo cuyos efectos expiran en el campo los trabajadores incansables como Courtecuisse, tenía una cara del tamaño casi del puño, iluminada por dos ojos amarillos con rayas de un color verde, a través de los cuales podía adivinarse que la sed de alcanzar sus deseos a cualquier precio se alimentaba en la concupiscencia, aunque sin calor, pues el deseo, ardiente al principio, se había ido apagando como la lava. La piel de las sienes parecía la de una momia. Su hirsuta barba cruzaba de través las arrugas como la paja en los surcos del campo. Godain no sudaba jamás: reabsorbía lo que expelía. Sus manos velludas y ganchudas, nerviosas, infatigables, parecían de madera vieja. Aunque sólo tenía veintisiete años, en su cabello de un negro rojizo aparecía algún pelo blanco. Llevaba blusa, y al abrírsele se le vía una camisa de un color negruzco y de tela gruesa, que llevaría sin cambiársela por lo menos hacía un mes y que probablemente se la lavaba él mismo en el Thune. Sus zuecos los había reforzado y remendado con unos hierros. La tela del pantalón casi no podía reconocerse después de una serie infinita de parches y de costuras. Finalmente, llevaba una horrible gorra, recogida evidentemente en la Ville-aux-Fayes, en la puerta de alguna casa burguesa.

Lo bastante clarividente para evaluar los elementos de fortuna que poseía Catalina, aspiraba a suceder a Tonsard en el *Grand-I-vert*. Empleaba, pues, todas sus mañas, toda su potencia en capturarla; le prometió riquezas, la libertad de que gozaba su madre, y aseguró a su futuro suegro una renta enorme, quinientos francos anuales por su taberna, hasta el pago completo, calculando, según una conversación tenida con Brunet, pagar en papel sellado. Herrero de corte, aquel gnomo trabajaba en casa del carrero cuando había quehacer, pero también aceptaba otros trabajos si eran bien retribuidos. Aunque tenía alrededor de mil ochocientos francos, colocados en la casa Gaubertin, sin que nadie lo supiera más que ellos dos, vivía como un miserable en el granero de la casa donde trabajaba, y en la época de la cosecha iba a espigar. Cosido en la parte alta del pantalón de los domingos, llevaba el recibo de Gaubertin, renovado cada año, y cada año aumentado con los intereses y con el importe de sus ahorros.

—Bah...; qué me importa a mí eso y aquello... —exclamó Nicolás contestando a la prudente observación de Godain—. Si tengo que ser soldado, prefiero verter mi sangre de una sola vez que hacerlo gota a gota... Además, libraría al país de uno de esos *armañacs* que el diablo nos ha traído.

Y explicó el pretendido complot urdido por Michaud en contra suya.

—¿De dónde quieres que Francia saque sus soldados...? —preguntó gravemente el anciano levantándose y plantándose ante Nicolás durante el silencio con que acogió la horrible amenaza.

—Su tiempo ya ha pasado, pero no quiere reconocerlo —dijo Bonnébault retorciéndose el mostacho.

Al ver allí reunidos a los peores sujetos del país, el anciano Niseron sacudió la

cabeza y salió de la taberna, después de ofrecer una moneda a la Tonsard por el vaso de vino. Cuando el buen hombre tenía ya los pies en los primeros peldaños, el movimiento de satisfacción de todos los reunidos habría hecho creer a cualquiera que los hubiese visto que se acababan de desprender de la imagen viviente de su conciencia.

—Y bien, ¿qué dices tú a todo esto, *Courtebotte*? —preguntó Vaudoyer, quien acababa de entrar, y al que Tonsard había contado la tentativa de Vatel.

Courtecuisse, a quien casi todo el mundo llamaba por ese apodo, hizo chascar la lengua contra el paladar mientras dejaba el vaso sobre la mesa.

—Vatel ha cometido un error —respondió—. Si yo fuera la vieja, me quejaría de dolor en las costillas, me metería en la cama, diría que me encuentro muy mal, acusaría de todos mis males al Tapicero y a su guarda, y les pediría veinte escudos de indemnización. Seguro que el señor Sarcus los concedería...

—En cualquier caso, el Tapicero los daría para evitar el jaleo que eso puede traer —dijo Godain.

Vaudoyer, el ex guarda forestal, un hombre de cinco pies y seis pulgadas, de rostro picado por la viruela y chupado como un cascanueces, se quedó callado y con gesto de duda.

—Y bien —preguntó Tonsard engolosinado por los sesenta francos—, ¿qué es lo que te preocupa, bobalicón? Ya que a mi madre nadie le puede quitar los golpes, es una manera de sacarle algún provecho. Armaremos bulla por trescientos francos, asegurando que mi madre tiene un muslo descaderado y el señor Gourdon podría ir a decirlo a Les Aigues.

—Y se lo descaderarían de verdad... —replicó la tabernera—. Es lo que hacen en París.

—Esto es muy caro —contestó Godain.

—He oído hablar bastante de las gentes del rey para creer que las cosas saldrían a vuestro gusto —dijo finalmente Vaudoyer, quien había asistido muchas veces a los juicios del exbrigadier Soudry—. Si sólo fuese en Soulanges, podría tener éxito; el señor Soudry representa al gobierno, y no le desea ningún bien al Tapicero, pero éste y Vatel, si los atacáis, sabrán defenderse, y dirán: «La vieja pasó de la raya, pues cortó un árbol; si no lo hubiera cortado habría dejado que viesen lo que traía entre la leña y no habría huido; si algo le sucedió por echar a correr, suya fue la culpa». No, este asunto no está muy claro.

—¿Se defendieron los burgueses cuando les reclamé? —preguntó Courtecuisse—. Ellos me pagaron.

—Si os parece bien, iré a Soulanges, consultaré con el señor Gourdon, el escribano, y sabréis a qué ateneros.

—Tú no haces más que buscar pretextos para dar vueltas alrededor de esa pava que es la hija de Socquard —replicó María Tonsard dándole un golpe en la espalda que le hizo gemir los pulmones.

En aquel momento se oyó cantar las estrofas de una vieja canción de Navidad borgoñona:

*Del androi de sai vie
uai toule, ein jour,
sangé l'ea de bréchie
in de Mador*^[5].

Algunos reconocieron la voz del tío Fourchon, a quien aquella canción le gustaba extraordinariamente, acompañado por Mosca con voz de falsete.

—Ah... Se ve que se han hinchado —exclamó la vieja Tonsard, dirigiéndose a su nuera—. Tu padre está más rojo que si estuviese en una parrilla, y el pequeño más retorcido que un sarmiento.

—¡Salud! —gritó el viejo—. Veo aquí a muchos vagos... Salud —repitió dirigiéndose a su nieta, a la que sorprendió abrazada a Bonnébault—. Salud, María; llena de vicios, que Satanás sea contigo, maldita eres entre todas las mujeres, etc. Salud a todos los presentes. Os han cazado. Ya podéis despediros de vuestras gavillas. Tengo noticias. Ya os dije que el burgués os metería en cintura. Ahora os azotará con la ley... Aquí tenéis el resultado de querer luchar contra los burgueses. Los burgueses hicieron tantas leyes, que tienen una para cada trampa.

Un violento hipo cambio repentinamente las ideas del honorable orador.

—Si Vermichel hubiese estado allí, le habría dado en la cara; habría podido tener una idea de lo que es el vino de Alicante. ¡Qué vino! ¡Si yo no fuese borgoñón, quisiera ser español! Un vino digno de Dios. Creo que el Papa dice la misa con ese vino. Vino sagrado... ¡Me siento joven! Mira, Courtebotte, si tu mujer hubiese estado allí... la habría encontrado joven. Decididamente el vino de España le da cien vueltas al vino cocido... Hay que hacer una revolución, aunque sólo sea para vaciar sus bodegas...

—¿Pero qué noticias trae? —preguntó Tonsard.

—No habrá más cosechas para vosotros; el Tapicero os prohibirá que vayáis a espigar.

—¡Prohibir que vayamos a espigar...! —grito la taberna entera, destacándose las notas agudas de las cuatro mujeres.

—Sí —corroboró Mosca—. Va a conseguir una sentencia que hará publicar por Groison y la distribuirá por todo el distrito; únicamente se permitirá espigar a los que tengan un certificado de indigencia.

—¡Ah, y enteraos de esto...! —añadió Fourchon—. A los espigadores de las otras comunas tampoco se les admitirá.

—¿Qué? ¿Cómo? —dijo Bonnébault—. ¿Que ni mi abuela, ni yo, ni tu madre, ni tú, Godain, podremos espigar? Aquí tenéis las farsas de la autoridad. ¡Los desprecio!

Entonces ¿es un fugado de los infiernos ese general de alcalde?

—¿Espigarás tú, Godain? —preguntó Tonsard al carroceros, quien estaba hablando con Catalina.

—Yo no tengo nada, soy un indigente —contestó—. Pediré un certificado.

—¿Qué le han dado a mi padre por la nutria, muchacho? —preguntó la guapa tabernera a Mosca.

Aunque sucumbiendo a una digestión penosa y con la mirada turbia a causa de dos botellas de vino, Mosca, sentado en las rodillas de la Tonsard, inclinó la cabeza sobre el cuello de su tía y le dijo al oído.

—No lo sé, pero tiene oro... Si quisieras darme comida durante un mes, quizá pudiera descubrir su escondite, porque él tiene un escondite.

—¡El padre tiene oro...! —dijo la Tonsard al oído de su marido, quien con su vozarrón dominaba el tumulto ocasionado por la discusión en que intervenían todos los bebedores.

—¡Cállense! Aquí viene Groison —exclamó la vieja.

En la taberna hubo el mayor silencio. Cuando Groison estuvo a una distancia apropiada, la vieja Tonsard hizo una seña y la discusión se reanudó sobre la cuestión de saber si se podría espigar como en el pasado o si sería necesario un certificado de indigencia.

—Tendréis que doblegaros —dijo el tío Fourchon—, pues el Tapicero ha ido a ver al *perfeto* y le ha pedido tropas para mantener el orden. ¡Os matarán como perros..., que es lo que somos! —exclamó el anciano, tratando de vencer el tartajeo que le estaba ocasionando el vino de España.

Ese nuevo anuncio del tío Fourchon, por disparatado que fuese, dejó pensativos a todos los bebedores; ellos creían que el gobierno era capaz de asesinarlos sin piedad.

—Hubo jaleos como éste en los alrededores de Toulouse, donde estuve de guarnición —afirmó Bonnébault—; nos pusieron en marcha, y a los campesinos los trataron a vergajazos, los encarcelaron... Hacía reír ver que querían resistir a la tropa. A diez los mandaron a trabajos forzados, y once fueron condenados. Aquello fue un lío... El soldado es el soldado, y vosotros no sois más que unos espantajos, y ellos tienen derecho a empuñar el látigo y a moleros los huesos.

—Bien —dijo Tonsard—. ¿Qué os pasa ahora? ¿Ya estáis asustados como corderitos...? ¿Es que pueden quitarles algo a mi madre o a mis hijas...? ¿Que nos meterán en la cárcel? Pues nos darán de comer; el Tapicero no podrá encarcelar a toda la región. Además, los prisioneros están mejor mantenidos en la cárcel del rey que en sus propias casas, y en invierno pueden calentarse.

—Sois unos verdaderos zotes —roncó el tío Fourchon—. Mejor sería arruinar al burgués que atacarle de frente. Si lo hicierais os deslomarían. Pero si os gusta ir a la cárcel, ya es otra cosa. Allí no hay que trabajar tanto como en el campo, eso es cierto, pero sin libertad.

—Quizá —dijo Vaudoyer, uno de los más exaltados— sería mejor que algunos de

nosotros arriesgaran la piel para librar al país de esa bestia que se ha clavado en la puerta del Avonne...

—¿Darle lo suyo a Michaud? —repuso Nicolás—. Para eso, aquí estoy.

—No está madura la cosa —observó Fourchon—; perderíamos demasiado, muchachos. Lo que debemos hacer es *endesdicharlo*, gritar el hambre; el burgués de Les Aigues y su mujer querrán favorecernos de alguna manera, y sacaréis más provecho así que yendo a espigar.

—Eres más ciego que un topo —exclamó Tonsard—. Supongamos que hay jaleo con la justicia y con las tropas. No se puede meter en la cárcel a todo un departamento, y en cualquier caso contaríamos con apoyos en la Ville-aux-Fayes y entre los antiguos señores de la región.

—Eso es verdad —dijo Courtecuisse—. El Tapicero es el único en lamentarse; los señores de Soulanges, de Ronquerolles y los demás están contentos. Cuando uno piensa que si ese coracero hubiese tenido el valor de hacerse matar como los demás de su regimiento, yo seguiría feliz en mi puerta del Avonne, pero él me ha trastornado los sentidos, y ya no quieren saber de mí...

—No se atreverán a poner en movimiento a la tropa únicamente por un tunante de burgués que está en malas relaciones con todo el mundo —aseguró Godain—. La culpa es suya. Quiere cambiarlo todo, ponerlo todo patas arriba; pero el gobierno le dirá: ¡basta!

—El gobierno es digno de compasión, y todo lo que hace es porque se ve obligado a hacerlo —dijo Fourchon expresando una súbita ternura por el gobierno—; lo siento por ese pobre gobierno... Es realmente desdichado, está sin un sueldo, como nosotros..., y esto es muy estúpido en un gobierno que se hace él mismo la moneda... ¡Ah...! ¡Si yo fuese gobernante...!

—Sin embargo —interrumpió Courtecuisse—, en Ville-aux-Fayes se dice que el señor de Ronquerolles, en la Asamblea, ha hablado de nuestros derechos.

—Sí, eso dice el *pediórico* del señor Rigou —añadió Vaudoyer, que, en su condición de exguarda forestal sabía leer y escribir—; yo lo he leído...

A pesar de su falsa ternura, el viejo Fourchon, como muchas personas del pueblo cuyas facultades estimula la embriaguez, seguía con mirada inteligente y oído atento aquella discusión, más interesante por las interrupciones de que era objeto. De golpe, tomó posiciones en medio de la taberna, poniéndose de pie.

—¡Escuchemos al viejo, que está bebido! —dijo Tonsard—. Ahora tiene doble picardía: la suya y la que le da el vino...

—... de España, que la triplica —interrumpió Fourchon con una risa de fauno—. Hijos míos, no debemos enfrentarnos con el asunto abiertamente; somos demasiado débiles, atacad la cosa de través... Hacedos el muerto, haced como los perros dormidos. La mujercita está ya muy asustada, os lo aseguro, y pronto no podrá resistir más; se irá de aquí, y si ella se va, el Tapicero la seguirá, ya que es su pasión. He aquí el plan. Pero para precipitar su marcha, mi advertencia es que debemos deshacernos

de su consejero, de su fuerza, nuestro espía, nuestro chivato.

—¿Y quién es?

—¿Quién ha de ser? ¡Ese maldito cura! —respondió Tonsard—. Un perseguidor de pecados que quiere alimentarnos con hostias...

—Esto es verdad —exclamó Vaudoyer—. Éramos muy felices sin el cura. Tenemos que echarnos de encima a ese *muñidor* del buen Dios; ese es el enemigo.

—El *Alfeñique* —prosiguió Fourchon, refiriéndose al abate Brossette por el apodo con que se le conocía a causa de su insignificancia física— a lo mejor se muere de inanición, puesto que con tanto rigor observa los días de ayuno. Pero si se viese metido en un buen jaleo, si se le descubriese un resbalón, el obispo probablemente lo mandaría a otra parte. Y esto le gustaría muy mucho a Rigou... Si la hija de Courtecuisse quisiera dejar a su burguesa de Auxerre, como es tan linda, con hacerse la devota y coquetear en el confesionario..., nada, que ella sería la salvadora de la patria. ¡Y ram-pa-ta-plám!

—¿Por qué no podidas hacer tú este papel? —preguntó Godain en voz baja a Catalina—. Habría un cesto lleno de escudos para evitar el escándalo, y en un santiamén serías la dueña de todo esto...

—¿Podremos espigar o no? —preguntó Bonnébault—. Me importa un bledo vuestro abate. Yo soy de Conches, y allí no tenemos cura que nos revuelva la conciencia con sus sermones...

—Creedme —opinó Vaudoyer—; lo que debemos hacer es ir a ver al viejo Rigou, que conoce las leyes, y que nos diga si el Tapicero puede prohibirnos espigar; él nos dirá si tenemos razón. Si el Tapicero está en su derecho, entonces, como dice el abuelo, podemos atacar las cosas de través...

—¡Que corra la sangre...! —gritó Nicolás con aspecto sombrío, levantándose después de haberse bebido una botella de vino que Catalina le puso delante para evitar que hablase—. Si queréis escucharme, lo que deberíamos hacer es quitar de en medio a Michaud. ¡Pero ya veo que sois unos *malvas*!

—Yo no —repuso Bonnébault—. Si me prometéis no abrir el pico, yo me encargo de ajustarle las cuentas al Tapicero... ¡Qué placer sentiría metiéndole una píldora entre ceja y ceja! Con él me vengaría de todos mis hediondos oficiales...

—¡Vamos, vamos! —exclamó Juan-Luis Tonsard, que era considerado como un poco hijo de Gaubertin y acababa de entrar en la taberna.

Ese mozo, que desde hacía unos meses cortejaba a la linda criada de Rigou, había sucedido a su padre como podador de setos y otras faenas *tonsardas*. Al frecuentar con tal motivo las casas burguesas podía hablar con los dueños y con la servidumbre, y recogía noticias que hacían de él el informador de la familia, el enterado. Y en efecto, pronto se verá que al dirigir los tiros a la criada de Rigou, Juan-Luis justificaría la buena opinión que se tenía de su listeza.

—Y Bien, ¿qué opinas, profeta? —preguntó el tabernero a su hijo.

—Digo que les hacéis el juego a los burgueses —replicó Juan-Luis—. Asustar a

los de Les Aigues para mantener vuestros derechos está muy bien. Pero expulsarlos del país, como desean los burgueses del valle, y obligarles a que vendan Les Aigues, es ir contra nuestros intereses. Si ayudáis a dividir en lotes las grandes propiedades, ¿qué bienes podrán vender cuando llegue la próxima revolución...?

«Cuando llegue, podréis conseguir tierras prácticamente por nada, como las obtuvo Rigou; mientras que si las metéis en la boca de los burgueses, éstos las escupirán mucho más debilitadas y sin valor efectivo; habríais trabajado para ellos, como les sucede a todos los que trabajan para Rigou. Courtecuisse es un ejemplo...».

Esa alocución era de una política demasiado profunda para que la recogiese un grupo de borrachos, en el que todos, con excepción de Courtecuisse, estaban amasando dinero para tener su parte en el pastel de Les Aigues. Así dejaron que Juan-Luis siguiera hablando, como en el Parlamento, mientras proseguían las conversaciones particulares.

—¡Adelante, no seréis más que máquinas de Rigou! —exclamó Fourchon, el único que comprendió lo que decía su nieto.

En ese momento, Langlumé, el molinero de Les Aigues, pisó el umbral; la bella Tonsard le gritó:

—¿Es verdad, señor adjunto, que tienen la intención de prohibirnos espigar?

Langlumé, hombre bajo y de aspecto alegre, con el rostro blanco de harina y vestido con ropas de color gris blanco, empezó a subir los peldaños e inmediatamente los campesinos advirtieron la seriedad con que les miraba.

—Amigos míos, digo sí y no. Los necesitados espigarán; pero las medidas que piensan tomar acabarán en provecho vuestro...

—¿Y como será eso? —inquirió Godain.

—Pues porque si se prohíbe a los granjeros medrar aquí —respondió el molinero guiñando un ojo al estilo normando—, nadie os impedirá ir a espigar a otro sitio, a no ser que todos los alcaldes hagan lo mismo que el de Blangy.

—¿Entonces, es verdad? —preguntó Tonsard con gesto amenazador.

—Yo —dijo Bonnébault inclinándose su gorro de cuartel hacia una oreja y haciendo silbar su varita de avellano regresó a Conches para prevenir a los amigos...

Y el seductor del valle se fue, silbando la tonada de esta canción soldadesca:

*ui connais les hussards de la garde,
vais-tu pas l'frombon du régiment^[6]?*

—¿Te has fijado, María, en el camino que tu amigo toma para ir a Conches? —gritó la vieja Tonsard a su nieta.

—¡Va a ver a Aglaé! —respondió María dando un portazo—. Merece una buena tunda esa sinvergüenza...

—Mira, Vaudoyer —dijo Tonsard al exguarda forestal—, ve a ver al tío Rigou;

así sabremos a qué atenernos; él es nuestro oráculo, y su saliva no nos va a costar nada.

—¡Otra estupidez! —exclamó en voz baja Juan-Luis—. Anita me lo ha dicho, es mucho más peligroso cuando está amable que cuando ruge.

—Os aconsejo que seáis prudentes —añadió Langlumé—, pues el general ha ido a la prefectura a quejarse contra vosotros, y Sibilet dijo que ha jurado por su honor que estaba dispuesto a ir a París para hablar con el canciller de Francia, con el rey, con toda la Corte. Si es necesario, para meter en vereda a sus campesinos.

—¡Sus campesinos! —exclamó alguien.

—Ah, vamos, ¿ya no nos pertenecemos a nosotros mismos?

A la pregunta de Tonsard, Vaudoyer salió de la taberna y se dirigió hacia la casa del antiguo alcalde.

Langlumé, estando ya fuera, retrocedió unos pasos y respondió:

—Hatajo de holgazanes, ¿tenéis renta alguna para consideraros dueños de vosotros mismos?

Aunque dicha en broma, esta frase intencionada la comprendieron los reunidos del mismo modo que los caballos comprenden un latigazo.

—¡Ram-pa-ta-plam! ¡Dueños de vosotros mismos...! Vámonos, gorrioncito; después de tu golpe de esta mañana, no será mi clarinete lo que te pondrán entre los cuatro dedos y el pulgar... —dijo Fourchon a Nicolás.

—No lo fastidie más; es capaz de hacerte devolver el vino frotándote el vientre —gruñó Catalina, indignada contra su abuelo.

XIII

EL USURERO RURAL

Estratégicamente, Rigou era en Blangy lo que en la guerra tiene el nombre de centinela avanzado: vigilaba Les Aigues, y lo hacía a conciencia. Nunca la policía podrá tener a su servicio espías como los que proporciona el odio.

A la llegada del general a Les Aigues, sin duda Rigou imaginó algún proyecto que la boda de Montcornet con una Troisville desvaneció, pues había demostrado querer proteger al gran terrateniente. Sus intenciones fueron desde entonces tan patentes, que Gaubertin creyó necesario darle una parte e iniciarle en la conspiración urdida contra Les Aigues. Antes de aceptar esa parte y un papel en la conjura, Rigou quiso, según su expresión, poner al general de cara a la pared.

Una vez la condesa se instaló en el castillo, un día, un calesín de mimbre, pintado de verde, entró en el patio de honor de Les Aigues. El alcalde, acompañado de la alcaldesa, se apeó del carruaje y empezó a subir la escalinata del jardín. Rigou vio a la condesa en una ventana. Afecta al obispo, a la religión y al abate Brossette, quien la había prevenido de quiénes eran sus enemigos, la condesa hizo que Francisco dijera a los visitantes que «la señora había salido».

Esta impertinencia, digna de una mujer nacida en Rusia, hizo que el beneditino se pusiese pálido. Si la condesa hubiese tenido la curiosidad de ver al hombre de quien el cura decía: «Es un condenado que, para refrescarse, se sumerge en la iniquidad como en un baño», quizá hubiera evitado que se levantase, entre el alcalde y el castillo, el odio frío y reflexivo que los liberales sentían contra los realistas, excitado por la vecindad del campo, donde el recuerdo de una herida de amor propio es constantemente reavivada.

Algunos pormenores sobre aquel hombre y sobre sus costumbres tendrán la virtud, al tiempo que darán luz sobre su participación en el complot llamado el *gran asunto* por sus dos asociados, de describir a un tipo extraordinariamente curioso, el de unas existencias rurales típicamente francesas y que ningún pintor se ha preocupado todavía de describir. Por otra parte, nada de lo que se refiera a aquel hombre puede ser indiferente, ni su casa, ni su manera de soplar el fuego, ni su pasión por la buena mesa; sus costumbres, sus opiniones, todo puede ser de gran utilidad para conocer la historia del valle. Finalmente, ese renegado puede explicar la utilidad de la democracia, ya que constituía a la vez la teoría y la práctica, la alfa y la omega, el *summum*.

¿Recuerdan ustedes ciertas figuras señeras de la avaricia descritas ya en algunas Escenas anteriores?

En primer lugar, el avaro de provincias, Grandet, de Saumur, tan avaro como el

tigre es cruel; otro, Gobseck, el prestamista, el jesuita del dinero y del oro, únicamente experimentaba el gusto que le proporcionaba el poder y saboreaba las lágrimas de la miseria; un tercero, el barón de Nucingen, elevaba los fraudes del dinero a alturas políticas. Por último, seguramente recordarán cierto retrato de la parsimonia doméstica, el viejo Hochon, de Issoudun, y el de ese otro avaro por espíritu de familia, el pequeño La Baudraye, de Sancerre. Pues bien, los sentimientos humanos, y sobre todo la avaricia, presentan tan diversos matices en las distintas esferas de nuestra sociedad, que aún queda otro tipo de avaro presentar en el tablado de un anfiteatro dedicado al estudio de las costumbres. ¡Queda Rigou!, el avaro egoísta; es decir, el tierno para sus placeres, árido y frío para todo el mundo; en fin, el avaro eclesiástico, el fraile que ha continuado siendo fraile para seguir exprimiendo el limón conocido por la buena vida, y que se ha pasado al terreno secular para poder apresar la moneda de curso legal. Expliquemos, en primer lugar, la continua felicidad que le proporcionaba el poder dormir bajo su techo.

Blangy, es decir, las sesenta casas descritas por Blondet en su carta a Nathan, está sobre una prominencia del terreno, en la orilla izquierda del Thune. Como todas las casas están rodeadas de jardín, la aldea ofrece un aspecto encantador. Algunas de las casas se asientan en la misma orilla del río. En la cima de aquella vasta elevación del terreno se halla la iglesia, en otro tiempo flanqueada por su presbiterio, y cuyo cementerio rodea, como en muchas aldeas, la parte posterior de la iglesia.

El sacrílego Rigou había conseguido comprar el presbiterio, construido hacía muchos años por la buena católica señorita Choin en un terreno comprado expresamente por ella. Un jardín formando terraza, desde el cual la vista alcanzaba las tierras de Blangy, de Soulanges y de Cerneux, situadas entre los dos señoriales parques, separaba el antiguo presbiterio de la iglesia. Por el lado opuesto se extendía un prado adquirido por el último párroco poco tiempo antes de su fallecimiento y cercado de muros por el descreído Rigou.

Habiéndose negado el alcalde a devolver al presbiterio el destino para el cual se había construido, al ayuntamiento se vio obligado a comprar una casa de campo cercana a la iglesia; hubo que gastar cinco mil francos en ampliarla, restaurarla y en añadirle un jardincillo cuyo muro era medianero con la sacristía, con lo que, como en otro tiempo, se estableció la comunicación entre la casa cural y la iglesia.

Esas dos casas, siguiendo la línea de la iglesia, a la que parecían pertenecer por sus jardines, tenían vistas sobre un terreno plantado de árboles que formaba lo que podríamos llamar la plaza de Blangy, frente a la cual, y a expensas del conde, se construyó un edificio destinado a recibir al alcalde, a alojamiento del guarda rural y albergar aquella escuela de hermanos de la doctrina cristiana tan inútilmente solicitada por el abate Brossette. Así, no sólo las casas del ex benedictino y del joven sacerdote estaban tan adheridas a la iglesia que no podía decirse si ésta las unía o las separaba, sino que la una vigilaba a la otra. Toda la aldea espiaba al abate Brossette. La Grande-Rue, que se iniciaba en el Thune, ascendía tortuosamente hasta la iglesia.

Unos viñedos y unos huertos de campesino, también un bosquecillo, coronaban la colina de Blangy.

La casa de Rigou, la más hermosa del pueblo, estaba construida con grandes piedras sin pulir, particulares de la Borgoña, unidas por mortero amarillo extendido a lo ancho de la trulla, con lo que se consigue una especie de ondas interrumpidas aquí y allá debido a que, generalmente, uno de los lados de esas piedras es negro. Una banda de mortero, sin la menor mancha de sílex, dibujaba en cada ventana un encuadre que el tiempo había ido rayando con grietas de formas caprichosas, como las que se ven en los viejos techos. Los postigos, muy bastos, se distinguían por una sólida pintura de un verde dragón. En el tejado había algunas manchas de musgo sobre el gris de la pizarra. Es el tipo de las casas borgoñonas; cualquier viajero al atravesar esta porción de Francia, las ve a miles como aquélla.

En un corredor, a mitad del cual estaba la caja de una escalera, se abría una puerta falsa. Desde esa puerta se veía otra que correspondía a una gran sala con tres ventanas que daban a la plaza. La cocina, construida debajo de la escalera, recibía la luz de un patio cuidadosamente empedrado al que se entraba por una puerta cochera. Eso era la planta baja.

El primer piso se componía de tres habitaciones, y encima una pequeña habitación como una buhardilla.

Una leñera, una cochera y unos establos contiguos a la cocina, hacían un ángulo recto. En la parte superior de estas livianas construcciones habían habilitado los graneros, un almacén para frutos y una habitación para la criada.

Un corral, un establo y un recinto para los cerdos estaban frente a la casa.

El jardín, de alrededor de un arapende y protegido por un muro, era un jardín de cura, es decir, con muchos modrigones, árboles frutales y parras; con avenidas enarenadas, con cuadros de legumbres a ambos lados y abonados con el estiércol que daba el establo.

Por encima de la casa había un segundo cercado con árboles, incluso hayas, y lo bastante grandes para que dos vacas tuviesen pasto todo el año.

Dentro de la casa, de las paredes con paneles de madera, colgaban antiguos tapices. Los muebles, de nogal y oscurecidos por el tiempo y con tapicerías tejidas a mano, armonizaban con los paneles y con el techo, de nogal. El plafón tenía tres vigas pintadas, artesonado el sitio que quedaba entre una y otra. La chimenea, también de nogal y rematada por un espejo, no tenía más adornos en la repisa que dos huevos de cobre encajados en unos pedestales de mármol y que podían dividirse por la mitad; una vez separada la parte superior, se convertía en una palmatoria.

Estos candelabros de doble finalidad, adornados con cadenillas, invención del reinado de Luis XV, apenas se encontraban ya en las tiendas. En la pared opuesta a las ventanas, colocado sobre un pedestal pintado de verde y oro, había un reloj común, pero excelente. Unas cortinas que tenían más de cincuenta años chirriaban al correr por las varillas de hierro; la tela era de algodón a cuadros, como la de los

colchones, alternando el rosa con el blanco, y procedía de las Indias. Un aparador y una mesa de comedor completaban el mobiliario, conservado, hay que reconocerlo, con la mayor limpieza y cuidado.

En un rincón de la chimenea había una poltrona grande, que era la que prefería Rigou. En un ángulo, encima de la mesa que utilizaba para escribir, colgaba del más vulgar rosetón un fuelle, origen de la fortuna de Rigou.

Por esta sucinta descripción, cuyo estilo rivaliza un tanto con el de los folletos de propaganda de ventas, fácil es adivinar que las dos habitaciones respectivas del señor y de la señora Rigou quedaban reducidas a lo más estrictamente necesario; pero uno se engañaría si pensara que toda esta parquedad excluía la bondad intrínseca de las cosas. Así, la mujer más exigente se habría encontrado admirablemente en la cama de Rigou, con sus excelentes mantas, sus finas sábanas, su colchón de plumas, comprado probablemente hacía muchos años por una devota para algún abate, resguardado todo del aire por unos buenos cortinajes. Y así todo lo demás, como vamos a ver.

Ese benedictino, espíritu tan astuto como profundo, había reducido a su mujer, que no sabía leer, ni escribir, ni contar, a una obediencia absoluta. Después de haber llevado la casa del difunto, la pobre mujer terminó convirtiéndose en la criada de su marido: cocinaba y lavaba la ropa, ayudada únicamente por una hermosa muchacha que se llamaba Anita, de dieciocho años, tan sometida a la voluntad de Rigou como su ama y que ganaba treinta francos anuales.

Alta, delgada y áspera de aspecto, la señora Rigou, mujer de tez amarillenta, coloreada únicamente en los pómulos, la cabeza siempre envuelta en un pañuelo, usaba la misma falda todo el año, no salía de su casa ni dos horas al mes y su actividad la alimentaba igual que si fuera otra criada. El más agudo observador no habría podido hallar rastro del magnífico talle, del frescor al estilo de Rubens, de la espléndida robustez, de los bellos dientes y de los ojos de virgen que en otro tiempo cautivaron al cura Niseron. El solo y único parto de su hija, la joven señora Soudry, fue la causa de que los dientes se le careasen, se le cayeran las pestañas, se le enturbiaran los ojos y se le ajara el rostro. Parecía como si el dedo de Dios se hubiera ensañado con la esposa del sacerdote. Como a todas las ricas amas de casa de campo, le gustaba ver los armarios repletos de sedas, confeccionadas o en pieza; de encajes, de joyas que no le servían más que para despertar la envidia y para que las jóvenes criadas de Rigou desearan su muerte. Era uno de esos seres mitad mujer mitad animal, nacidos para vivir instintivamente. Aquella exhermosa Arsenia era desinteresada y el legado del fallecido cura Niseron sería inexplicable sin el curioso suceso que lo inspiró, y que es preciso contar para conocimiento de la inmensa tribu de los herederos.

La señora Niseron, la mujer del viejo sacristán, colmaba de atenciones al tío de su marido, pues la inminente herencia del anciano, que tenía ya setenta y dos años, calculada entre cuarenta y cincuenta mil libras, debía poner a la familia de su único heredero en una situación económica holgada, impacientemente esperada por la

difunta señora Niseron, la cual, además de su hijo, tenía otra hija, criatura encantadora, espigada, inocente, una de esas niñas que parecen predestinadas a morir jóvenes, como así fue, puesto que falleció a los catorce años a causa de los *colores pálidos*, nombre popular de la esclerosis. Fuego fatuo del presbiterio, aquella niña iba a casa de su tío abuelo el cura como si fuera a su propia casa, la revolvía toda, y quería mucho a la señorita Arsenia, la bonita criada que su tío tomó en el año 1789, merced a la licencia introducida en la disciplina religiosa por los primeros vendavales revolucionarios. Arsenia, sobrina de la vieja ama del cura, fue llamada para sustituirla, pues al sentirse morir, la anciana señora Pichard deseaba sin duda transmitir sus derechos a la hermosa Arsenia.

En el 1791, y en el momento en que el cura Niseron ofreció asilo a Rigou y al hermano Juan, la pequeña Niseron se permitió una travesura bien inocente. Jugando con Arsenia y otras niñas a ese juego que consiste en esconder, cada uno por turno, un objeto cualquiera que los demás procuran encontrar, y en el que se grita «¡caliente!» o «¡frío!» según que los buscadores se aproximen o se alejen del objeto escondido, la pequeña Genoveva tuvo la idea de esconder el fuelle de la sala dentro de la cama de Arsenia. El fuelle no se pudo encontrar, y el juego terminó. Genoveva, al marcharse con su madre, se olvidó de volver a poner el fuelle en el gancho de que pendía. Arsenia y su tía estuvieron buscando el fuelle durante una semana, pasado este tiempo, dejaron de buscarlo, ya que podían pasarse sin él; el anciano cura soplaba el fuego con una cerbatana de los tiempos en que la cerbatana estaba de moda, y que sin duda procedía de la casa de algún cortesano de Enrique III. Por fin, una tarde, un mes antes de su fallecimiento, el ama, después de una comida a la que habían asistido el abate Mouchon, la familia Niseron y el cura de Soulanges, reanudó las lamentaciones de Jeremías a propósito del fuelle, sin poderse explicar su desaparición.

—¡Sí, desde hace quince días está en la cama de Arsenia! —dijo la pequeña Niseron soltando la carcajada—. Si esta holgazana se hiciera cada día la cama, lo habría encontrado...

En el 1719 todos pudieron reír, pero a la risa sucedió el más profundo silencio.

—No hay nada risible en esto —respondió la mayordoma—; desde que estoy enferma, Arsenia pasa las noches velándome.

A pesar de aquella explicación, el cura Niseron lanzó sobre la señora Niseron y sobre su marido la fulminante mirada del sacerdote que se cree víctima de una conjura. El ama falleció poco tiempo después. Rigou supo explotar tan bien el odio del sacerdote, que el abate Niseron desheredó a Francisco Niseron en provecho de Arsenia Pichard.

En el 1823 Rigou seguía empleando, por agradecimiento, la misma cerbatana, para atizar el fuego, y dejaba el fuelle colgado del gancho.

La señora Niseron, loca por su hija, no la sobrevivió mucho tiempo. Madre e hija fallecieron en el año 1794. Muerto el cura, el ciudadano Rigou se ocupó

personalmente de Arsenia tomándola por esposa.

El exfraile converso de la abadía, unido a Rigou como el perro a su dueño, se convirtió en palafrenero, jardinero, vaquero, criado y administrador del aquel sensual Harpagon.

Arsenia Rigou, casada en el 1821, sin dote, con el procurador del rey, recordaba algo la belleza un tanto vulgar de su madre y poesía la inteligencia cazurra de su padre.

Contando por aquel entonces sesenta y siete años, Rigou no había estado en cama, por enfermedad, ni una sola vez en los últimos treinta años, y no parecía que nada pudiese afectar aquella salud realmente ofensiva. Alto y delgado, los ojos rodeados por un círculo oscuro y los párpados casi negros, cuando por las mañanas aparecía al aire su cuello arrugado, granulado y rojo, se le hubiera podido comparar perfectamente con un cóndor, y tanto más válida era la comparación por cuanto su nariz, muy larga y afilada, ayudaba al parecido con una coloración sanguinolenta. Su cabeza, casi calva, habría espantado a los enterados en frenología, por su occipucio en forma de lomo de asno, índice de una voluntad despótica. Sus ojos grisáceos y casi escondidos bajo unos párpados de membranas filamentosas, estaban predestinados a jugar a la hipocresía. Dos mechones de pelo de un color indeciso, tan escasos que no conseguían ocultar la piel, flotaban sobre dos largas orejas sin lóbulo, detalle que revela crueldad, pero únicamente en el aspecto moral, si no revela demencia. La boca, muy hundida y de labios delgados, descubría al intrépido glotón, al impenitente bebedor, por la caída de las comisuras que dibujaban una especie de comas por las que se le escurrían los jugos. Y burbujeaba la saliva cuando comía o cuando hablaba. Heliogábalo debía de ser un tipo como él.

Su vestido, el mismo siempre, consistía en una larga levita azul con cuello militar y una corbata negra, un pantalón y un amplio chaleco también negros. Los zapatos, de resistentes suelas, claveteados, y dentro, unos calcetines hechos por su mujer durante las largas veladas de invierno.

El nombre de pila de Rigou era Gregorio. Así, sus amigos no renunciaban a ninguno de los chistes que la G de su nombre invitaba a hacer, a pesar del uso inmoderado que se había hecho de ellos durante los últimos treinta años. Se le saludaba con frases como estas: «¡Ge, Rigou!», «Rigoulard», etc., pero especialmente con el apelativo de *Grigou* (G. Rigou)^[7].

Aunque este esbozo pinte su carácter, nadie podría imaginar hasta qué punto, sin oposición y en la soledad, había llevado el ex benedictino la ciencia del egoísmo, la de la buena vida y la de la voluptuosidad bajo cualquier forma en que se presentaran. En primer lugar, comía solo, servido por su mujer y por Anita, quienes, cuando él terminaba de comer, se sentaban a la mesa con Juan en la cocina, y mientras él digería la comida bebiendo vino de su propia cosecha y leyendo *las noticias*.

En los medios rurales, nadie conoce los periódicos por su nombre, sino que se reúnen todos bajo el nombre genérico de *las noticias*.

El almuerzo, lo mismo que el desayuno y la cena, se componía siempre de manjares exquisitos, cocinados con aquella ciencia que distingue a las amas de los curas entre todas las cocineras. Así, la señora Rigou tenía que batir personalmente la mantequilla dos veces por semana. La manteca entraba como elemento en todas las salsas. Las legumbres y verduras pasaban directamente de la planta a la cacerola. Los habitantes de París, acostumbrados a comer verduras y legumbres que han conseguido ya una segunda vegetación expuestas al sol, a la infección de las calles, a la fermentación de las tiendas, regadas por las verduleras que les dan así un engañoso frescor, ignoran por completo los exquisitos sabores que llegan a contener estos productos, a los cuales la naturaleza ha confiado únicamente virtudes fugaces pero poderosas, que se pueden comprobar cuando se comen, por así decirlo, en vivo.

El carnicero de Soulanges le llevaba la mejor carne, bajo pena de perder al temible Rigou como cliente. Las aves de corral, criadas en la misma casa, tenían que ser de una calidad exquisita.

La hipocresía de Rigou alcanzaba todas sus cosas. Así sus pantuflas eran de un cuero basto, pero una excelente piel de cordero recubría el interior. Si llevaba una levita de tela ordinaria, era porque no rozaba su piel, pues la camisa, lavada y planchada en casa, la hilaron las más hábiles manos de la Frisia. Su mujer, Anita y Juan bebían vino del país, el vino que Rigou se reservaba del producto de sus cosechas; pero en su bodega particular, repleta como una bodega belga, los más delicados vinos de Borgoña hacían compañía a los de Burdeos, de Champaña y del Rosellón, del Ródano y de España, comprados todos diez años antes y embotellados por el hermano de Juan. Los licores procedentes de las Indias se los enviaba la señora Amphoux; el usurero había adquirido una provisión suficiente para el resto de sus días al venderse un castillo de Borgoña.

Rigou comía y bebía como Luis XIV, uno de los más grandes tragones y bebedores de que se tiene conocimiento, lo que traicionaba los gastos de una vida más que voluptuosa. Discreto y hábil en su secreta prodigalidad, discutía sus más ínfimas compras como únicamente saben hacerlo los tonsurados. En vez de precaverse para que no le engañaran en sus adquisiciones, el astuto fraile pedía que le diesen una muestra de lo que pensaba comprar, y hacía el trato; pero cuando el vino o las provisiones que adquiriría tenían que llegarle de otra parte, advertía que al menor defecto se negaría a aceptarlas y que no las pagaría.

Juan, encargado de los frutales, se había esforzado en aprender los procedimientos para conservar la fruta del mejor huerto del departamento. Rigou, en las Navidades, comía peras, manzanas y a veces uvas.

Nunca profeta, susceptible de cualquier cosa que le beneficiase, nadie ha sido jamás tan ciegamente obedecido como lo fue Rigou en su casa, incluso en sus más mínimos caprichos. Cualquier movimiento de sus espesas y negras cejas hundía a su mujer, a Anita o a Juan, en la más mortal inquietud; tenía sujetos a aquellos tres esclavos por medio de un trabajo minucioso e incesante que les unía a él como si se

tratase de una cadena. En cualquier momento esos desgraciados podían verse obligados a tener que realizar algún trabajo o estar al cuidado de algo; pero habían terminado por encontrar una especie de placer en la realización de aquellos trabajos, y no tenían tiempo para aburrirse. Los tres consideraban el bienestar de aquel hombre como el único texto de sus preocupaciones.

Anita era, desde el año 1795, la segunda linda criada tomada por Rigou, que se vanagloriaba de llegar a la tumba con aquellos relevos de jóvenes muchachas. Llegada a la casa cuando tenía dieciséis años, a Anita se la despediría a los diecinueve. A las criadas, escogidas cuidadosamente en Auxerre, Clemency y en el Morvan, se las atraía con la promesa de que sirviendo en aquella casa harían su suerte; ¡pero la señora Rigou se emperraba en vivir! Y siempre, al cabo de tres años de servicio, cualquier disputa producida por la insolencia de la criada para con su dueña conseguía el necesario despido.

Anita, verdadera obra maestra de belleza, delicada, ingeniosa, picante, merecía una corona ducal. No carecía de inteligencia; Rigou ignoraba por completo las relaciones de Anita con Juan-Luis Tonsard, lo que demuestra que se había dejado embaucar por aquella linda muchacha, la única a quien la ambición podía sugerir el halago como procedimiento para cegar a ese lince.

Aquel Luis XV sin trono no se contentaba únicamente con la hermosa Anita. Opressor hipotecario de las tierras adquiridas por los campesinos que no tenían bastantes medios económicos para pagarlas al contado, hacía que su serrallo ocupara toda la extensión del valle, desde Soulanges hasta cinco leguas más allá de Conches, hacia Brie, sin que todo aquello no le costara otra cosa que el *retrasar* las sentencias de embargo. Así le era dable conseguir esos fugitivos tesoros que devoran la fortuna de tantos ancianos.

Aquella vida llena de exquisiteces, comparable a la de Bouret, no le costaba, pues, casi nada. Merced a sus negros blancos, Rigou hacía talar los bosques y recolectar la leña, el heno y el trigo. Para el campesino, el coste de la mano de obra carece de importancia, especialmente cuando con trabajo puede conseguirse un aplazamiento en el pago de intereses vencidos. Rigou, al tiempo que solicitaba alguna pequeña prima para compensarse de los retrasos en el cobro de intereses de algunos meses, exigía de sus deudores la prestación de servicios manuales, verdaderos trabajos forzados, a los que se prestaban creyendo que nada les costaba porque nada salía de su bolsillo. De este modo a veces se pagaba a Rigou más del importe del capital adeudado.

Profundo como un fraile, silencioso como un benedictino haciendo un estudio histórico, astuto como un sacerdote, disimulado como todo avaro, se mantenía siempre dentro de los más estrictos límites de la legalidad. Ese hombre había sido un Tiberio en Roma, un Richelieu en tiempos de Luis XIII y un Fouché si hubiese tenido ambición suficiente para ir a la Convención; pero tuvo la habilidad de ser un Lúculo sin fastuosidad, un avaro voluptuoso. Para ocupar su espíritu, se gozaba con un odio

desatado hacia el general de Montcornet. Hacía maniobrar a los campesinos por una trama de hilos escondidos, cuyo manejo le divertía como si estuviera jugando una partida de ajedrez con figuras vivientes, en la que los caballeros montaban a caballo, los imbéciles como Fourchon tartamudeaban, las torres feudales brillaban al sol y la reina daba solapadamente jaque al rey. Todos los días, al levantarse, desde la ventana de su habitación, ese hombre veía la orgullosa silueta de Les Aigues, las chimeneas de los pabellones, las soberbias puertas, y se decía: «¡Todo eso se derrumbará! Yo secaré esos arroyos, talaré esas arboledas». Finalmente, es preciso decir que tenía su grande y su pequeña víctima. Si meditaba en la ruina del castillo, el renegado se halagaba de estar matando al abate Brossette a alfilerazos.

Para terminar la descripción de ese ex religioso, bastará decir que iba a misa lamentando que su mujer siguiera con vida, y manifestaba su deseo de reconciliarse con la Iglesia así que enviudase. Saludaba deferentemente al abate Brossette cuando se cruzaba con él, y le dirigía amablemente la palabra, aunque sin acompañarle jamás. En general, todas las personas que tienden hacia la Iglesia o se han salido de ella, tienen una paciencia de insecto: la consiguen gracias a la necesidad de mantener cierto decoro, forma de la educación de que carecen, desde hace veinte años, la mayoría de los franceses, incluso aquellos que se creen bien educados. Todos los conventuales a quienes la Revolución hizo salir de sus monasterios y que se dedicaron a los negocios, han demostrado con su frialdad y su reserva la superioridad que proporciona la disciplina eclesiástica a todos los hijos de la Iglesia, incluso a los que desertaron de ella.

Gaubertin, desde el año 1792, y merced al asunto del testamento, había sabido calibrar toda la astucia que contenía la cara acibarada de aquel hábil hipócrita; por eso había procurado entablar con él relaciones de compadrazgo, comulgando con él ante el Vellochino de oro. Al fundarse la casa Leclercq habló con Rigou para que invirtiera en ella cincuenta mil francos, garantizados convenientemente. Rigou se convirtió en un comanditario de los más importantes al dejar que ese fondo engrosara con los intereses acumulados. En esos momentos la participación de Rigou en dicha casa era del orden de los cien mil francos, aunque en el año 1816 había retirado la cantidad de ochenta mil para colocarla en el libro mayor, al hallar siete mil francos de renta. Lupin conocía a Rigou por ciento cincuenta mil francos de hipotecas repartidos en pequeñas sumas sobre grandes propiedades. Ostensiblemente, Rigou poseía en tierras unos catorce mil francos de ingresos saneados. Se atribuía, pues, a Rigou, una renta de cuarenta mil francos. Pero en cuanto a lo que pudiera atesorar, era una X que ninguna regla de cálculo podía despejar, del mismo modo que únicamente el diablo era capaz de conocer los asuntos que llevaba entre manos con Langlumé.

Ese terrible usurero, que pensaba vivir aún veinte años más, había ideado una serie de regías estrictas para operar. No prestaba ni un céntimo a un campesino si no compraba por lo menos tres hectáreas de tierra y no pagaba al contado ni la mitad del precio. Como puede verse, Rigou conocía perfectamente el vicio de la ley sobre

expropiaciones aplicadas a las parcelas, y el peligro que corría el Tesoro y la propiedad en lo relativo a la excesiva división de bienes. ¡Ya se puede perseguir a un campesino que os quite un surco si posee cinco! Una sola ojeada del interés privado adelantará por lo menos en veinticinco años la visión de toda una Asamblea de legisladores. ¡Qué lección para un país! La ley emanará siempre de un cerebro bien organizado, de un hombre genial, pero jamás de novecientas inteligencias por muy grandes que sean. La ley de Rigou, ¿no contenía, en efecto, el principio de aquella que se debería promulgar para detener el contrasentido de la propiedad reducida a mitades, a tercios, a cuartos, a décimas de centiáreas, como en la comuna de Argenteuil, donde podían contarse hasta treinta mil parcelas?

Tales operaciones requerían un compadrazgo tan extenso como el que pesaba sobre ese distrito. Por otra parte, como Rigou obligaba a Lupin a que aproximadamente hiciese la tercera parte de las actas que anualmente se redactaban en el despacho, encontró en el notario de Soulanges un compadre rendido a sus voluntades. Ese pirata podía así incluir en el contrato de préstamo, a cuya firma asistía siempre la esposa del prestatario cuando éste era casado, la cantidad a que ascendían los intereses ilegales. El campesino, encantado con no tener que pagar más que un cinco por ciento de intereses anuales mientras durara el préstamo, esperaba poder cumplir trabajando denodadamente, y por medio de alguna prima entregada a Rigou que bonificase alguna dilatación en el pago a su vencimiento.

Con esto se demuestra que lo inventado por una serie de economistas imbéciles, lo que califican de *minicultivo*, no son más que maravillas engañosas y el resultado de una errónea política a la cual debemos el tener que exportar dinero a Alemania para comprar allí los caballos que nuestro país no puede mantener, un error que disminuirá de tal modo la producción de ganado vacuno que la carne alcanzará pronto precios inasequibles, no solamente para el pueblo, sino también para la pequeña burguesía^[8].

Así pues, muchos sudores corrían entre Conches y la Ville-aux-Fayes, a causa de Rigou, al que todos respetaban, mientras que el trabajo pagado a buen precio por el general, el único que tiraba el dinero en el país, le valía las maldiciones y el odio destinado a los ricos. ¿No serían inexplicables semejantes hechos sin una ojeada a la «mediocracia»? Fourchon tenía razón, los burgueses estaban reemplazando a los antiguos señores. Los pequeños propietarios, cuyo tipo representaba Courtecuisse, constituían las «manos muertas» del Tiberio del valle del Avonne, del mismo modo que en París los industriales sin dinero son los campesinos de la alta banca.

Soudry seguía el ejemplo de Rigou, desde Soulanges hasta cinco leguas más allá de la Ville-aux-Fayes. Estos dos usureros se habían repartido todo el distrito.

Gaubertin, cuya rapacidad se ejercía en una esfera superior, no solamente no hacía la competencia a sus socios, sino que impedía a los capitales de la Ville-aux-Fayes emprender tan lucrativo camino. Puede imaginarse ahora la influencia del triunvirato Rigou, Soudry y Gaubertin en unas elecciones en que la fortuna de los electores dependía de doblarse a los deseos del trío.

Odio, inteligencia y fortuna, tal era el terrible triángulo por el cual hablaba el más próximo enemigo de Les Aigues, el intendente del general, en relación constante con sesenta u ochenta pequeños propietarios, parientes o aliados de los campesinos, y al que temían como se teme a un acreedor.

Rigou se superponía a Tonsard; éste vivía de los robos en especie, mientras el otro engordaba con rapiñas legales. A los dos les gustaba vivir bien; eran dos hombres de la misma naturaleza, pero bajo dos facetas distintas, natural una, aguzada por la educación del claustro la otra.

Cuando Vaudoyer salió de la taberna del *Grand-I-vert* para consultar con el ex alcalde, eran casi las cuatro. A esa hora Rigou almorzaba.

Al encontrar la puerta falsa cerrada, Vaudoyer miró por encima de las cortinas, gritando:

—Señor Rigou, soy yo, Vaudoyer...

Juan salió por la puerta cochera, e hizo entrar a Vaudoyer en seguida diciéndole:

—Ven al jardín, el señor tiene visita.

La visita era Sibilet, quien con el pretexto de llegar a un acuerdo referente al significado de la sentencia que acababa de hacer pública Brunet, hablaba con Rigou de muchas y muy distintas cosas. Había llegado cuando el usurero terminaba de comer el postre.

En una mesa cuadrada y con manteles blanquísimos, pues preocupándose muy poco de las fatigas de su esposa y Anita, Rigou quería manteles blancos y limpios todos los días, el intendente vio como le servían fresas, albaricoques, higos y melocotones, es decir, todos los frutos de la estación, en platos de porcelana blanca y sobre pámpanos, casi tan lindamente como en Les Aigues.

Al ver entrar a Sibilet, Rigou le ordenó que corriese los pestillos de las puertas de doble hoja interiores, adaptadas a cada puerta para preservar la casa del frío y para apagar toda clase de ruidos, preguntándole qué asunto urgente le obligaba a ir a visitarle en pleno día cuando podían conferenciar más tranquilamente por la noche.

—Es que el Tapicero ha hablado de ir a París a ver al guardasellos; es muy capaz de hacerle alguna mala jugada a usted, de pedir el traslado de su yerno, de los jueces de la Ville-aux-Fayes y del presidente, sobre todo cuando lea la sentencia que acaba de pronunciarse favorable a usted. Se enfadará, es astuto, y tiene en el abate Brossette un consejero capaz de habérselas con usted y con Gaubertin... Los curas tienen mucha fuerza. Monseñor el obispo siente predilección por el abate Brossette. La señora condesa ha hablado de ir a visitar a su primo el prefecto, el conde de Castéran, por el asunto de Nicolás. Michaud empieza a ver claro nuestro juego.

—Lo que tú tienes es miedo —dijo el usurero suavemente, dirigiendo a Sibilet una mirada que la sospecha hizo menos tierna que de ordinario y que en realidad fue terrible—. ¿No estarás pensando si no valdría la pena ponerte al lado del conde de Montcornet?

—No veo de dónde podré sacar, cuando usted haya despedazado Les Aigues,

cuarenta mil francos todos los años, ganados honestamente, como lo vengo haciendo durante los últimos cinco años —respondió crudamente Sibilet—. Últimamente, el señor Gaubertin me ha hecho las más interesantes promesas, pero la crisis se está aproximando, y con seguridad va a haber lucha; después de la victoria, prometer y tener son cosas muy distintas.

—Yo le hablaré —respondió Rigou tranquilamente—. En la espera, he aquí lo que yo respondería si tuviese que dar una contestación: «Desde hace cinco años entregas al señor Rigou cuatro mil francos anuales, y ese digno hombre te da el siete y medio por ciento, lo que te ha procurado hasta este momento veintisiete mil francos, gracias a los intereses acumulados; pero como existe un acta bajo escritura privada, a doble ejemplar, entre tú y Rigou, el administrador de Les Aigues será despedido el día en que el abate Brossette ponga una copia de esa acta ante los ojos del Tapicero, especialmente si una carta anónima le informa de tu doble juego. Harás mucho mejor cazando con nosotros, sin pedir nada por anticipado, máxime cuando no estando dispuesto el señor Rigou a entregarte legalmente un siete y medio por ciento, más los intereses de los intereses, te hará *ofertas reales* sobre tus veinte mil francos, y en espera de que puedas palparlos, tu caso, aplazado con embrollos, lo juzgará el tribunal de la Ville-aux-Fayes. En cambio, si te conduces sensatamente, cuando el señor Rigou sea el propietario de tu pabellón de Les Aigues, podrás continuar en él con unos treinta mil francos, y treinta mil más que podría confiarte Rigou, lo cual será tanto más ventajoso cuanto que los campesinos se echarán sobre las tierras de Les Aigues, divididas en pequeños lotes, como la miseria sobre el mundo». Aquí tienes lo que podría contestarte Gaubertin, pero yo no tengo nada que responderte, pues ese es un asunto que no me incumbe... Gaubertin y yo tenemos bastantes quejas contra ese hijo del pueblo que desprecia a su propio padre, y seguimos con la misma idea. Si el amigo Gaubertin tiene necesidad de ti, yo no tengo necesidad de nadie, ya que todo el mundo me quiere. En cuanto al guardasellos, se cambia muy a menudo, mientras que nosotros estamos siempre en el mismo sitio.

—En fin, ya está usted prevenido —dijo Sibilet, que se sentía apaleado como un jumento.

—¿Prevenido de qué? —preguntó cortésmente Rigou.

—De lo que hará el Tapicero —contestó humildemente el administrador—; ha ido furioso a la Prefectura.

—Y que vaya. Si los Montcornet no gastaran ruedas, ¿qué sería de los carroceros?

—Esta noche le traeré mil escudos, a las once... —dijo Sibilet—; pero usted debería preocuparse de mis asuntos, cediéndome alguna de sus hipotecas vencidas..., una que pudiera valerme unos buenos lotes de tierra...

—Tengo la de Courtecuisse y quiero hacer algo con ella, porque él es el mejor tirador del departamento; si te la cedo, parecerá que te echas sobre este pillo por cuenta del Tapicero, y será como matar dos pájaros de un solo tiro; será capaz de todo cuando se vea más hundido que Fourchon. Courtecuisse se ha arruinado con la

Bâchellerie; él ha cuidado muy bien la tierra y ha reforzado los muros del jardín. Esta pequeña propiedad vale cuatro mil francos, y el conde te los dará por los tres arapendes que la constituyen. Si Courtecuisse no fuera un ansioso y un borracho, habría podido pagar fácilmente los intereses sólo con lo que saca de la caza.

—Pues bien, cédame ese crédito, yo le sacaré provecho y tendré casa y jardín por nada; el conde comprará los tres arapendes.

—¿Qué parte me reservarás?

—Por Dios, usted sería capaz de ordeñar un buey —exclamó Sibilet—. Y yo que acabo de arrancarle al Tapicero la orden de reglamentar los trabajos de espigadura según lo regulado por la ley...

—¿Has conseguido esto, muchacho? —dijo Rigou, quien pocos días antes había sugerido a Sibilet la idea de aquella vejación, diciéndole que la aconsejara al general—. Ya le tenemos, está perdido; pero como no es bastante tenerle atado con el extremo de una cuerda, debemos procurar envolverle como a una ristra de tabaco. Levanta los pestillos, muchacho; dile a mi mujer que me traiga café y licores y a Juan que enganche los caballos. Hasta la noche. ¿Qué ocurre, Vaudoyer? —preguntó el ex alcalde al ver entrar a su antiguo guardia rural.

Vaudoyer le puso al corriente de lo que acababa de suceder en la taberna y pidió a Rigou su opinión sobre la legalidad de las disposiciones meditadas por el general.

—Está en su derecho —contestó lisa y llanamente Rigou—; tenemos un señor muy duro; el abate Brossette es astuto, y es nuestro cura quien le sugiere todas estas disposiciones, porque no vais a misa, hato de descreídos. Pero yo sí que voy. Hay un Dios, ya lo sabéis. Por mucho que corráis, el Tapicero siempre irá delante.

—Pues quiera o no, iremos a espigar... —dijo Vaudoyer con el tono resuelto que distingue a los borgoñones.

—¿Sin certificado de indigencia? —prosiguió el usure ro—. Se dice que ha ido a pedir tropas a la Prefectura para haceros entrar en vereda...

—Espigaremos como lo hemos hecho en el pasado —repitió Vaudoyer.

—Espigad... El señor Sarcus juzgará si tenéis derecho —dijo el usurero con una cordialidad que parecía prometer a los espigadores la protección del juzgado de paz.

—Iremos a espigar y nos haremos fuertes..., o Borgoña dejará de ser Borgoña —aseguró Vaudoyer—. Si los gendarmes tienen sables, nosotros tenemos hoces y allá veremos.

A las cuatro y media, la gran puerta verde del antiguo presbiterio giró sobre sus goznes y el caballo bayo oscuro, llevando la brida por Juan, se dirigió hacia la plaza. La señora Rigou y Anita, que habían ido hasta el umbral de la puerta falsa, miraban la pequeña calesa de mimbre pintada de verde y con capota de cuero, dentro de la cual iba sentado su señor sobre blandos cojines.

—No tarde usted, señor —dijo Anita haciendo una breve mueca.

Todos los aldeanos, enterados de las amenazadoras medidas que el alcalde pensaba adoptar, al ver pasar a Rigou salieron a las puertas o se detuvieron a su paso

por la Grande-Rue, pensando que iba a Soulanges para defenderles.

—Ya sé, señora Courtecuisse, nuestro antiguo alcalde va sin duda a defendernos —dijo una vieja hiladora a quien la cuestión de los delitos cometidos en los bosques interesaba mucho, puesto que su marido vendía en Soulanges haces de leña robados.

—¡Dios mío...! El corazón le sangra al ver lo que está sucediendo; lo siente tanto como podáis sentirlo vosotros —respondió la pobre mujer, temblando al oír el nombre de su acreedor y al que llenaba de elogios por el miedo que le tenía.

—No es por decirlo, pero se le ha tratado muy mal. Buenas tardes, señor Rigou —dijo la hiladora, a quien éste saludó a la vez que a su deudora.

Cuando el usurero cruzaba el Thune, vadeable en todas las estaciones del año, Tonsard, al salir de su taberna, le dijo a Rigou en la carretera cantonal:

—Y qué, señor Rigou, ¿el Tapicero quiere que seamos perros?

—Eso lo veremos —respondió el usurero dando un latigazo a su caballo.

—Este sabrá defendernos —dijo Tonsard a un grupo de mujeres y niños que se habían agrupado a su alrededor.

—Ése piensa en vosotros como un posadero piensa en el pescado mientras limpia la sartén para freírlo —replicó Fourchon.

—Procura no soltar la lengua cuando estás borracho —dijo Mosca tirando de la blusa de su abuelo y haciéndole caer por el talud al pie de un álamo—. Si ese perro de fraile llega a oírte, no podrías cobrarle tan caras las noticias que le llevas.

En efecto, si Rigou corría a Soulanges se debía a la grave noticia que le había llevado el administrador de Les Aigues y que le pareció amenazadora para la secreta coalición de la burguesía del valle del Avonne.



SEGUNDA PARTE



I

LA ALTA SOCIEDAD DE SOULANGES

Aproximadamente a seis kilómetros de Blangy, para decir las cosas en forma legal, y a igual distancia de la Ville-aux-Fayes, se eleva, en forma de anfiteatro sobre un montículo, ramificación de la larga loma paralela a la otra bajo la que corre el Avonne, la pequeña población de Soulanges, apodada *la Bella*, quizá con mejores títulos para ello que Mantes.

Al pie de esta colina, el Thune discurre sobre un lecho de arcilla de una extensión de unas treinta hectáreas, en cuyo final los molinos de Soulanges, levantados a sus orillas, tienen tan graciosa silueta que se diría proyectada por un arquitecto de jardines. Después de regar el parque de Soulanges, en el que alimenta hermosos riachuelos y lagos artificiales, el Thune se lanza en el Avonne por un magnífico canal.

El castillo de Soulanges, reconstruido en tiempos de Luis XIV según un proyecto de Mansard, es uno de los más hermosos de toda la Borgoña, y que da frente por frente a la población. Así pues, Soulanges y el castillo presentan respectivamente un punto de vista tan espléndido como elegante. La carretera cantoral gira entre la población y el estanque, demasiado pomposamente llamado lago de Soulanges por las gentes de la región.

Esta pequeña localidad es una de las composiciones naturales, excesivamente raras en Francia, donde lo bello en ese género, brilla por su ausencia. Allí en efecto, encuentra uno la belleza de Suiza, como decía Blondet en su carta, la belleza de los alrededores de Neuchâtel. Los alegres viñedos que forman como un cinturón alrededor de Soulanges completan ese parecido, a pesar de la diferencia que hay entre el Jura y los Alpes; en las calles, superpuestas unas a otras sobre la colina, había pocas casas, pues todas tenían su jardín, lo que produce unos parches de verdor muy difíciles en una capital. Los techados azules o rojos, mezclados entre flores, los árboles y terrazas con emparrados, ofrecían aspectos variados y llenos de armonía.

La iglesia, una antigua iglesia de la Edad Media, construida de piedra merced a la munificencia de los señores de Soulanges, quienes al principio se habían reservado una capilla cerca del coro y más adelante una capilla subterránea, su necrópolis, ofrece, lo mismo que la de Longjumeau, como pórtico, una inmensa arcada, franjeada de círculos floridos adornados con estatuillas y flanqueada por dos pilares con nichos terminados en punta. Esta puerta, repetida en otras iglesias, especialmente en las de la Edad Media que la suerte ha salvado de las destrucciones del calvinismo, está coronada por un tríglifo sobre el que se alza una Virgen esculpida teniendo al Niño Jesús en sus brazos. Las partes bajas se componen, en el exterior, de cinco arcadas

adornadas con molduras e iluminadas por ventanales vidriados. La cabecera se apoya en unos arbotantes dignos de una catedral. El campanario, que se levanta sobre uno de los brazos de la cruz es una torre cuadrada rematada por un campanil. Esta iglesia se divisa desde muy lejos, pues se construyó en lo alto de la plaza mayor, por debajo de la cual pasa la carretera.

La plaza, bastante grande, la rodeaban originales construcciones pertenecientes a diversas épocas. Muchas de ellas, edificadas mitad de madera y mitad de ladrillo, con vigas exteriores, son de la Edad Media. Otras, totalmente de piedra y con balcones, muestran ese tipo de fachada que tanto gustaba a nuestros antepasados, y datan del siglo XII. Algunas llaman la atención por unas vigas salientes talladas con figuras grotescas en forma de colgadizo y que recuerdan los tiempos en que la burguesía era únicamente comerciante. La de mayor magnificencia era el edificio del antiguo ayuntamiento, de fachada esculturada, alineada con la iglesia y haciendo un armonioso conjunto. Vendida como bienes nacionales, la compró la comuna, instalando el despacho del alcalde y el tribunal de paz, presidido en el momento de nuestro relato por el señor Sarcus.

Esta somera descripción permite tener una idea de la plaza de Soulanges, ornada en su centro por una encantadora fontana, traída de Italia en el año 1520 por el mariscal de Soulanges, que no desmerecía de una gran capital. Un perpetuo chorro de agua, procedente de una fuente situada en la parte alta de la colina, lo distribuyen cuatro Amores de mármol blanco sosteniendo unas conchas y coronados por un cesto lleno de racimos.

Cualquier viajero ilustrado que pase por allí, si alguna vez pasa alguno después de Blondet, podrá reconocer la plaza que tan repetidamente aparece en Molière y en el teatro español, lo que demuestra que la comedia nació en países de clima benigno, donde la vida transcurría en la vía pública. La plaza de Soulanges recuerda perfectamente esa plaza clásica, siempre parecida a sí misma en cualquier teatro, y para que el parecido fuera aún mayor, las dos primeras calles la cortaban precisamente a la altura de la fontana, como unos foros por donde los señores y los criados podían aparecer o desaparecer. En la esquina de una de estas calles, llamada precisamente calle de la Fuente, brilla la placa del señor Lupin. La casa Sarcus, la del recaudador Guerbet, la de Brunet, la del escribano Gourdon y la de su hermano el médico, la del anciano señor Gendrin-Wattebled, guarda general de ríos y bosques..., todas esas casas, perfectamente cuidadas por sus mismos propietarios, quienes se tomaban muy en serio el buen nombre de la ciudad, están en los alrededores de la plaza, el barrio aristocrático de Soulanges.

La casa de la señora Sourdry, puesto que la poderosa personalidad de la ex doncella de la señorita Laguerre había absorbido la del jefe de la comunidad, completamente moderna, la edificó un rico comerciante en vinos nacido en Soulanges, el cual, después de levantar una fortuna en París, regresó a su villa natal en el 1793, dedicándose al negocio de cereales. Fue asesinado por acaparador por el

populacho, al que soliviantó un miserable albañil, tío de Godain, con quien tenía dificultades a causa de su ambiciosa estupidez.

La liquidación de esa herencia, arduamente disputada entre los colaterales, terminó tan bien que en el 1798 Soudry, que había regresado a Soulanges, compró por mil escudos en especies el palacio del comerciante en vinos y se lo alquiló al departamento para cuartel de la gendarmería. En el 1811 la señorita Cochet, a quien Soudry se lo consultaba todo, se opuso insistentemente a que se prolongase el arrendamiento, encontrando la casa inhabitable y en contubernio, decía ella, con un cuartel. La villa Soulanges, con ayuda del departamento, construyó entonces un nuevo edificio para la gendarmería en una calle lateral de la alcaldía. El brigada limpió su casa y le devolvió su primitivo esplendor, destrozado por los establos y las habitaciones de los gendarmes.

Esa casa, de un piso y rematada por un tejado lleno de buhardillas, se abría el paisaje por tres de sus fachadas; una daba a la plaza, otra al lago y la tercera a un jardín. La cuarta daba a un patio que separaba a los Soudry de la casa vecina, ocupada por un tendero de apellido Wattebled, hombre de la *segunda sociedad*, padre de la hermosa señora Plissoud, de quien tendremos ocasión de hablar.

Todas las localidades pequeñas tienen una *hermosa dama*, del mismo modo que tienen un Socquard y un *Café de la Paz*.

La fachada que da al lago la rodea una terraza con un pequeño jardín de mediana elevación, terminada en una balaustrada de piedra paralela a la carretera cantonal. Se descende de esa terraza al jardín por medio de una escalera que tiene en un rellano un naranjo, en otro un granado, en otro un mirto, y otros árboles de adorno que requieren, al fondo del jardín, un invernadero. Del lado de la plaza, se entra en la casa por una escalera de muchos peldaños. Según costumbre en las localidades pequeñas, la cochera, reservada para los miembros de la corte, al carruaje o al caballo del señor de la casa y a las embajadas extraordinarias, muy raramente se abre. Como los visitantes habituales vienen todos a pie, suben por la escalera principal.

El estilo en que está construida la casa de los Soudry es muy simple. Los zócalos se destacan en relieve por unos filetes llamados de canalillo; las ventanas están encuadradas por molduras alternativamente delgadas y fuertes, del mismo material que las de los pabellones Gabriel y Perronet de la plaza de Luis XV. Esos ornamentos en una localidad tan pequeña dan un aspecto monumental a esta casa, célebre en toda la región.

En frente, en el ángulo opuesto de la plaza, está el no menos famoso *Café de la Paz*, cuyas particularidades y especialmente el prestigioso *Tívoli* merecerán una descripción menos sucinta que la de la casa de los Soudry.

Rigou iba muy raramente a Soulanges, pues más bien eran los demás quienes iban a su casa, lo mismo el notario Lupin que Goubertin, que Soudry, que Gendrin; tanto se le temía. Pero se verá ahora que todo hombre inteligente, como lo era el ex benedictino, habría imitado la reserva de Rigou, con la descripción, a grandes rasgos,

de las personas de quienes se decía en el país: «*Esa es la alta sociedad de Soulanges*».

De todas ellas, la más original, ya deben presentirlo ustedes, era la señora Soudry, cuya silueta, para ser perfectamente descrita, exige la minuciosidad de un miniaturista.

La señora Soudry se permitía una *sospecha de colorete*, a imitación de la señorita Laguerre; pero este ligero tinte se había trocado, por la fuerza de la costumbre, en placas de bermellón pintorescamente llamadas por nuestros antepasados «ruedas de carroza». Las arrugas de su rostro se habían ido haciendo cada día más profundas y la alcaldesa creyó poderlas borrar rellenándolas de cremas. Su frente brillaba excesivamente y sus sienes se le iban amarilleando, por lo que se enharinaba la cara y se dibujaba unas líneas azules que querían parecer las venas de la juventud. Esa pintura daba una excesiva vivacidad a sus ojos, ya de por sí traviesos, de tal modo que su máscara habría parecido más que curiosa a un extraño, pero ya acostumbrada a ese derroche de potingues, la sociedad de Soulanges encontraba muy hermosa a la señora Soudry.

Esa jaca, siempre muy escotada, enseñando la espalda y el pecho blancos y barnizados con los mismos procedimientos e ingredientes que empleaba para el rostro, pero, felizmente, y con el pretexto de exhibir unos magníficos encajes, velaba a medias toda la gama de productos químicos. Usaba continuamente un corsé de ballenas, cuyo extremo llegaba hasta muy abajo, lleno de nudos, incluso en la punta... Su falda despedía sonos chillones, producidos por el constante roce de la seda y los falbalaes.

Todo ese aparato, que justificaba la palabra *atavío*, verdaderamente inexplicable, estaba confeccionado con damasco carísimo, pues la señora Soudry tenía cien vestidos a cual más valioso, procedentes todos del espléndido guardarropa de la señorita Laguerre, y todos reajustados a la moda del 1808. Su peluca rubia, rizada y empolvada, daba la impresión de que aún era más alto su sombrero de color rojo cereza, parecido al de las cintas de su vestido.

Si podéis imaginaros, bajo este sombrero ultra coquetón, una cara de macaco de monstruosa fealdad, en la que una nariz achatada como la de la Muerte quedaba separada, por un surco de piel vellosa, de una boca protegida con dentadura postiza, de la que salían unos soplidos como de un cuerno de caza, difícilmente comprenderéis que la alta sociedad y en general toda la población de Soulanges encontrase hermosa a aquella casi reina, a menos que recordéis el breve dicho, *ex profeso*, que una de las más inteligentes mujeres de nuestros tiempos ha escrito sobre el arte de ser hermosa y la forma de conseguirlo, en París, por medio de los accesorios que tiene a su alcance.

En efecto, en primer lugar la señora Soudry vivía en medio de una serie de magníficos dones amasados en casa de su antigua señora, y que el ex benedictino llamaba *fructus belli*. Además, sacaba partido de su fealdad exagerándola, adoptando

ese aire, esas maneras que sólo pueden adoptarse en París, y cuyo secreto sigue perteneciendo únicamente a la parisién, por vulgar que sea. Iba siempre muy enfajada, usaba unos enormes pendientes de brillantes y sus dedos aparecían sobrecargados de sortijas. Finalmente, en la parte alta de su corsé entre dos protuberancias regadas de polvos blancos, brillaba un broche con dos topacios y un diamante en el centro, regalo de su amada señora y del que se hacía lenguas todo el departamento. Al igual que su difunta señora, iba siempre con los brazos al aire, agitando un abanico de marfil con pinturas de Boucher, al que servían de cierre dos pequeñas rosas.

Cuando salía de casa, la señora Soudry protegía su cabeza con una auténtica sombrilla del siglo XVIII, es decir, una caña en lo alto de la cual se desplegaba un parasol verde con franjas más verdes. Cuando se paseaba por la terraza, cualquier paseante, al verla desde lejos, habría creído que veía andando a un personaje de Watteau.

En ese salón, de paredes cubiertas con damasco rojo y cortinajes de damasco blanco con dobladillos de seda igualmente blanca, y en cuya chimenea encendida se amontonaban miniaturas del tiempo de Luis XV, con galerías y jarrones de lirios levantados por Amores...; en ese salón lleno de muebles de madera dorada y patas esculpidas, se comprendía que las gentes de Boulanges pudiesen decir de la dueña de la casa: «La hermosa señora Soudry». Así, pues, esa mansión se había convertido también en un prejuicio nacional de esa capital de distrito.

Si la alta sociedad de la pequeña localidad creía en su reina, su reina creía también en sí misma. Por un fenómeno que no es muy raro, y que la vanidad de madre como la de autor realizan constantemente ante nuestros ojos, éstos en lo referente a sus obras literarias y aquéllas en lo que se refiere a sus hijas casaderas, en siete años la Cochet se había identificado tanto con la señora alcaldesa que no solamente la Soudry no se acordaba ya de su antigua condición, sino que incluso se había llegado a creer una mujer distinguida. Se acordaba tanto de las inclinaciones de cabeza, de la voz de falsete, de los ademanes y los modales de su señora, que al identificarse con su opulenta existencia se había identificado también con su impertinencia. Se producía como en el siglo XVIII en que había nacido, conocía anécdotas de grandes señores y se sabía su árbol genealógico. Esta erudición de antecámara le proporcionaba una conversación que era un puro remedo. Así, pues, sus conocimientos de doncella de servicio todos los consideraban como fruto de su inteligencia y su espiritualidad. En lo moral, quizá no era más que quincallería; pero para la gente de escasa ilustración la quincallería vale tanto como un verdadero brillante.

Esa mujer, sintiéndose adulada, divinizada, como en otro tiempo lo fue su dueña, por el círculo de sus amistades, las cuales tenían en su casa una comida cada ocho días y café y licores los que se presentaban a la hora de los postres, cosa bastante frecuente, es comprensible que resistiese el intenso poder embriagador de una

adulación continua, como no lo habría resistido ninguna otra mujer. En invierno, su salón, caliente y bien iluminado por abundantes velas, se llenaba de burgueses ricos, quienes devolvían en elogios los aromáticos licores y los exquisitos vinos procedentes de la bodega de la querida señora. Los visitantes habituales y sus esposas, auténticos usufructuarios de aquel lujo, economizaban así calefacción y luz. Por consiguiente, ¿saben ustedes lo que se decía a cinco leguas a la redonda e incluso en la Ville-aux-Fayes?

«La señora Soudry hace a las mil maravillas los honores de su casa», se decía al pasar revista a las notabilidades departamentales. «Tiene casa abierta y se está admirablemente. Sabe hacer honor a su fortuna. Siempre tiene a punto una frase ingeniosa. ¡Y qué hermoso servicio de plata! Es una casa como sólo se puede encontrar en París».

El servicio de plata regalado por Bouret a la señorita Laguerre, un magnífico juego del famoso Germain, fue literalmente robado por la Soudry. Al fallecimiento de la señorita Laguerre se lo llevó tranquilamente a su habitación, y no lo reclamaron los herederos porque no tenían ni idea de los objetos que formaban parte de la herencia.

Después de algún tiempo, las doce o quince personas que constituían la alta sociedad de Soulanges hablaban de la señora Soudry como de la amiga íntima de la señorita Laguerre, indignándose si se mencionaba en su presencia la palabra *doncella*, pretendiendo, incluso, que se había inmolado a la cantante al convertirse en la compañera de esa gran actriz.

¡Cosa extraña y verdadera! Todas estas fantasías, hechas realidad, penetraron en la señora Soudry hasta las regiones positivas del corazón; reinaba de forma tiránica sobre su marido.

El gendarme, obligado a amar a una mujer que le llevaba diez años y que conservaba la administración de su fortuna, le inculcó el concepto que ella terminó por apropiárselo respecto a su hermosura. No obstante, cuando se le envidiaba, cuando se le hablaba de su felicidad, el gendarme deseaba a veces verlos en su lugar, pues para ocultar sus pecadillos tomaba las mismas precauciones que si su mujer fuese una joven adorada, y hacía sólo unos días que había conseguido que admitiese una bonita criada en la casa.

El retrato de esta reina, un poco grotesco, pero del que todavía se encontrarían en provincias infinidad de ejemplares, unos más o menos nobles, otros pertenecientes a las altas finanzas, como espécimen de los cuales podría figurar la viuda de un recaudador general de contribuciones, residente en Turena, la cual aún sigue poniéndose emplastos de colorete en las mejillas; ese retrato, pintado al natural, sería incompleto sin los brillantes en que estaba engarzado, sin los cortesanos cuya descripción es necesaria, aunque sólo fuera para explicar lo temibles que son esta clase de liliputienses, los cuales, en ese género de poblaciones, son los órganos de la opinión pública. Que nadie se llame a engaño; se trata de localidades que, como Soulanges, no son una aldea, ni un pueblo, ni una ciudad, pero que tienen algo de la

aldea, del pueblo y de la ciudad. La fisonomía de los habitantes es completamente distinta de la corriente en los moradores de las adocenadas y vulgares ciudades provincianas; la vida del campo influye sobre las costumbres y esta mezcla de tintas produce resultados verdaderamente originales.

Después de la señora Soudry, el personaje más importante de la localidad era el notario Lupin, encargado de los asuntos de la casa de Soulanges, puesto que es inútil hablar del viejo Gendrin-Wattebled, el guarda mayor, un nonagenario a punto de morir y que desde la llegada de la señora Soudry no había salido de casa, pero que después de haber reinado en Soulanges como amo y señor, como hombre que ostentó el cargo desde los tiempos de Luis XV, hablaba aún, en sus momentos lúcidos, de la jurisdicción de la Mesa de Mármol.

Aunque tenía ya cuarenta y cinco primaveras, Lupin, fresco como una rosa gracias a la tranquilidad de que están saturados los despachos, cantaba aún romanzas; así, conservaba todavía el elegante atuendo de los cantores de salón. Parecía casi un parisién, con sus botas siempre cuidadosamente lustradas, sus chalecos de un color amarillo azufre, sus levitas bien ajustadas, sus ricas corbatas de seda y sus pantalones cortados a la moda. Se hacía rizar el cabello por el peluquero de Soulanges, la gaceta de la localidad, y conservaba cierta aureola de hombre afortunado debido a sus relaciones con la señora Sarcus, la mujer de Sarcus el Rico, quien, sin comparación, fue en su vida lo que las campañas de Italia fueron para Napoleón. Únicamente él iba de vez en cuando a París, donde era recibido por los Soulanges. Puede así comprenderse la supremacía que ejercía en la población, en su doble calidad de presumido y de juez de elegancias, con sólo que hablase. Daba su opinión sobre cualquier cosa empleando un solo término de tres modificativos, la palabra artística *curioso*.

Un hombre, una mujer, un mueble, podía ser *curioso*; después, en un grado ya más elevado de imperfección, *muy curioso*; finalmente, como última expresión, *curiosísimo*. Curiosísimo equivalía al *no va más* de los artistas, el omnium del desprecio. De curioso, uno podía salvarse, y del muy curioso no había muchas oportunidades de salvación; pero del curiosísimo... ¡oh! Más valía no haber salido nunca de la nada. En cuanto a los elogios, se reducía a diferentes repeticiones de la palabra *encantador*. «Es encantador», era el positivo de su admiración. «Encantador, encantador...», le dejaba a uno tranquilo. Pero, «Encantador, encantador, encantador», obligaba ya a sacar la escalera para alcanzar el cielo de la perfección.

El escribano, que se calificaba a sí mismo de tabelión, de guardanotas, de notarillo, poniéndose con su picardía por encima de su verdadero estado; el tabelión estaba en los términos de una galantería únicamente verbal con la señora alcaldesa, la cual sentía una verdadera debilidad por Lupin, a pesar de que era rubio y usaba lentes. La Cochet no había querido nunca a ningún hombre que no fuera moreno, con bigote, con matas de vello en las falanges de los dedos, verdaderos Alcides, para decirlo brevemente. Pero hacía una excepción con Lupin a causa de su elegancia, y

porque pensaba que su triunfo en Soulanges no sería realmente completo sin la existencia de un adorador; no obstante, con gran desesperación de Soudry, los adoradores de la reina no se atrevían a dar a su admiración una forma adúltera.

La voz del tabelión era la de un contralto; a veces daba una muestra en algún rincón, o en la terraza, como queriendo recordar su *talento social*, escollo contra el que se estrellan la mayoría de los hombres, incluso, ¡ay!, los inteligentes.

Lupin se había casado con una rica heredera que usaba zuecos y medias azules, hija única de un comerciante de sal, enriquecido durante la Revolución, época en que todos los contrabandistas consiguieron enormes beneficios al amparo de la reacción que se produjo contra las gabelas. Dejaba prudentemente a su mujer en casa, donde Bébelle se sostenía gracias a una pasión platónica por un joven empleado de su marido, sin otra fortuna que los emolumentos que éste le daba, llamado Bonnac, el cual, en la segunda sociedad de la villa, desempeñaba el mismo papel que su jefe en la primera.

La señora Lupin, mujer sin ninguna clase de educación, aparecía en público únicamente en las grandes solemnidades, bajo la forma de una enorme cuba de Borgoña forrada de terciopelo y terminada en una cabeza pequeña y hundida en unos hombros de dudoso gusto. Ningún procedimiento fue capaz de darle forma a su cintura. Bébelle confesaba ingenuamente que la prudencia le impedía usar corsé. Y para terminar, ni la imaginación de un poeta, ni aún la de un inventor, habrían podido encontrar en la espalda de Bébelle trazos de la seductora sinuosidad que producen las vértebras en toda mujer que sea realmente mujer.

Bébelle, redonda como una tortuga, pertenecía al género de mujeres invertebradas. Aquel espantoso desarrollo del tejido celular, sin duda tranquilizaba totalmente a Lupin en cuanto a la pequeña pasión de la enorme Bébelle, a quien él llamaba descarada Bébelle, sin que nadie se riera.

—¿Cómo es su esposa? —le preguntó Sarcus el Rico, quien no pudo digerir cierto día los calificativos del notario sobre un mueble comprado de segunda mano.

—Mi mujer no es como la suya, no está todavía bien definida —le respondió.

Lupin escondía debajo de su enorme envoltura un espíritu sutil; tenía bastante sentido común para no alardear de su fortuna, por lo menos tan considerable como la de Rigou.

*El hijo del señor Lupin, Amaury, era la desolación de su padre. Aquel hijo único, uno de los donjuanes del valle, se negaba a seguir la carrera paterna; abusaba de la ventaja de ser hijo único haciendo enormes sangrías a la caja familiar, sin agotar jamás la indulgencia de su padre, quien decía a cada escapada: «Yo hice igual». Amaury no iba nunca a casa de la señora Soudry, quien le *aburría (sic)*, ya que, por reminiscencias de su condición de doncella de servicio, intentó educar a aquel muchacho, cuyo modo de ser llevaba más al billar del *Café de la Paz* que a las casas donde se daban reuniones de tipo social. Se complacía frecuentando la peor sociedad de Soulanges, e incluso era amigo de los Bonnébault. Respondía a las reconvenciones*

de su padre con la perpetua cantilena: «Mándame otra vez a París; aquí me aburro...».

Lupin había terminado, ¡ay!, como todos los *galanes*, teniendo relaciones casi conyugales con una mujer. Su pasión conocida era la mujer del segundo escribano del juzgado de paz, la señora Eufemia Plissoud, hija del tendero Wattebled, la cual reinaba sobre la segunda sociedad del mismo modo que la señora Soudry sobre la primera. Aquel Plissoud, el desdichado competidor de Brunet, pertenecía, pues, a la segunda sociedad de Soulanges, pues la conducta de su mujer, que él autorizaba, le valió el desprecio de la primera.

Si Lupin era el músico de la alta sociedad, el señor Gourdon, el médico, era el sabio. De él se decía: «Tenemos un sabio de primer orden». Del mismo modo que la señora Soudry (que se consideraba enterada del asunto por haber hecho pasar muchas mañanas en casa de su señora a Piccini y a Gluck, y por haber vestido a la señorita Laguerre en los camerinos de la Ópera) había llegado a convencer a todo el mundo, incluso a Lupin, de que habría hecho la fortuna con su voz, lamentaba que el médico no publicase ninguna obra que diese la medida de su ciencia.

El señor Gourdon repetía simplemente las ideas de Buffon y de Cuvier sobre el mundo, lo que difícilmente hubiera podido valerle la consideración de sabio entre los habitantes de Soulanges; pero tenía una considerable colección de conchas y un herbario, y sabía disecar animales y pájaros..., y, finalmente, perseguía la gloria de legar una sección de historia natural a la villa de Soulanges; por este motivo se le consideraba en todo el departamento como un gran naturalista, como un sucesor de Buffon.

Ese médico, parecido a un banquero genovés, de los cuales tenía la pedantería, el aire ausente y su pureza puritana, sin que poseyera su espíritu calculador ni su dinero, enseñaba con excesiva complacencia su colección a quienquiera que se lo pidiese y que se componía de un oso y de una marmota fallecidos de muerte natural a su paso por Soulanges, de todos los roedores del departamento, como musgaños, musarañas, ratas, etc., y de todos los pájaros más o menos curiosos matados en la Borgoña, entre los que destacaba un águila de los Alpes cazada en el Jura. Gourdon poseía una colección de lepidópteros, término que inducía a esperar algún monstruo y que hacía exclamar al verlos: «¡Pero si son mariposas!». Luego, un hermoso amasijo de conchas fósiles procedentes de las colecciones de varios amigos suyos y que le legaron al morir, y por último, muestras de los minerales de la Borgoña y del Jura.

Esas riquezas, distribuidas en armarios encristalados en cuyos estantes de abajo había una serie de cajones con una colección de insectos, ocupaban todo el primer piso de la casa de Gourdon, y producían cierto efecto por lo curioso de las etiquetas, por la magia de los colores y por la reunión de tan dispares objetos, a los que no se habría prestado ninguna atención de habérselos encontrado en plena naturaleza, pero que son admirados si se los ve en una vitrina. Se pedía hora para poder visitar la colección del señor Gourdon.

—Poseo —decía a los curiosos— quinientos ejemplares de ornitología, doscientos mamíferos, cinco mil insectos, tres mil conchas y setecientas muestras de mineralogía.

—¡Qué paciencia ha tenido usted! —le decían las señoras.

—Algo hay que hacer por la patria —respondía él.

Y daba una enorme importancia a sus esqueletos diciendo: «En mi testamento lo dejo todo a la villa de Soulanges». Y los visitantes se hacían lenguas de su *filantropía*. Se hablaba ya de destinar todo el segundo piso de la alcaldía, *después del fallecimiento* del médico, al *Museo Gourdon*.

—Estoy seguro del agradecimiento de mis conciudadanos, y espero que mi apellido vaya unido a mi obra —respondía él cuando se le mencionaban aquellos propósitos—, pues no me atrevo a esperar se coloque a la entrada mi busto en mármol...

—¡Cómo! Esto sería lo menos que se podría hacer por usted —se le contestaba—. ¿No es usted la gloria de Soulanges?

Y ese hombre había terminado por considerarse como una de las celebridades de la Borgoña; las rentas más sólidas no son precisamente las del Estado, sino las que se crean por vanidad. Ese sabio, para emplear el sistema gramatical de Lupin, era feliz, feliz, feliz...

El otro Gourdon, el escribano, hombre pequeño y esmirriado, cuyos rasgos convergían hacia el cuello, de modo que la nariz parecía ser el punto de partida de la frente, de las mejillas, de la boca, a la cual convergían igual que los arroyos de la montaña nacen de la cumbre, era considerado como uno de los más grandes poetas de Borgoña, un Piron, se decía. El doble mérito de los dos hermanos hacía que el jefe del departamento dijese:

—En Soulanges tenemos a dos hermanos, los Gourdon, dos hombres muy distinguidos; dos hombres que harían un brillante papel en París.

Jugador de bolos extraordinariamente fuerte, la manía de jugar a los bolos engendró en el escribano otra manía, la de cantar ese juego, el cual hizo furor en el siglo XVIII. En los mediocres, las manías aparecen siempre a pares. El más joven de los Gourdon dio a luz su poema en tiempos de Napoleón. ¿Será preciso decir a qué escuela, sana y prudente, pertenecía? Lucio de Lancival, Parny, Saint-Lambert, Roucher, Vigée, Andrieux y Berchoux eran sus héroes. Delille fue su dios hasta el día en que la alta sociedad de Soulanges se planteó la cuestión de saber si Gourdon era mejor que Delille, al que desde entonces el escribano llamó siempre el *señor abate* Delille, con exagerada educación.

Los poemas escritos entre el 1780 y el 1814, fueron cortados por el mismo patrón, y el del juego de bolos los explica todos. Eran un poquitín exagerados. *El facistol* fue el Saturno de esa abortiva generación de poemas vulgares, todos aproximadamente en cuatro cantos, porque se reconocía que de llegar a seis, el tema se habría agotado.

Ese poema de Goudron, titulado *la Boloqueida*, obedecía a las reglas de la poética

departamental, invariables en su rigidez; contenía, en el canto primero, la descripción de la cosa cantada, como lo había hecho Gourdon, por una invocación cuyo modelo podría ser éste:

*ante ce doux jeu qui sied a tous les âges,
petits comme aux grands aux fous ainsi qu'aux sages;
otre agile main, au front d'un buis pointu,
e un globe à deux trous dans les airs suspendu;
harmant, des ennuis infailable remède,
nous eût envié l'inventeur Palamède!
ise des amours, et des feux et des ris,
ends jusqu'a mon toit, où, fidèle à Thémis.
e papier du fisc j'espace des syllabes!
; charmer^[9]...*

Después de definir el juego y de describir los más hermosos bolos jamás conocidos, de hacer comprender todo lo que ayudó en otro tiempo al desarrollo de la ebanistería y de haber demostrado lo importante que era el juego de bolos para la estática, Gourdon terminaba el primer canto con esta conclusión que recuerda el primer canto de toda esta clase de poemas:

*t ainsi que les arts et la science même
r profit enfin font tourner un objet
r'était de plaisir qu'un frivole sujet^[10]*

El canto segundo, destinado, como siempre, a explicar la forma de utilizar el *objeto*, el partido que podría sacarse de él ante las mujeres y ante el mundo en general, será rápidamente adivinado por los amigos de esta literatura erudita, merced a este fragmento que describe al jugador realizando su ejercicio bajo la mirada del *objeto amado*:

*rdez ce joueur, au sein de l'auditoire,
l fixé tendrement sur le globe d'ivoire.
me il épie et guette avec attention
noindres mouvements dans leur précision!
oule a, par trois fois, décrit sa parabole,
: factice encensoir il flatte son idole;
le disque est tombé sur son poing maladroit,
un baiser rapide il console son doigt.*

*it! ne te plains pas de ce léger martyre,
hereux accident, trop payé, d'un sourire^[11]!*

Fue esta descripción, digna de Virgilio, lo que hizo que se planteara la cuestión de la preeminencia de Delille sobre Gourdon. La palabra dístico, discutida por el positivo Brunet, dio materia a discusiones que duraron once meses; pero Gourdon, el sabio, durante una velada en que la discusión llegó al *rojo vivo*, destrozó al partido de los *antidísticos* con la siguiente observación:

—La luna, llamada por los poetas disco, es un globo.

—¿Y cómo lo sabe usted? —replicó Brunet—. No hemos visto más que una de sus caras.

El canto tercero contenía la obligada leyenda, la anécdota célebre concerniente al juego de bolos. Esta anécdota, todo el mundo se la sabe de memoria; se refiere a un famoso ministro de Luis XVI; pero según la fórmula consagrada por los *Débats* desde el 1810 al 1814, para elogiar esa clase de trabajos públicos, *adoptaba nuevas gracias y las tomaba de la poesía y de los encantos que el autor había sabido imprimirles*.

El canto cuarto, en el que se resumía la obra, terminaba con una osadía inédita entre el 1810 y el 1814, pero que salió a la luz en el 1824, después de la muerte de Napoleón:

*j'osais chanter en des temps pleins d'alarmes.
si les rois jamais ne portaient d'autres armes,
si peuples jamais, pour charmer leurs loisirs,
aient imaginé que de pareils plaisirs,
si Bourgogne, hélas! trop longtemps éplorée,
retrouvée les jours de Saturne et de Rhée^[12]!*

Estos hermosos versos han sido copiados de la edición *princeps* y única, salida de las prensas de la imprenta Bournier, el impresor de la Ville-aux-Fayes.

Cien suscriptores, a base de una cuota de tres francos, aseguraron a aquel poema una inmortalidad, de peligroso ejemplo, pero debía ser realmente bueno, cuando aquellas cien personas suscriptoras lo habían oído recitar cada una más de cien veces, y comentado todos sus pormenores.

La señora Soudry acababa de suprimir el juego de bolos que conservaba sobre la consola del salón, y que desde hacía siete años era un pretexto para citas; últimamente había descubierto que aquel juego de bolos le hacía la competencia.

En cuanto al autor, que se vanagloriaba de tener una cartera bien repleta, bastará, para describirle, explicar en qué términos anunció a uno de sus émulos ante la alta sociedad de Soulanges.

—¿Quieren saber una curiosa noticia? —había dicho dos años antes—. ¡En Borgoña existe *otro poeta*...! Sí —prosiguió viendo la estupefacción pintada en todos los rostros—, es de Mâcon. Pero ¿a qué no sabéis lo que se le ha ocurrido? Pues nada menos que hacer salir las nubes en sus versos.

—Creo que ya están bien donde están —respondió el espiritual Guerbet.

—Se trata de un embrollo de todos los diablos. Lagos, estrellas, olas... Ni una sola imagen razonable, ni una sola intención didáctica; ignora cuáles son las verdaderas fuentes de la poesía. Llama al cielo por su nombre, y dice simplemente luna, en vez de *el astro de la noche*. Esto es una muestra fehaciente de hasta donde se puede llegar en el deseo de mostrarse original —exclamó dolorosamente Gourdon—. ¡Pobre muchacho! Ser borgoñón y cantar el agua es algo que causa verdadera pena. Si hubiese venido a consultarme, le habría sugerido el más hermoso tema que pueda haber en el mundo, un poema sobre el vino, ¡una *Baquéade!*, para el cual yo ya me siento demasiado viejo.

Ese gran poeta ignora aún el más hermoso de todos sus triunfos (y que debió a su calidad de borgoñón): haber interesado a la villa de Soulanges, que de la moderna pléyade lo ignora todo, incluso los nombres.

Durante el Imperio cantaban un centenar de Gourdons, ¡y aún hay quien reprocha a esa época haber olvidado la práctica de la poesía...! Consultad el *Journal de la Librairie*, y encontraréis poemas sobre el torno, sobre el juego de damas, sobre el tric-trac, sobre la geografía, la tipografía, la comedia, etc., sin contar todas las obras maestras de Delille sobre la piedad, la imaginación y la conversación, y las de Berchoux sobre la gastronomía, la danzomanía, etc. Probablemente, dentro de cincuenta años, la gente se burlará de los mil poemas aparecidos imitando las *Meditaciones*, las *Orientales*, etc. ¿Quién puede predecir los cambios de gustos, las mutaciones de la moda y las transformaciones del espíritu humano? Las generaciones barren, a su paso, hasta el último vestigio de los ídolos que encuentran en su camino y se forjan nuevos dioses, que en su día también serán derribados.

Sarcus, anciano de buena presencia y cabellos grises, se ocupaba al mismo tiempo de Themis y de Flora, es decir, de las leyes y de un invernadero. Desde hacía doce años pensaba escribir un libro sobre *La Historia de la institución de los jueces de paz*, de cuyos aspectos político y judicial tenía ya varias frases, decía él, pues en su opinión esos funcionarios debían su existencia al código de Brumario del año IV, mientras que hoy en día aquella institución, tan preciosa para la patria, ha perdido su valor al carecer de emolumentos en armonía con la importancia de sus funciones, debiendo ser inamovibles.

Considerado como un sólido cerebro, a Sarcus se le aceptaba en ese salón con su hombre político; sin embargo, podéis imaginar que realmente era el más fastidioso. Se decía de él que hablaba como un libro; Gaubertin le había prometido conseguirle la Legión de Honor, pero aplazaba esa concesión hasta el día en que, como sucesor de Leclercq, se sentara en los bancos del centro-izquierda.

Guerbet, el maestro de escuela, el hombre inteligente, era voluminoso, de cara como de mantequilla, llevaba un tupé postizo con rizos de oro que le caían sobre las orejas, las cuales sostenían una lucha incesante con el cuello de la camisa, y se dedicaba a la pomología. Tenía orgullo de poseer los más hermosos frutales del distrito, y conseguía de su huerto frutos con un mes de anticipación a los que se vendían en París. Protegidos por toldos, cultivaba los productos más tropicales, como ananás, pavías y guisantes. Regalaba con orgullo un cesto de fresas a la señora Soudry en la época del año en que París las pagaba a diez sueldos el cesto.

Finalmente, Soulanges poseía en el señor Vermut, el farmacéutico, un químico, un poco más químico de lo que Sarcus tenía de hombre de Estado, Lupin de cantante, Gourdon el mayor de sabio y el hermano de éste de poeta. No obstante, la principal sociedad de la villa hacía poco caso de Vermut, y para la secundaria ni siquiera existía. El instinto de unos les hacía ver tal vez una superioridad real en aquel pensador que no decía una palabra, y que sonreía a cualquier tontería con aire desconfiado, lo que hacía que se desconfiara de su ciencia, puesta en duda, *sotto voce*; en cuanto a los demás, no se tomaban ni la molestia de fijarse en él.

Vermut era el hazmerreír del salón de la señora Soudry. Ninguna reunión social es completa sin una víctima, sin alguien a quien tener lastima, de quien burlarse, a quien despreciar y a quien proteger. En primer lugar, Vermut, entregado a sus problemas científicos, iba con la corbata deshecha, el chaleco sin abrochar y usaba una pequeña levita verde llena siempre de manchas. Y para colmo, se prestaba a ser objeto de burla a causa de su cara de pepona, que Guerbet aseguraba haber conseguido gracias a sus productos.

En provincias, en lugares apartados como Soulanges, se toma todavía a los boticarios del mismo modo burlón con que les consideraba Pourceaugnac. Estos honorables industriales se prestan a gusto, y reclaman una indemnización por gastos de desplazamiento.

Ese hombre bajito, dotado de una paciencia de químico, *no podía disfrutar* (según la frase de que se sirven en provincias para expresar la abolición del poder doméstico) de la señora Vermut, mujer encantadora, alegre, excelente jugadora (sabía perder cuarenta sueldos sin quejarse), que chismorreaba contra su marido, que le perseguía con sus epigramas y que le describía como un imbécil que no sabía destilar más que aburrimiento. La señora Vermut, una de esas mujeres que en las localidades pequeñas desempeñan un papel importante, aportaba a aquel reducido mundo la sal, la sal de cocina, es verdad, ¡pero qué sal! Se permitía bromas bastante subidas de tono, pero se le toleraban. Dirigiéndose al cura Taupin, hombre de setenta años y cabello blanco, le decía:

—¡Cállate ya, muchacho!

El molinero de Soulanges, que poseía una fortuna de cincuenta mil francos de renta, tenía una hija única, en la que Lupin pensaba para su hijo Amaury desde que había perdido la esperanza de casarlo con la señorita Gubertin, y el presidente

Gaubertin pensaba en ella para su hijo, el conservador de las hipotecas, otro rival.

Ese molinero, un Sarcus-Taupin, era el Nucingen de la villa; se decía que era tres veces millonario, pero no quería entrar a formar parte de ninguna combinación; no pensaba en otra cosa que en moler trigo, en monopolizarlo, y se caracterizaba por su falta absoluta de educación y de modales.

Guerbet, hermano del maestro de postas de Conches, poseía alrededor de diez mil francos de renta, aparte de su sueldo. Los Gourdon eran ricos: el médico se casó con la única hija del viejo Gendrin-Wattebled, el guarda general de ríos y bosques, *que esperaban que se muriera*, y el escribano se casó con la sobrina y única heredera del abate Taupin, cura de Soulanges, un sacerdote gordinflón que se había metido en su curato como el ratón dentro de un queso.

Ese hábil eclesiástico, muy afecto a la primera sociedad, bondadoso y complaciente para con la segunda y apostólico con los desventurados de la fortuna, supo hacerse querer en Soulanges; primo del molinero y de los Sarcus, pertenecía a la región y a la mediocracia avonniana. Comía siempre en la localidad, ahorraba, asistía a las bodas, pero se retiraba antes de iniciarse el baile, y jamás hablaba de política. Aludía a las necesidades del culto diciendo: «Es mi oficio». Y se le dejaba hacer, diciendo de él: «Tenemos un buen cura». El obispo, que conocía a las gentes de Soulanges, sin hacerse muchas ilusiones sobre la real valía de ese sacerdote, estaba satisfecho por tener en la localidad a un hombre que conseguía que se aceptase la religión, que sabía cumplir con sus deberes llenando la iglesia y era capaz de predicar provechosamente a aquellos lugareños adormecidos.

Las dos *señoras* Gourdon —pues en Soulanges, como en Dresde y en algunas otras capitales alemanas, las personas de la alta sociedad se preguntan al encontrarse: «¿Cómo está su señora?». Y comentan: «No estaba con su señora; he visto a su señora y a la señorita, etc.». En París se consideraría esto como algo escandaloso y de mal tono. En Soulanges, como en Ginebra, Dresde o Bruselas, únicamente existen esposas, no mujeres; no se pone en los escritos, tarjetas, etc... y *esposa*, sino su *señora esposa*—. Las dos *señoras* Gourdon, decíamos, no podían compararse más que a esos infortunados comparsas de teatros secundarios, a quienes los parisienses conocen por las frecuentes burlas de que son objeto. Para terminar la descripción de aquellas *señoras*, bastará con decir que pertenecían al género de las *buenas mujercitas*; los burgueses, aún los menos ilustrados, encontrarán a su alrededor los modelos de tan esenciales criaturas.

Es inútil hacer observar que Guerbet tenía un amplio conocimiento de los asuntos financieros, y que Soudry podía ser ministro de la Guerra. Así, no solamente cada uno de esos excelentes burgueses disponía de una de esas especialidades tan necesarias a los personajes de provincias para que sean considerados como tales, sino que cada uno de ellos cultivaba su campo, sin rival alguno en los dominios de la vanidad.

Si Cuvier hubiese pasado por allí sin darse a conocer, la alta sociedad de

Soulanges le hubiera convencido de que sus conocimientos, en comparación con los del médico señor Gourdon, eran limitados. «Nourrit y su hermoso *hilo de voz*, decía el notario con protectora indulgencia, apenas habrían sido dignos de acompañar al ruiseñor de Soulanges», decía el notario con una indulgencia protectora. En cuanto al autor de *La Boloqueida*, que en aquellos momentos se estaba imprimiendo en la casa Bournier, nadie creía que se pudiese encontrar en París un poeta de sus cualidades, especialmente ahora que Delille había muerto.

Esta burguesía de provincias, tan groseramente satisfecha de sí misma, sobresalía, pues, en todas las superioridades sociales. De esta forma, la imaginación de los que durante su vida han residido por algún tiempo en una pequeña localidad de este género, son capaces de adivinar la profunda satisfacción que se manifiesta en las caras de esas personas, las cuales se creen el plexo solar de Francia, armados todos de una increíble capacidad para el mal, y que, en su sabiduría, decretaron que uno de los héroes de Essling era un cobarde, que la señora de Montcornet era una intrigante que tenía granos en la espalda, que el abate Brossette era un ridículo ambicioso, y descubrieron, quince días después de la adjudicación de Les Aigues, el origen barriobajero del general, al que habían puesto el apodo de el Tapicero.

Si Rigou, Soudry y Gaubertin hubiesen vivido en la Ville-aux-Fayes, habrían acabado peleándose, sus pretensiones inevitablemente habrían tropezado entre sí, pero la fatalidad quiso que el Lúculo de Blangy necesitase soledad para dedicarse tranquilamente a la usura y a la voluptuosidad; que la señora Soudry fuese lo bastante inteligente para comprender que no podían reinar más que en Soulanges, y que la Ville-aux-Fayes fuera la sede de los negocios del señor Gaubertin. Aquéllos a quienes gusta estudiar la naturaleza social, tendrán que reconocer que el general de Montcornet jugaba con desgracia al encontrarse con semejantes enemigos separados unos de otros y cumpliendo las evoluciones de su poder y de su vanidad, a una distancia que no permitía a esos astros contrariarse entre sí, y que multiplicaba el poder de hacer el mal.

No obstante, si todos esos dignos burgueses, orgullosos de su bienestar, consideraban su círculo de amistades como muy superior a la mejor sociedad de la Ville-aux-Fayes, y repetían con cómica importancia el dicho del valle: «Soulanges es una villa para el placer y la buena sociedad», sería poco prudente pensar que la capital avonniana aceptaba esa supremacía. El salón de Gaubertin se burlaba, *in petto*, del de los Soudry. En la manera como Gaubertin decía: «Nosotros somos una localidad que nos dedicamos al comercio, a los negocios; cometemos la estupidez de aburrirnos ganando mucho dinero», era fácil adivinar un ligero antagonismo entre la tierra y la luna. La luna se creía útil a la tierra y la tierra regía los pasos de la luna. Por lo demás, la tierra y la luna vivían en la más perfecta inteligencia. Durante el Carnaval la alta sociedad de Soulanges asistía en masa a los cuatro bailes dados por el señor Gaubertin, por Gendrin, por Leclercq, el recaudador de contribuciones, y por el joven Soudry, procurador del rey. Cada domingo, el procurador del rey, su mujer, el

señor, la señora y la señorita Elisa Gaubertin iban a comer a casa de los Soudry de Soulanges. Cuando estaba también invitado el subprefecto, cuando el maestro de postas, el señor Guerbet de Conches, iba a participar del puchero, Soulanges ofrecía el grandioso espectáculo de cuatro coches departamentales a la puerta de la residencia de los Soudry.

II

LOS CONSPIRADORES EN CASA DE LA REINA

A su entrada, hacia las cinco y media de la tarde, Rigou solía encontrar a los habituales del salón Soudry ocupando sus puestos. En casa del alcalde, como en toda la localidad, se almorzaba a las tres, según la costumbre del siglo pasado. De las cinco a las nueve los notables de Soulanges iban a intercambiar ideas y noticias, a pronunciar sus *speeches* políticos, a comentar los acontecimientos de la vida privada de todo el valle y a hablar de Les Aigues, lo que ayudaba a la conversación durante una hora diaria. Era preocupación de cada uno enterarse de cualquier cosa que sucediera, sabiendo, por otra parte, que así eran más gratos a los dueños de la casa.

Terminada esta obligada revista, se ponían a jugar al boston, el único juego que la reina conocía. Cuando el gordo Guerbet había remedado a Isaura, la mujer de Gaubertin, burlándose de su gesto pensativo, de su vocecita, de su boquita y de sus maneras aniñadas; cuando el cura Taupin había contado una de las historietas de su repertorio; cuando Lupin había referido cualquier suceso de la Ville-aux-Fayes y la señora Soudry había sido acribillada por los más nauseabundos cumplidos, ya podían exclamar: «Hemos jugado un boston encantador».

Demasiado egoísta para molestarse en hacer doce kilómetros, al final de los cuales se vería obligado a escuchar las majaderías dichas por los habituales de aquella casa y a ver a un simio vestido de mujer, Rigou, muy superior en cuanto a inteligencia e instrucción a aquella pequeña burguesía, no iba jamás a casa del notario si no le obligaban los negocios. Se excusaba de hacer visitas de buena vecindad pretextando sus muchas ocupaciones, sus costumbres y su salud, que no le permitían, decía, regresar de noche por un camino a lo largo del cual *burbujeaba* el Thune.

Ese arisco y enjuto usurero pesaba mucho en la sociedad de Soulanges y en el círculo de amistades de la señora Soudry, la cual olía en él al tigre con garras de acero, esa malicia salvaje, esa prudencia nacida en el claustro y madurada al sol del oro y con la que Gaubertin nunca había querido enfrentarse.

En cuanto el calesín de mimbre y el caballo pasaron el *Café de la Paz*, Urbano, el criado de los Soudry, sentado en un banco colocado bajo las ventanas del comedor y hablando con el vendedor de refrescos, hizo visera con la mano para ver mejor quien era el que llegaba.

—Ahí va el tío Rigou... Hay que abrir la puerta. Sujeta el caballo, Socquard — dijo familiarmente al dueño del café.

Y Urbano, antiguo soldado de caballería que al no poder pasar de gendarme se agregó a la servidumbre de Soudry, entró en la casa para ir a abrir la puerta del patio.

Socquard, ese personaje tan célebre en el valle, estaba allí, como se ha indicado,

con toda despreocupación; pero esto acostumbra también a suceder con muchos otros personajes ilustres que se complacen en pasear, estornudar, dormir o comer, exactamente igual que otros simples mortales.

Socquard, un Alcides de nacimiento, podía pesar unos ciento diez kilos; un puñetazo suyo dado en la espalda de un hombre era capaz de romperle la columna vertebral; podía doblar una barra de hierro y paraba un coche tirado por un caballo. Como un Milón de Crotona del valle, su reputación se extendía por todo el departamento, en el que se contaban de él las más ridículas historias, como sucede con todas las celebridades. Así, en el Morvan se decía que una vez había cargado sobre sus hombros a una pobre mujer, el asno y el saco que llevaba al mercado; que se había comido un buey entero y bebido una cuarterola de vino en un día, etc. De carácter dulce como mía muchacha en estado de merecer, Socquard, hombre bajo y potente, de cara plácida, amplias espaldas y ancho pecho, dentro del cual sus pulmones resoplaban como el fuelle de una fragua, tenía un hilillo de voz cuya limpidez sorprendía a cuantos le oían por primera vez.

Como Tonsard, cuya reputación le eximía de cualquier prueba de ferocidad, como todos los que viven bajo la custodia de una opinión pública cualquiera, Socquard no desplegaba jamás su triunfal fuerza muscular más que cuando algún amigo se lo pedía. Tomó, pues, la brida del caballo cuando el suegro del procurador del rey dio la vuelta para subir la escalinata.

—¿Marcha todo bien por su casa, señor Rigou? —preguntó el ilustre Socquard.

—Así, así, amigo... —respondió Rigou—. ¿Siguen siendo Plissoud y Bonnébault, Viollet y Amaury los principales clientes de tu establecimiento?

La pregunta, dicha en un tono mezcla de campechanía y de interés, no era una de esas preguntas sin importancia hechas al azar por los superiores a sus inferiores. En el tiempo que tenía libre, Rigou se dedicaba a pensar en los menores detalles, y la intimidad de Bonnébault, Plissoud y del brigada Viollet la señaló Fourchon como sospechosa.

Bonnébault, a causa de algunos escudos perdidos en el juego, podía comunicar al brigada los secretos de los campesinos, o hablar de ellos después de meterse en el colete más vasos de la cuenta, sin darles demasiada importancia. Pero también las delaciones del cazador de nutrias podían obedecer a la sed, y Rigou no prestó atención más que a las que se referían a Plissoud, a quien su situación podía inspirar un cierto deseo de oponerse a las inspiraciones dirigidas contra Les Aigues, aunque sólo hubiera sido para hacerse recompensar por uno u otro de los dos bandos.

Corresponsal de una casa de seguros, las cuales empezaban a aparecer en Francia; agente de una sociedad contra las probabilidades del reclutamiento, el ujier acumulaba una serie de ocupaciones poco retribuidas, por lo que su fortuna era muy difícil de conseguir, mayormente con sus vicios de jugar al billar y beber vino cocido. Lo mismo que Fourchon, cultivaba con éxito el arte de no hacer nada y el de esperar la fortuna fiando en un problemático azar. Odiaba profundamente a toda la alta

sociedad, pero conocía cuál era su poder. Plissoud conocía también a fondo la tiranía burguesa organizada por Gaubertin; perseguía con sus burlas a los ricachones de Soulanges y de la Ville-aux-Fayes, representando él solo la oposición. Sin crédito ni bienes, parecía que nada debía temer; por su parte, Brunet, encantado al ver que su competidor era persona despreciada, le protegía para que no se viera obligado a vender su oficina a algún otro joven entusiasta, como Bonnac por ejemplo, con el cual habría tenido que repartirse la clientela del distrito.

—Gracias a gentes como éstas, la cosa marcha —respondió Socquard—; pero están falsificando mi vino cocido.

—Hay que seguir —dijo sentenciosamente Rigou.

—Eso me llevaría demasiado lejos —contestó el tabernero, haciendo un juego de palabras sin saberlo.

—¿Y se llevan bien tus clientes?

—Nunca falta algún motivo de disputa; pero los jugadores siempre acaban perdonándose todo.

Por la ventana del salón que daba a la plaza se habían asomado numerosas cabezas. Al reconocer al padre de su nuera, Soudry bajó a recibirle al pie de la escalinata.

—Y bien, consuegro —dijo el ex gendarme empleando este apelativo en su primitiva acepción—, ¿está enferma Anita para que usted nos conceda su presencia durante una velada?

Por un resto de espíritu de gendarme, el alcalde iba siempre derecho al grano.

—No, pero ha sucedido algo —respondió Rigou tocando con su índice derecho la mano que le tendía Soudry—; ya tendremos ocasión de hablar, pues se refiere a algo que puede ser de interés para nuestros hijos...

Soudry, hombre todavía apuesto, vestido de azul como si continuara perteneciendo a la gendarmería, cuello negro y botas con espuelas, condujo a Rigou, cogido del brazo, a presencia de su imponente cara mitad. La contraventana de la terraza estaba abierta, y los invitados se paseaban gozando de aquella tarde de verano que hacía resplandecer el magnífico paisaje que, después del boceto que han leído, cualquier persona con imaginación puede percibir.

—Hacía mucho tiempo que no nos habíamos visto, mi querido Rigou —dijo la señora Soudry tomando del brazo al ex benedictino y llevándose hacia la terraza.

—Son tan penosas mis digestiones... —contestó el viejo usurero—. Mire, el color de mi cara es casi tan vivo como el suyo...

La entrada de Rigou en la terraza determinó, como puede suponerse, una explosión de joviales saludos entre todos los personajes.

—¡Ría, tragón...! Ya he descubierto su vicio —exclamó el señor Guerbet, el maestro, tendiendo su mano a Rigou, quien la rozó con el índice de su mano derecha.

—No está mal, no está mal... —añadió el pequeño juez de paz Sarcus—. A nuestro señor de Blangy le gusta comer.

—Señores —respondió amargamente Rigou—, hace ya mucho tiempo que he dejado de ser el gallo de mi pueblo.

—No es esto precisamente lo que dicen las pollitas del lugar, ¡grandísimo tunante! —dijo la Soudry dando un suave golpe con el abanico a Rigou.

—¿Andan bien las cosas, mi querido señor? —preguntó el notario, saludando a su mejor cliente.

—Regular —contestó Rigou dando su índice al notario, como un saludo.

Ese además, con el que Rigou eludía estrechar la mano con la más fría de las demostraciones, habría bastado para pintar al hombre a uno que no le hubiera conocido.

—Busquemos un rincón donde podamos hablar tranquilamente —dijo el ex fraile mirando a Lupin y a la señora Soudry.

—Volvamos al salón —respondió la reina—. Estos caballeros —añadió señalando al médico Gourdon y a Guerbet— se han enfrascado en la discusión de un asunto... peliagudo.

La señora Soudry preguntó cuál era el asunto que se discutía; Guerbet, siempre tan espiritual, le respondió: «Se trata de un asunto peliagudo». La reina creyó que se trataba de un tema científico, y Rigou sonrió al oírle repetir el calificativo con acento pretencioso.

—¿Qué ha hecho esta vez el Tapicero? —preguntó Soudry, quien se sentó al lado de su mujer, cogiéndola por la cintura.

Como todas las mujeres viejas, la Soudry sabía perdonar muchas cosas a cambio de un testimonio público de ternura.

—Pues —contestó Rigou en voz baja para dar ejemplo de prudencia— se ha ido a la Prefectura para reclamar la ejecución de las sentencias y exigir mano dura.

—Eso será su perdición —dijo Lupin frotándose las manos—. Se quemará.

—¡Se quemará! —repitió Soudry—. Claro que depende... Si el prefecto y el general, que son amigos suyos, mandan un escuadrón de caballería, los campesinos no se atreverán a quemar nada... En realidad, podrían dar buena cuenta de los gendarmes de Soulanges; pero intentar resistir una carga de caballería...

—Sibilet le ha oído decir algo mucho más peligroso que eso, y es precisamente lo que me ha hecho venir —prosiguió Rigou.

—¡Oh, mi pobre Sofía...! —exclamó sentimentalmente la señora Soudry—. ¡En qué manos han ido a caer Les Aigues! Esto es lo que nos ha traído la Revolución: unos bribones que siembran espinacas. No debería olvidarse, cuando se vierte el contenido de una botella, que las heces suben a la superficie y estropean el vino.

—Tiene la intención de ir a París y de intrigar con el guardasellos para cambiar el tribunal.

—¡Ah! —dijo Lupin—. Ha comprendido el peligro.

—Si se nombra a mi yerno abogado general, nada tendría que oponer, y le hará sustituir por algún parisién amigo suyo —prosiguió Rigou—. Si solicita un puesto en

el tribunal para el señor Gendrin, si consigue que nombren al señor Guerbet, nuestro juez de instrucción, presidente en Auxerre, echará por tierra todos nuestros proyectos... Tiene ya la gendarmería a su lado; si, además, tiene el tribunal y conserva a favor suyo consejeros como el abate Brossette y Michaud, estaremos desarmados; nos costará muchos quebraderos de cabeza.

—¡Cómo! ¿Al cabo de cinco años aún no ha podido usted deshacerse del abate Brossette? —dijo Lupin.

—No le conocen ustedes bien; es desconfiado como un mirlo —respondió Rigou— Ese cura no tiene nada de hombre, no presta atención a las mujeres; no he podido descubrir en él ninguna pasión, es inatacable. El general sí lo es, gracias a sus cóleras. Un hombre que tiene un vicio, siempre es un pelele en manos de sus enemigos, si éstos saben aprovecharse. Sólo son fuertes los que pueden controlar sus vicios en vez de dejarse gobernar por ellos. Los campesinos se portan bien, y mantienen la animadversión hacia el abate, pero nada se puede hacer en su contra. Es como Michaud; hombres así son demasiado perfectos, y para desembarazarse hay que esperar que el buen Dios los llame a su lado...

—Hay que buscarle sirvientas que le enjabonen bien las escaleras —dijo la señora Soudry, quien con su ocurrencia hizo que Rigou se le inclinase en señal de asentimiento, como suelen hacer las personas astutas al escuchar una astucia.

—El Tapicero tiene otro vicio: quiere a su mujer, y podría ser atacado por ahí...

—Veamos: lo que debemos saber es si piensa llevar a cabo sus ideas —añadió la señora Soudry.

—¡Cómo! —exclamó Lupin—. Si ahí está el nudo.

—Usted, Lupin —prosiguió Rigou con tono autoritario—, vaya a la Prefectura para ver a la hermosa señora Sarcus; si puede ser esta misma tarde, mejor. Arrégleselas para conseguir que le comunique todo lo que el Tapicero haya dicho y hecho en la Prefectura.

—Tendré que quedarme a dormir allí —observó Lupin.

—Tanto mejor para Sarcus el Rico; saldrá ganando —repuso Rigou—. La señora Sarcus aún no está pocha...

—¡Oh, señor Rigou! —exclamó la señora Soudry—. ¿Es que las mujeres están pochadas alguna vez?

—Tiene usted razón. Ésta no se pinta ante un espejo —replicó Rigou, a quien la exhibición de los viejos tesoros de la Cochet siempre le producían una especie de asco.

La señora Soudry, que creía haberse puesto en la cara sólo una ligera capa de colorete, no comprendió aquella frase epigramática, y preguntó:

—¿Es que las mujeres pueden pintarse?

—En cuanto a usted, Lupin —continuó Rigou sin responder a esa necesidad—, mañana por la mañana regrese y vaya a ver al abuelo Gaubertin; hágale saber que mi consuegro y yo —dijo dando un golpecito en la rodilla de Soudry— iremos a su casa

a eso del mediodía, a almorzar. Póngale al corriente de la situación, para que cada uno de nosotros haya tenido tiempo de rumiar las ideas, pues de lo que ahora se trata es de terminar de una vez con el Tapicero. Mientras venía hacia aquí pensaba que quizá lo mejor sería enemistar al Tapicero con el tribunal, y así el guardasellos se reiría en sus narices cuando, fuese a solicitarle determinados cambios entre el personal de la Ville-aux-Fayes...

—¡Vivan las gentes de la iglesia...! —exclamó Lupin dando un golpe en la espalda de Rigou.

La señora Soudry tuvo una repentina idea que sólo se le podía ocurrir a la ex doncella de una mujer de la Ópera.

—Si pudiésemos —dijo— hacer que el Tapicero acudiese a la fiesta de Soulanges y meterle por los ojos una muchacha hermosa que le hiciese perder la cabeza, tal vez se entendería con ella y conseguiríamos que se pelease con su mujer, demostrándole que el hijo de un ebanista vuelve siempre a sus primeros amores...

—¡Oh, cariño mío...! —exclamó Soudry—. Tienes más inteligencia tú sola que la Prefectura de policía de París.

—Esta idea demuestra que la señora es nuestra reina por la inteligencia y por la hermosura —afirmó Lupin.

Lupin fue recompensado con una mueca que entre la alta sociedad de Soulanges se admitía sin protesta como una sonrisa.

—Habrà algo mejor —prosiguió Rigou, quien se había quedado pensativo—. Podría acabar en un escàndalo...

—Y terminar en un proceso, en algo que correspondiese a la policía correccional —atajó Lupin—. Pero esto sería demasiado hermoso.

—¡Qué felicidad! —dijo Soudry ingenuamente—. Ver al conde de Montcornet, gran cruz de la Legión de Honor, comendador de San Luis, teniente general, acusado de atentar, en un lugar público, al pudor, por ejemplo...

—Quiere demasiado a su esposa —dijo juiciosamente Lupin—. No la llevará a la fiesta.

—Eso no es un obstáculo; pero no conozco en todo el distrito una muchacha capaz de hacer pecar a un santo; ¡la estoy buscando para mi buen abate! —exclamó Rigou.

—¿Qué me dice de la linda graciana Giboulard, la de Auxerre, que tiene loco al hijo de Sarcus?... —preguntó Lupin.

—Tal vez sea la única —respondió Rigou—. Pero no es capaz de entrar en el juego. Ésa cree que basta con aparecer para que todo el mundo la admire. Y no es muy lista. Necesitamos una mujer muy lista y ambiciosa... No importa, ya aparecerá.

—Sí —dijo Lupin—, cuantas más muchachas veamos, más probabilidades habrá de encontrar una que nos sirva.

—Será muy difícil hacer venir al Tapicero a la feria. Y si acude, ¿irá a la cueva del *Tívoli*? —preguntó el ex gendarme.

—Este año ya no existe la razón que le impedía venir, corazoncito —contestó la señora Soudry.

—¿Qué razón era esa, preciosa mía? —preguntó Soudry.

—El Tapicero quería casarse con la señorita de Soulanges —dijo el notario—; se le contestó que ella era demasiado joven aún, y él se ofendió. Por eso la amistad de los señores de Soulanges y Montcornet, que eran viejos amigos, pues los dos habían servido en la Guardia imperial, se fue enfriando hasta que dejaron de verse. El Tapicero no ha querido volver a encontrarse con los Soulanges en la feria; pero este año no vendrán.

Ordinariamente, la familia de Soulanges pasaba los meses de julio, agosto, septiembre y octubre en el castillo; pero el general mandaba por aquel entonces la artillería en España, a las órdenes del duque de Angulema, y la condesa le había acompañado. Como es sabido, en el sitio de Cádiz el conde de Soulanges ganó el bastón de mariscal, concedido en el año 1826. Por consiguiente, los enemigos de Montcornet podían tener la esperanza de que los moradores de Les Aigues no desdeñarían aquella vez asistir a las fiestas de la Virgen de agosto, y que sería fácil atraerles al *Tívoli*.

—Exacto —exclamó Lupin—. Y ahora le toca a usted, papá —añadió dirigiéndose a Rigou—, maniobrar de manera que venga a la feria; nosotros sabremos como *engatusarle*...

La feria de Soulanges, que se celebra el 15 de agosto, es uno de los grandes acontecimientos de esta localidad, y supera a todas las de treinta leguas a la redonda, incluso las de la capital del departamento. La Ville-aux-Fayes no tiene feria, ya que su fiesta es el día de San Silvestre, que cae en invierno.

Entre el 12 y el 15 de agosto abundan los feriantes en Soulanges, los cuales arman sus barracas de madera y sus casas de tela gris, distribuyéndolas en filas paralelas que dan un aspecto muy animado a la plaza, normalmente desierta. Los quince días que duran la feria y las fiestas producen en la localidad el mismo efecto que una cosecha. Esta fiesta tiene la autoridad y el prestigio de una tradición. Los campesinos, como dijo el tío Fourchon, dejan sus tierras en cuanto empieza. En toda Francia, la instalación de fantásticas tiendas improvisadas en los terrenos de la feria, los objetos expuestos para satisfacer las necesidades o la vanidad de los campesinos, quienes, por otra parte, no disponen de otros espectáculos, ejercen periódicas seducciones en la imaginación de las mujeres y los niños. Así, desde el 12 de agosto, la alcaldía de Soulanges repartía por toda la extensión del distrito de la Ville-aux-Fayes unos carteles firmados por Soudry, que prometían ventajas para los comerciantes y anunciaban saltimbanquis y prodigios de todo género, así como los espectáculos más atractivos.

En esos carteles, que ya hemos visto reclamar por la Tonsard a Vermichel, se leía todos los años esta línea final:

EL TÍVOLI ESTARÁ ILUMINADO CON FAROLILLOS DE COLORES

En efecto, la localidad había adoptado como sala de baile público el *Tívoli*, fundado por Socquard en un jardín con tantas piedras como la colina sobre la que se asentaba la villa de Soulanges, en la que casi todos los jardines se consiguieron con tierras traídas de otros lugares.

Esta naturaleza del terreno explica el sabor característico del vino de Soulanges, vino blanco, seco, espirituoso, muy parecido al vino de Madera, al de Vouvray y al de Johannisberg, y que se consumía casi todo en el mismo departamento.

Los prodigiosos efectos producidos por el baile de Socquard en la imaginación de los habitantes del valle hacía que estuviesen orgullosos de su *Tívoli*. Los de la región que se habían aventurado hasta París aseguraban que el de la capital únicamente era superior al de Soulanges por su cabida. Y Gaubertin prefería con mucho el baile de Socquard al baile del *Tívoli*.

—Meditemos en todo esto —prosiguió Rigou—. El parisiense, ese periodista, terminará por aburrirse en Les Aigues, y, por medio de los criados, podríamos atraerlos a todos a la feria. He de pensarlo. Sibilet, aunque su crédito baja de manera alarmante, podría insinuar a su burgués que si viniera sería una manera de hacerse popular.

—Entérese si la linda condesa se muestra esquiva con su marido; para la farsa que debemos montar, esto es muy importante —dijo Lupin a Rigou.

—Esa mujercita —añadió la señora Soudry— es demasiado parisiense para no saber contentar a la cabra y al macho cabrío.

—Fourchon ha conseguido que su nieta Catalina Tonsard se las entienda con Carlos, el segundo ayuda de cámara del Tapicero; no pasará mucho tiempo sin que tengamos un oído en las habitaciones de Les Aigues —respondió Rigou—. ¿Están ustedes seguros de poder confiar en el abate Taupin? —preguntó al verle entrar.

—Tenemos al abate Moucheron y a él, como yo tengo a Soudry... —dijo la señora Soudry acariciando la barbilla de su esposo y diciéndole—: Pobre gatito mío..., no dirás que no eres feliz.

—Si pudiera organizar algún escándalo para desprestigiar a ese Tartufo con sotana de Brossette, cuento con ellos... —afirmó en voz baja Rigou y levantándose—; pero ignoro si el espíritu de la región podrá vencer el espíritu del sacerdote. No sabéis lo que es. Yo mismo, que no tengo nada de imbécil, no respondo de mí cuando me vea enfermo. Sin duda terminaré reconciliándome con la Iglesia.

—Permítanos esperarlo así —replicó el cura, en cuyo honor Rigou había levantado la voz al pronunciar la última frase.

—¡Ay! El pecado que cometí casándome impide por el momento mi reconciliación —contestó Rigou—. No puedo matar a la señora Rigou.

—Mientras llega el momento, pensemos en Les Aigues —dijo la señora Soudry.

—Sí —añadió el ex benedictino—. Ya sabe que considero a nuestro amigo de la

Ville-aux-Fayes más fuerte que nosotros... Tengo en el pensamiento la idea de que Gaubertin desea quedarse Les Aigues para él solo, y que pretende dejarnos fuera del asunto.

Durante el viaje de ida, el usurero rural estuvo dando golpes con el bastón de la prudencia en varios aspectos oscuros de la cuestión, que en el caso de Gaubertin sonaban a hueco.

—Les Aigues no serán de nadie sino de nosotros tres, y para conseguirlo debemos remover cielo y tierra —exclamó Soudry.

—Además, que no me extrañaría nada que hubiera allí algún tesoro escondido —dijo astutamente Rigou.

—Bah...

—Sí, durante las guerras de otros tiempos, los señores, a menudo sitiados, sorprendidos, enterraban sus escudos para recuperarlos después; y ustedes saben que el marqués de Soulanges-Hautemer, en quien terminó la línea primogénita, fue una de las víctimas de la conspiración de Biron. La condesa de Moret consiguió la propiedad del castillo por confiscación.

—¡Lo que es conocer la historia de Francia! —dijo el gendarme—. Tiene usted razón, es hora ya de ponernos de acuerdo con Gaubertin.

—Y si pretende escurrirse, ya encontraremos la manera de sujetarle.

—Ahora es lo bastante rico para ser honrado —dijo Lupin.

—Respondo de él como de mí misma —prosiguió la señora Soudry—. Es el hombre más digno del reino.

—Nosotros creemos en su honestidad —continuó Rigou—, pero no debemos dejar ningún cabo suelto, aun tratándose de amigos... A propósito, sospecho que hay alguien en Soulanges que trata de atravesarse.

—¿Quién? —preguntó Soudry.

—Plissoud —respondió Rigou.

—¡Plissoud! —exclamó Soudry—. ¡Pobre imbécil! Bru net lo tiene sujeto por el ronzal, y su mujer por la cazuela; pregúnteselo a Lupin.

—¿Qué puede hacer él? —preguntó Lupin.

—Pretende —prosiguió Rigou— informar a Montcornet, conseguir su protección, un buen empleo...

—No le reportaría tanto como le proporciona su mujer en Soulanges —afirmó la señora Soudry.

—Se lo cuenta todo a su mujer cuando está bebido —observó Lupin—; lo sabríamos a tiempo.

—Ya sabemos que la linda señora Plissoud no tiene secretos para usted —le contestó Rigou—. Así, pues, podemos estar tranquilos en este aspecto.

—Esa mujer es tan estúpida como hermosa —repuso la señora Soudry—; yo no me cambiaría por ella, y si fuera hombre, preferiría una mujer fea, pero inteligente, a una hermosa a quien hay que repetirle las cosas dos veces.

—¡Oh! —exclamó el notario mordiéndose los labios—. Hay cosas que se las hace repetir incluso tres.

—Fatuo... —exclamó Rigou dirigiéndose hacia la puerta.

—Entonces —dijo Soudry acompañando a su consuegro—, hasta mañana temprano.

—Pasaré a recogerle... Ah, Lupin —añadió Rigou dirigiéndose al notario, quien salía con él para ir a que le ensillaran el caballo—, procure que la señora Sarcus se entere de todo lo que el Tapicero hará contra nosotros en la Prefectura...

—Si ella no puede saberlo, ¿quién lo sabrá?... —contestó Lupin.

—Perdóneme —dijo Rigou sonriendo finalmente y mirando a Lupin—; veo tantos bobos a mi alrededor que me olvidaba que hay aquí un hombre inteligente.

—El hecho es que todavía no me explico cómo no me he dejado atrapar por ella —replicó ingenuamente Lupin.

—¿Es verdad que Soudry ha tomado una criada?

—Claro que es verdad —respondió Lupin—. Desde hace ocho días el señor alcalde ha querido hacer resaltar los encantos de su esposa, comparándola a una pequeña borgoñona de la edad de un buey viejo, y no podemos imaginarnos cómo puede arreglárselas con la señora Soudry, pues tiene la osadía de meterse en la cama muy temprano...

—Dejaré esto para mañana —dijo el Sardanápalo de pueblo iniciando una sonrisa.

Al separarse, los dos profundos políticos se dieron un fuerte apretón de manos.

Rigou, que no deseaba hacer el camino de noche, pues a pesar de su reciente popularidad seguía siendo prudente, le gritó a su caballo: «¡Vamos, ciudadano!». Era una broma que aquel hijo del 1793 se permitía contra la Revolución. Las revoluciones populares no tienen mayores enemigos que aquéllos a quienes han ayudado a subir.

—El tío Rigou no hace visitas largas —dijo el escribano Gourdon a la señora Soudry.

—Aunque sean cortas, son sustanciosas —le respondió ella.

—Como su vida —añadió el médico—. Ese hombre abusa de todo.

—Mejor —replicó Soudry—. Así mi hijo disfrutará de sus bienes más pronto.

—¿Le ha traído alguna noticia de Les Aigues? —preguntó el cura.

—Sí, querido abate —contestó la señora Soudry—. Esas gentes son el azote de la región. No comprendo cómo la señora de Moncornet, que al fin y al cabo es una mujer como debe ser, no defiende mejor sus intereses.

—Pues tiene un modelo a la vista —replicó el sacerdote.

—¿Quién? —inquirió melindrosa la señora Soudry.

—Los Soulanges...

—Ah, sí, claro... —dijo la reina después de una pausa.

—Vaya, ya estoy aquí —gritó la señora Vermut haciendo su aparición—. Y sin mi

reactivo, pues en lo que a mí toca, Vermut es demasiado inactivo para que pueda llamarle activo...

—¿Qué diablos está haciendo ese consagrado tío Rigou? —dijo entonces Soudry a Guerbet, al ver el calesín en la puerta del *Tívoli*—. Es uno de esos felinos cuyos pasos tienen siempre alguna finalidad.

—*Consagrado* es un calificativo que le cae bien —respondió el pequeño y gordo maestro.

—Está entrando en el *Café de la Paz* —dijo Gourdon, el médico.

—Estad tranquilos —prosiguió Gourdon, el escribano—; debe de estar repartiendo bendiciones a diestro y siniestro, pues se le oye ladrar desde aquí.

—Ese café —añadió el cura— es como el templo de Jano. En tiempos del Imperio se llamaba *Café de la Guerra*, y era el lugar más tranquilo del mundo; los más honrados burgueses se reunían en él para hablar amigablemente...

—¡A aquello le llama usted *hablar*! —dijo el juez de paz—. ¡Vaya conversaciones, de las que han quedado restos como los Bournier...!

—Desde que se le puso el nombre de *Café de la Paz* en honor a los Borbones, cada día hay alguna pelea... —añadió el abate Taupin, terminando la frase que el juez de paz se había tomado la libertad de interrumpir.

Sucedía con aquella opinión del cura lo mismo que con las citas de *La Boloquiada*, que a menudo se repetían.

—Esto quiere decir —respondió Guerbet— que la Borgoña sigue siendo el país de los puñetazos.

—No está mal su observación —afirmó el cura—. Es casi un resumen de la historia de nuestro país.

—No conozco la historia de Francia —dijo Soudry—; pero antes de aprenderla me gustaría saber por qué mi consuegro ha entrado en el café con Socquard.

—¡Oh...! —prosiguió el sacerdote—. Si entra y se queda, puede estar seguro de que no se trata de ninguna obra de caridad.

—Es un hombre que me pone la carne de gallina cuando le veo —repuso la señora Vermut.

—Hay que temerle tanto —continuó el médico— que no me dejaría tranquilo ni después de muerto; es hombre capaz de salir de su ataúd para jugar una mala pasada.

—Si alguien puede hacer que el Tapicero venga aquí el 15 de agosto y meterle en algún lío, ese alguien es Rigou —aseguró el alcalde al oído de su mujer.

—Especialmente —replicó ésta en voz alta— si Gaubertin y tú, cariñito, estáis metidos en el asunto...

—¡Toma, cuando yo decía...! —exclamó Guerbet dando un codazo a Sarcus—. En casa de Socquard ha encontrado una linda muchacha y la ha hecho subir al coche...

—Esperando que... —añadió el escribano.

—No diga nada de lo que pueda arrepentirse —exclamó Guerbet interrumpiendo

al chantre de *La Boloquiada*.

—Están ustedes equivocados, señores —dijo la señora Soudry—. El señor Rigou sólo piensa en nuestros intereses, pues, si no me engaño, esa muchacha es una de las hijas de Tonsard.

—Es como el farmacéutico, que hace provisión de víboras —comentó el señor Guerbet.

—Según habla usted, parece que haya visto al señor Vermut, el farmacéutico —contestó el doctor Gourdon.

Y señaló al diminuto boticario de Soulanges, quien estaba atravesando la plaza.

—¡Pobre hombre! —dijo el escribano, del que se sospechaba tenía relaciones platónicas con la señora Vermut—. Fíjense en el aire desaliñado que tiene... ¡Y se le cree un sabio!

—Sin él —replicó el juez de Paz—, no sé quién se encargaría de las autopsias; encontró veneno en el cadáver de aquel infeliz Pigeron, y los químicos de París dijeron ante el tribunal, en Auxerre, que ellos no lo habrían hecho mejor...

—No encontró nada —replicó Soudry—; pero, como dice bien el presidente Gendrin, es bueno que la gente crea que se ha encontrado algo...

—La señora Pigeron hizo bien en marcharse de Auxerre —dijo la señora Vermut—. Esta mujer es de inteligencia corta y, además, una verdadera loca. ¿Es que hay que recurrir a las drogas para poder deshacerse del marido? ¿Acaso no tenemos a nuestra disposición otros procedimientos más seguros y más inocentes para desembarazarnos de esa ralea? Me gustaría saber de alguien que tuviera nada que decir de mi conducta. El bueno del señor Vermut no me preocupa y no por eso está enfermo. ¿Y la señora de Montcornet? Vean como se pasea por sus pabellones y su parque con un periodista al que ella ha hecho venir de París, a sus expensas, y con el que se arrulla en las mismas barbas del general.

—¿A sus expensas...? —exclamó la señora Soudry—. ¿Está usted segura? Si pudiéramos tener una prueba, ¡qué bonito tema para una carta anónima al general...!

—¿El general...? —siguió la señora Vermut—. No impedirían que siguiera representando su papel.

—¿Qué papel? —preguntó la señora Soudry.

—Pues el de proporcionar a los dos una habitación.

—Si el desdichado Pigeron en vez de importunar a su mujer hubiese tenido ese tacto, todavía viviría —dijo el escribano.

La señora Soudry se inclinó hacia su vecino, el señor Guerbet de Conches; hizo una de aquellas muecas simiescas que ella creía haber heredado de su difunta señora, como heredó el juego de plata, es decir, por derecho de conquista, y redoblando la dosis de muecas, señaló a la señora Vermut, al jefe de correos, la cual estaba coqueteando con el autor de *La Boloquiada*, y le dijo:

—¡Vaya una mujer de mal tono! ¡Qué frases, qué maneras! No sé si podré seguir admitiéndola en *nuestro círculo de amistades* por mucho tiempo, especialmente

cuando está con nosotros el señor Gourdon, el poeta.

—¡Esto es la moral social! —exclamó el cura, quien lo había observado y oído todo sin decir una palabra.

Al escuchar este epigrama, o mejor dicho, esta sátira de la sociedad, tan concisa y tan verdadera que podía aplicarse a cada uno, propusieron jugar una partida de boston.

—¿No es ésta la vida corriente en todos los estamentos de eso que se ha convenido en llamar el mundo? Cambiad los términos, y no se dice nada más, ni nada menos, en los salones más distinguidos de París.

III

EL CAFÉ DE LA PAZ

Eran alrededor de las siete cuando Rigou pasó por delante del *Café de la Paz*. El sol poniente, que rodeaba como una faja la hermosa villa, esparcía entonces sus bellos colores rojizos, y el claro espejo de las aguas del lago hacía un impresionante contraste con el brillo de los resplandecientes cristales que reflejaban los más extraños e increíbles colores.

Súbitamente pensativo, el profundo político, ensimismado en sus tramas, dejaba andar a su caballo lentamente, por lo que, al pasar por delante del *Café de la Paz*, oyó su nombre a través de una de aquellas disputas que, según la observación del cura Taupin, constituían una violenta antinomia entre el nombre del establecimiento y su auténtica fisonomía.

Para una mejor comprensión de la escena, es preciso explicar la topografía de esa parte del país, bordeado por el café en la plaza y terminado en el camino cantonal por el famoso *Tívoli*, al que los intrigantes destinaban el papel de teatro para una de las escenas de la conspiración urdida desde hacía largo tiempo contra el general de Montcornet.

Por su situación en la esquina de la plaza con el camino, la planta baja de ese edificio, contruido en el mismo estilo de la casa de Rigou, tenía tres ventanas que daban al camino y dos sobre la plaza, entre las cuales había la puerta de entrada de cristales. El *Café de la Paz* tenía, además, una puerta falsa que daba a una avenida que lo separaba de la casa vecina, la de Vallot, un mercero de Soulanges, por la que se pasaba a un patio interior.

Esta casa, enteramente pintada de color amarillo oro, con excepción de los postigos de las ventanas, que lo estaban de verde, era una de las pocas casas de la pequeña localidad que tenían dos pisos y buhardillas. Véase por qué.

Antes de la asombrosa prosperidad de la Ville-aux-Fayes, el primer piso del edificio, que tenía cuatro habitaciones con una cama cada una y el pobre e ineludible mobiliario para justificar el calificativo de albergue, se alquilaba a quienquiera que se viese obligado a ir a Soulanges para asuntos oficiales, o a los visitantes que no se alojaban en el castillo. Pero desde hacía más de veinticinco años esas habitaciones amuebladas no tenían otros ocupantes que los saltimbanquis, los feriantes, los vendedores de remedios o los viajantes de comercio. Cuando llegaba la fiesta de Soulanges, las habitaciones se alquilaban a razón de cuatro francos diarios. Las cuatro habitaciones de Socquard le proporcionaban un centenar de escudos, sin contar el producto de las consumiciones extraordinarias que sus ocupantes hacían en el café.

La fachada del lado de la plaza estaba adornada con pinturas especiales. En el

trozo de pared que separaba cada ventana de la puerta, se veían unos tacos de billar cuidadosamente anudados por unas cintas, y cerca de esos nudos el vaho del ponche que humeaba en unas copas griegas. Las palabras CAFÉ DE LA PAZ brillaban pintadas de amarillo sobre un fondo verde, y a cada extremidad del letrero, unas pirámides de bolos tricolores. Las ventanas, pintadas de verde, tenían vidrieras de cristal corriente.

Una docena de tuyas, plantadas a derecha e izquierda en cajones, y que eran conocidas como los árboles del café, ofrecían al visitante el espectáculo de su vegetación tan enfermiza como pretenciosa. Los toldos, mediante los cuales los comerciantes de París y de algunas ciudades opulentas protegían sus tiendas contra los rayos del sol, eran por aquel entonces un lujo desconocido en Soulanges. Las redomas que se alineaban en las tablas de las ventanas justificaban su presencia porque se las empleaba para cocciones periódicas del licor. Concentrando sus rayos por medio de la curvatura de los cristales, el sol casi hacía hervir las botellas de madera, los jarabes, los alcoholes y los frascos de ciruelas y cerezas en aguardiente, expuestos a lo largo de las paredes, pues el calor era tan grande que obligaba a Aglaé, a su padre y al mozo a sentarse en taburetes a ambos lados de la puerta, mal protegidos por los depauperados arbustos que la señorita Socquard regaba con agua casi caliente. En ciertos días se les veía a los tres, al padre, a la hija y al mozo, sentados a la puerta del establecimiento como animales domésticos, durmiendo.

En el año 1804, época en que estuvo de moda *Pablo y Virginia*, el interior fue recubierto con un papel pintado representando las principales escenas de esa novela. Se veían unos negros recolectando café, del cual, por otra parte, no se bebía en aquel establecimiento ni veinte tazas al mes. Los productos coloniales estaban tan lejos de las costumbres soulangesas, que un forastero que hubiese pedido una taza de chocolate, habría puesto al señor Socquard en una embarazosa situación; no obstante, sí habría conseguido que se le sirviera el nauseabundo líquido hervido que producen esas tabletas en cuya composición entran más la harina, las almendras molidas y el azúcar cande que el azúcar de caña y el cacao, vendidas a dos sueldos por los tenderos de la localidad y fabricadas exclusivamente con la finalidad de arruinar el comercio de ese producto español.

En cuanto al café, el señor Socquard lo hacía simplemente hervir en un utensilio conocido en todas las casas con el nombre de *el gran caldero*, dejando caer en el fondo un polvo mezclado de achicoria, y servía la cocción, con una sangre fría digna de un camarero de París, en una taza de porcelana que, de caer al suelo, no se habría ni siquiera rajado.

En ese tiempo no se había disipado todavía en la villa de Soulanges el santo respeto que el azúcar causó en tiempos del Emperador, y Aglaé Socquard traía valerosamente cuatro terrones de azúcar del tamaño de avellanas al forastero que se atrevía a pedir tan literaria bebida.

La decoración interior se distinguía por unos espejos con marco dorado y unas

perchas para los sombreros; no había sufrido ninguna transformación desde la época en que todo Soulanges fue a admirar esa prodigiosa instalación; un mostrador de caoba pintada y con mármol de Santa Ana, sobre el que brillaban unos jarros de latón, y unas lámparas de dos brazos que, según se decía, eran un regalo de Gaubertin a la hermosa señora Socquard, completaban el decorado. Una capa de moho y de mugre lo empañaba todo, comparable únicamente a la que suele cubrir los cuadros antiguos olvidados, en los graneros.

Las mesas pintadas simulando mármol, los taburetes tapizados de terciopelo de Utrecht rojo, el redondo quinqué con caperuza de cristal, lleno de aceite que alimentaba dos mecheros y colgando del techo por medio de una cadena, fueron el principio de la celebridad del *Café de la Guerra*.

Allí, desde el 1802 al 1804, todos los burgueses de Soulanges iban a jugar al dominó y a la berlanga, mientras bebían sus pequeños vasos de licor o de vino cocido, acompañados con frutas en aguardiente o con galletas, toda vez que la escasez de productos coloniales les obligaba a prescindir del café, del chocolate y del azúcar. Sus preferencias eran los ponches y las golosinas. Estas preparaciones se hacían con una materia azucarada, almibarada, parecida a la melaza, nombre que se ha perdido pero que entonces hizo la fortuna de su inventor.

Esos detalles recordarán sitios análogos a los viajeros; y los que nunca han salido de París podrán tener una idea de lo que era aquel techo ennegrecido por el humo del *Café de la Paz* y los cristales empañados de las ventanas recubiertos de millones de puntitos oscuros que demostraban la independencia en que vivían determinadas clases de dípteros.

La hermosa señora Socquard, cuyas aventuras galantes superaron las de la Tonsard del *Grand-I-vert*, reinó allí, vestida a la última moda; incluso adoptó el turbante de las sultanas. La *sultana* gozó, en tiempos del Imperio, de la misma aceptación de que goza hoy en día el *ángel*.

En otro tiempo, todo el valle iba a copiar los modelos de turbantes, los sombreros con visera, los gorros de piel y los peinados chinos de la linda *cafetera*, a cuyo lujo contribuían todos los personajes de Soulanges. Alzando el talle hasta el plexo solar, tal como hicieron nuestras madres, tan orgullosas de sus encantos imperiales, Junia (se llamaba Junia) levantó la casa Socquard; su marido le debía la propiedad de unos viñedos, de la casa que habitaban y del *Tívoli*. El padre de Lupin había cometido, se decía, verdaderas locuras por la hermosa Junia Socquard; Gaubertin, que se la había quitado, le debía, y esto era seguro, el pequeño Bournier.

Los pormenores reseñados y la ciencia secreta mediante la cual Socquard preparaba el vino cocido, son ya bastante para comprender que el *Café de la Paz* hubiera alcanzado los honores de la popularidad; pero otras razones había que aumentaban su fama. Tanto en el establecimiento de Tonsard como en todas las demás tabernas del valle, solamente podía encontrarse vino, mientras que desde Conches a la Ville-aux-Faycs, en una circunferencia de seis leguas, el café de

Socquard era el único donde se podía jugar al billar y beber aquel ponche que tan admirablemente preparaba el dueño del local. Sólo allí se veían alineadas en el aparador botellas de vino extranjero, de licores finos y de frutas en aguardiente.

Su nombre resonaba, pues, por todos los rincones del valle, acompañado de pensamientos de voluptuosidades superfinas y con las que sueñan las gentes cuyo estómago es mucho más sensible que el corazón. A estas causas aún podía añadirse el privilegio de formar parte de las fiestas de Soulanges. En el orden inmediato superior, el *Café de la Paz* era, para la villa, lo que la taberna del *Grand-I-vert* para el campo, es decir, un depósito de veneno; era lugar de tránsito para todos los comadreos entre la Ville-aux-Fayes y el valle. El *Grand-I-vert* suministraba leche y man teca al *Café de la Paz*, y las dos hijas de Tonsard estaban en contacto diario con este local.

Para Socquard, la plaza de Soulanges era como un apéndice de su café. El Alcides pueblerino iba de puerta en puerta, hablando con todos, sin más vestido, en verano, que unos pantalones y un chaleco medio abrochado, según costumbre de los taberneros de las pequeñas localidades. Las gentes con quienes hablaba le tenían que advertir si alguien había entrado en el establecimiento, al que se dirigía con paso cansino, como contrariado.

Estas circunstancias deben convencer a los parisienses que jamás han salido de su barrio de la dificultad, mejor dicho, de la imposibilidad de que nada pasara inadvertido en el valle del Avonne, desde Conches hasta la Ville-aux-Fayes. En los medios rurales no existe ninguna solución de continuidad; pueden encontrarse locales como el *Grand-I-vert* o el *Café de la Paz*, que hacen el oficio de ecos, y donde las acciones más indiferentes, realizadas con el más estricto secreto, repercuten y se transmiten como por arte de magia. El chismorre social hace las veces de telegrafía eléctrica; así se realizan los milagros de noticias sabidas en un abrir y cerrar de ojos, de catástrofes ocurridas a enormes distancias.

Después de haber detenido su caballo, Rigou bajó del calesín y ató la brida a uno de los postes de la puerta del *Tívoli*. Luego encontró el más natural de los pretextos para escuchar la discusión sin ser notado, colocándose en medio de las dos ventanas, a través de una de las cuales podía, alargando un poco la cabeza, ver las personas y estudiar los gestos, al tiempo que captaba las palabrotas que repercutían en los cristales y que el silencio exterior dejaba entender.

—Y si yo le dijera al tío Rigou que tu hermano Nicolás quiere a la Péchina —gritaba una voz áspera—, que la está vigilando constantemente, y que intenta conseguirla aunque sea ante las narices de tu amo, él sabría como arrancaros las entrañas a todos vosotros, ¡hatajo de pillos del *Grand-I-vert*!

—Si te atreves a jugarnos esa mala pasada, Aglaé —contestó la voz chillona de María Tonsard—, no podrás contar la que yo te haré más que a los gusanos de tu tumba. ¡No te metas más en los asuntos de Nicolás ni en los míos con Bonnébault...!

Estimulada por su abuela, María, como puede verse, había seguido a Bonnébault; espiándole, pudo verle por la misma ventana ante la que se hallaba en aquel momento

Rigou, desplegando sus encantos y dirigiendo amables galanterías a la señorita Socquard, por lo que ésta se vio obligada a sonreírle. Esa sonrisa determinó la escena en medio de la cual había estallado esa revelación tan preciosa para Rigou.

—Vaya, señor Rigou, veo que está usted observando mi propiedad... —dijo Socquard dando una palmada en el hombro del usurero.

El cafetero venía de una granja situada al final de su jardín y donde se amontonaban juegos públicos, tales como máquinas de pesar, caballos para carreras de sortijas, balancines, etc., para oportunamente distribuirlos en el *Tívoli*; andaba sin hacer ruido gracias a las zapatillas de cuero amarillo que llevaba puestas y cuyo módico precio hace que se vendan cantidades considerables en provincias.

—Si tiene limones frescos, hágame una limonada —respondió Rigou—; la tarde es muy calurosa.

—¿Quién grita así? —dijo Socquard mirando por la ventana y viendo a su hija enzarzada en una discusión con María.

—Se disputan a Bonnébault —replicó Rigou con una mueca sardónica.

La cólera del padre se concretó entonces en Socquard por el interés del cafetero. El cafetero juzgó prudente escuchar desde el exterior, como hacía Rigou, mientras que el padre estaba deseando entrar y declarar que Bonnébault, aunque tenía muchas cualidades estimables a los ojos de un cafetero, no tenía ninguna lo bastante buena como para ser yerno de uno de los personajes de Soulanges. No obstante, Socquard recibía muy pocas proposiciones de matrimonio. A los veintidós años, su hija, en cuanto estatura, robustez y peso, competía con la señora Vermichel, cuya agilidad parecía algo portentoso. La costumbre de estar detrás de un mostrador aumentaba aún más la natural tendencia a la obesidad que Aglaé había heredado de su padre.

—¿Qué diablo tienen estas muchachas en el cuerpo? —preguntó Socquard a Rigou.

—¡Ah...! —respondió el ex benedictino—. De todos los diablos, es el que la Iglesia combate con más tesón.

Socquard, por todo comentario, se puso a examinar, en los lienzos de pared que separaban las ventanas, los tacos de billar, cuya alineación era difícil comprender a causa de los desperfectos que el paso del tiempo había producido.

En aquel momento Bonnébault salió del billar con un taco en la mano y le pegó un golpe a María, diciéndole:

—Me has hecho fallar una carambola, pero contigo no erraré, y te arrearé cada vez que no pongas sordina a tu cacareo.

Socquard y Rigou, juzgando que ya era tiempo de intervenir, entraron en el café por la plaza, haciendo que se levantara tal cantidad de moscas, que casi oscureció. El ruido se pareció al que producen desde lejos los educandos de una banda de tambores al hacer el redoble. Después de la primera impresión, las grandes moscas de vientre azulado, seguidas de otras más pequeñas, auténticas asesinas, y de tábanos de establo, volvieron a ocupar su sitio en los cristales del aparador, en el cual, y sobre tres

anaqueles de la estantería, cuya pintura había desaparecido bajo multitud de puntos negruzcos, podía verse una serie de botellas viscosas, alineadas como soldados.

María estaba llorando. Ser apaleada ante su rival por el hombre amado es una humillación que ninguna mujer puede tolerar, cualquiera que sea el lugar que ocupe en la escala social, y cuanto más bajo sea más violenta es la expresión de su odio; así, la hija de Tonsard no vio entrar a Rigou ni a Socquard; cayó sobre un taburete en un amargo y enfurecido silencio que el ex religioso no dejaba de observar.

—Busca un limón fresco, Aglaé —dijo el tío Socquard— y enjuaga tú misma un vaso.

—Has obrado muy prudentemente haciendo salir a tu hija —aseguró Rigou en voz baja a Socquard—, pues de permanecer aquí, quizá hubiera recibido alguna herida mortal.

Y con una mirada le indicó la mano con que María apretaba un taburete que había cogido para arrojárselo a la cabeza de Aglaé, a la que no perdía de vista.

—Vamos, María —dijo Socquard plantándose frente a ella—, aquí no se viene a destrozar taburetes..., y si rompieras mis cristales, no sería con la leche de tus vacas que me los pagarías...

—Tío Socquard, su hija es una miserable, y yo sé lo que le espera, sépalo usted. Si usted no quiere a Bonnébault para yerno, ya es hora de que le mande a jugar al billar a otro sitio que no sea esta casa... donde cada dos por tres pierde un centenar de sueldos...

Al principio de aquel flujo de palabras gritadas mejor que dichas, Socquard cogió a María por la cintura y la sacó fuera, a pesar de sus gritos y su resistencia. Y lo hizo a tiempo, pues Bonnébault había vuelto a salir de la sala de billar, con mirada iracunda.

—¡Esto no terminará así! —gritó María Tonsard.

Mariana Mendía—¡Déjanos ya en paz! —aulló Bonnébault, a quien Viollet sujetaba para impedirle que cometiera cualquier brutalidad—. Vete al diablo, donde nunca más te vea ni te oiga.

—¿Y tú dices esto? —replicó María dirigiendo a Bonnébault una mirada furibunda—. Devuélveme antes mi dinero y te regalo la señorita Socquard, si es lo bastante rica para mantenerte...

En ese punto, María, asustada al ver que Alcides Socquard apenas podía contener a Bonnébault, que había dado un salto de tigre, huyó hacia fuera.

Rigou hizo subir a María en su carretela para librarla de la cólera de Bonnébault, cuyas voces se oían incluso en la casa de Soudry; luego, después de dejarla escondida en el coche, regresó al café para tomarse la limonada, mientras examinaba el grupo formado por Plissoud, Amaury, Viollet y el mozo del café, quienes intentaban calmar a Bonnébault.

—Vamos, húsar, ahora te toca jugar a ti —dijo Amaury, jovenzuelo de corta estatura y pelo rubio.

—Además, ya se ha ido —añadió Viollet.

Si alguno demostró alguna vez sorpresa, fue Plissoud, en el instante en que vio al usurero de Blangy sentado en una de las mesas y más ocupado en observarle a él que interesado en la disputa de las dos muchachas. A pesar suyo, el ujier reflejó en su rostro la clase de estupefacción que causa el encuentro con un hombre contra el que se tiene algún agravio, o contra quien se está tramando algo, y regresó súbitamente al billar.

—Adiós, amigo Socquard —dijo el usurero.

—Voy a traerle su coche —respondió el dueño del café—; tómese el tiempo que quiera.

«¿Cómo me las arreglaría para saber lo que se dicen estos tipos mientras juegan su partida?», se preguntaba Rigou, que vio en un espejo la cara del mozo.

Aquel camarero era un hombre al que Socquard empleaba en múltiples trabajos: cuidaba los viñedos, barría el local y el billar, arreglaba el jardín y regaba el *Tívoli*, y todo por veinte escudos al año. Siempre iba sin chaqueta, salvo en las grandes festividades, y por todo vestido llevaba un pantalón de tela azul, zapatos bastos y un chaleco de terciopelo a rayas, sobre el que se ataba un delantal de tela ordinaria cuando estaba de servicio en la sala de billar o en el café. Aquel delantal era la insignia que ponía de manifiesto sus funciones. Sus servicios habían sido contratados en la última feria, ya que en aquel valle, lo mismo que en toda la Borgoña, los criados se contratan en la plaza, por años, igual que se compran los caballos.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Rigou.

—Miguel, para servirle —respondió el mozo.

—¿No viene por aquí alguna vez el tío Fourchon?

—Dos o tres veces por semana, con el señor Vermichel, que me da unos sueldos de propina por advertirle cuando su mujer *cae* sobre ellos.

—El tío Fourchon es una bellísima persona, educado y con mucho sentido común —dijo Rigou, quien pagó su limonada y salió de aquel hediondo local al ver que el dueño del café le había traído el calesín hasta la puerta.

Al subir al coche, Rigou vio al farmacéutico, y le llamó con un «¡Eh, señor Vermut!». Al reconocer al ricachón, Vermut apretó el paso, Rigou fue a su encuentro y le dijo al oído:

—¿Cree usted que hay algún reactivo capaz de desorganizar el tejido de la piel hasta el punto de causar una enfermedad real, como un panadizo en el dedo?

—Si el señor Gourdon colabora, sí —respondió el pequeño sabio.

—Vermut, ni una sola palabra de esto, o me enfadaré; pero hable con Gourdon y dígame que vaya a verme pasado mañana; le proporcionaré la delicada operación de cortar un dedo índice.

Luego el ex alcalde, dejando atónito al pequeño boticario, subió al coche y se sentó al lado de María Tonsard.

—Y bien, pequeña víbora —le dijo cogiéndola del brazo en cuanto hubo atado las

riendas del caballo a una anilla de la parte delantera del carruaje y mientras el animal iba al paso—; ¿crees que podrás conservar a Bonnébault entregándote a semejantes violencias...? Si fueras lista, harías todo lo posible para que se casara con ese tonel de estupidez, y podrías vengarte de los dos.

María no pudo evitar una sonrisa al contestar:

—¡Qué malo es usted! Con razón es el maestro de todos nosotros.

—Escucha, María, yo quiero mucho a los campesinos; pero lo que no me gusta es que ninguno se me meta en la boca, y un bocado de buena caza... Tu hermano Nicolás, como ha dicho Aglaé, persigue a la Péchina. Eso no está bien, porque yo protejo a esa muchacha; me heredaré treinta mil francos, y quiero casarla bien. He sabido que Nicolás, ayudado por tu hermana Catalina, ha estado a punto de matar a esa pobre niña esta mañana; verás a tu hermano y a tu hermana y les dirás: «Si dejáis a la Péchina tranquila, el tío Rigou libraré a Nicolás del servicio militar...».

—Es usted el diablo en persona —exclamó María—. Ya dicen que ha firmado usted un pacto con él... ¿Es posible?

—Sí —contestó gravemente Rigou.

—Durante las veladas se contaban casos así, pero nunca me lo había creído.

—Me ha garantizado que nada de lo que se haga contra mí tendrá éxito, que nadie podrá robarme jamás, que viviré cien años sin estar enfermo, que me saldré de todo y que hasta la hora de mi muerte seguiré joven como un gallo de dos años...

—Bien se ve que sí —repuso María—. Si es así, le será endiabladamente fácil salvar a mi hermano del servicio militar...

—Si él lo quiere, pues para conseguirlo no tiene más que disponerse a perder un dedo —prosiguió Rigou—, y yo le diré cómo.

—Pare. ¿Usted sigue el camino de arriba? —preguntó María.

—De noche nunca voy por otro —respondió el ex fraile.

—¿A causa de la cruz del término?

—Lo has adivinado, muchacha —contestó el diabólico personaje.

Había llegado a un lugar en el que la carretera cantonal iba por una especie de trinchera cortada en una pequeña elevación del terreno. Ese paso presentaba a ambos lados unos repechos, tan frecuentes en las carreteras francesas.

Al final de esa garganta, de un centenar de pasos, las carreteras de Ronquerolles y de Cerneu se cruzan entre sí, presididas por una cruz. Desde uno u otro repecho un hombre puede matar a cualquiera que pase por allí, con mayor facilidad toda vez que en esa eminencia era lo más fácil para un malhechor esconderse entre las cepas de las viñas. De ahí que el usurero, siempre prudente, jamás pasase por allí de noche; el Thune rodea ese montículo al que llaman el Otero de la Cruz. No podía imaginarse un lugar mejor para una venganza o un asesinato, ya que el camino que conduce a Ronquerolles se dirige al puente del Avonne pasando por delante del lugar de reunión para la caza, y el camino de Cerneux llega más allá de la carretera principal, de modo que el presunto asesino hubiera podido escoger la retirada entre los cuatro caminos de

Les Aigues, de la Ville-aux-Fayes, de Ronquerolles o de Cerneux, dejando en la duda a los que tratasen de darle caza.

—Voy a dejarte a 4a entrada del pueblo —dijo Rigou en cuanto vio las primeras casas de Blangy.

—Eso lo hace a causa de Anita, viejo cobarde —exclamó María—. ¿La despedirá pronto? Hace ya tres años que está con usted... Lo que más gracia me hace es que su vieja sigue gozando de buena salud... Es la venganza del buen Dios.

IV

EL TRIUNVIRATO DE LA VILLE-AUX-FAYES

El prudente usurero había obligado a su mujer y a Juan a levantarse con el alba y a acostarse al ponerse el sol, demostrándoles que la casa no sería asaltada mientras él velase hasta media noche y pudiese levantarse tarde. No solamente se había procurado tranquilidad desde las siete de la tarde hasta las cinco de la mañana, sino que también había acostumbrado a su mujer y a Juan a respetar su descanso y el de la Agar, cuya habitación estaba al lado de la suya.

Así, al día siguiente, hacia las seis y media, la señora Rigou, que con la ayuda de Juan estaba limpiando los establos, subió a llamar tímidamente a la puerta de la habitación de su marido.

—Rigou —dijo—, me encargaste que te llamara a esta hora.

El sonido de su voz, la actitud de la mujer, su aspecto atemorizado al obedecer una orden cuya ejecución podía ser mal recibida, demostraba la profunda abnegación en que vivía aquella pobre criatura y el afecto que sentía por su hábil tiranuelo.

—Está bien —gritó Rigou.

—¿Tengo que despertar a Anita? —preguntó ella.

—No; déjala que duerma. Ha estado levantada toda la noche —respondió él con voz seria.

Aquel hombre siempre estaba serio, incluso cuando se permitía alguna broma. En efecto, Anita había tenido que abrir misteriosamente la puerta a Sibilet, a Fourchon y a Catalina Tonsard, quienes habían ido a visitar al dueño de la casa a diferentes horas, entre las once de la noche y la una de la madrugada.

Diez minutos después, Rigou, cuidadosamente vestido, mucho más que de ordinario, bajó y lanzó a su mujer un «Buenos días, querida», que la hizo más feliz que si hubiera visto al general de Montcornet postrado a sus plantas.

—Juan —dijo dirigiéndose al ex converso—, no salgas de casa y no dejes que me roben, pues tú perderías más que yo.

Mezclando amabilidades con bufidos y esperanzas con trancazos, ese inteligente egoísta había conseguido hacer de las personas que le rodeaban tres esclavos tan fieles como tres perros.

Rigou, tomando como siempre el camino llamado de arriba, para evitar el Otero de la Cruz, llegó a la plaza de Soulanges hacia las ocho.

En el momento en que estaba atando las riendas en el torniquete más próximo a la portezuela, para llegar a la cual había que subir tres peldaños, ésta se abrió y Soudry mostró su cara marcada de viruela, cuyos dos negros ojuelos aún daban mayor astucia a su expresión.

—Empecemos por comer algo, ya que no podremos almorzar en la Ville-aux-Fayes hasta la una.

Llamó muy suavemente a una criada, tan hermosa y joven como la de Rigou, que bajó sin hacer ruido y a quien ordenó que sirviera un poco de jamón y pan; después fue él mismo a la bodega y trajo una botella de vino.

Rigou contempló por milésima vez aquel comedor con piso de roble, con techo moldurado y amplios aparadores pintados y barnizados, con arrimaderos altos en las paredes, con una estufa y adornado de un escudo, procedente todo de la señorita Laguerre. Los respaldos de las sillas tenían forma de lira, la madera pintada de blanco y barnizada, y el asiento de marroquín verde con clavos dorados. La mesa, de caoba maciza, tenía un hule verde cruzado de rayas más oscuras y adornado con flores de lis también verdes. El suelo, de madera minuciosamente frotada por Urbano, ponía de manifiesto el cuidado con que las ex criadas se hacen servir.

—Bah... —se dijo una vez más Rigou—. Esto resulta demasiado caro. Se come tan bien en mi comedor como pueda comerse aquí, y en cambio tengo la renta del dinero que costaría comprar un lujo tan inútil. ¿Dónde está la señora Soudry? —preguntó al alcalde de Soulanges, quien apareció con una venerable botella.

—Está durmiendo.

—Y usted no turba su sueño —añadió Rigou.

El ex gendarme guiñó el ojo con gesto burlón y señaló el jamón que Juanita, su hermosa criada, traía.

—Un pedazo de este jamón es capaz de espabilar a cualquiera —dijo el alcalde—; es de casa. Lo empezamos ayer...

—Mi querido consuegro, no sabía que tuviese cosas como éstas. ¿De dónde la ha sacado? —preguntó el ex benedictino al oído de Soudry.

—Es como el jamón —respondió el gendarme reanudando sus guiños—; sólo hace ocho días que la tengo.

Juanita, que aún llevaba puesto el gorro de dormir, una falda corta y los pies sin medias metidos en unas zapatillas, al estilo de la gente campesina, y que se había ajustado un mantón sobre la almilla, el cual no ocultaba por entero sus juveniles encantos, no parecía menos apetitosa que el alabado jamón de Soudry. Bajita, regordeta, con los brazos al aire y veteados de rojo, al final de los cuales unas manos anchas, con hoyuelos y de dedos cortos bien formados, demostraban lo saludable de su constitución. Era el auténtico tipo de la borgoñona, colorada, pero pálidas las sienes, el cuello y las orejas; el pelo castaño, los ojos ladeados hacia las orejas, las ventanas nasales amplias, la boca sensual y un poco de pelusa en las mejillas, unido todo a una expresión vivaz, pero atenuada por una actitud modosa y falaz, hacían de ella el verdadero modelo de la criada rapaz.

—En verdad que Juanita se parece al jamón —aseguró Rigou—. Si no tuviera una Anita, me gustaría tener una Juanita.

—Vale tanto la una como la otra —respondió el ex gendarme—, pues su Anita es

dulce, rubia, delicada... ¿Cómo sigue la señora Rigou...? ¿Está durmiendo...? —prosiguió bruscamente Soudry, para hacer ver a Rigou que había comprendido la galantería.

—Se despierta con el primer canto del gallo —contestó Rigou—, pero se acuesta como las gallinas. Yo me quedo a leer el *Constitucional*. Por la noche y por la mañana, mi mujer me deja que duerma, y no entraría en mi habitación por nada del mundo...

—Aquí sucede todo lo contrario —respondió Juanita—; la señora se queda hasta hora muy avanzada jugando a las cartas con los burgueses del pueblo; a veces son hasta quince personas en el salón; el señor se acuesta a las ocho y nos levantamos con el día...

—Esto os parece distinto, pero en el fondo es lo mismo. ¿Sabes lo que podríamos hacer, muchacha? Podrías venirte a mi casa, y yo mandaré aquí a Anita; todo sería lo mismo, pero diferente.

—¡Viejo tunante! —dijo Soudry—. Acabarás haciéndola avergonzar...

—¿Cómo, gendarme? ¿Te conformas con tener un solo caballo en tus establos? En fin, cada uno busca la felicidad allá donde la encuentra.

Juanita, a una orden de su dueño, salió para prepararle la ropa que se tenía que poner.

—¿Le has prometido casarte con ella cuando muera tu mujer? —preguntó Rigou.

—A nuestra edad —respondió el gendarme— ya sólo nos queda este sistema.

—Si se tratara de muchachas ambiciosas, sería el más rápido para encontrarse viudo de la noche a la mañana —replicó Rigou—, especialmente si la señora Soudry explicase delante de Juanita su manera de enjabonar las escaleras.

Esa frase dejó pensativos a los dos maridos. Cuando Juanita regresó para avisar que todo estaba preparado, Soudry le dijo un «Ven a ayudarme», que hizo sonreír al ex benedictino.

—He ahí una diferencia más —dijo—, sin ningún miedo yo te dejaría solo con Anita, consuegro.

Un cuarto de hora más tarde, Soudry, con su mejor traje, subió al calesín y los dos amigos dieron la vuelta al lago de Soulanges para dirigirse a la Ville-aux-Fayes.

—¿Y ese castillo...? —dijo Rigou cuando llegaron al lugar desde donde se veía el castillo de perfil.

El viejo revolucionario dio a sus palabras un acento que reveló todo el odio que alimentaban los burgueses del campo contra los grandes castillos y las grandes propiedades.

—Mientras viva, espero seguir viéndolo en pie —contestó el ex gendarme—. El conde de Soulanges fue mi general; gracias a él ingresé en la gendarmería y él hizo que me asignaran la correspondiente pensión cuando me retiré; además, deja administrar sus tierras a Lupin, cuyo padre ganó una fortuna. Después de Lupin será otro, pero mientras haya Soulanges, todo el mundo les respetará... Esa gente es

buena, y permite que cada uno haga su cosecha, y todos contentos.

—El general tiene tres hijos que a su fallecimiento tal vez no se pondrán de acuerdo; un día u otro, el marido de su hija y los hijos tendrán un pleito, y se verán obligados a vender esta inapreciable mina a traficantes que nosotros sabremos manejar.

El castillo de Soulanges ante ellos como si desafiase al monje exclaustrado.

—Sí, en aquellos tiempos se construía bien... —exclamó Soudry—. Pero el señor conde está ahora economizando sus rentas para hacer de Soulanges el mayorazgo de su título de par.

—Consuegro —respondió Rigou—, día llegará en que los mayorazgos caerán.

Una vez agotado el tema de los intereses, los dos burgueses empezaron a hablar de los méritos respectivos de sus camareras, pero en el dialecto borgoñón, demasiado cerrado para poder imprimir su diálogo. Ese inagotable tema les llevó tan lejos que pronto vieron la capital del distrito donde reinaba Gaubertin, la cual quizá excita lo suficientemente la curiosidad del lector para que admita, incluso los que tienen más prisa, una pequeña digresión.

El nombre de la Ville-aux-Fayes, aunque un tanto curioso, se explica fácilmente por la corrupción del mismo (en bajo latín, *villa in fago*, casa de campo en el bosque). Según dice ese nombre, un extenso bosque cubría en otro tiempo el delta formado por el Avonne en su confluencia con otro río, el Yonne, al que se une cinco leguas más allá. Sin duda un franco debió de construir una fortaleza en la cima de la colina que allí toma otro rumbo, y va a morir, por medio de un suave declive, en la ancha planicie donde Leclercq, el diputado, había comprado su propiedad. Separándola por un ancho y profundo foso del delta, el conquistador logró una posición estratégica formidable, esencialmente señorial, cómoda para percibir los derechos de peaje en los puntos precisos de los caminos y para velar por los derechos de molturación con que estaban gravados los molinos.

Tal es la historia de los primeros tiempos de la Ville-aux-Fayes. Dondequiera que ha existido un dominio feudal o religioso, ha engendrado intereses, habitantes, y más adelante pueblos, cuando las localidades estuvieron en disposición de atraer, de desarrollar o fundar industrias. El procedimiento ideado por Juan Rouvet para transportar la madera a flote, lo que exigía sitios favorables para la interceptación, creó la Ville-aux-Fayes, la cual, hasta entonces, comparada con Soulanges, no había sido más que un villorrio. La Ville-aux-Fayes se convirtió en el depósito de la madera que se sacaba de los bosques que, en una extensión de doce leguas, cubren las orillas de los dos ríos. Los trabajos exigidos por la rebusca, el reconocimiento de los troncos perdidos, la especie de almadías con cargamento de madera que el Yonne transportaba hasta el Sena, motivaron una gran afluencia de trabajadores. La población incrementó el consumo e hizo nacer el comercio. De esta forma la Ville-aux-Fayes, que a finales del siglo XVI no llegaba ni a seiscientos habitantes, contaba dos mil en el año 1790, y Gaubertin la hizo llegar a la cifra de cuatro mil. Veamos

cómo.

Cuando la Asamblea legislativa decretó la nueva división administrativa del territorio, la Ville-aux-Fayes, que estaba situada a la distancia en que, geográficamente, correspondía una Subprefectura, fue elegida, prefiriéndola a Soulanges, como capital de distrito. La Subprefectura implicó el establecimiento de un tribunal de primera instancia y la presencia de todos los empleados de una capital de distrito. El crecimiento de la población de París, aumentando el valor y las demandas de madera para la calefacción, incrementó necesariamente la importancia del comercio de la Ville-aux-Fayes. Gaubertin había asentado su reciente fortuna sobre esa previsión, adivinando la influencia de la paz sobre la población de París, la cual en el decenio de 1815 a 1825, aumentó por cierto en más de un tercio.

La configuración de la Ville-aux-Fayes queda determinada por la del terreno. Las dos líneas del promontorio estaban bordeadas por muelles. La barrera para detener la marcha de los troncos por el río estaba en la falda de la colina ocupada por el bosque de Soulanges. Entre la barrera y la ciudad, había un suburbio. La ciudad baja, situada en la parte más ancha del delta, se hundía casi en el mantel de agua del lago del Avonne.

Por encima de la ciudad baja, unas quinientas casas jardín, asentadas sobre la colina roturada desde hacía ya trescientos años, ocupaban tres de los flancos del promontorio, gozando todas ellas de los múltiples aspectos que proporcionaba la amplia sábana diamantina del lago del Avonne, rodeada de vías de ferrocarriles en construcción en sus orillas y de troncos de árbol apilados. Las aguas, repletas de madera de los bosques cercanos, y las alegres cascadas del Avonne, el cual, más alto que el río en el que vierte sus aguas, alimentan las ruedas de los molinos y las esclusas de varias fábricas, consiguen un cuadro muy animado, tanto más curioso cuanto que constituye su marco el verde espesor de los bosques, y el extenso valle de Les Aigues logra un magnífico contraste con los sombríos picos que dominan la Ville-aux-Fayes.

Frente a ese amplio panorama, la carretera real, que cruza la corriente por su puente a un cuarto de legua de la Ville-aux-Fayes, enlaza con el comienzo de una avenida bordeada de álamos donde hay un pequeño suburbio agrupado alrededor de la posta de caballos y de una hermosa granja. La carretera cantonal describe también una vuelta para llegar a ese punto, donde se une a la carretera principal.

Gaubertin se había construido una casa en un terreno del delta, con el proyecto de hacer una plaza que convirtiese la ciudad baja en un lugar tan hermoso como la ciudad alta. La casa que construyó era moderna y de piedra, con balcones, persianas y ventanas bien pintadas, sin otro adorno que una greca bajo la cornisa, techado de pizarra, un solo piso y el granero, un amplio patio y detrás un jardín a la inglesa regado con las aguas del Avonne. La elegancia de esa construcción obligó a la subprefectura, instalada provisionalmente en un cuchitril, a trasladarse a un edificio que se construyó frente al de Gaubertin, a cargo del departamento y a instancias de

los diputados Leclercq y Ronquerolles. La villa construyó también allí la alcaldía. El tribunal, que tenía alquilado un piso, pasó al palacio de justicia recién terminado, por lo que la Ville-aux-Fayes debió al inquieto genio de su alcalde una línea de construcciones modernas imponente. La gendarmería estaba construyendo un cuartel que completaría el cuadro formado por la plaza.

Estos cambios, de los que se sentían orgullosos los habitantes, se debían a la influencia de Gaubertin, quien hacía poco tiempo había recibido la cruz de la Legión de Honor, con ocasión del santo del rey. En una localidad así constituida y de moderna creación, no había aristocracia ni nobleza. También los burgueses de la Ville-aux-Fayes, orgullosos de su independencia, removían las querellas que se sucedían entre los campesinos y un conde del Imperio que había tomado partido por la Restauración. Para ellos, los opresores eran los oprimidos. El espíritu de aquella localidad mercantil era tan conocido por el gobierno que nombró subprefecto a un hombre de carácter conciliador, discípulo de su tío, el famoso Des Lupeaulx, una de esas personas acostumbradas a las transacciones, familiarizadas con las exigencias de toda clase de gobiernos, a las que los puritanos de la política, que no son mejores que aquéllas, califican de gentes corrompidas.

El interior de la casa de Gaubertin fue decorado con todas las novedades, bastante vulgares, del lujo moderno. Las paredes empapeladas con costosos papeles de colores y bordes dorados, arañas de bronce, muebles de caoba, iluminación astral, mesas redondas de mármol, vajilla de porcelana blanca con filetes de oro, para el desayuno; sillas tapizadas con tafilete rojo, grabados al aguatinta en el comedor, un mueble de casimir azul en el salón; todo detalles fríos y de una excesiva vulgaridad, pero que en la Ville-aux-Fayes se consideraban como el último grito de un lujo sardanapalesco. La señora Gaubertin desempeñaba el papel de una elegante de altos vuelos, daba pequeñas veladas, hacía carantoñas, a sus cuarenta y cinco años, como alcaldesa segura de su posición y que tenía su propia corte.

La casa de Rigou, la de Soudry y la de Gaubertin, ¿no son, para quien conoce Francia, la perfecta representación del pueblo, de la pequeña localidad y de la subprefectura?

Sin ser un hombre inteligente ni culto, Gaubertin tenía la apariencia de ser las dos cosas; debía la justeza de su visión y de su malicia a unos deseos desmesurados de lucro. No quería su fortuna ni para su mujer, ni para sus dos hijas, ni para su hijo, ni para sí mismo, ni por espíritu de familia, ni por la consideración que proporciona el dinero; aparte de su venganza, que le daba alientos para seguir viviendo, amaba el juego del dinero como Nucingen acaricia a la vez, según se dice, las monedas de oro que lleva en los dos bolsillos del pantalón. Los negocios eran la vida de ese hombre, y aunque estuviese ahído, desplegaba la misma actividad de un hombre que pasara hambre. Semejante a los criados de teatro, las intrigas, las jugadas, los golpes comerciales, los engaños, las astucias, las cuentas que debía dar o las que se le tenían que rendir a él; las escenas, las disputas por cuestiones de intereses, todo le

entusiasma, le mantenía la sangre en circulación y hacía que la bilis se le extendiera por todo el cuerpo. Iba y venía a caballo, en coche, por el río; asistía a las ventas, a las subastas; se trasladaba a París, siempre pensando en todo, sosteniendo mil hilos en sus manos y sin que jamás se le enredaran.

Vivaz, decidido en sus actos como lo era en sus ideas, bajo, ancho, rechoncho, de nariz fina, los ojos fulgurantes, el oído atento, parecía un perro de caza. Su cara curtida por el sol, morena y redonda, de la que sobresalían unas orejas quemadas, ya que solía usar gorra, estaba en perfecta armonía con su manera de ser. La nariz algo respingona y los labios siempre cerrados, sin que se abriesen jamás para decir una palabra amable. Sus espesas patillas formaban dos zarzales negros y relucientes sobre dos pómulos de color violento y se le perdían. Unos cabellos enmarañados, peinados naturalmente como los de una peluca de magistrado antiguo, blancos y negros, retorcidos como por la violencia del fuego que ardía en su cráneo moreno y que chisporroteaba en sus ojos grises rodeados de arrugas circulares, debidas sin duda a su costumbre de entornarlos al andar por el campo a pleno sol, completaban su fisonomía. Delgado, nervioso, tenía unas manos velludas, rígidas, marcados los tendones, corriente en las personas pagadas de sí mismas. Ese aspecto gustaba a los que tenían que tratar con él, pues nunca se desprendía de una engañosa jovialidad; conocía a la perfección el arte de saber hablar sin decir casi nada, y mucho menos lo que deseaba ocultar; escribía muy poco, para no tener que retractarse si se le había escapado alguna cosa imprudente. Sus escrituras y documentos los guardaba un cajero, hombre honrado, que las personas como Gaubertin siempre saben encontrar y de quien, en su interés, hacen su primera víctima.

Cuando el pequeño calesín de Rigou apareció, hacia las ocho, en la avenida que desde correos sigue a lo largo de la orilla, Gaubertin, con gorra, botas y chaqueta, regresaba ya de los muelles; se dio prisa al presentir acertadamente que Rigou no se hubiera desplazado a no ser que deseara tratar del *gran negocio*.

—Buenos días, señor enlazador; buenos días, barrigón lleno de hiel y de sabiduría —dijo dando una ligera palmada en el abdomen de sus dos visitantes—. Tenemos que hablar de negocios, y lo haremos con un vaso en la mano, como es de ley. Es mi lema.

—Haciéndolo siempre así, debería estar usted más gordo —contestó Rigou.

—Es que me preocupo demasiado; yo no me quedo, como ustedes, confinado dentro de casa, acoquinado como un viejo retirado... Pero ustedes saben entenderlo. Ustedes pueden trabajar con el fuego a la espalda, el vientre en la mesa, repantigados en un sillón... Los negocios vienen a ustedes. Pero entren ya. Estén en su casa todo el tiempo que quieran.

Un criado de librea azul con cabos rojos cogió el caballo por la brida y lo condujo hacia el patio donde estaban los servicios y los establos.

Gaubertin dejó que sus huéspedes se pasearan por el jardín y regresó al poco tiempo después de dar instrucciones para la comida.

—Mis queridos lobeznos —dijo frotándose las manos— han visto a la gendarmería de Soulanges camino de Conches; ha salido al despuntar el día; sin duda van a detener a los condenados por delitos forestales..., caramba, esto es serio, muy serio... A estas horas —añadió consultando el reloj— los muchachos deben de estar ya codo con codo.

—Probablemente —contestó Rigou.

—Y bien, ¿qué se dice en el pueblo? ¿Qué han decidido?

—¿Qué es lo que hay que resolver? —preguntó Rigou—. Nosotros no tenemos nada que ver con esto —añadió mirando a Soudry.

—¿Cómo? ¿Qué no están interesados en esto? Y si Les Aigues se ponen en venta a consecuencia de nuestras combinaciones, ¿quién va a ganar con esto cinco o seis mil francos? ¿Seré yo solo? Yo no estoy en situación de escupir dos millones; tengo tres hijos a quienes he de asegurar su porvenir y una esposa que no atiende a razones cuando se trata de gastar; me hacen falta socios. ¿Es que el señor incautador no tiene fondos disponibles? ¿No tendrá una hipoteca a punto de vencer? Yo me meto en el asunto con ochocientos mil francos; mi hijo, el juez, lo hará con doscientos mil; podemos contar con el incautador por doscientos mil más. ¿Por cuántos puede usted suscribirse, señor del solideo?

—Por el resto —respondió Rigou con frialdad.

—¡Vaya por Dios! Quisiera tener la mano donde tiene usted el corazón —dijo Gaubertin—. ¿Y qué piensa hacer?

—Lo mismo que haga usted. ¿Cuál es su plan?

—Mi plan —respondió Gaubertin— es vender la mitad de lo que compre a todos los de Conches, Cerneux y Blangy que deseen adquirir. El señor Soudry tendrá sus negocios en Soulanges, y usted los suyos aquí. En esto no hay dificultad alguna; ¿pero cómo nos arreglaremos entre nosotros? ¿Cómo nos repartiremos los lotes grandes...?

—Por Dios... Nada más sencillo que esto —afirmó Rigou—. Cada uno se quedará con lo que más le interese. Por mi parte yo no pienso causar preocupación a nadie, me quedaré con mi yerno y el señor Soudry con los bosques, pues están lo suficientemente devastados para que no puedan interesarle a usted; todo lo demás puede quedárselo; vale el dinero que empleará, de verdad.

—¿Firmará usted eso? —preguntó Soudry.

—Un documento así carecería de valor —respondió Gaubertin—. Además, ya ven ustedes que juego limpio; tengo plena confianza en Rigou, él será el comprador.

—Esto me basta —dijo Rigou.

—Yo no pongo más que una condición: la de quedarme con el pabellón, con sus dependencias y con cincuenta arapendes alrededor; yo pagaré los arapendes. Haré del pabellón mi casa de campo, y así estaré cerca de mis bosques. La señora Gaubertin..., doña Isaura, como desea ser llamada, dice que quiere hacer de él su villa.

—Me parece muy bien —añadió Rigou.

—Y ahora, entre nosotros —continuó Gaubertin en voz baja, después de echar una ojeada a su alrededor y asegurarse de que nadie podía oírle—, ¿les creen capaces de gastarnos alguna mala jugada?

—¿Una mala jugada? —repitió Rigou, que nunca quería comprender nada que se dijese a medias.

—¿Y si un hombre exaltado, si una mano oculta hiciera silbar una bala en los oídos del general..., simplemente para asustarle?

—Es hombre capaz de perseguirlo y detenerle.

—¿Entonces, Michaud?...

—Michaud no diría nada, seguiría como si tal cosa, espía y acabaría por encontrar al hombre y a quienes le armaron.

—Tiene usted razón —replicó Gaubertin—. Será preciso que una treintena se subleve a la vez, y mandarán a algunos a galeras...; en fin, serán detenidos los desgraciados que nos estorben después de habernos servido de ellos. Ustedes tienen por ahí dos o tres forajidos, como Tonsard y Bonnébault...

—Tonsard haría cualquier disparate —aseguró Soudry—, le conozco..., y podríamos calentarle los cascos por medio de Vaudoyer y Courtecuisse.

—Yo me encargo de Courtecuisse —dijo Rigou.

—Y yo tengo a Vaudoyer en el puño.

—Prudencia; ante todo prudencia —recomendó Rigou.

—Dígame, señor solideo, ¿por casualidad cree usted que hay algún mal en hablar de como van las cosas? ¿Acaso somos nosotros los que denunciamos, detenemos o espigamos los campos? Si el señor conde quiere hacerlo y contrata un administrador para explotar Les Aigues, adiós cestos; el asunto quedará concluido y probablemente perderá usted más que yo... Eso que decíamos es entre nosotros, y únicamente para nosotros, ya que pueden estar seguros que no diría ni una sola palabra a Vaudoyer que no pudiera repetir ante Dios y los hombres... Pero no hay nada que impida prever los acontecimientos y aprovecharse de ellos cuando llega la ocasión... Los campesinos de este distrito tienen la cabeza muy cerca de la gorra; las exigencias del general, su severidad, las persecuciones de Michaud y de los que tiene a sus órdenes les ha puesto fuera de sí; hoy en día las cosas han llegado a tal punto que apostarí cualquier cosa a que ha habido algún jaleo con la gendarmería... Y ya está bien; vamos a comer.

La señora Gaubertin se reunió con sus invitados en el jardín. Era una mujer muy pálida, con bucles a la inglesa que le caían a lo largo de las mejillas, que representaba el papel de apasionada virtuosa que pretendía no haber conocido el amor, que despertaba intereses platónicos en los funcionarios y que tenía como principal admirador al procurador del rey, su *patito*, decía ella. Se ponía gorros con borlas, pero a veces salía también sin sombrero, y abusaba de los colores azul celeste y rosa en sus vestidos. Bailaba, y adoptaba, a sus cuarenta y cinco años, posturas de jovencita; pero tenía unos pies enormes y unas manos espantosas. Le gustaba que la llamaran Isaura,

pues en medio de sus perifollos y de sus ridiculeces, tenía el buen gusto de encontrar innoble el apellido Gaubertin. Sus ojos eran claros y el pelo de un color indeciso, como el del algodón sucio. Por último, se puede decir de ella que era el modelo de muchas personas jóvenes que asesinaban el cielo con sus miradas y se hacían los angelitos.

—Caballeros —dijo saludándoles—, tengo raras noticias que comunicarles. Los gendarmes han regresado...

—¿Han traído prisioneros?

—¡Ninguno! El general, anticipándose, ha pedido clemencia..., que se ha concedido merced al feliz aniversario del regreso de nuestro rey entre nosotros.

Los tres socios se miraron.

—Ese gordo coracero es más listo de lo que yo creía —dijo Gaubertin—. Vamos a la mesa, debemos reparar nuestras fuerzas. Después de todo, no se trata de ninguna partida perdida, sino simplemente de una partida aplazada; ahora debe actuar usted, Rigou...

Soudry y Rigou regresaron a sus casas bastante contrariados al no poder idear ninguna catástrofe que resultara en provecho suyo y confiando, según les dijo Gaubertin, en el azar. Como muchos jacobinos, en los primeros días de la Revolución, furiosos y despechados por la bondadosa actitud de Luis XVI, provocaban una reacción violenta de la corte que condujera a la anarquía, pues para ellos significaba la fortuna y el poder, y los temibles enemigos del conde de Montcornet pusieron sus últimas esperanzas en el rigor que emplearían Michaud y sus guardas en la represión de nuevas devastaciones. Gaubertin les había prometido su colaboración, sin decir quiénes eran sus cooperadores, ya que no le interesaba que se supiesen sus relaciones con Sibilet. Nada iguala la discreción de un hombre del temple de Gaubertin, si no es la de un ex gendarme o la de un fraile exclaustado. Ese complot no podía terminar sino con bien, o por decirlo mejor, con mal, al ser obra de tres hombres templados en el odio y la pasión del lucro.

V

LA VICTORIA SIN LUCHA

Los temores de la señora Michaud eran producto de esa profunda visión que sólo proporciona el verdadero cariño. Exclusivamente dedicada a hacer la felicidad de un solo ser, su alma terminó por abarcar todo el mundo moral que la rodeaba, y lo vio con claridad. En su amor, una mujer experimenta los presentimientos que más tarde la sobrecogen en la maternidad.

Mientras la desdichada y joven mujer no conseguía evitar el oír esas confusas voces que proceden de los espacios ignotos, tenía lugar, efectivamente, en la taberna del *Grand-I-vert*, una escena en la que se trataba de la vida de su marido.

Hacia las cinco de la mañana, los madrugadores del campo vieron pasar a la gendarmería de Soulanges dirigiéndose hacia Conches. La noticia circuló rápidamente, y aquéllos a quienes afectaba esta cuestión quedaron sorprendidos al saber, por los de las tierras altas, que un destacamento de gendarmes, al mando del teniente de la Ville-aux-Fayes, había pasado por el bosque de Les Aigues. Como era limes, había ya suficientes razones para que los obreros fuesen a la taberna; pero era también la víspera del aniversario del regreso de los Borbones, y aunque los habituales del tugurio de los Tonsard no tenían necesidad de aquella *augusta causa* (como entonces se decía), para justificar su presencia en el *Grand-I-vert* no dejaron de hacer que prevaleciera en cuanto creyeron distinguir la sombra de un funcionario cualquiera.

Allí estaban Vaudoyer, Tonsard y su familia, Godain, que en cierto modo formaba parte de ella, y un viejo viñador de apellido Laroche. Este hombre, que vivía al día, era una de los delincuentes proporcionados por Blangy en la especie de recluta ideado para fastidiar al general por su manía de formular denuncias. Blangy había proporcionado otros tres hombres, doce mujeres, ocho muchachas y cinco muchachos, cuyos maridos y padres tenían que responder a sus acusaciones, y que se hallaban en un estado de indignancia; pero eran también los únicos que no poseían nada. El año 1823 había sido muy bueno para los viñadores, y el 1826 debía, por la gran cantidad de uva que prometía la cosecha, aumentar aún más sus ingresos; asimismo, los trabajos emprendidos por el general hicieron que el dinero corriese fácilmente por las tres comunas que rodeaban sus propiedades, y hubiera sido muy difícil encontrar entre Blangy, Conches y Cerneux ciento veinte proletarios; únicamente podían hallarse ancianas, madres o abuelas de los que poseían algo, pero que personalmente no tenían nada, como la madre de Tonsard. Aquel Laroche, viejo obrero delincuente, no valía para nada, ni tenía, como Tonsard, la sangre caliente y viciosa; estaba animado por un odio frío y sordo, trabajaba en silencio y su aspecto

era arisco; el trabajo era algo insoportable para él, pero no podía vivir si no trabajaba; sus facciones eran duras y su expresión repelía. A pesar de sus sesenta años, no carecía de fuerza, pero sus espaldas se habían ido debilitando, y andaba encorvado; se veía a sí mismo sin ningún porvenir, sin poder llegar a ser propietario de un pedazo de tierra, y envidiaba a los que la poseían; los bosques de Les Aigues no le merecían el menor respeto y se divertía haciendo destrozos inútiles.

—¿Les dejaremos que se los lleven? —decía Laroche—. Después de Conches, le tocará el turno a Blangy; soy reincidente y me tocarán tres meses de cárcel.

—¿Y qué se puede hacer contra la gendarmería, viejo borracho? —le dijo Vaudoyer.

—¡Toma! ¿Es que con las hoces no podríamos herirles las patas a los caballos? Pronto rodarían por el suelo; cargados los fusiles, y cuando se vean uno contra diez, no habrá quien los alcance. Si los tres pueblos se sublevaran y cayeran dos o tres gendarmes, ¿crees que iban a guillotinarlos a todos? No tendrían más remedio que plegar velas, como sucedió en otro lugar de la Borgoña, donde, en un asunto como el nuestro, tuvieron que mandar un regimiento. Pero en cuanto el regimiento regresó a sus cuarteles, los campesinos continuaron yendo al bosque, al que iban desde hacía muchos años, lo mismo que aquí.

—Matar por matar, mejor sería matar sólo uno —dijo Vaudoyer—; pero allí, sin peligro, de manera que todos los *armañacs* de la región se acobardasen.

—¿A cuál de esos bandidos te refieres? —preguntó Laroche.

—A Michaud —respondió Courtecuise—. Vaudoyer tiene razón, muchísima razón. Si mandamos a la sombra a uno de los guardas, veréis como difícilmente se encontrarán otros que quieran quedarse al sol vigilando. Están al acecho durante el día, pero también lo están durante la noche... ¡Son verdaderos diablos!

—Por cualquier parte que vayáis —dijo la vieja Tonsard, que tenía setenta años y que asomó su cara de pergamino, surcada por mil arrugas, agujereada por dos ojillos verdes y adornada con unos cabellos de un blanco sucio que le salía a mechones por debajo de un pañuelo rojo—, os los encontraréis y os arrestarán. Registran los haces de leña, y si encuentran una sola rama cortada, una sola ramita, os confiscarán el haz y seréis denunciados. Ya lo han dicho. ¡Ah, los muy miserables! No hay manera de escabullirse, y si desconfían, os harán deshacer el fardo... Son tres perros que no valen dos ochavos; si los mataran no se arruinaría Francia, creedme.

—El pequeño Vatel no es tan malo como los otros —observó la señora Tonsard, la nuera.

—Ése hace lo mismo que los demás —replicó Laroche—. Cuando se trata de reír, ríe contigo; pero no tiene consideración; es el más perverso de los tres, no tiene corazón ni piedad para el desdichado pueblo, como Michaud...

—Ese Michaud tiene una mujer muy hermosa —dijo Nicolás Tonsard.

—Está encinta —añadió la vieja—; pero si las cosas siguen así, el bautizo será sonado.

—¡Oh! Todos esos *armañacs* de París —dijo María Tonsard—; es imposible divertirse con ellos... Llegada la ocasión, te denunciarían sin tener en cuenta lo que antes se han divertido...

—Entonces, ¿has tratado de enredarlos? —repuso Courtecuisse.

—Seguro.

—Y bien —dijo Tonsard con aire decidido—, si son hombres como los demás, algo podría conseguirse.

—Yo creo que no —prosiguió María, reanudando sus pensamientos—. No saben divertirse. A saber qué les da ese cabezota del pabellón, quien, después de todo, está casado; pero Vatel, Gaillard y Steingel son solteros, no tienen a nadie en la región y ninguna mujer querrá nada con ellos.

—Ya veremos como se presentan las cosas durante la siega y la vendimia —dijo Tonsard.

—No dejarán espigar —aseguró la vieja.

—Lo sé muy bien —añadió la nuera Tonsard—. Groison me ha dicho que el señor alcalde va a publicar un bando que dirá que nadie podrá ir a espigar sin un certificado de indigencia; ¿y quién es el que lo dará? Pues él, y no dará muchos. También publicará la prohibición de entrar en los sembrados antes de que la última gavilla esté en la carreta...

—¿Pero ese maldito coracero es el demonio? —rugió Tonsard fuera de sí.

—No lo supe hasta ayer —prosiguió su mujer, la cual ofreció un vaso de vino a Groison para sonsacarle.

—Ése es feliz —dijo Vaudoyer—. Le han construido una casa, le han dado una buena esposa, tiene sus rentas y vive como un rey... y yo, con veinte años de guarda rural, sólo he coleccionado catarros.

—Sí, todo le va bien —afirmó Godain—, y tiene sus ahorros.

—Nosotros nos quedamos aquí quietos, de imbéciles que somos —exclamó Vaudoyer—. Por lo menos vamos a ver qué pasa en Conches; allí no tienen tanta paciencia como nosotros...

—Vamos —contestó Laroche, quien no se aguantaba muy firme sobre sus piernas—. Si no me cargo a uno o a dos, dejo de liarme como me llamo.

—Tú dejarías que detuviesen a toda la gente —le replicó Tonsard—, pero si alguien tocase a mi vieja, ahí está mi fusil, que no fallaría el tiro.

—Te digo —continuó Laroche dirigiéndose a Vaudoyer— que si se llevan tan sólo a uno de Conches, caerá un gendarme.

—¡Miren lo que dice el tío Laroche! —exclamó Courtecuisse.

—Lo dice, pero no lo ha hecho, ni lo hará... —replicó Vaudoyer—. ¿Qué valdría hacer una cosa así? Matar por matar, mejor sería matar a Michaud...

Durante esa escena, Catalina Tonsard estaba de centinela en la puerta de la taberna, para advertir a los bebedores que se callaran si pasaba alguien. A pesar de que las piernas no les obedecían demasiado, salieron de la taberna, y su ardor

belicoso les dirigió hacia Conches, siguiendo el camino que durante un cuarto de legua bordeaba los muros de Les Aigues.

Conches era un típico pueblo de Borgoña, con una sola calle, por la que pasaba la carretera. Las casas estaban construidas unas de ladrillo y otras de adobe, pero todas de aspecto misérrimo. Llegando por la carretera departamental de la Ville-aux-Fayes, se veía el poblado por la parte trasera, y entonces producía cierto efecto. Entre la carretera y los bosques de Ronquerolles, que eran una continuación de los de Les Aigues y coronaban, las alturas, se escurría un riachuelo, y varias casas muy apiñadas animaban el paisaje. La iglesia y el presbiterio eran un edificio aislado, delante del cual había una plaza rodeada de árboles y en la que los conspiradores del *Grand-I-vert* vieron a la gendarmería, por lo que apretaron el paso, sin perder un segundo. En ese momento tres hombres a caballo salieron por la verja de Conches, y los campesinos reconocieron al general, a su criado y a Michaud, el guarda mayor, quienes se lanzaron al galope hacia la plaza; Tonsard y los suyos llegaron pocos minutos después. Los delincuentes, hombres y mujeres, no habían ofrecido ninguna resistencia, permaneciendo entre los cinco gendarmes de Soulanges y los otros quince delegados de la Ville-aux-Fayes. Todos los habitantes del pueblo estaban allí. Los padres, las madres y los hijos de los prisioneros iban y venían, llevándoles lo que pudieran necesitar durante el tiempo que estuviesen en la cárcel. Era un espectáculo muy curioso el de esta población rural desesperada, pero casi silenciosa, como si hubiera tomado una determinación. Sólo hablaban las viejas y las jóvenes. Los niños y las niñas, para ver mejor, se habían encaramado sobre las pilas de madera y la piedra amontonada.

—Estos húsares de la guillotina han sabido escoger bien el momento... Han venido en un día de fiesta...

—¿Dejaréis que se lleven tranquilamente a vuestros maridos? ¿Qué vais a hacer durante tres meses, los mejores del año, cuando los jornales son más altos?

—Son ellos los verdaderos ladrones —replicó una mujer mirando a los gendarmes con ceño iracundo.

—¿Qué le pasa, abuela, para que nos mire así? —le preguntó un sargento—. Esto no durará mucho si seguís insultándonos.

—Yo no he dicho nada —se apresuró a contestar la mujer con tono sumiso y lastimero.

—Lo que te he oído..., yo podría hacer que te arrepintieses.

—Vamos, muchachos; hay que tener calma —dijo el alcalde de Conches, que era el maestro de postas—. Qué diablos... Estos hombres reciben órdenes y tienen que obedecer.

—Es verdad, el burgués de Les Aigues tiene la culpa de todo... Pero paciencia.

En ese momento el general apareció en la plaza, y su llegada levantó algunos murmullos que le impresionaron muy poco. Directamente se dirigió al teniente de la gendarmería de la Ville-aux-Fayes, y, después de hablar con él y de entregarle un

papel, el oficial se volvió a sus hombres y les dijo:

—Poned en libertad a los prisioneros; el general ha conseguido el perdón del rey.

En ese momento el general de Montcornet estaba hablando con el alcalde de Conches, pero al cabo de unos instantes de dialogar en voz baja, el alcalde, dirigiéndose a los delincuentes, quienes esperaban dormir en la cárcel y estaban sorprendidos de verse libres, les dijo:

—Amigos míos, dad gracias al señor conde, pues es a él a quien debéis la remisión de vuestra condena; ha solicitado vuestro indulto al gobierno de París, y lo ha conseguido por ser el aniversario del regreso del rey... Espero que en adelante os conduciréis mejor con un hombre que tan bien se porta con vosotros, y que respetaréis sus propiedades... ¡Viva el rey!

Y los campesinos gritaron «¡Viva el rey!» con entusiasmo, para no gritar: «¡Viva el conde de Montcornet!».

Esa escena había sido políticamente meditada por el general, de acuerdo con el procurador general y el prefecto, toda vez que se deseaba, al mismo tiempo que mostrar firmeza para estimular a las autoridades locales y aplacar la intolerancia campesina, emplear métodos suaves, tan delicada consideraban la cuestión. En efecto, la resistencia, de haber tenido lugar, hubiera sumido al gobierno en graves y profundas preocupaciones. Como había dicho Laroche, no era posible guillotinar a toda una comuna.

El general invitó a almorzar al alcalde de Conches, al teniente y al sargento. Los conspiradores de Blangy se quedaron en la taberna de Conches, donde los delincuentes libertados se gastaron en bebida el dinero que se llevaron para vivir en la cárcel, y los de Blangy participaron naturalmente de la boda, ya que la gente del campo llama *boda* a todos los festejos. Beber, disputar, pelearse, comer y volver a casa borracho y enfermo, es «ir a una boda».

Al salir por la verja de Conches, el conde llevó a sus invitados por el bosque para que vieran los destrozos sufridos y juzgasen la importancia que tenían.

En el momento en que, hacia el mediodía, Rigou regresaba a Blangy, el conde, la condesa, Emilio Blondet, el teniente de la gendarmería, el sargento y el alcalde de Conches terminaban de almorzar en aquella sala espléndida y fastuosa por la que había pasado el lujo de Bouret, y que ha descrito Blondet en la carta que dirigió a Nathan.

—Sería una lástima abandonar una casa como esta —dijo el teniente de la gendarmería, quien no había estado nunca en Les Aigues, al que se le había enseñado todo y que, mirando a través de una copa de champaña, observó la alegría natural y comunicativa de las ninfas desnudas que sostenían el techo.

—Nos defenderemos hasta la muerte —respondió Blondet.

—Si digo esto —prosiguió el teniente dirigiendo una mirada al sargento, como para recomendarle silencio— es porque creo que no todos los enemigos del general son campesinos.

El digno teniente estaba emocionado por el esplendor del almuerzo, por el magnífico servicio de mesa, por el lujo imperial que reemplazó al lujo de la cantante de la Ópera, y por las espirituales frases que Blondet fue intercalando en la conversación, las cuales le estimularon tanto como los caballerescos brindis que había pronunciado.

—¿Cómo es posible que yo tenga enemigos? —dijo el general con estupefacción.

—¡Él, con lo bueno que es! —añadió la condesa.

—Se ha ganado la enemistad de nuestro alcalde, el señor Gaubertin, y para vivir tranquilo, el señor general debería reconciliarse con él.

—¡Con él! —exclamó el conde—. ¿No sabe usted que fue administrador mío, y que es un sinvergüenza?

—Es algo más que un sinvergüenza —replicó el teniente—, es el alcalde de la Ville-aux-Fayes.

—Nuestro teniente es ingenioso —observó Blondet—. Está claro que un alcalde es esencialmente un hombre honesto.

Viendo el teniente, después de lo dicho por el conde, que era imposible hacerle comprender la realidad, no siguió la conversación sobre aquel tema.

VI

EL BOSQUE Y LA COSECHA

La escena de Conches había producido buen efecto, y por su parte los fieles guardas del conde velaban para que nadie se llevara más que la madera seca del bosque de Les Aigues. Sin embargo, en el transcurso de veinte años el bosque había sido tan intensamente explotado por los habitantes del pueblo que no había más que árboles nuevos, que los estaban matando por procedimientos muy simples y que no se descubrían sino después de mucho tiempo. Tonsard mandaba a su madre al bosque, el guarda la veía entrar, sabía por donde tenía que salir, y la detenía para registrar el haz que se llevaba, y, en efecto, sólo encontraba ramas secas y troncos caídos; ella se ponía a gemir, a quejarse por haber tenido que ir tan lejos con sus años y sólo para recoger cuatro miserables troncos. Pero lo que no decía era que había estado en lo más espeso del matorral, que había arrancado el rodrigón de un árbol joven y quitado la corteza del sitio en que estaba unido al tronco; tampoco le dijo que lo había rellenado de musgo y hojarasca tal como estaba antes de la operación; era prácticamente imposible descubrir aquella incisión hecha, no con una podadera, sino como si fuera rasgada, parecida a la que pudieran hacer esos animales roedores conocidos, según las regiones, con el nombre de atunes, turcos, gusanos blancos, y que no son otra cosa que larvas del abejorro. Estos gusanos se alimentan de la corteza de árboles y viven entre la corteza y la madera. Si el árbol es lo bastante corpulento para que el gusano haya pasado a su segunda metamorfosis, en la que queda aletargado hasta la segunda resurrección, el árbol está salvado, pues mientras fluya savia del sitio cubierto de corteza, el árbol seguirá creciendo. Para saber hasta qué punto la entomología va unida a la agricultura, a la horticultura y a los productos del suelo, bastará decir que los grandes naturalistas, como Latreille, el conde Dejean, Boisjelin, de París; Klugg, de Berlín; Gene, de Turín, etc., han llegado a afirmar que la mayor parte de los insectos conocidos se alimentan a expensas de la vegetación; que los coleópteros, cuyo catálogo ha sido publicado por Dejean, alcanzan a veintisiete mil especies diferentes, y que a pesar de las más intensas investigaciones de los entomólogos de todos los países, existe una inmensa cantidad de especies de las que se ignoran las triples transformaciones que caracterizan a todo insecto, y que, finalmente, no sólo toda planta tiene su insecto particular, sino que todo producto terrestre, por muy apartado que esté de la industria humana, tiene también el suyo. Así, el cáñamo, el lino, después de haber servido ya sea para cubrir, ya sea para atar a los hombres; después de haber rodado sobre el lomo de un ejército, se convierte en papel de escribir, y los que leen o escriben mucho están familiarizados con las costumbres de un insecto conocido con el nombre de *piojo del papel*, de un aspecto y

movimientos realmente maravillosos; experimenta transformaciones totalmente desconocidas en una resma de papel cuidadosamente guardada, y se le puede ver correr y saltar, enfundado en su magnífico vestido reluciente como el talco o la cal; es como una carpa voladora.

La oruga es la desesperación del agricultor; escapa bajo tierra a todas las circulares administrativas, que no pueden ordenar sus vísperas sicilianas más que cuando se ha transformado ya en larva, y si las gentes supieran qué desastres les amenazan si no se exterminan esos insectos, obedecerían con más diligencia las instrucciones prefectorales.

Holanda ha estado a punto de desaparecer; sus diques han sido carcomidos por los taredos, y la ciencia ignora en qué insecto acaba convirtiéndose el taredo, lo mismo que ignora las metamorfosis anteriores de la cochinilla. El cornezuelo del centeno posiblemente no es más que un conjunto de insectos que el genio de la ciencia se ha visto incapaz de descubrir. Así, a la espera de la cosecha y de la vendimia, una cincuentena de mujeres viejas se dedican a imitar el trabajo de la oruga al pie de quinientos o seiscientos árboles, que debían ser cadáveres a principios de la primavera y no cubrirse ya más de hojas; y esos árboles fueron escogidos entre los que había en los lugares más inaccesibles del bosque, de modo que su ramaje les pudiese pertenecer en un día no muy lejano. ¿Quién había revelado aquel secreto? Nadie. Courtecuisse se quejaba en la taberna de Tonsard de tener, en su jardín, un olmo que perdía vitalidad; el olmo estaba enfermo, y había sospechado si se traba de la oruga, ya que él sabía muy bien su capacidad destructora y cuando la oruga se apodera de un árbol, el árbol está irremisiblemente perdido... Entonces informó a su auditorio de la taberna de cómo procede la oruga... Las viejas se entregaron a aquella obra de destrucción con un misterio y una habilidad de hadas, empujadas por las rigurosas medidas adoptadas por el alcalde de Blangy, y que se obligó a tomar a todos los alcaldes de los ayuntamientos adyacentes. Los guardas rurales pregonaron una proclama que decía que a nadie se le permitiría espigar los campos sin un certificado de indigencia extendido por los alcaldes de cada ayuntamiento, un modelo del cual fue mandado por el prefecto al subprefecto, y por éste a cada uno de los alcaldes. Los grandes propietarios del departamento admiraron la conducta del general de Montcornet, y el prefecto dijo que si, en vez de seguir en París, las altas esferas sociales fueran a vivir en sus propiedades, se conseguirían resultados altamente interesantes y beneficiosos para el país, pues medidas como aquélla, añadía el prefecto, deberían promulgarse por todas partes, aplicarlas en conjunto y suavizarlas con un espíritu de comprensión, con una benevolente filantropía, como hacía el general de Montcornet.

En efecto, el general y su esposa, asesorados por el abate Brossette, realizaban obras benéficas; deseaban demostrar, por medio de resultados incontestables, a quienes les depredaban que ganarían mucho más dedicándose a trabajos legales. Entregaban cáñamo para hilar y pagaban la manufactura; con el hilo conseguido, la

condesa hacía fabricar tela, para confeccionar delantales, paños para la cocina y camisas para los pobres. El conde emprendió las mejoras reclamadas por los obreros, y sólo empleó a los de los ayuntamientos vecinos. Sibilet fue el encargado de todos esos detalles, mientras que el abate informaba a la condesa de quiénes eran los verdaderamente necesitados, y a menudo les acompañaba hasta su presencia. La señora de Montcornet tenía su sección de beneficencia en la amplia antecámara que daba a la escalinata. Era una hermosa sala de espera, enlosada con mármol blanco y rojo y adornada con una gran estufa de loza, rodeada de cómodas banquetas tapizadas en rojo.

Allí fue donde una mañana, antes de la cosecha, la vieja Tonsard condujo a su nieta Catalina, quien según ella, tenía que hacer una confesión terrible para el honor de una familia pobre pero honrada. Mientras hablaba, Catalina permanecía en una actitud de criminal; contó *el lío* en que se hallaba, y que no se había atrevido a confiar a nadie más que a su abuelo; su madre la habría echado de casa; su padre, que era hombre de honor, la hubiera matado. Si tan sólo tuviese mil francos, podría casarse con un pobre trabajador apellidado Godain, quien lo sabía todo, y que la quería como un hermano; podría comprar un trozo de tierra, por malo que fuese, y construir en él una cabaña... Era realmente enternecedor. La condesa prometió consagrar a ese matrimonio la cantidad necesaria para realizar su sueño. El matrimonio feliz de Michaud, así como el de Groison, bastaban para darle ánimos. Además, esa boda, ese matrimonio, sería buen ejemplo para las gentes de la región y les estimularía a conducirse con honestidad. Quedó, pues, decidida la boda de Catalina Tonsard y Godain por medio de los mil francos prometidos por la condesa.

En otra ocasión, una vieja muy horrible, la madre de Bonnébault, que vivía en una choza entre la puerta de Conches y el pueblo, apareció con una carga de madejas de hilo.

—La señora condesa ha hecho maravillas —decía el abate lleno de esperanza en el progreso moral de aquellos rústicos—. Esta mujer hablaba en otro tiempo de ir al bosque a hacer destrozos, pero ahora, ¿por qué tendría que ir allí? Está hilando desde la mañana a la noche, tiene con qué emplear el tiempo y esto le proporciona buenos ingresos.

El país estaba en calma; Groison traía informes satisfactorios, los delitos parecían tender a disminuir, y probablemente la situación de las gentes hubiese cambiado totalmente sin la actividad rencorosa de Gaubertin, sin las cábalas burguesas de la alta sociedad de Soulanges y sin las intrigas de Rigou, quien soplaba como un fuego de fragua el odio y el crimen en el corazón de los campesinos del valle de Les Aigues.

Los guardas seguían quejándose de encontrar muchas ramas cortadas con la evidente intención de preparar leña para el invierno, y buscaban a los autores de esos excesos, sin poderlos sorprender. El conde, ayudado por Groison, no concedió certificado de indigencia más que a los treinta o cuarenta hombres realmente pobres

de la comuna; pero los alcaldes de los alrededores fueron mucho menos rígidos. Como el conde se había mostrado clemente en el asunto de Conches, decidió ser severo en el de la espigadura, pues había degenerado en un auténtico robo. No se ocupaba en absoluto de sus tres granjas protegidas por murallas; sólo se desvivía por sus alquerías, que eran bastante numerosas; tenía seis, y cada una de una extensión de doscientos arapendes de tierra. Había publicado un bando por el que, bajo pena de sanciones que establecería el juzgado de paz, quedaba terminantemente prohibido entrar en los campos antes de que fuesen retiradas las gavillas; por otra parte, su ordenanza únicamente le afectaba a él. Rigou conocía la región; había dado en arrendamiento sus tierras laborables a gentes que sabían cómo recoger la cosecha, y, además, se hacía pagar el arrendamiento en grano, de modo que la espigadura no le afectaba. El resto de los propietarios eran campesinos y entre ellos no se perjudicaban. El conde ordenó a Sibilet que se pusiera de acuerdo con sus aparceros para que se segase el trigo de cada alquería, una después de otra, agrupando a todos los segadores en vez de dejarlos diseminados, lo que dificultaba su vigilancia. El conde fue personalmente con Michaud a inspeccionar como iban las cosas. Groison, que había sugerido esa medida, debía asistir a todas las tomas de posesión de las tierras del rico propietario por los indigentes. Los habitantes de las grandes ciudades nunca podrán imaginarse lo que es para los habitantes del campo ir a espigar; su pasión es algo realmente inexplicable, pues se da el caso de mujeres que abandonan tareas bien retribuidas para ir a espigar. El trigo que recogen así les parece mejor; la provisión de grano así conseguida, y que constituye su más sustancial alimentación, tiene un atractivo inmenso. Las mujeres llevan con ellas a sus hijos y a sus hijas; los ancianos más desvalidos tampoco dejan de ir, y, como es natural, hasta los que poseen bienes afectan la mayor miseria. Para ir a espigar, todos se visten con harapos. El conde y Michaud, a caballo, asistieron a la primera entrada de esa gente andrajosa en la primera parcela de la primera alquería. Eran las diez de la mañana, el mes de agosto es muy caluroso, y el cielo, sin nubes, como un infinito lienzo azul; la tierra quemaba, el trigo llameaba y los segadores trabajaban con la cara cocida por la reverberación de los rayos solares sobre una tierra endurecida y sonora, callados, con la camisa sudada y bebiendo de vez en cuando el agua de las jarras de barro, redondas como un pan, con dos asas y la boca tapada con un trozo de madera de sauce.

Al final de los campos segados, donde estaban las carretas cargadas de gavillas, había un centenar de individuos que, ciertamente, habrían dejado muy atrás las más horribles concepciones que los pinceles de Murillo o Teniers, los más osados en este género, o los de Callot, el príncipe de la fantasía de los míseros, hubiesen podido realizar; sus piernas de bronce, sus cabezas rapadas, sus pingajos, los colores de su rostro, tan extremadamente alterados; la tela de sus míseros vestidos, con la trama al aire, grasientos, húmedos y llenos de manchas, e incluso su ideal sobre la materialidad de las miserias humanas había sido superado, lo mismo que las expresiones ávidas, inquietas, estupefactas, idiotas, salvajes, de esos rostros tenían,

sobre las inmortales composiciones de los reyes del colorido, la eterna ventaja que mantiene la naturaleza sobre el arte. Había allí viejas con cuello de pavo, de párpados sin pestañas y rojos, que adelantaban la cabeza como los perros que rastrean una perdiz; niños silenciosos como soldados en una formación; niñas que iban de un lado para otro como animales que esperan salir a pacer; las maneras de ser de la infancia y de la ancianidad estaban oprimidas por un deseo feroz: el de los bienes ajenos convertidos en suyos por el abuso. Todos los ojos ardían, todos los gestos amenazaban, pero todos, al verse delante del conde, callaban, lo mismo que hacían ante el guarda mayor o el guarda rural. Allí estaban representados la gran propiedad, los granjeros, los trabajadores y los pobres; allí se manifestaba claramente la cuestión social, pues el hambre había convocado a todos los rostros provocativos... El sol ponía de relieve sus duros rasgos y sus arrugas; quemaba los pies descalzos y sucios por el polvo; había niños sin camisa, apenas cubiertas sus carnes con una blusa deshilachada; los rizados y rubios cabellos llenos de paja, de heno o de briznas del bosque; algunas mujeres llevaban de la mano a los pequeños que hacían cuatro días que andaban, y de cuando en cuando los dejaban que jugasen en un hoyo.

Ese cuadro sombrío era desgarrador para un viejo soldado que tenía un corazón de oro; el general dijo a Michaud:

—Me desconsuela ver esto. Hay que confirmar la necesidad de estas medidas y persistir.

—Si cada propietario le imitara a usted, viviera en sus tierras e hiciera el bien que usted hace en las suyas, mi general, no habría, no digo pobres, pues pobres habrá siempre, pero no habría nadie que no pudiese vivir de su trabajo.

—Los alcaldes de Conches, de Cerneux y de Soulanges nos han mandado sus pobres —dijo Groison, que había estado comprobarlos sus certificados— y eso no está bien.

—No, pero nuestros pobres irán también a esas otras comunas —contestó el conde—. Por esta vez, ya es bastante con haber conseguido que no nos roben el trigo directamente de las gavillas; debemos hacer las cosas paso a paso —añadió al tiempo que se manchaba.

—¿Le habéis oído? —dijo la vieja Tonsard a la vieja Bonnébault, pues sus últimas palabras el conde las dijo en un tono menos bajo que las anteriores, llegando a los oídos de una de las dos viejas que estaban apostadas en el camino que bordeaba el campo.

—Sí, que no será esto sólo; hoy un diente, mañana una oreja. Si pudieran encontrar una salsa para comérsenos las entrañas como las de las terneras, comerían cristiano —respondió la vieja Bonnébault, mostrando al conde, al pasar cerca de ella, su perfil amenazador, pero al que en un santiamén dio una expresión hipócrita mediante una mirada almibarada y una mueca dulzona, al mismo tiempo que se apresuraba a hacer una profunda reverencia.

—¿Vosotras, a quienes mi mujer os ha hecho ganar tanto dinero, también

espigáis?

—¡Ah, mi querido señor, que Dios le conserve la salud! Pero ya ve usted, mi hijo se lo come todo, y me veo obligada a esconder un poco de trigo para tener pan en invierno... Recogemos un poco...; eso nos ayuda.

La espigadura proporcionó poco provecho a los espigadores. Viéndose apoyados, los granjeros y los cortijeros hicieron segar sus cosechas, cuidaron de que no se llevaran gavillas ni entraran los que no tuviesen certificado para espigar, y al menos no se produjo el abuso y el pillaje de años precedentes.

Acostumbrados los espigadores a encontrar en sus espigaduras una determinada cantidad de grano, y habiéndose quedado sin nada esta vez, tanto los falsos como los verdaderos indigentes acusaron un sordo descontento que fue alentado por los Tonsard, los Courtecuisse y los Bonnébault; por Laroche, Vaudoyer y Godain y sus compinches en las reuniones de la taberna. Aún fue peor después de la vendimia, pues Sibilet, haciendo gala de un notable rigor, no permitió que entrase nadie en las viñas hasta que todos los trabajos de la recolección estuvieron definitivamente terminados. Esto exasperó los espíritus al máximo; pero cuando hay un abismo tan grande entre la clase que se subleva e irrita y la que es amenazada, las palabras no llegan a los oídos, ni es posible darse cuenta de lo que sucede más que por medio de hechos, ya que los descontentos se entregan a una labor subterránea como si fuesen topos.

La feria de Soulanges había transcurrido con cierta tranquilidad, únicamente turbada por alguna pequeña disputa entre la primera y la segunda sociedad, suscitada por el inquieto despotismo de la reina, que no quería en modo alguno tolerar la existencia del imperio que había establecido y fundado la hermosa Eufemia Plissoud en el corazón del brillante Lupin, en quien parecía haber fijado para siempre sus veleidosos ardores.

Ni el conde ni la condesa habían aparecido en la feria de Soulanges ni en la fiesta del *Tivoli*, y eso fue considerado como un verdadero crimen por los Soudry, los Gaubertin y sus acólitos; eso era orgullo, desprecio, se decía en el salón de la señora Soudry. Durante esos días la condesa procuraba llenar el vacío que le significaba la ausencia de Emilio con el inmenso interés que une los corazones bondadosos al bien que realizan o creen realizar; y el conde, por su parte, se aplicaba con no menos celo a las mejores materiales de sus tierras, lo que debía, según él, modificar de manera muy favorable la posición, y por lo tanto el carácter, de los habitantes de esta región. Ayudado por los consejos y la experiencia del abate Brossette, la señora de Montcornet iba adquiriendo poco a poco un conocimiento estadístico de las familias necesitadas de la comuna, de su respectiva posición, de lo que les faltaba, de sus medios de existencia y de la inteligencia y tacto con que debía acudirle en su ayuda, para que no se volvieran perezosos y se entregaran al ocio.

La condesa había mandado a Genoveva Niseron, la Péchina, a un convento de Auxerre, con el pretexto de que aprendiera suficiente costura para poderla emplear en

su casa, pero, en realidad, para sustraería a las infames tentativas de Nicolás Tonsard, al que Rigou había conseguido librar del servicio militar. Pensaba también la condesa que una educación religiosa, el claustro y una vigilancia monástica reducirían a la larga las ardientes pasiones de esa precoz niña, cuya sangre montenegrina aparecía, a veces, como una llama amenazadora, preparándose desde lejos a incendiar la felicidad doméstica de su fiel Olimpia Michaud.

Así, pues, todo estaba tranquilo en el castillo de Les Aigues. El conde, adormecido por Sibilet y tranquilizado por Michaud, se aplaudía a sí mismo por su firmeza, agradeciendo a su esposa el haber contribuido con sus obras benéficas a conseguir el inmenso resultado que constituía su tranquilidad. El problema de vender la madera el general esperaba resolverlo en París entendiéndose con los comerciantes. No tenía idea alguna de la manera como se llevaban a cabo las transacciones e ignoraba por completo la influencia de Gaubertin en todo el curso del Yonne, que en gran proporción surtía a París de madera.

VII

EL LEBREL

Hacia mediados de septiembre, Emilio Blondet, que había tenido que ir a París por asuntos relacionados con la publicación de un libro suyo, volvió a Les Aigues para descansar y seguir pensando en los trabajos que proyectaba para el invierno. En Les Aigues, el joven amable y cándido de los días que suceden a la adolescencia reaparecía en aquel periodista fatigado por la vida.

—¡Qué corazón tan bondadoso! —se decían el conde y la condesa.

Los hombres acostumbrados a hundirse en los abismos de la naturaleza social, a quererlo saber todo, a no reprimir nada, hacen de su corazón un oasis; se olvidan de sus propias perversidades y de las de los demás; se convierten, en un círculo limitado y reservado en pequeños santos; tienen delicadezas casi femeninas y se entregan a una realización momentánea de su ideal; para una sola persona que les adora son angélicos, y no hacen comedia; ponen su alma al descubierto, por así decirlo; sienten la necesidad de limpiar sus manchas de barro, de cuidar sus llagas, de curar sus heridas. En Les Aigues, Emilio Blondet estaba sin ponzoña y casi sin espíritu, no decía ni un solo epigrama, tenía una ternura de corderino, era un platónico suave.

—Es un joven tan bondadoso que cuando no está aquí le echo de menos —decía el general—. Me gustaría que hiciese carrera y que abandonara la vida que lleva en París...

Jamás el magnífico paisaje y el parque de Les Aigues habían estado tan voluptuosamente hermosos como en aquellos días. En los primeros días del otoño, cuando la tierra, cansada de dar nueva vida, despojada de sus productos, exhala deliciosos aromas vegetales, los bosques sobre todo son algo maravilloso; empiezan a tomar ese tinte de un verde bronceado, cálidos colores de tierra de Siena, consiguiendo los bellos tapices bajo los cuales se esconden como para desafiar los fríos del invierno.

La naturaleza, después de haberse mostrado en la primavera pimpante y alegre como una morena que aguarda, se hace entonces melancólica y suave, como una rubia que recuerda; la hierba se dora, las flores otoñales exhiben sus pálidos tonos, las margaritas abren más rara mente sus blancos ojos y no se ven ya más que cálices violáceos. Abunda el amarillo, las espesuras van quedando sin follaje y se oscurece su color; el sol, cuyos rayos caen en forma oblicua, vierte luces anaranjadas y furtivas, trazos luminosos que desaparecen rápidamente como los flotantes vestidos de las mujeres que dicen adiós.

La mañana del segundo día después de su regreso, Emilio Blondet estaba en la ventana de su habitación, la cual daba a una de las terrazas de balcón moderno desde

la que se divisaba una espléndida vista. Sobre ese balcón se abrían las habitaciones reservadas a la condesa, en la fachada fronteriza a los bosques y al paisaje de Blangy. El estanque, que habrían calificado de lago si Les Aigues hubieran estado más cerca de París, se veía un poco, lo mismo que su largo canal; el arroyo que venía del lado del pabellón atravesaba una alfombra de hierba atornasolada y con encajes de arena.

En la parte exterior del parque se veían las aldeas y sus murallas, los cultivos de Blangy, algunas praderas donde pacían unas vacas, propiedades rodeadas de setos, con árboles frutales, nogales y manzanos; más allá, como un marco para este cuadro, las montañas donde se elevaban, como un piso sobre otro, los esbeltos árboles del bosque. La condesa había salido en zapatillas para contemplar las flores de su balcón que exhalaban el perfume matinal; llevaba un peinador de batista bajo el cual se entreveían sus hombros rosados; un gracioso gorrito con el que trataba de sujetarse el cabello, sin conseguirlo; la piel de sus piernas brillaba a través de las transparentes medias, y el peinador sin cinturón, flotaba y dejaba ver una enagua de batista bordada mal ajustada, viéndosele también cuando el viento le entreabría el ligero peinador.

—¡Ah...! ¿Está usted aquí? —preguntó ella.

—Sí...

—¿Qué estaba mirando?

—¡Linda pregunta! Me ha arrancado usted de la naturaleza... Dígame, condesa, ¿le gustaría dar, antes de la comida, un paseo por el bosque?

—¡Qué idea! Ya sabe que me aterra andar.

—Iremos despacio; la llevaré en el tálburi, y nos lle varemos a José para que lo guarde... Nunca pone usted los pies en el bosque, quiero que disfrute de un singular fenómeno: hay en algunos sitios cierta cantidad de copas de árboles que tienen el color de los bronce florentinos.

—Muy bien, voy a vestirme...

—Entonces no saldremos ni dentro de un par de horas... Póngase un chal, un sombrero..., unos borceguíes...; no necesita más. Voy a decir que enganchen el caballo.

—Siempre hay que hacer su santa voluntad... Estoy lista en un instante.

—General, vamos a dar un paseo; ¿quiere venir usted? —dijo Blondet yendo a despertar al conde, quien dejaba escapar los ronquidos del hombre que todavía está dominado por el sueño matutino.

Un cuarto de hora después, el tálburi rodaba lentamente por las avenidas del parque, seguido a distancia por un criado de librea.

Era una mañana de septiembre. El profundo azul del cielo resplandecía en medio de las nubes como la lana de los corderos, que parecía el fondo y el éter el accidente; en el horizonte había largas franjas azules, mezcladas con nubecillas del color de la arena; esos colores adquirirían un tono verde por encima de los bosques. La tierra, bajo aquel manto, era como una mujer al levantarse de la cama: exhalaba aromas suaves y cálidos, y asimismo silvestres; el vaho de los cultivos se mezclaba con el de los

bosques. Sonaba el Ángelus en la iglesia de Blangy, y los tañidos de la campana se mezclaban con el extraño concierto de los bosques, dándole armonía al silencio. Aquí y allá, aparecían vapores ascendentes, blancos y diáfanos. Al ver todas sus bellezas, Olimpia había tenido el capricho de acompañar a su marido, quien debía ir a dar una orden a uno de los guardas cuya residencia no estaba lejos; el médico de Soulanges le había recomendado pasear sin fatigarse; temía al calor del mediodía, y no quería estar fuera de casa por la tarde. Michaud acompañó a su esposa y les siguió su perro favorito, un hermoso lebrel gris con manchas blancas, glotón como todos los lebreles y con todos los defectos del animal que se sabe querido y le gusta que le quieran.

Así, cuando el tílburí llegó a la verja del pabellón, la condesa, que quiso detenerse para preguntar como seguía la señora Michaud, se enteró de que había salido con su marido hacia el bosque.

—Este tiempo invita a todo el mundo a salir de paseo —dijo Blondet lanzando el caballo por una de las seis avenidas, al azar.

—Oye, José, ¿conoces el bosque?

—Sí, señor.

Y se metieron en él. La avenida era una de las más deliciosas del bosque; pronto cambió, estrechándose hasta convertirse en un sendero sinuoso, sobre el que caía el sol a través de las rasgaduras del alto ramaje, cubriéndolo como un manto, hacia el cual la brisa traía los perfumes del sérpil, de la lavanda y de la menta silvestre; de las ramas marchitas y de las hojas que caen lanzando un suspiro; las gotas de rocío sembradas sobre la hierba y las hojas caídas se desgranaban al paso de los intrusos, y a medida que iban avanzando y adentrándose en la espesura, entreveían fantasías maravillosas propias de la tupida vegetación; los fondos frescos, donde el verdor es húmedo y oscuro, y la luz se aterciopela al perderse en ellos; claros del bosque, con elegantes abedules, dominados por un árbol centenario, el hércules del bosque; los grupos magníficos de troncos nudosos, musgosos, blanquecinos, que recuerdan gigantescas musculaturas, y esa bordadura de hierbas finas, de flores delicadas, que irrumpe en los bordes de los caminos. Los arroyos cantaban. Ciertamente, hay voluptuosidades insospechadas al ir con una mujer que, en los altibajos del silvestre camino, donde el suelo está tapizado de musgo, tiene miedo, o finge tenerlo, y que se os acerca y os hace sentir la presión, calculada o no, de la fría humedad de su brazo o el peso de su blanca espalda, y se sonrío si se le dice que os impide conducir. El caballo parece estar en el secreto de esas interrupciones y mira hacia la derecha y hacia la izquierda.

Ese espectáculo nuevo para la condesa, esta naturaleza tan vigorosa en sus efectos, tan poco conocida y tan majestuosa, la sumió en un dulce ensueño; se recostó en el tílburí y se entregó al placer de hallarse al lado de Emilio; sus ojos estaban llenos y su corazón hablaba, contestaba a esa voz interior con la suya propia; también él la miraba de soslayo, y gozaba con su callada emoción, durante la cual las cintas del sombrero se le habían desatado y entregaban al viento de la mañana los sedosos

bucles de su cabellera rubia con un voluptuoso abandono. Como iban sin rumbo determinado, llegaron a una barrera cerrada, de la que no tenían la llave; llamaron a José, pero éste tampoco la tenía.

—Pues demos un paseo; José vigilará el tálburi, luego lo encontraremos fácilmente...

Emilio y la condesa se hundieron en el bosque, llegando a un reducido paisaje interior, como a menudo los hay en medio de la maleza. Veinte, años antes, unos carboneros debieron de construir allí su carbonera, y el sitio seguía despejado; todo lo que pudo haber en una superficie bastante amplia se había quemado. En veinte años, la naturaleza había conseguido hacer de aquel lugar un jardín para sus flores, un arriate para ella, del mismo modo que un artista se da algún día el gusto de pintar un autorretrato. Ese delicioso parterre estaba rodeado de hermosos árboles cuyas copas caían en amplios flecos, tejiendo un inmenso dosel sobre el sitio donde debía descansar una diosa. Los carboneros sin duda siguieron un caminito para llegar al agua de una hondonada, la cual se mantenía siempre pura y cristalina. Ese sendero aún subsiste actualmente, y os invita a descender por un coquetón recodo que súbitamente os muestra un margen con mil raíces que se retuercen en el aire y dan la impresión de una tapicería bordada. Ese estanque desconocido lo bordea una hierba lisa y tupida; hay también varios álamos y algunos sauces que protegen con su ligera sombra el banco de ramas que se construyó un carbonero perezoso o meditativo. Saltan en el estanque las ranas, las cercetas se bañan en él, las aves acuáticas llegan y se van, una liebre huye, y uno se imagina dueño de esa bañera enriquecida con los más magníficos juncos vivientes. Los árboles adoptan sobre vuestra cabeza las más diversas actitudes; aquí, unos troncos que descienden en forma de boa; allá, troncos de haya, rectos como columnas griegas. Los caracoles y las babosas se pasean en plena paz; una tenca os muestra su morro, una ardilla os está contemplando. Finalmente, cuando Emilio y la condesa, cansados, se sentaron, un pájaro, no sé cuál sería, prorrumpió en un canto otoñal, un canto que todos los demás pájaros escuchan, uno de esos cantos celebrados con amor, un canto de adiós, oído por todos los órganos a la vez.

—¡Qué silencio! —dijo con emoción la condesa y en voz baja, como para no turbar esa paz.

Miraron las manchas verdes del agua, que son mundos en los que se organiza la vida; contemplaban los lagartos jugando al sol y huyendo en cuanto notaban su presencia, conducta por la cual han merecido el calificativo de amigos del hombre: «Así demuestran lo mucho que le conocen», dijo Emilio. Miraron a las ranas que, más confiadas, volvían a la superficie de las aguas desde sus lechos de limo, haciendo centellear sus ojos de carbúnculo. La poesía simple y suave de la naturaleza se filtraba en aquellas dos almas cansadas de las cosas falaces del mundo, y las embecía en una emoción contemplativa..., cuando de repente Blondet se estremeció, e inclinándose al oído de la condesa, dijo:

—¿Oye usted?

—¿Qué?

—Un ruido extraño...

—Esto les sucede a los hombres dedicados a la literatura y acostumbrados a trabajar encerrados en un despacho, que no saben nada del campo; debe de ser algún picoverde que está haciendo su agujero... Apostaría cualquier cosa a que ni siquiera sabe usted lo más curioso de este pájaro: después de dar un picotazo, y tiene que dar millones para agujerear un roble dos veces más grueso que el cuerpo de usted, va al otro lado del árbol para ver si lo ha agujereado, y lo hace cada instante.

—Ese ruido, mi querida profesora de historia natural, no lo ha hecho ningún animal; ha sido un ruido inteligente, que sólo puede hacerlo el hombre.

A la condesa la sobrecogió el miedo y echó a correr por el macizo de flores, retrocediendo para salir del bosque.

—¿Qué le ocurre? —le gritó Blondet, inquieto, corriendo detrás de ella.

—Me ha parecido ver unos ojos... —dijo al llegar a uno de los caminos que les habían conducido hasta la carbonera.

En ese momento oyeron la sorda agonía de un ser súbitamente degollado, y la condesa, aterrada, echó a correr tan rápidamente que Blondet tuvo que hacer un esfuerzo para seguirla. Corría, corría como un fuego fatuo; no oía a Emilio que le gritaba: «¡Se ha engañado...!»». Ella seguía corriendo. Blondet consiguió alcanzarla, y continuaron corriendo. Finalmente, los detuvieron Michaud y su esposa, que paseaban cogidos del brazo. Emilio, jadeando, y la condesa sin casi respirar, estuvieron un buen rato sin poder pronunciar una palabra; después se explicaron. Michaud se unió a Blondet para burlarse de los temores de la condesa, y el guarda acompañó a los dos desorientados paseantes por el camino que conducía donde les esperaba el tálburi. Al llegar a la valla, la señora Michaud llamó:

—¡Príncipe!

—¡Príncipe! ¡Príncipe! —gritó también el guarda.

Silbó y volvió a silbar, pero el lebrel no apareció.

Emilio se refirió a los extraños ruidos que originaron la aventura.

—Mi mujer también ha oído ese ruido —dijo Michaud—, y yo me he burlado de ella.

—¡Han matado a Príncipe! —exclamó la condesa—. Ahora estoy segura, y lo han matado cortándole el cuello de un solo golpe, pues lo que yo he oído ha sido el último gemido de un animal al expirar.

—¡Diablo! —exclamó Michaud—. Eso ya vale la pena de que se aclare.

Emilio y el guarda dejaron a las dos mujeres con José y los caballos y regresaron al bosquecillo de la antigua carbonera. Descendieron hasta el estanque, registraron la espesura y no hallaron ningún indicio. Blondet fue el primero en volver a subir; entre un grupo de árboles vio uno de los que tenían el ramaje completamete seco; se lo indicó a Michaud y quiso verlo de cerca. Los dos fueron en línea recta a través del

bosque, evitando los troncos y dando la vuelta a los matorrales de ortigas, impenetrables, hasta que llegaron al árbol.

—Es un hermoso olmo —dijo Michaud—. Pero está atacado por un gusano que roe la corteza del tocón.

Y se agachó, cogió la corteza y la arrancó.

—Vea usted qué trabajo.

—Habrán muchos gusanos en su bosque —dijo Blondet.

En ese momento Michaud vio a pocos pasos una mancha roja, y más lejos vio la cabeza de su lebel. Rugió:

—¡Canallas...! La señora tenía razón.

Blondet y Michaud se acercaron al cuerpo del pobre perro, y vieron, como había supuesto la condesa, que le habían cortado el cuello a Príncipe, y para que no ladrara, le engañaron con un terrón de azúcar que aún tenía entre la lengua y el paladar.

—¡Pobre animal...! Ha muerto por su pecado.

—Exactamente como un príncipe —replicó Blondet.

—Por aquí debía de haber alguien que se ha escurrido para que no lo sorprendiésemos —dijo Michaud—, y, consecuentemente, debía hacer algún delito, pero no veo ramas ni árboles cortados.

Blondet y el guarda removieron la maleza con precaución, mirando donde ponían el pie antes de pisar. A los pocos pasos, Blondet señaló un árbol cuya hierba más próxima se había removido, aplastado, y al lado dos hoyos.

—Alguien ha estado arrodillado aquí, y habrá sido una mujer, pues las piernas de un hombre no habrían dejado, desde las rodillas, tanta hierba aplastada; vea aquí el ruedo de unas rayas...

El guarda, después de examinar el pie del árbol, descubrió un agujero empezado, pero sin encontrar el esperado gusano de piel dura, reluciente, con escamas, con puntitos oscuros y terminado con una extremidad parecida a la de los abejorros, de los cuales tiene la cabeza, las antenas y dos nervios en pinzas con los que corta las raíces.

—Amigo mío, ahora comprendo la gran cantidad de árboles *muertos* que he visto esta mañana desde la terraza del castillo y que me han impulsado a venir aquí para buscar la causa de ese fenómeno. Los gusanos siguen arrastrándose, pero quien sale de los bosques son sus campesinos...

El guarda lanzó un juramento, y corrió, seguido de Blondet, a reunirse con la condesa, rogándole que se llevara a su mujer con ella. Cogió el caballo de José, a quien hizo que volviese a pie al castillo, y desapareció con la mayor rapidez, para cortar el camino a la mujer que acababa de matar a su perro y sorprenderla con la hoz todavía ensangrentada y con la herramienta con que hacía las incisiones en los árboles. Blondet se sentó entre la condesa y la señora Michaud, contándoles el fin de Príncipe y el triste descubrimiento que habían hecho.

—¡Dios mío! Hay que decírselo al general antes de que desayune —exclamó la

condesa—; de lo contrario, la cólera podría matarlo.

—Yo lo prepararé —dijo Blondet.

—¡Han matado al perro...! —exclamó la señora Michaud secándose las lágrimas.

—¿Tanto querías a ese pobre lebel para llorarlo así? —repuso la condesa.

—Pienso en Príncipe sólo por un funesto presagio; temo que le suceda algo a mi marido.

—Nos han echado a perder la mañana —dijo la condesa con una adorable mueca.

—Como echan a perder el país —respondió tristemente la joven esposa.

Encontraron al general esperándoles en la verja.

—¿De dónde vienen? —preguntó.

—Ahora lo sabrá —contestó Blondet con tono misterioso y ayudando a bajar del coche a la señora Michaud, cuya tristeza sorprendió al conde.

Poco después el general y Blondet estaban en la terraza de los apartamentos.

—¿Está usted bien provisto de valor moral? Supongo que no se dejará llevar por la cólera, ¿no es así?

—No —respondió el general—; pero termine ya, o creeré que se está burlando de mí...

—¿Ve usted esos árboles con el ramaje muerto?

—Sí.

—¿Ve los otros de un color más amarillento?

—Sí.

—Pues bien, todos los árboles muertos han sido asesinados por esos campesinos a quienes usted cree haber ganado con sus generosidades.

Y Blondet le explicó la aventura de la mañana.

El general se puso tan lívido que asustó a Blondet.

—Jure, reniegue, desahóguese. Contenerse puede ser aún más perjudicial que la cólera.

—Necesito fumar —murmuró el conde dirigiéndose al quiosco.

Durante el almuerzo regresó Michaud; no pudo encontrar a nadie. Sibilet, a quien el conde había hecho llamar, también se presentó.

—Señor Sibilet, y usted, señor Michaud, hagan saber con prudencia por toda la región que daré mil francos a quien me haga coger en flagrante delito a los que están matando mis árboles. Hay que enterarse de la herramienta que emplean y dónde la compran. Tengo mi plan.

—Estas gentes —respondió Sibilet— no se venden jamás cuando se trata de delitos cometidos en provecho propio y premeditados, pues no se puede negar que esta diabólica combinación ha sido pensada, meditada...

—Sí, pero mil francos, para ellos, representan dos arapendes de tierra.

—Lo intentaremos —repuso Sibilet—. Por mil quinientos, estoy seguro de encontrar un traidor, sobre todo si se le guarda el secreto.

—Aparentemos no saber nada, yo especialmente; sería conveniente que fingiera

ser usted quien, sin saberlo yo, se ha dado cuenta de todo; de no hacerlo así, podríamos ser víctimas de alguna otra mala jugada; tenemos que tomar más precauciones contra estos bandidos que contra el enemigo en tiempo de guerra.

—¡Pero son el enemigo! —dijo Blondet.

Sibilet le miró como hombre que comprende el sentido de sus palabras, y salió.

—No me gusta nada su Sibilet —prosiguió Blondet en cuanto oyó que el administrador salía de la casa—, es un hombre falso.

—Hasta ahora nada tengo que decir en su contra —contestó el general.

Blondet se retiró para ir a escribir unas cartas. Ya no sentía la despreocupada alegría de la primera vez que pasó una temporada en el castillo, estaba inquieto, preocupado; no eran en él presentimientos, como le sucedía a la señora Michaud, sino más bien una espera de desgracias previstas y ciertas. Se decía: «Todo esto acabará mal. Si el general no toma una decisión y no abandona un campo de batalla en el que será barrido por el número, habrá aquí alguna víctima. ¿Quién sabe incluso si podrá salir de aquí sano y salvo con su mujer? ¡Dios mío! ¡Esa criatura tan adorable, tan afectuosa, tan leal, tan perfecta, que tenga que exponerse así...! ¡Y él cree que la ama! Pues bien, compartiré sus peligros, y si no me es posible salvarles, moriré con ellos».

VIII

VIRTUDES CAMPESINAS

Por la noche, María Tonsard estaba en la carretera de Soulanges, sentada en el pretil de un pequeño puente y esperando a Bonnébault, quien, siguiendo su costumbre, había pasado el día en el café. Le adivinó de lejos y su paso vacilante le demostró que estaba borracho y que había perdido, pues cuando ganaba le daba por cantar:

—¿Eres tú, Bonnébault?

—Sí, pequeña...

—¿Qué te pasa?

—He quedado a deber veinticinco francos, y me pueden retorcer veinticinco veces el cuello antes de que los encuentre.

—Podemos conseguir quinientos —le dijo ella al oído.

—¡Oh...! Se tratará de matar a alguien, pero yo quiero vivir...

—¡Cállate ya! Vaudoyer nos los da si haces colgar a tu madre de la rama de un árbol.

—Preferiría matar a un hombre que delatar a mi madre. Y tú, ¿por qué no denuncias a tu abuela Tonsard?

—Si lo intentara, mi padre se indignaría y no me dejaría seguir el juego.

—Tal vez sí... Es igual; mi madre no irá a la cárcel... ¡Pobre vieja! Ella es la que me cuece el pan, me proporciona vestido, y no sé cómo se las arregla para conseguirlo... ¡Ir a la cárcel, y por mi culpa! No tendría corazón ni entrañas. No, no. Y por miedo a que la delaten, esta misma noche voy a decirle que no vuelva a matar árboles.

—Pues mi padre hará lo que quiera; yo le diré que hay quinientos francos a ganar, y le pedirá a mi abuela si ella quiere ir. No meterán en la cárcel a una mujer de setenta años, aunque por otra parte, estaría mejor en la cárcel que en el granero...

—¡Quinientos francos...! Le hablaré a mi madre —dijo Bonnébault—. Si pudiera convencerla para conseguirlos, ya le dejaría lo que necesitase para vivir en la prisión; allí podría hilar, se entretendría, estaría bien alimentada y bien abrigada. Tendría muchas menos preocupaciones que en Conches. Hasta mañana, pequeña... No tengo tiempo de hablar contigo.

Al día siguiente, a las cinco de la madrugada, a poco de amanecer, Bonnébault y su madre llamaban a la puerta den *Grand-I-vert*, donde sólo la vieja Tonsard se había levantado.

—¡María —gritó Bonnébault—, la cosa está hecha!

—¿Se trata del asunto de ayer, lo de los árboles? —dijo la vieja Tonsard—. Todo

está ya arreglado, yo me la cargaré.

—¡Ah, no, eso no! Mi hijo tiene la promesa de un arapende de tierra por ese precio, hecho por el señor Rigou...

Las dos viejas discutían cuál de ellas sería vendida por sus hijos. Al ruido de la discusión, la casa se despertó.

Tonsard y Bonnébault tomaron cada uno el partido de sus madres.

La moneda decidió a favor de la taberna. Tres días después, al salir el sol, los gendarmes, desde el fondo del bosque, se llevaron a la Ville-aux-Fayes a la vieja Tonsard, sorprendida en flagrante delito por el guarda mayor y sus adjuntos, y por el guarda rural, con una mala lima que había servido para hacer las incisiones en los árboles y un punzón con el que los delincuentes alisan las incisiones, igual que el insecto deja liso el camino hecho. En el atestado se pudo constatar la existencia de la pérfida operación en sesenta árboles en un radio de quinientos pasos. La vieja Tonsard fue trasladada a Auxerre; el caso correspondía a la jurisdicción del tribunal de lo criminal.

Cuando Michaud vio al pie del árbol a la vieja Tonsard, no pudo evitar el decir:

—Esta es una de esas personas a quienes el conde y la condesa hacen tantos favores... Como la señora me escuchase, no le dejaría ninguna dote a la pequeña Tonsard, que aún es peor que su abuela...

La vieja levantó sus ojos grises hasta Michaud y le dirigió una mirada envenenada. En efecto, al saber quién había sido el autor del crimen, el conde prohibió a su esposa que diese un céntimo a Catalina Tonsard.

—El señor conde hará perfectamente —afirmó Sibilet—, tanto más cuanto que me he enterado de que el pedazo de tierra que compró Godain lo adquirió tres días antes de que Catalina viniese a hablar con la señora condesa. Está bien claro que entre los dos prepararon la escena para aprovecharse de la compasión que podían inspirar a la señora. Esa Catalina es muy capaz de haber intervenido en el asunto únicamente para conseguir la cantidad que pidió, ya que Godsín no ha mediado para nada.

—¡Qué gente! —dijo Blondet—. Comparados con ellos, los peores sujetos de París son verdaderos santos...

—Señor —interrumpió Sibilet—, el afán de dinero es lo que hace que en todas partes se cometan atrocidades. ¿Sabe quién delató a la Tonsard?

—No...

—Su propia nieta María; estaba celosa del matrimonio de su hermana, y para poderse casar ella...

—¡Esto es espantoso! —exclamó el conde—. Serían capaces de llegar hasta el asesinato.

—¡Oh...! —respondió Sibilet—. Y por cualquier motivo. Tienen tan poco apego a la vida estas gentes... Les irrita trabajar siempre. En los medios rurales las cosas no son como en París; no puede usted hacerse una idea de la maldad de esta gente.

—Sigue siendo bondadoso y cólmales de bondades... —dijo la condesa.

La noche de la detención, Bonnébault fue al *Grand-I-vert*, donde se hallaba toda la familia Tonsard celebrando un espléndido festín.

—¡Sí, sí, divertíos! Acabo de saber por Vaudoyer que, para castigaros, la condesa no le dará a la Godain los mil francos que le prometió; su marido no quiere que se los dé.

—Ese miserable de Michaud se lo ha aconsejado así —dijo Tonsard—. Mi madre oyó como se lo decía; me lo ha contado en la Ville-aux-Fayes, adonde he ido a llevarle dinero y lo que pueda necesitar en la cárcel. Pues bien, que no los dé; los quinientos francos que nos han dado ayudarán a la Godain a pagar el pedazo de tierra, y Godain y yo sabremos vengarnos... ¡Ah! Si Michaud quiere entrometerse en nuestros asuntos, tendrá más perjuicios que beneficios... ¿Qué pueden importarle a él nuestras cosas, me pregunto yo? ¿Tiene algo que ver con lo que sucede en los bosques? Él es el verdadero culpable de todo lo que pasa..., tan verdad es esto como que fue él quien lo descubrió el día que mi madre le cortó la respiración a su perro. ¿Y si yo me entrometiera también en los asuntos del castillo? ¿Si le contara al general que su mujer se pasea todas las mañanas por el bosque con un joven sin miedo al rocío? Hay que tener los pies muy ardientes para eso.

—El general, el general... —repuso Courtecuisse—. Se le puede manejar fácilmente, pero ese Michaud le calienta los cascos... Es más que un lioso que no sabe ni una palabra de su oficio... En mis tiempos de guarda las cosas iban de otra manera.

—¡Oh...! Entonces eran buenos tiempos para todos... ¿verdad Vaudoyer?

—El caso es —respondió Vaudoyer— que si Michaud desapareciera del mapa, todos estaríamos más tranquilos.

—Ya hemos hablado bastante —dijo Tonsard—; volveremos a hablar de esto así que haya luna, en pleno campo.

Hacia finales de octubre la condesa marchó a París dejando en Les Aigues al general, quien se reuniría con su esposa algún tiempo después, ya que ella no quería perderse la primera representación del Teatro Italiano. Por otra parte, en el castillo se encontraba sola y aburrida, faltándole la compañía de Emilio, quien la ayudaba a pasar los ratos en que el general recorría sus propiedades o cuando tenía que salir para asuntos de la administración.

Noviembre fue un auténtico mes de invierno, triste y gris, con fríos y deshielo, con nieve y lluvia. El asunto de la vieja Tonsard precisó el desplazamiento de testigos, y Michaud tuvo que ir a declarar. El señor Rigou se compadeció de aquella anciana y le había proporcionado un abogado, el cual basó su defensa en que las únicas declaraciones presentadas en el juicio eran las de testigos interesados y en la ausencia de testigos de descargo; pero los testimonios de Michaud y sus guardas, corroborados por los del guarda rural y los de dos gendarmes, decidieron el fallo; la abuela Tonsard fue condenada a cinco años de cárcel, y el abogado dijo a Tonsard

hijo:

—La declaración de Michaud la ha condenado.

Pero lo que más influyó en la condena fue que la acusada era ya reincidente, así como la premeditación, demostrada por los instrumentos que llevaba cuando la detuvieron.

IX

LA CATÁSTROFE

Un sábado por la noche, Courtecuisse, Bonnébault, Godain, Tonsard, las hijas de éste, su mujer, el tío Fourchon, Vaudoyer y varios jornaleros se hallaban cenando en la taberna. Había un medio claro de luna y la tierra estaba seca y dura por la helada; las primeras nieves se habían fundido y los pasos de un hombre en el campo no dejaban huella con la que pudiera tenerse, en caso grave, indicio alguno sobre la comisión de un crimen. Estaban comiendo un guisado de liebres cazadas a lazo, reían y bebían; era la noche siguiente a la boda de la Godain, a quien debían devolver a su casa. Su casa no estaba lejos de la de Courtecuisse. Cuando Rigou vendía un arapende de tierra, era porque estaba aislada y cerca del bosque. Courtecuisse y Vaudoyer, para acompañar a la recién desposada, llevaban sus fusiles; todo a su alrededor estaba dormido, no se veía ni una sola luz. Sólo los asistentes al banquete nupcial seguían despiertos. Cuando más estridente era el jolgorio entró la vieja Bonnébault; todos la miraron.

—La mujer —susurró al oído de Tonsard y de su hijo— parece que va a desocupar. Él acaba de ensillar su caballo y se va a Soulanges en busca del doctor Gourdon.

—Siéntese, abuela —le dijo Tonsard, que le cedió su sitio en la mesa y se echó en un banco.

En ese momento se oyó el ruido de los cascos de un caballo que pasaba al galope. Tonsard, Courtecuisse y Vaudoyer salieron a la puerta rápidamente, viendo a Michaud dirigiéndose al pueblo.

—Él sabe lo que se hace —dijo Courtecuisse—. Ha bajado por el declive y coge el camino de Blangy para seguir luego la carretera; es lo más seguro para él...

—Sí —repuso Tonsard—, pero volverá con Gourdon.

—Quizá no lo encuentre —objetó Courtecuisse—; también le están aguardando en Conches para que visite a la burguesa de la posta, que a estas horas tiene levantado a todo el pueblo.

—Entonces irá por la carretera de Boulanges a Conches; es el camino más corto.

—Y el más seguro para nosotros —añadió Courtecuisse—. En estos momentos hay un hermoso claro de luna; en la carretera no hay guardas como en los bosques, y puede oírse desde muy lejos, y desde los pabellones, detrás del vallado, junto al bosquecillo, se puede disparar a un hombre por la espalda lo mismo que a un conejo...

—Cuando pase por allí serán las once y media —dijo Tonsard—. Empleará una media hora en llegar a Soulanges, y otro tanto para volver... ¡Ah...! Muchachos, ¿y

si el doctor Gourdon estuviera en camino...?

—No te preocupes —contestó Courtecuisse—; yo me colocaré a diez minutos de ti en la carretera, a la derecha de Blangy yendo hacia Soulanges; Vaudoier se pondrá a diez minutos de ti en dirección a Conches, y si viene alguien, un coche de postas, el correo, los gendarmes, en fin, cualquiera que sea, dispararemos al suelo un tiro ahogado.

—¿Y si no le doy...?

—Tiene razón —observó Courtecuisse—. Yo soy mejor tirador que tú; Vaudoier, yo iré contigo. Bonnébault me reemplazará, gritará; así le podremos oír, y es mucho menos sospechoso que un disparo.

Los tres volvieron a entrar y la fiesta continuó, pero a las once, Vaudoier, Cortecuisse, Tonsard y Bonnébault salieron con sus fusiles sin que ninguna de las mujeres se diese cuenta. Regresaron tres cuartos de hora más tarde y bebieron hasta la una de la madrugada. Las dos hijas Tonsard, su madre y la Bonnébault habían dado de beber tal cantidad de vino a los jornaleros, al molinero y a dos campesinos, así como a Fourchon, que estaban tumbados en el suelo y roncando cuando los cuatro compinches salieron. Al regresar sacudieron a los dormidos, los cuales seguían en el mismo sitio.

Mientras tenía lugar esa orgia, el hogar de Michaud vivía una mortal inquietud. Olimpia había sufrido falsos dolores de parto, y su marido, creyendo que iba a dar a luz, salió apresuradamente en busca del médico. Pero los dolores de la pobre mujer se calmaron en cuanto salió Michaud, pues se preocupó tanto por los peligros que él podía correr a tan avanzada hora de la noche y en país enemigo, en el que pululaban numerosos miserables dispuestos a todo, que su angustia fue lo bastante poderosa para calmar y dominar momentáneamente todo sufrimiento físico. Su criada le había estado repitiendo que sus temores eran imaginarios, pero parecía como si no comprendiese lo que le decía, y permanecía en su dormitorio, sentada en un rincón junto al fuego, prestando oído a cualquier ruido que llegase de fuera, y en su terror, que iba en aumento a cada segundo que transcurría, había hecho levantar al criado con la intención de darle una orden y sin que se la diese. La pobre joven iba y venía en medio de una agitación febril; miraba por las ventanas y las abría a pesar del frío; bajaba, abría la puerta del patio, escudriñaba a lo lejos, escuchaba...

—Nada..., siempre nada —decía.

Y volvía a subir, desesperada.

Alrededor de las doce y cuarto, exclamó:

—¡Aquí está, oigo el caballo!

Bajó las escaleras seguida del criado, quien fue corriendo a abrir la puerta de la verja.

—Viene por el bosque de Conches —comentó ella.

Después quedó como herida por un rayo, aterrorizada, inmóvil, sin voz. El criado compartió su espanto, pues en el galope del caballo y en el repicar de los estribos

vacíos había cierto desorden seguido de esos relinchos significativos que lanzan los caballos cuando están solos. Pronto, demasiado pronto para la infeliz mujer, el caballo llegó a la verja, resoplando y empapado de sudor, pero sin jinete; llevaba las bridas rotas, sin duda por haberse enganchado con ellas en alguna rama. Olimpia vio, con mirada en la que se reflejaba su temor, como el criado abría la puerta de la verja; vio el caballo, y sin decir una palabra, echó a correr hacia el castillo como una loca; al llegar, cayó bajo las ventanas del general gritando:

—¡Señor, le han asesinado...!

Ese grito fue tan terrible que despertó al conde; llamó a la servidumbre, hizo levantar a toda la casa, y los gritos y lamentos de la señora Michaud, que dio a luz a un niño muerto, atrajeron al general y a toda la gente del castillo. Levantaron a la desgraciada moribunda, quien expiró diciendo al general:

—¡Lo han matado!

—José —gritó el conde a su ayuda de cámara—, corre a buscar un médico... Quizá haya todavía alguna esperanza... No, mejor es que hagas venir primero al sacerdote, pues esta infeliz está ya muerta, y su hijo también... ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué suerte que no esté aquí mi mujer...! Y tú —dijo dirigiéndose al jardinero—, ve a enterarte de lo que ha pasado.

—Lo que ha sucedido —contestó el criado del pabellón— es que el caballo del señor Michaud acaba de regresar solo, con las bridas rotas y las patas llenas de sangre... Hay también una mancha de sangre en la silla, como si hubiese salido de una herida.

—¿Qué podemos hacer de noche? —dijo el conde—. Vayan a despertar a Groison, busquen a los guardas, ensillen los caballos y daremos una batida.

Al amanecer, ocho personas, el conde, Groison, los tres guardas y dos gendarmes venidos de Soulanges con el sargento exploraron toda la región. Al mediodía, terminaron por encontrar el cadáver del guarda mayor en un pequeño bosque, entre la carretera principal y la de la Ville-aux-Fayes, en los límites del parque de Les Aigues, a quinientos pasos de la verja de Conches. Dos gendarmes partieron, uno hacia la Ville-aux-Fayes en busca del procurador del rey, y el otro hacia Soulanges, para informar al juez de paz. Mientras les esperaban, el general estuvo haciendo indagaciones ayudado por el sargento. En la carretera encontraron las huellas del piafar de un caballo, a la altura del segundo pabellón, y las huellas vigorosas del galope de un caballo desbocado hasta el primer sendero del bosque, en la parte baja del vallado. El caballo, sin guía, debió haber tomado por allí; el sombrero de Michaud también fue encontrado en el mismo sendero. Michaud tenía una bala en la espalda, que le había destrozado la columna vertebral.

Groison y el sargento estuvieron estudiando, con notable sagacidad, el terreno alrededor del lugar donde se habían descubierto las huellas del piafar de un caballo, y que en el lenguaje judicial se conoce con el nombre de «lugar de autos», sin llegar a descubrir nada que pudiera llevar a una identificación del criminal. La tierra estaba

demasiado endurecida para que hubiesen quedado huellas; lo único que hallaron fue un cartucho vacío. Cuando el procurador del rey, el juez de instrucción y el señor Gourdon llegaron para levantar el cadáver y autorizar la autopsia, se comprobó que la bala, manchada con restos de barro, era una bala de fusil de munición, disparada con un fusil de munición, sin que hubiese un solo fusil de munición en toda la comuna de Blangy. El juez de instrucción y el señor Soudry, el procurador del rey, por la tarde, en el castillo, opinaron que lo más conveniente sería reunir todas las piezas de la instrucción y esperar. Fue también esa la opinión del sargento de la gendarmería y del teniente de la Ville-aux-Fayes.

—Forzosamente ha de tratarse de un golpe urdido y realizado por gentes de la región —aseguró el sargento—; pero hay dos comunas, Conches y Blangy, y en cada una hay cinco o seis personas capaces de darlo. Aquel de quien más podríamos sospechar, Tonsard, se ha pasado la noche bebiendo; su adjunto, mi general, ha estado en la fiesta de bodas: Langlumé, su molinero, no se ha separado de él. Estaban todos borrachos hasta no tenerse en pie; han acompañado a la desposada a su casa, a la una de la madrugada, y la llegada del caballo demuestra que Michaud fue asesinado entre las once y la medianoche. A las diez y cuarto Groison vio a toda la partida celebrando la boda, sentada a la mesa, y el señor Michaud pasó por allí para ir a Soulanges, de donde regresó a las once. Su caballo debió de encabritarse entre los pabellones de la carretera, pero también pudo recibir el disparo antes de llegar a Blangy y haber seguido con vida durante algún tiempo, sosteniéndose en la silla. Habría que extender órdenes de detención contra una veintena de personas por lo menos y arrestar a los sospechosos; pero todos estos señores aquí presentes conocen a los campesinos mejor que yo, y saben que estarían un año en la cárcel y sólo conseguiría negativas. ¿Qué podría hacerse contra los que estaban en casa de Tonsard?

Se hizo venir a Langlumé, el molinero y adjunto del general de Montcornet, y contó cómo había pasado la noche. Todos estuvieron en la taberna: sólo habían salido unos breves instantes al patio... Se hallaba con Tonsard desde las once y hablaron de la luna y del tiempo, sin que hubiese oído nada sospechoso. Dio el nombre de todos los asistentes a la cena, asegurando que ninguno de ellos había salido de la taberna. Hacia las dos de la madrugada acompañaron a los recién casados a su casa.

El general convino, con el sargento, el teniente de la gendarmería y el procurador del rey, en traer desde París algún hábil policía, el cual entraría en el castillo como obrero, conduciéndose lo suficientemente mal para que se le tuviese que despedir. Podría beber, convertirse en asiduo del *Grand-I-vert* y quedarse en la región, murmurando contra el general. Ese era el mejor plan a seguir para cazar alguna indiscreción al vuelo.

—Aunque me cueste veinte mil francos tengo que descubrir al asesino de mi pobre Michaud... —repetía sin cesar el general de Montcornet.

Con ese pensamiento salió para París, regresando en el mes de enero con uno de los más sagaces acólitos del jefe de seguridad, al que instaló en el castillo para dirigir

—eso fue lo que dijo— los trabajos que estaba realizando en el interior, pero se dedicó al contrabando. Se le instruyó un sumario, el general lo puso en la calle, y en el mes de febrero volvió a París.

X

EL TRIUNFO DE LOS VENCIDOS

En el mes de mayo, cuando llegó el buen tiempo y los parisienses se hubieron instalado en Les Aigues, una tarde, el señor de Troisville, a quien su hija había invitado, Blondet, el abate Brossette, el general y el subprefecto de la Ville-aux-Fayes, que había ido al castillo de visita, estaban jugando unos al *whist* y otros al ajedrez. José vino a decir a su señor que aquel mal obrero que fue despedido deseaba hablarle; pretendía que el general le debía algún dinero. Estaba, según decía el ayuda de cámara, completamente borracho.

—Está bien, voy a recibirle.

Y el general se dirigió hacia el césped, a cierta distancia del castillo.

—Señor conde —dijo, el agente de policía—, nunca se podrá sacar nada de estas gentes; todo lo que he podido averiguar es que, si usted continúa en el país y pretende que sus moradores renuncien a las costumbres que adquirieron en tiempos de la señorita Laguerre, es posible que también reciba algún balazo... Por otra parte, nada tengo que hacer aquí, puesto que desconfían aún más de mí que de sus guardas.

El conde pagó al espía, quien se marchó, y cuya partida justificó las sospechas de los cómplices de la muerte de Michaud. Cuando el general regresó al salón para reunirse con su familia y sus invitados, su rostro expresaba una emoción tan viva, tan profunda, que su mujer, inquieta, fue inmediatamente a preguntarle si había recibido alguna mala noticia.

—Querida, no deseo asustarte, pero considero conveniente decirte que el asesinato de Michaud no fue más que un aviso indirecto que se nos hizo para que nos vayamos de aquí...

—Yo no me iría —aseguró el señor de Troisville—. También yo tuve dificultades en Normandía, aunque eran de otro tipo, y aguanté; ahora todo marcha bien.

—Señor marqués —dijo el subprefecto—, Normandía y Borgoña son dos regiones completamente distintas. Los frutos de la vid calientan más la sangre que los del manzano. Nosotros no conocemos demasiado bien las leyes y los procedimientos, y estamos rodeados de bosques; todavía no estamos suficientemente metidos en trabajos industriales, somos aún primitivos... Si pudiese dar un consejo al señor conde sería el de que vendiera sus tierras y pusiera el importe en rentas; doblaría los ingresos y no tendría la menor preocupación. Si le gusta el campo, podrá encontrar, en los alrededores de París, algún castillo con su parque amurallado, tan hermoso como el de Les Aigues, donde no entrará nadie y sólo tendrá unas cuantas granjas que pueden ser arrendadas o alquiladas a gentes que irán en cabriolé a pagarle los alquileres en billetes de banco, y con los que no tendrá ninguna disputa por ningún

motivo... Y ni el señor Blondet y el señor marqués estarían tanto tiempo separados de usted, señora condesa...

—¡Retroceder yo ante un puñado de campesinos, cuando no retrocedí en el Danubio!

—Sí, ¿pero dónde están ahora sus coraceros? —preguntó Blondet.

—¡Una propiedad tan hermosa...!

Podría sacar de ella más de dos millones.

—El castillo solo los debe valer —dijo el señor de Troisville.

—Una de las más hermosas propiedades en veinte leguas a la redonda —añadió el subprefecto—. Sin embargo, puede encontrar otras mejores en los alrededores de París.

—¿Qué renta puede conseguirse con dos millones? —preguntó la condesa.

—Actualmente, unos ochenta mil francos —respondió Blondet.

—Les Aigues no producen en conjunto más de treinta mil francos —dijo la condesa—. Además, este año te has metido en los mayores gastos, has hecho rodear de fosos los bosques...

—En los alrededores de París —prosiguió Blondet— es fácil encontrar hoy, por cuatrocientos mil francos, un palacio auténticamente real. Se pueden comprar las locuras de los demás.

—Yo creía que querías conservar Les Aigues —dijo el conde a su esposa.

—¿No te das cuenta de que lo que yo quiero es conservar tu existencia? —replicó ella—. Después, desde la muerte de la pobre Olimpia y del asesinato de Michaud, esta región me es francamente odiosa; en todas las caras que veo encuentro una expresión siniestra o amenazadora.

Al día siguiente por la noche, en el salón del señor Gaubertin, en la Ville-aux-Fayes, el subprefecto fue recibido con la siguiente frase, pronunciada por el alcalde:

—Y bien, señor Des Lupeaulx, ¿viene usted de Les Aigues?

—Sí —respondió el subprefecto con aire de triunfo, dirigiendo una tierna mirada a la señorita Elisa—. Mucho me temo que el general va a abandonarnos; piensa vender sus propiedades...

—Señor Gaubertin, le recomiendo mi pabellón... No puedo resistir más ese ruido, ese polvo de la Ville-aux-Fayes; como un pobre pájaro prisionero, aspiro de lejos el aire del campo, el aire de los bosques —dijo Isaura con su voz lánguida y los ojos medio entornados, inclinando la cabeza sobre su hombro izquierdo y rizando despreocupadamente los largos bucles de su rubia cabellera.

—Sea prudente, señora —le advirtió en voz baja Gaubertin—. No será precisamente con indiscreciones como podremos comprar el pabellón...

Después, dirigiéndose al subprefecto, le preguntó:

—¿Sigue sin descubrirse quiénes fueron los autores del asesinato del guarda?

—Parece que no —respondió el subprefecto.

—Esto puede dificultar la venta de Les Aigues —dijo Gaubertin delante de todo

el mundo—. Yo no pienso comprarlas... Estos campesinos son demasiado malvados; incluso en tiempos de la señorita Laguerre tenía que pelearme con ellos, y bien sabe Dios como dejaba ella que hiciesen lo que quisieran.

Hacia finales del mes de mayo nada hacía prever que el general tuviera la intención de vender Les Aigues; seguía indeciso. Una noche, a eso de las diez, regresaba del bosque por una de las seis avenidas que conducían al pabellón, y había despedido a su guarda, viéndose ya cerca del castillo. En un recodo del camino, un hombre, armado de un fusil, salió del matorral.

—General —dijo—, es la tercera vez que pasa usted por delante del cañón de mi fusil, y es la tercera vez también que le perdono a usted la vida...

—¿Y por qué quieres matarme, Bonnébault? —preguntó el conde sin demostrar la menor emoción.

—Si no soy yo, será otro, y yo, ya lo ve usted, quiero a los que han servido al Emperador, y no puedo decidirme a matarle como a una perdiz... No me haga preguntas, que no quiero hablar... Pero sí quiero advertirle que tiene usted enemigos de cuidado, muy poderosos, que terminarán por aplastarle. Si le mato recibiré mil escudos, y podré casarme con María Tonsard. Pues bien, déme usted algunos miserables arapendes de tierra y una mala choza. Seguiré diciendo lo que he dicho hasta ahora, que no he encontrado la ocasión... Así tendrá tiempo para vender sus tierras y marcharse; pero dése prisa, no pierda el tiempo. Por mala persona que yo sea, todavía hay algo bueno en mí; otro podría hacerle mucho daño...

—¿Y si te doy lo que me pides, me dirás quién te ha prometido tres mil francos? —preguntó el general.

—No lo sé, y quiero demasiado a la persona que me obliga a hacer estas cosas para que pronuncie su nombre... Además, cuando usted sepa que es María Tonsard, no habrá adelantado mucho; María seguirá muda como una pared, y yo negaré siempre que le haya dicho nada.

—Ven a verme mañana —dijo el general.

—Esto me basta —respondió Bonnébault—. Si se sospechara de mí, le avisaría a usted.

Ocho días después de aquella singular conversación, todo el distrito, todo el departamento, e incluso París, estaban llenos de carteles anunciando la venta de Les Aigues en parcelas, pudiendo dirigirse los posibles compradores al despacho del notario señor Corbineau, en Soulanges. Todas las parcelas fueron adjudicadas al señor Rigou, ascendiendo la suma total a dos millones ciento cincuenta mil francos. Al día siguiente, Rigou hizo cambiar los nombres de los titulares.

El señor Gaubertin se quedaba con los bosques, y Rigou y los Soudry se quedaban con las viñas y los demás lotes. El castillo y el parque fueron revendidos a la banda negra, exceptuando el pabellón y sus dependencias, que se reservó el señor Gaubertin en homenaje a su poética y sentimental compañera.

Muchos años después de estos acontecimientos y en el invierno del 1837, uno de

los más notables escritores políticos de ese tiempo, Emilio Blondet, llegó al último grado de la miseria, lo que hasta entonces había ocultado aparentando una vida de esplendor y elegancia. Dudaba si debía tomar una decisión desesperada al ver que su trabajo, su inteligencia, sus conocimientos, su entendimiento de los problemas no le habían llevado a otra cosa que a trabajar como una máquina en provecho de los demás; viendo que todos los empleos que tuvo sólo le valieron para llegar al borde de la edad madura sin consideración y sin fortuna; viendo a una sarta de necios e incapaces burgueses reemplazando a los cortesanos no menos incapaces de la Restauración y reconstituirse el gobierno igual que estaba en los días anteriores a 1830. Una noche en que estaba muy cerca del suicidio, que tantas veces había combatido con sus mordacidades, y mientras repasaba su deplorable existencia calumniada, mucho más consagrada al trabajo que dedicada a las orgías que le reprochaban, y evocó un noble y hermoso rostro de mujer, como el de una estatua que se ha conservado entera y pura en medio de las más tristes ruinas, su portero le entregó una carta con los bordes negros y lacrada, en la que la condesa de Montcornet le anunciaba el fallecimiento del general, quien había reingresado en el ejército y mandaba una división. Ella era su única heredera; no tenían hijos. La carta, aunque digna, le decía a Blondet que la mujer de cuarenta años, a la que él había amado en su juventud, le tendía una mano fraternal y una fortuna considerable.

Hace pocos días tuvo lugar la boda de la señora condesa de Montcornet y el señor Blondet, nombrado prefecto. Para tomar posesión de su prefectura, siguieron un camino que pasaba por donde en otro tiempo estaban Les Aigues, e hizo detener el coche en el sitio donde antes se levantaban los dos pabellones, deseando visitar la comuna de Blangy, llena de tan dulces recuerdos para los dos viajeros. El país estaba irreconocible. Los bosques misteriosos, las avenidas del parque, todo había sido roturado; la campiña parecía el muestrario de un sastre. El campesino había tomado posesión de la tierra como vencedor y conquistador. Estaba ya dividida en más de tres mil parcelas, y la población de Conches y de Blangy se había triplicado. Al dedicar a la agricultura su bello parque, tan cuidado, tan voluptuoso en otro tiempo, se respetó el pabellón, convirtiéndolo en la villa *El Buen Retiro* de doña Isaura Gaubertin; era el único edificio que quedaba en pie y que dominaba el paisaje, o, por decirlo mejor, los pequeños lotes cultivados que reemplazaban el antiguo paisaje. Esa construcción parecía un castillo, tan miserables eran las casuchas de sus alrededores como lo son siempre las viviendas de los campesinos.

—¡Esto es el progreso! —exclamó Emilio—. Es una página del *Contrato Social* de Juan Jacobo. ¡Y yo, uncido a la máquina social que así funciona...! ¡Dios mío! ¿Qué será de los reyes dentro de poco? ¿Y qué serán las mismas naciones, si continúa este estado de cosas, dentro de cincuenta años?

—Tú me quieres, y estás a mi lado...; encuentro el presente tan hermoso que no me preocupa demasiado un futuro que aún está muy lejos —le respondió su mujer.

—¡Cerca de ti, viva el presente —dijo alegremente el amoroso Blondet—, y que

se vaya al diablo el futuro!

Hizo una señal al cochero para que siguiese adelante, y mientras los caballos se lanzaban al galope, los recién casados reanudaron el curso de su luna de miel.

NOTA DEL AUTOR^[13]

Debe suponerse al autor de *Los Campesinos* lo bastante enterado de las cosas de su época para saber que no había coraceros en la guardia imperial. Se toma aquí la libertad de hacer observar que tiene en su despacho los uniformes de la República, del Imperio y de la Restauración, una colección de todos los de los ejércitos que Francia tuvo por adversarios o aliados, y más obras sobre las guerras del 1792 al 1815 que las que pueda tener cualquier mariscal de Francia. Se sirve del periódico^[14] para expresar su agradecimiento a todas las personas que le han hecho el honor de interesarse por sus trabajos, mandándole notas de rectificación o de información.

Una vez por todas manifiesta aquí que esas inexactitudes son voluntarias y calculadas. Este libro no es una ESCENA DE LA VIDA MILITAR, en la que no sería permitido decir que los soldados de infantería llevaban portapliegos como los de caballería. Referirse a la historia contemporánea, aunque sólo sea para ofrecer algunos tipos, expone a algunos peligros. Sirviéndose, en lo ficticio, de un marco en el que los detalles son minuciosamente ciertos, desnaturalizando uno tras otro los hechos con colores que les son extraños, puede evitarse el peligro de caer en la *personalización*. Ya en *Un asunto tenebroso*, aunque el hecho fue alterado en sus detalles y pertenece a la historia, el autor no puede responder a las absurdas observaciones basadas en la objeción de que en tiempos del emperador sólo un senador fue raptado o secuestrado; estoy seguro de que si se hubiera secuestrado a un segundo, el autor del rapto habría sido coronado de flores.

Si la inexactitud relativa a los coraceros es demasiado evidente, sería fácil no hablar de la guardia. Pero la familia del ilustre general que mandaba la caballería rechazada en el Danubio podría entonces pedirnos cuenta del millón cien mil francos que el emperador dejó que cogiera Montcornet en Pomerania.

No dudo de que a no tardar alguien me preguntará en qué geografía se encuentran la Ville-aux-Fayes, el Avonne y Soulanges. Todos esos países y esos coraceros viven en el inmenso mundo, en el que también viven la torre de Ravenswood, las aguas de Saint-Ronan, la tierra de Tillietudlem Gandercleug, Liliput, la abadía de Thélème, los consejeros privados de Hoffmann, la isla de Robinson Crusoe, las tierras de la familia Shandy... Un mundo libre de contribuciones, y en el que pagan la posta los que viajan en ella a razón de veinte céntimos el volumen.



HONORÉ DE BALZAC nació en 1799 en Tours, donde su padre era jefe de suministros de la división militar. La familia se trasladó a París en 1814. Allí el joven Balzac estudió Derecho, fue pasante de abogado, trabajó en una notaría y empezó a escribir: obras filosóficas y religiosas, novelas de consumo publicadas con seudónimo e incluso una tragedia en verso, *Cromwell*, se cuentan entre estas primeras producciones, todas ellas anteriores a 1827. Fue editor, impresor y propietario de una fundición tipográfica, pero todos estos negocios fracasaron, acarreándole deudas de las que no se vería libre en toda su vida. En 1830 publica seis relatos bajo el título común de *Escenas de la vida privada*, y en 1831 aparecen otros trece bajo el de *Novelas y cuentos filosóficos*: en estos volúmenes se encuentra el germen de *La comedia humana*, ese vasto «conjunto orgánico» de ochenta y cinco novelas sobre la Francia de la primera mitad del siglo XIX, cuyo nacimiento oficial no se produciría hasta 1841, a raíz de un contrato con un grupo de editores. Balzac, autor de una de las obras más influyentes de la literatura universal, murió en París en 1850.

Notas

[1] En principio, no me gustan las notas, y quizá sea esta la primera que me permito escribir; su interés histórico puede servirme de excusa, y demostrará, por otra parte, que la descripción de batallas es cosa que puede ser realizada perfectamente por escritores que no sean técnicos en la materia, pues, éstos, desde hace un millar de años, no hacen más que hablarnos de alas derechas o izquierdas, del centro más o menos hundido, pero del soldado, de sus heroísmos y de sus penalidades, no nos dicen ni una sola palabra. La conciencia con que estoy preparando las *Escenas de la Vida Militar* me lleva a todos los campos de batalla regados con la sangre de Francia y con la del extranjero: he querido, pues, visitar la llanura de Wagram. Al llegar a las orillas del Danubio, frente a la de Lobau, observé que crece en ellas una hierba fina, en ondulaciones parecidas a los grandes surcos de los campos sembrados de alfalfa. Pregunté de dónde provenía aquella disposición del terreno, creyendo que se trataba de algún nuevo método de agricultura. «Allí, nos dijo el campesino que nos servía de guía, duermen su sueño eterno los coraceros de la Guardia Imperial; lo que están ustedes viendo son sus tumbas». Estas palabras, recordadas textualmente, me estremecieron. El príncipe Federico de Schwarzenberg, que las traducía, añadió que aquel campesino había conducido las carretas cargadas de corazas. Por una de aquellas paradojas de la guerra nuestro guía había servido el desayuno a Napoleón la misma mañana de la batalla de Wagram. Aunque pobre, guardaba cuidadosamente el doble napoleón que el emperador le había dado por la leche y los huevos. El cura de Gross-Aspern nos acompañó al famoso cementerio donde franceses y austríacos combatieron con sangre hasta la mitad de la pierna, con un valor y una constancia igualmente gloriosas por ambas partes. Aquello, nos explicó indicándonos una placa de mármol sobre la cual fijé mi atención, y en la que podía leerse el nombre del propietario de Gross-Aspern, muerto en el transcurso del tercer día de combate, es la única recompensa concedida a la familia; y con profunda melancolía añadió: «Aquellos fueron los tiempos de las grandes miserias, y fue también el de las grandes promesas; pero ha llegado el tiempo de olvidar...». Encontré que aquellas palabras tenían una magnífica sencillez; sin embargo, reflexionando sobre ellas, doy la razón a la aparente ingratitud de la casa de Austria. Ni los pueblos ni los reyes son lo bastante ricos para poder recompensar las lealtades a que dan lugar las luchas supremas. Que aquellos que sirven a una causa con la idea preconcebida de una recompensa valoren su sangre y se hagan *condottieri*... Los que manejan la pluma o la espada en pro de su patria no deben pensar más que en «cumplir con su deber», como decían nuestros padres, y no aceptar nada, ni siquiera la gloria, si no es como un mero accidente.

Fue allí, cuando se disponía a tomar aquel famoso cementerio por tercera vez, donde Massena, herido, llevado en la caja de un cabriolé, dirigió a sus soldados aquella sublime alocución: «¡Cómo, condenados, perros, vosotros que no tenéis más que

cinco sueldos diarios mientras yo poseo cuarenta millones, me dejáis solo delante...!». Es ya conocida la orden del día que el emperador dirigió a su lugarteniente, llevada por el señor de Sainte-Croix, quien tuvo que pasar tres veces el Danubio a nado: «Morir o tomar el pueblo; se trata de salvar al ejército. Los puentes han sido cortados». <<

[2] Juego de palabras que puede significar *A la Gran I Verde*, o *Al Gran Invierno*, ya que ambas se pronuncian de igual forma. (N, del T.) <<

[3] Véase *Un debut en la vida*, en «Escenas de la vida privada» (*Nota del Autor*). <<

[4] Véase *El despacho de los antiguos* en «Escenas de la vida de provincias» (*Nota del Autor*). <<

[5]

*echo hermoso de su vida
aquel que un día, en la mesa,
transformó el agua del jarro
no de madera. <<*

[6]

¿Conoces a los húsares de la guardia.

¿Conoces al trombón del regimiento? <<

[7] Avaro, mezquino. <<

[8] Véase El cura de aldea. <<

[9]

*o este dulce juego que conviene a todas las edades,
! a jóvenes que a mayores, a locos y a prudentes;
! que nuestra mano ágil, sosteniendo una cuña de madera
a un globo con dos agujeros en el aire suspendido;
¡o encantador, de aburrimiento infalible remedio,
hubiera causado envidia al inventor Palimedio!
Musa de los Amores, de los juegos y de las risas,
¡viene hasta mi techo, en el que, fiel a Themis,
¡es el papel del Fisco, voy esparciendo sílabas!
¡a encantar... <<*

[10]

*s como las artes y la misma ciencia
rovecho suyo hacen dar vueltas a un objeto
no constituía más que un frívolo pasatiempo. <<*

[11]

*d al jugador, en medio del auditorio,
irada tiernamente fija en el globo de marfil.
no espía y vigila con atención
menores movimientos en su precisión!
ola ha descrito, por tres veces, su parábola,
o un falso incensario adulando a su ídolo;
el disco ha caído sobre su desdichada mano,
¡ un rápido beso consuela a su dedo.
¡ato! no te quejes de este suave martirio,
¡tunado accidente, excesivamente pagado con una sonrisa! <<*

[12]

me atrevo a cantar en tiempos llenos de alarmas.

, si los reyes no hubiesen usado jamás otras armas,

s pueblos jamás hubieran, para entretener sus ocios, Imaginado otras distracciones como ésta,

tra Borgoña, ¡ay!, por demasiado tiempo desdichada, Hubiese vuelto a encontrar los días de Saturno y de Rea. <<

[13] En contestación a una protesta al *Monitor del Ejército* (número del 10 de diciembre de 1844). <<

[14] La réplica de Balzac al Monitor del Ejército apareció en La Presse (número del 13 de diciembre de 1844). <<